



JOSÉ JAVIER  
ESPARZA

EL  
CABALLERO DEL  
JABALÍ  
BLANCO

NOVELA HISTÓRICA

José Javier Esparza

# **EL CABALLERO DEL JABALÍ BLANCO**

*A las mujeres de la Reconquista.  
Y a la mía, por supuesto.*

## PRÓLOGO

En los últimos años del siglo VIII, pequeños grupos de campesinos de Asturias, Cantabria y Vizcaya comenzaron a cruzar las montañas en dirección al sur y ocuparon tierras al otro lado de la cordillera, cara a los grandes valles del Duero y el Ebro. La mayor parte de la península Ibérica estaba entonces bajo control musulmán. Los colonos cristianos sabían que su aventura podía terminar de muy mala manera: esclavos en el gran mercado de Córdoba o muertos sobre sus tierras saqueadas. Pero aquella gente estaba dispuesta a desafiar al mayor poder de su tiempo. Los pioneros, familias enteras, sin otro respaldo que su propia voluntad y su propia fe, roturaron campos, construyeron molinos, levantaron iglesias, fundaron aldeas... El mismo fenómeno empezaba a producirse, más lentamente, en el Pirineo. Así empezó la Reconquista. ¿Quiénes eran aquellos osados? ¿Qué les movía? ¿Qué buscaban?

Esta historia reconstruye aquellos primeros años de la Reconquista, cuando los reinos cristianos de España se parecían más a primitivas aglomeraciones tribales que a entidades políticas desarrolladas, y algunos clanes campesinos decidieron probar suerte en una tierra peligrosa, sí, pero que consideraban suya. La mayor parte de las circunstancias referidas en este relato son ciertas, es decir, que ocurrieron realmente. Sabemos que a finales del siglo VIII hubo un importante tránsito desde los valles cántabros y vizcaínos hacia el sur, hacia los valles de Mena, Losa y Tobalina, entre Burgos y Álava. Sabemos que en los primeros años del siglo siguiente ya había aquí aldeas bien organizadas y pequeñas comunidades monásticas. Sabemos que en una de ellas se escribió por primera vez el nombre de Castilla. Sabemos los nombres de sus fundadores: el matrimonio formado por Lebato y Muniadona, colonos del valle de Mena, con sus hijos Vítulo y Ervigio. Sabemos que lo hicieron solos, sin un ejército que protegiera a los colonos. Sabemos también que durante todo ese periodo se sucedieron las expediciones musulmanas de castigo —las temidas «aceifas»— en busca de esclavos y tierras para saquear. Sabemos que, pese a todo, aquella gente permaneció allí. Sabemos que muy pronto los colonos se extendieron hacia el este, por Valpuesta, y hacia el oeste por Espinosa de los Monteros y, al fin, la montaña de Palencia, y que aquí nació el primer municipio español: Brañosera. Todo eso pasó de verdad. Es Historia.

¿Cómo sería la vida de esa gente? ¿Cuáles serían sus convicciones, sus afanes, sus sufrimientos, sus esperanzas? ¿Cómo pudieron afrontar una aventura en la que los riesgos eran muy superiores a los posibles beneficios? El cine nos ha familiarizado con la formidable aventura de los colonos en el oeste norteamericano. Pues bien, esta epopeya de nuestros colonos cristianos en las

tierras del norte es todavía más impresionante, porque el enemigo al que tenían que enfrentarse no era una barahúnda de tribus primitivas, sino un poder tan evolucionado como el del emirato de Córdoba, y porque nunca hubo un Séptimo de Caballería para proteger su avance, sino que ellos, los colonos, eran al mismo tiempo labradores y soldados y monjes. Se precisaba una fe a toda prueba y una fuerza titánica para acometer una empresa semejante. Hubo en el trance mucha sangre y mucha muerte. Nuestros colonos vieron muchas veces destruida su obra, pero volvieron a comenzar desde cero. Y al final, ganaron.

Para contar esta historia hemos escogido a un personaje real: un tal Zonio cuyo nombre aparece entre los firmantes del fuero de Brañosera, en el año 824. Nada más se sabe de él sino esa rúbrica en aquel documento. Junto a Zonio comparecerán aquí otros muchos personajes que también existieron realmente: los primeros colonos. Una vez más, de ellos apenas conocemos otra cosa que el nombre. Pero sus ignotas vidas nos van a servir de hilo conductor para reconstruir todo lo que pasó en el norte de España en el medio siglo que va desde el año 780 hasta el 830. Unos años en los que el reino de Asturias se debatía violentamente entre el pacto con el moro y la resistencia a ultranza. Unos años decisivos en los que la Iglesia de Asturias se separó de la obediencia de Toledo en medio de un enorme escándalo doctrinal y político que llegó a oídos del mismísimo Carlomagno. Unos años en los que Córdoba enviaba a sus bereberes para capturar muchachas rubias y venderlas como esclavas. Unos años en los que apareció la tumba del apóstol Santiago en Compostela. Unos años de oro y hierro en los que los pioneros de Asturias, Cantabria y Vizcaya escribieron con sus manos y sus pies el primer capítulo de la Reconquista. Esta pudo ser su historia.

## PRIMERA PARTE

### EL COLONO, EL MONJE Y EL ESCUDERO

#### 1

#### El colono

Con esa azagaya que ahora descansa sobre el muro maté por primera vez a un hombre.

Apenas tendría yo dieciséis años, novato escudero en la hueste del gran Gadaxara. Los moros estaban doblegando nuestra defensa. En el fragor de la batalla quedé lejos de mi gente, aislado en una demencial nube de polvo y gritos y lamentos y furia. Vi entonces a un sarraceno que se precipitaba sobre mí enarbolando su cimitarra con grandes alaridos. Aterrado, eché a correr peñas arriba. Cada vez sentía más cerca la llegada de la hora final. Yo nunca antes había peleado a muerte contra un hombre. Sentí en la espalda el latigazo frío del metal rasgándome la camisa. Entonces tropecé. Traté de revolverme. Solo recuerdo que una inmensa mole cayó sobre mí y un golpe seco me privó del sentido.

Cuando desperté, no sabía si estaba muerto o vivo. Aún tardé en identificar aquel líquido caliente y viscoso que caía sobre mi frente. Así descubrí que el moro había ido a desplomarse encima de mi azagaya y que ahora yacía allí, sobre mí, atravesado de parte a parte, expulsando por la boca su sangre de difunto. De repente me faltó el aire. Con un chillido de miedo y de ira me zafé del cadáver. Me puse en pie. Miré alrededor. No había nada, salvo muerte.

Recogí la cimitarra del moro. Saqué de su cuerpo mi azagaya. Tembloroso, mareado, asustado, me escabullí del campo tan rápidamente como mis maltrechas piernas me lo permitieron. El cobijo de unas matas me dio la oportunidad de recobrar el resuello. Escuché gritos a lo lejos. A gatas me acerqué al lugar. El poblado ardía. Las llamas de las techumbres de paja dibujaban un anticipo del infierno. Allí vi con horror el macabro ritual de la victoria musulmana: las cabezas de mis hermanos de armas, separadas de los cuerpos, formaban un sanguinolento túmulo. Los almuecines habían subido a la pirámide de cabezas y desde lo alto gritaban a su Alá. Entre sollozos, no pude sino dar gracias a Dios por haberme librado de la matanza. Pero entonces vi algo peor: apiñados en una informe muchedumbre, como un rebaño de ovejas, estaban las mujeres y los niños de la aldea, golpeados y vejados y escupidos. Su

suerte estaba echada: la suerte del esclavo. Una lanza invisible atravesó mi pecho cuando descubrí que allí, entre las ovejas sin pastor, a merced de los lobos, estaba ella: Deva. Sus trenzas doradas eran ahora una madeja sucia de hollín y miedo. Alguien pagaría por ella una buena cantidad en Córdoba. Ciego de ira y de dolor, escapé.

Anduve errabundo hasta que el sol se puso. Era ya noche cerrada cuando un rumor atrajo mi atención. Ese rumor hablaba mi lengua. Seguí la guía de mi oído. Vi entonces, tras un peñasco, un tenue resplandor. Me acerqué con cautela. Era una hoguera. Grité: «¡En el nombre de Cristo!». Una multitud de sombras se agitó en torno al fuego. Vi sus caras. Era mi gente. Los guerreros vencidos de Asturias me recibieron con una mezcla de alivio y angustia. La fatiga y la muerte habían esculpido atrocidades en aquellos rostros. Uno vio mi cimitarra, la que capturé al moro. La señaló con su dedo. Después palpó la sangre seca que cubría mis ropas y mi cuerpo: la sangre del enemigo. «¡Bravo, rapaz!», me dijo. Ese día dejé de ser escudero. Ese día me convertí en guerrero del rey. Desde ese día guardo esta azagaya.

\*\*\*

De todo eso hace ya mucho tiempo, más del que quiero recordar. Ahora los años han pasado sobre mis espaldas, mi brazo ha empezado a temblar, mi vista se ha rendido, pocos dientes quedan en mi boca, el vientre se ha hecho perezoso y la orina blanda. Por eso he venido aquí, entre estos muros. Mis padres construyeron esta iglesia con sus manos. Cuando se sintieron viejos, se retiraron aquí a morir. Yo ahora sigo sus pasos.

Os hablaré de mis padres. Se llamaban Lebato y Muniadona. Fueron los primeros cristianos en volver a estas tierras cuando Dios nos libró del yugo sarraceno. Ellos araron de nuevo los campos y limpiaron los molinos derruidos. Levantaron una casa y pusieron nombre a los ríos y a las veredas. Lebato y Muniadona tuvieron nueve hijos: García, destinado a heredar las tierras; Vítulo, que fue abad; Adosinda, que casó en Galicia; Ervigio, que también abrazó los hábitos; Tello, que desapareció cautivo en tierra de moros; Munia, que casó en Mena; Esteban, que murió niño; Bartolomé, muerto al nacer, y yo. Mis padres conquistaron un mundo para nosotros. Desafiaron al hambre y al moro, a las nieves y a las bestias. Sabe Dios cuántos sufrimientos flagelarían sus almas para llevarnos a la boca un pedazo de pan. Pero en sus últimos años, cuando sus cuerpos se inclinaban ya doblados hacia el suelo, pudieron ver con orgullo cómo su linaje se prolongaba sobre una tierra libre.

Ahora os hablaré de mí. Me llamo Zonio y nací en la primavera del año de Nuestro Señor de 774, año 812 de la era hispánica, año 158 de la hégira

musulmana, reinando en Asturias el rey Silo. Me bautizaron en la iglesia vieja de San Bartolomé de Aldeacueva, en el valle de Carranza. Vine con mis padres a estas tierras cuando aquí no había sino enemigos y alimañas. Aré los campos, vestí los hábitos, empuñé la espada, luché mucho, perseguí un amor desdichado y repoblé tierras en el nombre de Dios Nuestro Señor. Conocí a Beato de Liébana y viví su guerra con el hereje obispo Elipando. Estuve en la batalla de Lutos y tomé Lisboa con mi rey Alfonso el Casto. Viajé a Córdoba y penetré en el harén del emir. Vi la tumba del apóstol Santiago en Compostela y viajé en embajada al país de Carlomagno. Hice presuras de tierras en Álava y estampé mi nombre en el fuero de Brañosera. Hoy me acerco a los sesenta inviernos y mi cuerpo ya no tiene fuerzas para retener mi alma. Por eso os contaré mi historia antes de morir.

\*\*\*

De mi primera infancia apenas recuerdo otra cosa que una vaga impresión de felicidad en un valle verde y estrecho. Me enseñaron que nací en un linaje de hombres libres. Mi bisabuelo, de nombre Lebato, se había alzado en armas contra el moro, junto al duque Pedro de Cantabria, y con él había estado el glorioso día en que los montañeses aplastaron a los sarracenos en su fuga de Covadonga. Mi abuelo, García, fue guerrero en la hueste del primer rey Alfonso antes de echar raíces en este valle. Siguiendo la costumbre goda, mi padre recibió el nombre del abuelo: Lebato, y él fue quien heredó la propiedad. Nosotros, sus hijos, disfrutábamos ahora de esa libertad conquistada a punta de espada.

Fue mi padre, Lebato, el primero en acariciar la idea de pasar los montes. En la aldea ya no había sitio para todos. Ni sitio, ni comida. Uno de sus hijos podría heredar el terruño, pero ¿qué sería de los demás? Por otro lado, la escasez empezaba a roer nuestras vidas. Cada vez era más difícil sacar fruto de la tierra, incesantemente cultivada con nuestros pobres arados de madera. También la caza escaseaba. Los animales escapaban hacia los bosques del sur. Pero el sur era terreno vetado: los musulmanes podían merodear por allí.

Un otoño, mi padre y mis hermanos mayores, García, Vítulo y Ervigio, ascendieron a las peñas y excavaron terrazas para tratar de hacer bancales. Fue la última intentona: convertir aquellas peñas en tierra fértil y cultivable. Pero era un trabajo ímprobo atravesar el bosque, descubrir claros entre la enorme arboleda, escalar el suelo y sacar de allí algo útil. Aquello no era solución.

Nunca supe cómo se le ocurrió cruzar la montaña. Desde muchos años atrás, todos habíamos crecido en la convicción de que al otro lado de la montaña aguardaba la muerte. Los musulmanes que cabalgaban desde el sur,



con sus extrañas vestimentas y sus veloces caballos, pasaban todas las primaveras en busca de botín y esclavos. Todos conocíamos a alguien que había perdido a una hija o a un marido víctimas de aquellas expediciones de rapiña. En nuestro valle, en nuestro mundo, las montañas nos resguardaban del enemigo. Al otro lado, por el contrario, todo era peligro. Pero mi padre dio el paso.

Recuerdo bien el día: se levantó muy temprano, arregló el caballo, besó a mi madre, llamó a sus hombres —Rui, Cervello, Guma— y partió hacia la montaña. Iban armados como a la guerra, y en cierto modo era una guerra lo que afrontaban: la guerra en busca de una vida más libre y mejor. Pasaron los días. Mi madre se deshacía en rezos a la Virgen y a todos los santos. Durante una semana no tuvimos noticia de los exploradores. Los peores presagios invadieron nuestro ánimo. Pero un día Lebató regresó.

Mi padre volvió a casa muy excitado. Se diría que había descubierto un tesoro. Y en cierto modo eso era lo que había ocurrido. Al otro lado de los montes, donde el río Ordunte va a dar en el Cadagua, había descubierto tierras llanas y, en ellas, restos de aldeas, campos abandonados, viejos molinos en ruinas, jugosos prados, bosques de buena madera, montes que sin duda esconderían abundante caza... Allí había tierra para mucha gente. Tierra libre y sin dueño que solo estaba esperando a que una mano diestra le supiera arrancar fruto. Era lo que mi familia estaba necesitando.

Muniadona miró a su marido con ojos espantados: tierra al sur, tierra sin dueño, tierra peligrosa, tierra expuesta al moro... Pero no, hacía tiempo que los moros no asomaban la nariz por aquellos pagos. Por otro lado, ¿acaso no teníamos armas? Las mismas armas con las que ahora cazábamos nos servirían para defendernos, como tantas otras veces. Y además, aquella tierra era nuestra por derecho: quizá sus dueños hubieran muerto, pero era tierra cristiana y por cristianos debía ser ocupada. Mi madre, en pie delante del hogar, detuvo sus ojos en mi padre con una rara expresión, una extraña mezcla de incredulidad y miedo y amor y también esperanza. Parecía pensar algo así como «No podrás tú solo». Pero Lebató hundía su vista en el fuego, como buscando en las brasas un augurio.

Entonces mi abuelo García habló. El anciano conocía bien esas tierras de la que hablaba Lebató. Las había recorrido a uña de caballo en su mocedad, en la hueste del gran guerrero Fruela Pérez, hermano de nuestro rey el primer Alfonso. Ocurrió que en aquel tiempo lejano los moros habían abandonado muchas de sus posiciones al otro lado de las montañas. Al parecer, los mahometanos se habían enemistado entre sí. Apenas si dejaron algunas pequeñas guarniciones bereberes en las aldeas del gran valle. El rey Alfonso,

yerno del glorioso Pelayo y depositario de su herencia, vio una oportunidad de oro para limpiar la frontera. Así, columnas de jinetes cristianos empezaron a partir todas las primaveras desde los altos valles del reino para vaciar el paisaje al sur.

Mi abuelo nos había contado infinidad de veces, al calor del fuego invernal, aquellas correrías por tierra de nadie. La hueste llegaba a una aldea, aniquilaba a los moros, liberaba a los cristianos y los traía consigo al norte sin dejar tras de sí más que ceniza y desolación. De este modo el viejo García recorrió todo el valle del Duero hasta la gran meseta del sur. El rey Alfonso se había propuesto tres cosas. Una, liberar a aquellos cristianos de su yugo. La segunda, ganar población para su reino. Y la tercera, privar al moro de puntos de reposo en la región. Mi abuelo tenía a gala haber cabalgado junto al rey y su hermano, el gran Fruela, en esas aventuras, y de alguna de ellas sacó además buen botín. El hecho es que en aquellas cabalgadas había atravesado varias veces nuestros montes hacia el valle de Mena, y allí había podido comprobar que este valle, al oriente de la vieja Area Patriniani, era rico y fresco y estaba bien regado, y lo más importante: quedaba protegido por una muralla natural al sur que impedía el paso a cualquier peligro. Era, en fin, un buen sitio para probar suerte.

Aquellas palabras hicieron brillar diamantes en los ojos de Lebato. Mi padre cogió un tizón de la chimenea, lo enfrió en agua y acto seguido, como un autómatas, dibujó una especie de croquis sobre la tosca losa del suelo. Unas montañas, unos ríos, unos bosques... Se detuvo y miró a mi abuelo. El viejo guerrero cogió a su vez el tizón y completó el paisaje: los montes que cerraban el valle por el este y por el sur, el estrecho camino del oeste hacia el monte Cabrio y las ruinas de Area Patriniani... Realmente aquel valle era una fortaleza natural. Los hermanos asistíamos al espectáculo como si fuera una especie de ritual mágico. Y oscuramente intuíamos que nuestro destino se jugaba en los negros trazos de aquel conjuro.

En los meses siguientes, y durante un par de años, Lebato consagró toda su energía a buscar caminos hacia la tierra prometida. A veces con su gente —el fiel Cervello, el valiente Rui, el astuto Guma—, a veces con mis hermanos Vítulo y Ervigio, incluso él solo en algunas ocasiones, recorrió palmo a palmo los montes de Ordunte estudiando el terreno, trazando rutas, abriendo claros. Y después bajó al valle, su tierra de promisión, señalando campos y levantando cabañas. Muy pronto decidió que no viajaríamos rodeando los montes, sino que los cruzaríamos aprovechando las veredas naturales de las gargantas. Rodear los montes por el este o por el oeste exigiría un viaje de varias jornadas, con mucha provisión de vituallas y demasiada gente para protegernos de salteadores, y no teníamos ni tantos hombres ni tantos víveres. Cruzar los

montes era una vía más difícil, pero nos llevaría menos tiempo y, además, nos aseguraría contra los ladrones de los caminos. Estaba decidido: viajaríamos todos. En la aldea quedaría el primogénito, García, heredero del solar, junto al abuelo, demasiado viejo para la aventura. Y todos los demás daríamos el salto.

## La gran migración

Llegó el gran día. Fue al final del verano, apenas recogida la cosecha. Empezaba a amanecer cuando mi gente tomó el camino del sur. El sol aún era más débil que nuestras antorchas. Mi padre iba delante, sólido y compacto sobre su viejo jamelgo, una tea en la mano, la otra sujetando las riendas. Mis hermanos mayores, Vítulo y Ervigio, caminaban a su lado, a pie, cada cual con su luminaria, mascullando rezos, como en una santa procesión. Los demás nos acomodábamos como podíamos en uno de los carros, pegados a mi madre como polluelos, muertos de frío y, al mismo tiempo, ardiendo de excitación. Detrás venía la gente de casa: Cervello con dos mulas cargadas de aperos, su esposa Elvira tirando de un buey, y estaban también Rui y Guma, y García el Tuerto y Eterio, y con ellos sus esposas y sus hijos, todos con sus hatos de ropas y viandas, y los perros, y un carro que transportaba el gallinero, y una cuerda de ocas y dos vacas, y cuatro marranos que gruñían como si supieran que iban a tierra de moros. Yo miraba a nuestra gente y veía en sus ojos miedo, porque nunca habían traspasado aquellas montañas, pero también esperanza, porque al otro lado aguardaba una vida más libre y plena. En la aldea, con García y el abuelo, quedaban además dos ancianos sirvientes: ellos mantendrían vivo el fuego... por lo que pudiera pasar.

Mi padre, ya os lo he dicho, había recorrido varias veces el camino. Había que subir por Tejera, Bárcenas y Cezura para ganar los altos de Pando. Hasta ahí, la ruta no ofrecía gran dificultad. El problema venía después. La tierra se encrespaba entre bosques y lomas, y el camino se convertía en un rizo de vueltas y revueltas, siempre cuesta arriba, a veces sin otra guía que las precarias marcas que había dejado mi propio padre en sus primeras exploraciones. Las hayas y los robles cobraban tamaño de gigantes y entre sus hojas el viento ululaba advertencias a los imprudentes.

No soy capaz de recordar cuántas horas duró la primera jornada. Tengo bien viva la imagen del sol en lo alto y nuestra columna en marcha; en la pesada marcha que los bueyes imponían. A esa hora los hermanos ya caminábamos fuera del carro, ayudando a controlar a las bestias. De vez en cuando algún animal se desmandaba y los mozos tenían que ir en su busca. Mi padre dio orden de no detenerse cuando eso pasara: no debíamos perder más tiempo del preciso. En una ocasión, remontando una loma, una mula resbaló sobre un accidente de la cañada. El animal se asustó y el pobre Rui, que lo llevaba del bocado, a punto estuvo de caer pendiente abajo. Al mediodía nos detuvimos.

En un pequeño calvero, al lado de un manantial, hombres y bestias recobramos el aliento.

Abajo, en el valle que dejábamos atrás, apenas si se divisaban ya las manchas de lo que había sido nuestro estrecho hogar. Los hermanos comíamos huevos crudos y coles mientras jugábamos con los otros chiquillos de la clientela. Pero los adultos estaban de otro humor: en el fondo de su alma, les dolía cortar lazos. Nunca olvidaré el gesto melancólico de mi madre, que allí, en Carranza, ahora tan lejana, dejaba risas de novia y dolores de parto, las tumbas de sus padres y la ilusión de la maternidad. Pero también quedaban atrás la angostura de una tierra cada vez más escasa y el hambre de unas cosechas siempre insuficientes. Lebato se sentó junto a Muniadona. No le dijo nada. Solo cruzaron sus miradas antes de depositarlas por última vez sobre la vida que dejaban atrás. Entonces mi padre se puso en pie y gritó: «¡En marcha!». Y la columna de los pioneros volvió a su ritmo cansino y tenaz, como el paso de los bueyes.

El ocaso nos sorprendió en el punto más alto del camino. Era lo previsto. Lebato se había ocupado de preparar las cosas: él y mis hermanos mayores habían desbrozado meses atrás un pedazo de bosque, lo suficiente para que ahora fuera posible instalar allí un improvisado campamento. Incluso habían tomado la providencia de construir un pequeño aprisco para las bestias. Cervello y Rui hicieron fuego. Las mujeres tendieron lienzos y sayales. Los carromatos que llevábamos nos servirían de pared. Pronto cayó la noche, una noche aún tibia de septiembre. El suelo guardaba el calor del reciente verano y el aire no había perdido su olor a vida vegetal. En el interior del bosque se desperzaba la vida nocturna con su música inquietante. Pero nada de todo eso parecía importar a la familia, que formaba ahora un círculo alrededor de la hoguera cantando y riendo, con el ánimo jovial de quien ha tenido una buena jornada. Después, el fuego fue cediendo y el cansancio afloró a los rostros. Y aún más tarde empezó a oírse, a lo lejos, el aullido penetrante del lobo. García y Eterio montaron la guardia. Yo me dormí con el corazón atenazado por las sombras del bosque.

\*\*\*

Bajar a la garganta del río Ordunte fue una odisea que aún recuerdo con estremecimiento. Las precarias sendas que mi padre y sus hombres habían abierto en los meses precedentes servían para mulas y caballos, pero acogían mal el ancho de nuestros pesados carros. Además, en numerosos puntos la falda del monte caía a pico, de manera que cada paso era una proeza al límite del abismo. Al menos así lo recuerdo yo. En un determinado momento, mi padre ordenó vaciar los carros: todos nuestros enseres y vituallas viajarían en

las alforjas de las mulas. Los carros, sin peso, se descolgaron lentamente por las vertiginosas sendas bajo el tiro de los bueyes y retenidos con cuerdas por unos cuantos hombres que guiaron la marcha. Uno de los carros cedió en un recodo y se precipitó ladera abajo. Carro y bueyes rodaron pesadamente hasta estrellarse contra unas rocas. Hubo que sacrificar a los animales: su carne nos alimentaría en los próximos meses.

Sería incapaz de precisar cuánto tiempo nos llevó aquella locura. Sí recuerdo que antes de caer la tarde ya estábamos todos abajo, incluidos los carros supervivientes, y que Guma y Eterio dedicaron las siguientes horas a recuperar los restos del carro destruido y los cadáveres de los bueyes despeñados. El resto de la comitiva, mientras tanto, se dedicó a reunir el ganado que llevábamos con nosotros: nada podía perderse. En el descenso pudimos apreciar el aspecto del valle de Mena: una gran extensión de prados jugosos y árboles salvajes, regada por varios cursos de agua y cerrada por más montes allá abajo, al sur. Era hermoso, aunque no estoy muy seguro de que todos deseáramos convertirlo en nuestro nuevo hogar. ¡Había tanto por hacer...! Esa segunda noche volvimos a pasarla al raso, con la inquietud de hollar un paraje desconocido para nosotros, pero al mismo tiempo con la certeza de que habíamos conseguido nuestro propósito: el rumor de las aguas del Ordunte estaba allí para susurrarnos que el valle era nuestro.

La mañana nos sorprendió con un intensísimo aroma a hierba fresca. Tardamos muy poco en completar el camino hasta nuestro destino: los llanos que se dejaban regar plácidamente por el río Cadagua. Allí mi padre nos ordenó detenernos. Reunió a las familias. Con la solemnidad de Moisés en el mar Rojo, recitó una oración. Acto seguido vino a decir algo como lo siguiente: «Aquí tenemos la casa que buscábamos. Todos tendremos nuestra tierra, nuestros serán sus frutos y sus montes y su caza y su madera. Cada cual sabe dónde está ahora su hogar. Los hombres y yo hemos hecho presuras en estos últimos meses. Las lindes están marcadas. Es la hora de dar gracias a Dios y poner manos a la obra». Y dicho esto, cada uno de los hombres de mi casa — Cervello, Guma, Rui y los demás— partió hacia su nuevo destino. Lo mismo hicimos mis hermanos y yo, siguiendo a mi padre. Así empezó todo.

\*\*\*

Las presuras, como llamábamos a la toma de posesión de las tierras, consistían en que uno llegaba a un paraje deshabitado y marcaba el terreno que reclamaba para sí. No hubo peleas, pues el trabajo de los meses anteriores había señalado de antemano dónde debía poner su marca cada cual y, por otro lado, allí había sitio para todos. Mi padre, como jefe del grupo, se había reservado un ancho espacio desde el paraje que llamamos Ordejón hasta el que llamamos la

Hoz, al pie de una suave cresta boscosa. El resto de la compañía se extendió desde allí hacia el este, hasta la orilla del río.

Las tierras de presura se habían indicado con pequeños túmulos o mojones de piedras. No obstante, esto solo era la primera parte del trabajo. Después había que escaliar la tierra escogida, es decir, desbrozar matas, arrancar árboles, sacar piedras y, en fin, todo lo necesario para dejarla apta para el cultivo. Años más tarde, cuando llegaron nuevos colonos, se tomaría la determinación de que a nadie se le reconociera una presura hasta que hubiera escalado el terreno: era la mejor forma de frustrar a los acaparadores. Pero tal problema no existía ahora, entre los flamantes amos de un paisaje donde lo único que sobraba era precisamente tierra. Empleamos el resto del día en escaliar nuestras nuevas posesiones. Lebato y todos nosotros, sus hijos, trabajamos sin descanso durante horas. Mientras tanto, mi madre, Muniadona, ayudada por mis hermanas, se dedicó a acondicionar la precaria cabaña que mi padre había levantado en sus anteriores exploraciones: una especie de choza circular con ancho tejado de paja, al más antiguo estilo cantábrico. Ese iba a ser nuestro hogar provisional hasta que pudiéramos levantar una casa digna de tal nombre.

Fueron meses de trabajo sin tregua. Todas y cada una de las familias instaladas en el valle regaron con chorros de sudor la tierra que había de darles sustento. Antes de llegar el otoño ya había quedado el suelo listo para el arado. El estiércol de las bestias fue el mejor abono. Pero aún había mucho por hacer. Ante todo, había que prevenir el invierno. El ganado y las aves que habíamos traído desde Carranza nos aseguraban comida suficiente, pero también era preciso protegerse contra el frío. Con las ramas procedentes del escalio, las mujeres confeccionaron sólidas urdimbres que mitigarían el efecto del invierno en nuestras cabañas. Al mismo tiempo, la construcción de las nuevas casas comenzó de inmediato. En aquella tierra de promisión no faltaban ni la piedra ni la madera, lo cual aceleró los trabajos. Mis hermanos Vítulo y Ervigio demostraron ser excelentes constructores. Los demás hombres de la aldea, cuando terminaban sus propias labores, acudían a mi casa para ayudar a mi padre: era su obligación hacia el jefe de la comunidad.

Lebato había pensado bien las cosas. En particular, se había ocupado de meter en la mollera de sus gentes que ahora todos tendrían sus propias tierras, sí, pero que el patrono seguía siendo él. Allá atrás, en Carranza, Lebato era el propietario de la tierra y los demás —Cervello, Rui, Guma, Eterio, García el Tuerto— eran su clientela: Lebato dejaba a los clientes trabajar la tierra y estos, a cambio, cedían al patrono una cantidad prefijada de las cosechas; Lebato, por su parte, se comprometía a proteger la vida de su gente. Era el viejo modelo ancestral de organizar la comunidad. Ahora, en este nuevo mundo que era el

valle de Mena, los clientes tenían tierras en propiedad, pero la relación de clientela seguía vigente. Y todos sabían que su supervivencia dependía de que Lebato siguiera a la cabeza.

Lo primero que las familias de Mena experimentaron con alivio fue la ausencia del recaudador. En Carranza sufríamos periódicamente la visita del enviado del rey, o por tal se titulaba. Llegaba a casa y exigía el pago de una parte de la cosecha: se llevaba grano, algunas aves, a veces incluso una vaca. Y más valía no oponerse, porque alguno ya había pagado con sangre la negativa. De manera que los hombres de nuestra casa pagaban con su trabajo a mi padre, y mi padre a su vez pagaba al recaudador con el fruto de la tierra. En Mena, por el contrario, nadie venía a exigir nada: todo era enteramente nuestro. Con razón mi padre podía sentirse señor del valle.

Aquel primer invierno en el valle de Mena tuvo el grato sabor de una aventura fraterna. Celebramos el Adviento y la Navidad en una atmósfera de infinita esperanza. El pandero de Cervello y la gaita de Eterio pusieron música en aquellas soledades. Mi hermano Vítulo, que ya entonces había tomado los hábitos, dirigió los oficios y predicó la natividad del Señor en un humilde chamizo que hizo las veces de iglesia. La matanza de un par de puercos nos había provisto de carne suficiente para todos. Cuando llegaron las primeras nieves cesó el trabajo del campo, pero otras tareas llenaron el tiempo: exploraciones de caza hacia los bosques cercanos, aprovisionamiento de leña y, muy importante, el servicio de anubda, que es como se llamaba a la labor de vigilancia en la frontera de nuestro pequeño mundo. Los hombres marchaban hacia la peña que cerraba nuestro valle por el suroeste y desde allí oteaban el horizonte: si había algún peligro, solo desde ese punto podía venir; pero no vino, al menos aquel primer invierno.

Mi padre no se había equivocado: la tierra del valle de Mena era rica y fecunda. Las primeras cosechas fueron generosas. Cuando llegó el verano, todo nuestro nuevo hogar resplandecía de fruto. El viejo molino ruinoso que mi padre había descubierto en la orilla del Cadagua volvió a funcionar. Y qué decir de la caza, inagotable en aquellos bosques vírgenes. Ese verano supe por primera vez en mi vida qué era la abundancia. También habíamos terminado de construir las casas, de manera que aquello ya parecía realmente una aldea. Vítulo pudo sustituir su precaria iglesia por un templo más digno, en el que todos pusimos sudor. Dedicó el templo a San Emeterio, aquel soldado romano de Calahorra que murió mártir por no abjurar de su fe cristiana. Allí, en el rústico santuario de San Emeterio del Taranco, nos instruía a los más niños sobre las Sagradas Escrituras y también nos enseñaba a hacer cuentas.



Con los hombres atareados en mil labores de construcción, las mujeres se entregaron a dar un aspecto más hermoso a nuestro pequeño paraíso en la tierra. Recuerdo con toda claridad el día en que mi madre, Muniadona, apareció con enormes cantidades de flores silvestres. El resto de las mujeres imitó a mi madre. En unas pocas horas, nuestras rústicas balconadas se vieron embellecidas por aquella sinfonía de color. Era la guinda para un duro trabajo de arreglo de fachadas, puertas, ventanas... Las mujeres habían convertido nuestra aldea en un lugar donde apetecía vivir. Y Muniadona se movía de un lado para otro con la seguridad de un artista que confía en su obra.

Mi madre venía de tierras de los vascones, justo al borde de las montañas inhóspitas. Mi padre la conoció allí cierta vez que fue a comprar caballos. La moza le gustó, de manera que volvió al año siguiente, y al otro. La familia de Lebato encontró que los caballos de aquella gente eran duros y estaban bien criados, y la familia de Muniadona constató que Lebato era un buen partido. El viejo García, mi abuelo paterno, acudió a ver a los padres de mi madre y cerraron el acuerdo. Después Lebato, acompañado de un sacerdote y de gente de su casa, fue a buscar a la novia. Trajo a la vascona a Carranza. Contrajeron matrimonio y se instalaron en la casona familiar. Muniadona demostró ser una madre amorosa y un ama excelente, ese tipo de mujer que gobierna y administra con cuidado infinito. Solo puedo decir de ella que inspiraba seguridad a todos cuantos la rodeaban, empezando por mi padre. Y las mismas virtudes desplegaba ahora, en nuestra tierra nueva, previendo y proveyendo los mil detalles de un mundo que nacía.

\*\*\*

Los colonos de Mena constituyeron pronto una singular comunidad de hombres libres. Lebato seguía llevando la voz cantante y nadie discutía su autoridad, pero el resto de nuestros amigos operaba ya con entera autonomía, dueños de sus propias tierras. Mi padre puso buen cuidado en organizar bien los recursos: quedó establecido que los montes y los pastos altos serían de uso comunal, lo cual era una garantía para todos. A Guma se le ocurrió montar un torno de alfarero y hubo que arbitrar cuándo y cómo podía cada cual requerir sus servicios. En cuanto al molino restaurado a la vera del Cadagua, todos podrían usarlo, pero según rigurosos turnos. Asimismo, Lebato se ocupó de restablecer el contacto con Carranza, el hogar que habíamos dejado atrás, donde permanecía mi hermano García. También envió noticia de nuestra existencia a las Asturias de Santillana, donde mantenía viejas amistades. De allí vino un día un tipo singular: Ramiro, el herrero, que tendría una imprevista influencia en mi vida.

Este Ramiro era un personaje de leyenda: un tipo fuerte y grande y hosco, de enormes ojos azules clavados a martillo sobre un rostro colorado, y con unos brazos gruesos como mis piernas. Nos lo mandó un amigo de mi padre desde las Asturias de Santillana porque nosotros necesitábamos un herrero y él era de los más afamados. Pero Lebato dejó caer un día, como quien no dice nada, que si el herrero había abandonado su casa para venir a la frontera no era por azar ni tampoco por afán de aventura. ¿Qué secreto escondía Ramiro? ¿Era tal vez un brujo, como se contaba de tantos herreros? El enigma inflamaba la imaginación de los niños y levantaba las suspicacias de los mayores. El hombre vino solo, sin familia, y eso preocupó sobremanera a mi madre, que pronto empezó a enredar para encontrarle una mujer. Había en la aldea algunas mozas casaderas, como las hijas de García el Tuerto. Pero Ramiro se mostraba siempre esquivo, dedicado día y noche a su forja.

Aquel hombre se instaló sobre las ruinas de piedra de una choza abandonada, construyó allí un horno y se volcó en su trabajo con frenesí. Durante horas sonaban los golpes de su martillo y los bufidos del fuelle. Cuando, cansado, asomaba su corpachón por la estrecha puerta para tomar aire, los chiquillos corríamos a verle para que nos contara historias. Ramiro respiraba profundamente, bebía de un enorme cántaro y, tras una larga mirada silenciosa, comenzaba a hablar. Nos contó que también su padre y su abuelo fueron herreros, y que su familia, de linaje godo, había llegado al norte escapando del yugo sarraceno. Nos relataba aventuras formidables del tiempo de Pelayo y aun antes. Nos explicaba que su abuelo y su padre le habían enseñado el secreto del acero, y que algún día él lo enseñaría a su vez a alguno de nosotros. Y cuando estaba particularmente locuaz, nos hablaba de sus investigaciones sobre el arado, y de cómo él había imaginado un arado capaz de labrar la tierra más hondo que ninguno. «Pero aún no he sido capaz de forjarlo —concluía—. Por eso me oís trabajar día y noche».

El herrero, en efecto, nos hacía mucha falta, porque no solo precisábamos herraduras para las bestias, sino también refuerzos y repuestos para los arados. En particular, era imprescindible encontrar arados que profundizaran bien en el suelo y al mismo tiempo removieran la mayor cantidad posible de tierra, porque eso permitiría sembrar con más intensidad y reducir los periodos de barbecho. En Carranza, en la vieja aldea, con nuestros pequeños arados — muchos de ellos aún de madera— hiriendo una tierra ya gastada, había que dejar descansar los campos hasta dos años antes de volver a plantar. Eso significaba que si venía un año de mala cosecha, el hambre nos estrangularía sin piedad. Los arados de hierro hicieron más fácil la labor, pero su construcción exigía una destreza que no estaba al alcance de cualquiera. Ramiro sabía hacerlo, y muy bien, pero el herrero quería más: en algún lugar había oído hablar de unos arados normandos guiados por ruedas y con una reja que se

hincaba bien hondo en la tierra más dura. Si además fuera posible voltear la tierra hacia los lados, de manera que cada año fuera como plantar en tierra nueva... Aquellos eran los afanes que ocupaban el espíritu de nuestro herrero.

\*\*\*

Un día mi padre me llevó consigo a la Peña, la torre natural que cerraba nuestro mundo por el suroeste.

—Quiero enseñarte algo —me dijo.

A lo largo del trayecto me fue indicando lomas y hondonadas, prados y cerros y sotos, poniendo nombre a las cosas. Me hizo subir con él a lo alto de la roca. Lo que vi me dejó boquiabierto: una inmensa llanura se abría a nuestros pies, hasta donde la vista se perdía.

—El mundo no se acaba en Mena —habló Lebató—. La nueva frontera está aquí, bajo estas quebradas. Un día volverá aquí la cruz y a su sombra plantaremos mares de cereal, océanos de cebada y trigo. Ellos lo saben. Los moros lo saben. Harán todo lo que puedan para impedir que esta tierra sea nuestra. Vendrán, atacarán, saquearán nuestros campos, talarán nuestros frutales, arrancarán nuestras cepas y se llevarán a nuestra gente. Pero esta tierra es nuestra. Pertenece a nuestros padres y nos pertenece a nosotros. Por eso es tan importante que vivamos en Mena. Por eso hemos de perseverar en ese suelo que hemos conquistado. Mares de cereal... Mares de cereal...

Aún musitó más veces, como una letanía, aquel «mares de cereal».

Mi padre me enseñó todo. Me enseñó a sobrevivir. A cazar conejos y nutrias y armiños, y cómo desollarlos. A curtir las pieles y fabricar con ellas zapatos, gorros, zurrones... Me enseñó qué tierra es buena y cuál no, y por dónde había que cortar la madera. Me enseñó a distinguir unas semillas de otras y cuándo era el buen momento para plantar las simientes. Me enseñó el significado de cada sonido del bosque y de cada color del cielo. Me enseñó los nombres de las bestias y cómo saber si estaban sanas o enfermas. Y a encontrar el camino cuando la niebla o la noche te hacen perderlo. Todo eso me lo enseñó mi padre.

A pesar de nuestros temores, aquel primer año no hubo ningún ataque de los moros, ni tampoco al año siguiente. Pudimos disfrutar tranquilamente de nuestra nueva riqueza. Mena era ya nuestro mundo. Pasaron los meses. Pasaron los años. Mi madre dio a luz un hijo muerto: le bautizamos como Bartolomé, en homenaje a la vieja aldea que habíamos dejado atrás, y fue el primer inquilino de nuestro camposanto. Después le siguió Rosamunda, la mujer de Eterio, que

murió de unas fiebres. La rueda de la vida giraba obediente a la mano divina. Mi hermano Ervigio marchó a tomar los hábitos, como antes lo había hecho Vítulo. Lebató le había encontrado una buena recomendación para el monasterio de Samos, en la lejana Lugo. Para mis padres, como para toda la comunidad, tener dos hijos eclesiásticos era signo de distinción, además de una vía para el cielo. Y era el camino natural para los hijos menores del patrono, dado que mi hermano mayor, García, iba a heredar la propiedad de Carranza, y a mi otro hermano, Tello, le correspondería lo mismo en Mena. Cuando vi marchar a Ervigio, abrazado por los sollozos de mi madre, supe que algún día yo seguiría el mismo camino.

\*\*\*

Alguna vez nuestros hombres en servicio de anubda vieron pasar huestes moras por la vieja calzada de la arruinada Aria Patriniani, al oeste de nuestro valle, pero nunca penetraron en Mena; quizás ignoraban que estábamos allí. Yo crecí. Dejé de ser un niño. Y un día se me encomendó la misión más excitante que podía imaginar: marchar en misión de anubda hacia la Peña.

Fue entonces la primera vez que vi a un moro. A cuatro moros, para ser precisos. Yo compartía la anubda con Illán, hijo de García el Tuerto, un mocetón que me doblaba la edad y también la estatura. Matábamos las horas apedreando pajarillos cuando, al mediodía, cuatro jinetes aparecieron en el horizonte. Aguzamos la vista y pudimos observar sus atuendos. Eran moros, no había duda. Y galopaban con presteza hacia la Peña donde nos hallábamos. «¿Qué hacemos?», pregunté. Pero Illán no contestó: había salido corriendo y se había escondido en cualquier agujero de los alrededores.

Perdí un tiempo precioso buscando a mi compañero. Cuando me quise dar cuenta, los jinetes ya estaban a un tiro de piedra allí abajo, al pie de la Peña. Se quedaron clavados, mirándome con ojos inquisitivos. Yo estaba atenazado por el miedo. Uno de tez renegrada y barba rala reía con ojillos siniestros. Dijo a sus cofrades algo que no entendí. Entonces se adelantó otro que, para mi sorpresa, lucía una densa barba rubia y me habló en mi lengua: «¿De dónde eres, chico? ¿Dónde está tu pueblo?». Por puro instinto extendí el brazo en dirección contraria al valle, lejos de nuestra casa, hacia el lugar donde un día estuvo Aria Patriniani. «¿Y hay mucha gente allí?», preguntó de nuevo el moro rubio. Negué con la cabeza; el miedo no me dejaba escapar ni una sílaba. Los cuatro agarenos se miraron mientras yo impetraba la protección de todos los santos. El rubio hizo caracolear su caballo, los cuatro dieron la vuelta y se marcharon por donde habían venido. Solo cuando estuvieron bien lejos reapareció Illán, mi compañero, que se había ocultado cuan largo era en una mata de aliagas. Su aspecto me habría levantado carcajadas de no estar todavía

paralizado por el susto. Sin perder un minuto, corrimos hacia el pueblo para dar a mi padre noticia del encuentro.

Referí a Lebato lo sucedido. Mi padre me avasalló a preguntas que apenas supe contestar: qué aspecto tenían los moros, la salud de sus caballos, si llevaban las alforjas llenas o vacías, si iban armados, si sus ropas estaban sucias o limpias... Mil detalles que debían darnos indicios de a qué nos enfrentábamos. Torpemente hice memoria. Para mi sorpresa, Illán había reparado en más cosas que yo. Por ejemplo, en los odres que colgaban de las grupas de los caballos. «Señal de que vienen de lejos», dijo mi padre con alivio. Entre unas cosas y otras, Lebato compuso su diagnóstico: una cuadrilla de exploradores en busca de tierras para saquear. No había que temer nada por el momento, pero su presencia indicaba que no tardaría en aparecer una fuerza más numerosa. Sin duda pronto habría una aceifa en las tierras de la frontera. ¿Dónde exactamente? Mi padre me observaba, silencioso. «¿Eso fue todo?», preguntó. Contesté que sí. «Has obrado bien», me dijo.

Pregunté a mi padre por la identidad de aquel moro rubio que hablaba nuestra lengua. Si era sarraceno, ¿por qué su aspecto era igual al nuestro? Fue así como mi padre me refirió la traición multitudinaria de los grandes, que se rindieron a los invasores y se convirtieron a su blasfema religión a cambio de conservar sus tierras y su poder. Mucho tiempo atrás, cuando la última gran guerra civil —narró Lebato—, uno de los bandos, el del rey usurpador Agila, llamó en su socorro a los musulmanes del otro lado del mar. Los moros desequilibraron la balanza. El partido de Agila venció al del noble príncipe don Rodrigo. Pero llegado el momento de despedir a la fuerza mercenaria, esta no se marchó, sino que se adueñó del país. La monarquía hispana de los godos, desgarrada por la guerra, se hundió sobre sí misma. Los musulmanes trajeron más hombres. Ciudad tras ciudad, todo el viejo reino fue entregándose. Si alguien se negaba, los moros lo arrasaban todo. Como ya no quedaba ejército para defenderse, nadie pudo oponer la menor resistencia. Los nuevos amos del país eran muy pocos, pero supieron ganarse la voluntad de las grandes casas y de los principales linajes: vida, riqueza y poder a cambio de someterse al nuevo amo. Así cayeron Sevilla, Mérida, Toledo, Zaragoza, las joyas de la corona visigoda, y también el Levante y el rico valle del Ebro. Solo en nuestras tierras, en el norte, al cobijo de las montañas, pudo la cristiandad resistir. El duque Pedro de Cantabria perdió la fortaleza de Amaya, pero supo parapetarse detrás del Escudo de Cabuerniga. Allí estuvo el padre de mi abuelo. Mientras tanto, en Asturias se levantaba don Pelayo. Los moros, derrotados, abandonaron la región. Pero en el resto del antiguo reino muchos cristianos se pasaron al enemigo, y con ellos sus hijos y los hijos de sus hijos. Por eso —concluyó Lebato— yo había podido ver a un moro rubio que hablaba nuestra lengua:

algún día la sangre que corría por las venas de ese hombre fue cristiana. Con la ayuda de Dios, algún día volvería a serlo.

Mi padre nunca me había hablado de aquello. Sus palabras me permitieron entender muchas cosas. Entendí, por ejemplo, la amargura de mi abuelo al contar sus aventuras: es que el viejo García, como antes su padre, no había librado una guerra contra el enemigo invasor, sino que había combatido contra la traición de sus propios hermanos. Nuestro mundo no se había hundido por una calamidad venida de fuera; nuestro mundo se había hundido desde dentro, horadado por nosotros mismos. Ahora era preciso empezar a reconstruirlo todo desde el principio, con cimientos nuevos en la vieja tierra de nuestros antepasados.

\*\*\*

Después de aquel suceso, Lebato quedó pensativo. Aparentemente le restó importancia, pero no debía de tenerlas todas consigo porque, a la mañana siguiente, marchó con los hombres hacia el suroeste, donde el valle se abría al peligro, y dedicaron varios días a cavar fosos y construir empalizadas. Haciendo rodar grandes piedras levantaron unos dientes de dragón y con agudas estacas erizaron el campo. Nada que pudiera detener a un ejército, pero suficiente para retrasar su marcha. Al mismo tiempo, dio instrucciones para levantar graneros escondidos bosque arriba, en el monte: si algún día aparecían los moros, todos deberíamos huir hacia allí, a esas cabañuelas bien provistas de víveres, y mantenernos ocultos hasta que el peligro hubiera pasado. Ese año no llegaron los moros. Pero todos vivíamos ya con la certidumbre de que, tarde o temprano, el enemigo intentaría asolar nuestras tierras. Mi imaginación ardía soñando una épica batalla como las que libró mi abuelo.

Al fin llegó el día en que me tocó también a mí partir hacia mi destino: los hábitos. Mi padre me había arreglado la entrada en el monasterio de San Martín de Turieno, en Liébana: una casa de mucha fama en todo el reino por la sabiduría y santidad de sus monjes. Lebato me llamó para explicarme lo que esperaba de mí: ingresaría en el noviciado de San Martín, allí me enseñarían latín y teología y, quién sabe, quizás incluso llegara a ordenarme como mi hermano Vítulo. Mi padre decía todo esto con un gesto de honda satisfacción, como el del hombre que no puede estar más convencido de sus razones. Con mis padres quedaban mis otros hermanos: Tello, Adosinda, Munia y el pequeño Esteban. Esa noche lloré: no quería marchar. No podía entonces imaginar siquiera hasta qué punto Liébana iba a cambiar mi vida.

## El viaje a Liébana

Partí hacia Liébana una fría mañana de otoño; Lebato pensaba que aquel era el mejor momento para viajar, pues en los rigores de la estación disminuían los peligros del camino, en particular el riesgo de encontrar cuadrillas de salteadores. Mi padre y mi hermano Vítulo me acompañaron hasta los montes de Ordunte. Allí se despidieron. Mi padre, con gesto severo; Vítulo, con un abrazo fraternal. Mi hermano me había dado algunas indicaciones prácticas sobre la vida en el cenobio: obediencia, formalidad, aplicación, devoción... Sobre todo, dejarme llevar por los maestros. Y por supuesto, nada de tonterías con las mozas del lugar. Mi padre, por su parte, me entregó un pequeño zurrón con varios pergaminos de becerro: cartas para los hitos de la ruta. Lebato y Vítulo volvieron grupas. Yo me dispuse a desandar el camino andado cuando salimos de Carranza. Desde allí, desde la vieja aldea, debía marchar por la vía que llevaba a la costa. A partir de Laredo, un poblacho de pescadores, me esperaban al menos dos semanas de viaje hasta mi destino. Durante todo el trayecto me acompañaría el fiel Guma.

Nos detuvimos en Carranza para ver al abuelo y a mi hermano García. El abuelo había muerto la primavera anterior; mi hermano ni siquiera se había molestado en hacérselo saber. Los ancianos sirvientes que quedaron al cuidado de la casa tampoco estaban ya allí. En su lugar había dos labriegos de gesto estulto que atendían el servicio. García me recibió con una frialdad glacial. Parecía una persona distinta. Nunca había sido un espejo de cordialidad, pero el fondo hostil que brillaba ahora en sus ojos me pareció excesivo. ¿Quizá temía que viniera a disputarle la herencia? Confusamente me habló de una mujer de la costa, de la zona de las salinas, a la que había conocido en un viaje de comercio. No estuvimos en la vieja casa más que una noche; el tiempo suficiente para constatar que mi hogar ya no estaba allí, sino en Mena. Guma durmió en la caballeriza y yo en un jergón en el altillo. No pegué ojo. La excitación del viaje, la incertidumbre sobre mi destino y el resquemor hacia mi hermano me impidieron conciliar el sueño. Salimos muy temprano, con el alba, y no nos detuvimos hasta que las bestias dieron señales de cansancio. Eso ocurrió donde el río Carranza va a morir en el Asón. Caía la tarde y Guma consideró prudente alejarnos del camino y buscar un cobijo para pasar la noche. Guma era ya un veterano. Dócilmente, obedecí.

Todo cuanto mis ojos veían era nuevo para mí. Hasta ese momento mi mundo se limitaba al valle de Carranza y al valle de Mena, y mi mayor aventura había sido la anubda en la Peña, donde el encuentro con los moros.

Cuanto ahora podía observar era una incesante repetición de lo mismo: valles iguales, gentes iguales, aldeas iguales, paisanos iguales... Se diría que el universo entero era un eco perpetuo de lo que yo conocía. Pero todo empezó a cambiar a medida que nos fuimos acercando a la costa. Allí los valles se abrían y los montes se achataban, y un olor salobre llenó de repente mis pulmones. Había más gente en los caminos, alguna con carros de extraordinaria factura, y sus rostros presentaban otro semblante que me pareció más despejado. Los rebaños pacían en los prados. Los huertos, exhaustos a estas alturas del año, descansaban aguardando el invierno. El paisaje ya no se limitaba a la perpetua repetición de pequeñas aldeas, sino que ahora muchas casas aisladas salpicaban los campos aquí y allá, señal inequívoca de que no tenían nada que temer, pues nadie abandona el grupo si no se siente seguro. Algunas de esas casas me parecieron auténticos palacios en comparación con lo que yo conocía; sin duda los patronos de estas tierras vivían con menos estrecheces que nosotros. Vi que había muchas iglesias por todas partes, y en algún punto del camino descubrí incluso pequeños monasterios que levantaban su voz a Dios sobre solitarios parajes. La comarca transmitía una intensa impresión de vida, cada vez más patente a medida que descendíamos hacia la calzada de la costa. Y al fin, apareció el mar.

Yo nunca había visto el mar. Cuando por primera vez contemplé aquella infinita extensión de agua, ya en la bajada hacia Laredo, quedé extasiado. Guma, que era de temperamento vivaz, pero no muy hablador, se limitó a decir: «El mar». Le miré con alguna sorna. «Acerquémonos», le dije. «Vas a hartarte de verlo», me contestó. Porque, en efecto, a partir de ese momento nuestra ruta iba a correr durante varios días paralela al mar. Nos encaminamos directamente hacia la inmensa llanura azul. Al doblar una loma apareció un burgo de casuchas apiñadas sin orden a escasa distancia de la orilla, bajo la sombra de una pobre fortaleza con muros de madera. Era Laredo. «Ahí dormiremos», me dijo Guma. Laredo era desde tiempos lejanísimos un poblado de pescadores. Sus gentes vivían de lo que sacaban de la mar. Me impresionó ver, varadas sobre la playa, decenas de pequeñas embarcaciones como las que debieron de tripular los discípulos de Nuestro Señor. Mi única noción sobre los pescadores bebía en los pasajes evangélicos que me había leído mi hermano Vítulo. Quizá por ello me decepcionó un poco el ambiente de aquel poblacho con su olor a podrido. «Es pescado», me aclaró Guma. Enseguida comprobé que aquella iba a ser también nuestra cena.

Nos alojamos en un minúsculo cenobio a la salida del pueblo. Enseñé al hermano portero uno de los pliegos que me había dado mi padre. El hermano nos hizo entrar y nos condujo hasta nuestro dormitorio. Una celda para los dos; sendos camastros en un agujero húmedo y oscuro. Limpio, eso sí. Después, se nos dispensó el ritual de recepción prescrito por la regla de San Benito: la



comunidad, cuatro ancianos frailes de barbas blancas, oró con nosotros, nos besó en las mejillas y nos condujo a una salita donde los monjes nos lavaron las manos y los pies. La comunidad recitó al unísono: «Hemos recibido, Señor, tu misericordia en medio de tu templo». A la hora de cenar, los cuatro ancianos nos acompañaron en el refectorio. Después de las preceptivas oraciones, uno de los hermanos fue sirviendo los platos: una sopa de pescado y unas gachas con pescado. A mí se me ocurrió abrir el zurrón y compartir con los monjes algunas piezas de matanza que traía conmigo. Me miraron con un gesto de severidad que enseguida se convirtió en agradecimiento. Después de la cena, el que parecía ser el prior, que era también el más veterano, me dio alcance en el patio, se asió a mi brazo y, con parsimonia, abrió su boca apergaminada para desgranar lentamente algunas palabras:

—¿Así que te diriges a Liébana? Santa casa. Hay allí, en San Martín, hombres de profunda fe y también de mucha sabiduría. Quizá salgas convertido en un buen fraile. Necesitamos hombres jóvenes. La mies es mucha y pocos los obreros. Liébana es un buen sitio para aprender. Aquí ya casi no quedan jóvenes. Los hubo, pero pronto marcharon a la frontera y a tierras de Galicia, donde más precisa es la atención a las almas. Solo los más ancianos hemos permanecido en este lugar. ¿Dices que vienes de la frontera? No sabía que hubiera cristianos más allá de los montes de Ordunte. Es una buena noticia, porque hoy nuestra tierra es de nuevo tierra de misión. No todos lo entienden así, por desgracia. Satanás tienta a los poderosos. Hay muchos en la corte que verían bien un pacto con los musulmanes. Ríos de sangre han corrido por esa causa. Por eso es tan importante que los hombres de Dios recuerden todos los días qué lugar nos ha asignado la Providencia. Como dice el salmo, el Señor revela a las naciones su salvación, y a nosotros nos la reveló en Covadonga. Gracias por las longanizas: hacía tiempo que nadie nos traía manjares así. Ahora vayamos al oratorio. Es la hora de vísperas. Después, podréis retiraros.

Las palabras del monje me dejaron el alma literalmente en suspenso. «Satanás tienta a los poderosos», había dicho. «Hay muchos en la corte que verían bien un pacto con los musulmanes». Han corrido «ríos de sangre». Y luego estaba lo de Covadonga: allí, todos lo sabíamos, los cristianos de Pelayo derrotaron por primera vez a los sarracenos. ¿Esa era la salvación revelada por Dios a nuestra nación, siguiendo el salmo? ¿Y entonces nuestra salvación debía consistir en pelear sin tregua contra la media luna? Cuando acabaron los oficios de vísperas, el prior nos hizo un gesto a Guma y a mí, como despachándonos. Tras una profunda genuflexión, abandonamos el oratorio y nos dirigimos a nuestra celda. «Dura vida te espera», susurró Guma. Dura, sí, pero me había calado hondo el amor en el que aquellos cuatro ancianos envolvían todos sus gestos y todas sus palabras. Me dormí recitando, casi inconscientemente, el salmo citado por el prior: «El Señor revela a las naciones su salvación».

\*\*\*

Abandonamos el convento después de laudes. El sol naciente arrancaba destellos de plata en las aguas del mar, ahora más agitado que el día anterior. Sobre la superficie azul se veía una multitud de pequeñas barquichuelas. Guma me explicó que aquellos hombres salían a la mar antes del alba y lanzaban sus redes, siempre cerca de la costa, en espera de los peces. Con frecuencia no daban por concluida su labor hasta muy entrada la tarde. Después, el pescado se consumía directamente en la aldea o se ponía en salazón para venderlo en otros pueblos. Pregunté qué era un pescado en salazón. Entonces Guma, con aire triunfal, extrajo de sus alforjas una bolsa de lana. Se la había dado uno de los monjes antes de nuestra partida. Dentro había, sí, pescado en salazón. Con eso nos desayunamos sobre nuestras mulas, siempre caminando al lado del mar. No me desagradó el sabor. Tampoco el frío del agua cuando, por fin, conseguí convencer a Guma para que me dejara bañarme en la playa.

Seguimos viaje hacia el oeste, con el sol a las espaldas. Aquel paisaje tenía algo de agobiante. Cuando uno se ha acostumbrado, como yo lo estaba, a grandes espacios vacíos, de tierra virgen y horizontes abiertos, esta interminable sucesión de aldeas y casas y prados cultivados transmitía una sensación de colapso, como si allí ya no cupiera nadie más. Apenas si había campos incultos. Incluso las densas arboledas de los montes parecían seguir un designio doméstico, hijo de la mano del hombre. «Los jóvenes se marchan a la frontera», me había dicho el viejo prior. Sin duda en otros lugares del reino había más comunidades como la nuestra de Mena, aventureros en busca de una libertad nueva. Observé con detalle los campos que flanqueaban el camino y a los labriegos que allí trabajaban. No pude evitar un atento examen a sus aperos y en especial a sus arados, muchos de ellos aún de madera. Aunque el hierro abundaba en las comarcas vecinas, era difícil proveerse de material bien confeccionado. Entendí que el problema llegara a obsesionar a Ramiro, nuestro herrero. Poco a poco todas estas ideas iban encajando en mi mente como las piezas de un rompecabezas.

La siguiente etapa de nuestro viaje era Somorrostro, el cerro sobre el que se eleva la abadía de los Cuerpos Santos, que se llama así porque allí están los restos de San Emeterio y San Celedonio, los legionarios mártires de Calahorra. Según la tradición local, las reliquias de Celedonio y Emeterio habían llegado hasta aquel lugar navegando sobre una barca de piedra. A San Emeterio había consagrado mi hermano Vítulo nuestra pequeña iglesia de Mena, y San Emeterio daba nombre también a aquel monasterio. La devoción por aquellos mártires parecía muy viva en todo el reino, y eso me hizo pensar de nuevo en el salmo según el cual el Señor revela a las naciones su salvación. ¿Quizá nuestra salvación colectiva estribaba en perecer mártires? Mi hermano me había

contado numerosas historias de mártires, aquellas santas y santos de la cristiandad que entregaron su vida antes que abjurar de su fe. «Somos tierra de misión», decía el anciano prior de Laredo. Aquellas brevísimas palabras del anciano monje me habían abierto una ventana a un mundo que desconocía. Y sentía que ese era el mundo en el que ahora me iba a sumergir. No podía quitarme todo eso del pensamiento.

El monasterio de Somorrostro o de San Emeterio me causó una impresión enteramente distinta al humilde cenobio de Laredo. En la abadía de los Cuerpos Santos había una verdadera multitud: muchos monjes y también muchos visitantes, gentes de paso e incluso, por lo que allí mismo me refirieron, huéspedes que habitaban entre sus muros prestando algún servicio temporal a la comunidad. Cerca de la abadía se alzaba un castillo que a mí me pareció grande, aunque todo el mundo decía que era pequeño. Bien es cierto que hasta entonces yo nunca había visto una construcción de este tipo. Decían los lugareños que el castillo siempre había estado allí. Desde él, un conde nombrado por el rey gobernaba la vida de los pescadores y labriegos que poblaban la aldea. No sé por qué los lugareños empezaban a llamar a aquel sitio «SantAnder» o «Santander». Entre el castillo y la abadía se desplegaban de manera anárquica callejas con tenderetes de artesanos y comerciantes. Abundaba el pescado en salazón, para gozo de mi compañero Guma. A mí me marearon tanto ajeteo y tanto grito.

Pasamos por la abadía de los Cuerpos Santos como dos sombras anónimas perdidas entre la muchedumbre. Partimos al alba después de una noche salpicada de oraciones. Nuestra siguiente meta era el burgo de Santillana, aquel lugar donde Lebató guardaba ciertas amistades y del que había venido nuestro herrero Ramiro. Santillana daba nombre a toda la región de las Asturias de Santillana. Se decía que el poblado nació sobre el sitio de Planes cuando unos monjes llevaron allí las reliquias de Santa Juliana de Bitinia, mártir griega. Mi hermano Vítulo me había puesto al corriente de la vida de Santa Juliana. Hija de paganos, se convirtió en secreto y decidió entregarse a Dios, pero he aquí que su padre la prometió a un ilustre senador. Como ella no se quiso casar, el senador la denunció ante su padre, que dijo: «¡Por Apolo y Diana, más quiero verla muerta que cristiana!». La encerraron y torturaron para que abjurara de Cristo. Durante su encierro, un ángel de luz se le aparecía para persuadirla de que abandonara su fe y aceptara las cosas que el mundo le ofrecía. Pero aquel ángel de luz era Satán, con el que Juliana luchó hasta vencer. Fue decapitada. Mi hermano me decía: «Quédate con esto: muchas veces el mal aparece envuelto en las luces del bien».

Durante el camino a Santillana vi cosas nuevas para mí: soldados a caballo, lanza en ristre, soberbios en sus corceles enjaezados, y también

comitivas de algún gran señor, con innumerables lacayos flanqueando lujosos carros cubiertos. Guma, al ver pasar a los soldados, los saludaba con un gesto abierto, como de viejo camarada, pero su actitud ante la aristocrática comitiva fue muy distinta: se apartó del camino, cedió el paso y compuso una profunda reverencia. Yo le imité.

—Has de saber esto, chico —me dijo—, al soldado le agrada encontrar a otros como él, pero al noble solo le gusta encontrar a quien vale menos que él. Con eso podrás moverte por el mundo.

Le tomé en serio, como no podía ser de otro modo.

Después Guma empezó a contarme historias inconexas. Era la primera vez que mi compañero hablaba sin trabas desde que salimos de Mena. Me refirió que su abuelo, que se llamaba también Guma, había sido uno de los guerreros godos que se refugiaron en el norte cuando la morisma implantó su poder en España. Este abuelo Guma estuvo en Covadonga con don Pelayo y después sirvió a su hijo, el infortunado rey Favila. «Dicen que le mató un oso, pero mi abuelo siempre sospechó que hubo una mano humana en aquella tragedia», me confió suspicaz. Muerto Favila después de apenas un par de años de reinado, le sucedió el rey Alfonso, yerno de Pelayo, y con él firmó el abuelo de Guma sus últimas correrías. «Entonces, ya maduro, se estableció cerca de estas tierras de Santillana, se casó y tuvo un hijo: Guzmán, mi padre, que siguió igualmente el camino de las armas». Decía todo esto con orgullo, como quien desgrana un linaje de reyes.

Las escenas que Guma relataba eran bien conocidas por todos: lo mismo podía haberlas vivido su abuelo que cualquier otro. Sospeché: no me resultaba muy verosímil que el linaje de un guerrero tan ilustre hubiera terminado acarreando mieses y criando ovejas en la clientela de Lebató. Pero Guma también tenía una explicación para eso:

—Mi padre, Guzmán, era un buen hombre, pero algo cabeza loca. Se enamoró perdidamente de una moza de Carranza, Ava, mi madre, y no paró hasta hacerla suya. Mi abuelo no dio su aprobación, pero mi padre ardía de amor. La desposó y marcharon a vivir a Cangas, cerca de la corte. Pero Dios quiso que Guzmán muriera joven en una refriega contra los musulmanes y mi madre quedó sola con un pequeño: yo. Mi madre quiso instalarse en Santillana, con mi abuelo, pero el viejo no la aceptó: no había perdonado que Guzmán se casara sin su consentimiento. Así mi madre terminó volviendo a Carranza, acogida a la caridad de sus familiares. Yo crecí huérfano. En cuanto tuve fuerza suficiente, me lanzaron a la vida. Así acabé entrando en la casa de tu abuelo, García, y de tu padre, Lebató. He vivido con ellos desde mucho antes de que

nacieran tus hermanos. Tu padre siempre me ha tratado como a uno de la familia. Por eso yo estoy ahora aquí, contigo, acompañándote en este viaje. Lebato no podía confiar en nadie más para un trabajo de este tipo. Tu padre es un hombre cabal. Yo le estoy muy agradecido. Quiero que lo sepas, por si no te vuelvo a ver.

«Por si no te vuelvo a ver». Con aquellas últimas palabras sentí como si una cuerda se cortara; una cuerda que me retenía aún atado a mi familia y que ahora debía imperativamente soltarse. ¿Cuántos secretos sobre mi gente conocería aquel hombre? No me pareció prudente preguntarlo, pero sí le transmití algo que me estaba lacerando el alma: el agrio comportamiento de mi hermano mayor, García, cuando nos detuvimos en Carranza.

— Así es la vida — contestó Guma—. García es ahora el señor de esa casa. Hará su voluntad: es su privilegio. Pero también tiene nuevas obligaciones de las que ha de responder: debe mantener la casa próspera, debe cuidar y cultivar los campos, debe proteger y ampliar un patrimonio, debe casarse y tener hijos para que un día esa casa pase a otra generación, que ya no serán Lebatos, sino Garcías, porque así es como ha de ser. Que no te extrañe su comportamiento. Para él la vida ha cambiado. Después de todo, ¿acaso no ha cambiado también para nosotros? Nosotros vivimos ahora en un lugar donde hay tierra para todos, y también para mí, que nunca antes había pisado un suelo que pudiera llamar mío. Aún tengo tiempo de casarme y tener un hijo. De este Guma saldrá un Gómez con un mundo entero por conquistar. Por el contrario, él, García, queda condenado a sobrevivir en un mundo lleno de límites. No le envidio. Ni tú debes envidiarle.

Empezó a llover antes de que llegáramos a Santillana. Guma no paró de hablar, pero ya no recuerdo qué más dijo.

\*\*\*

Santillana era una aldea llena de vida. El rey Alfonso había ordenado repoblar aquel paraje a partir del monasterio fundado sobre las reliquias de Santa Juliana. De eso hacía aún pocos años, y ahora las callejas de Santillana eran un remolino de chiquillos correteando, madres gritando y hombres atareados de un lado a otro. Buscamos nuestro alojamiento, que era el propio monasterio de la santa. Entregué al hermano portero la correspondiente carta de mi padre y se nos procuró cama y comida. Una noche más en un convento distinto, pero siempre bajo la misma regla, la misma rutina, el mismo orden. De nuevo vísperas, sueño y, al alba, laudes. Y otra vez en camino.

Las confidencias de la jornada anterior habían soltado la lengua de Guma. En esta nueva etapa me dio todo tipo de explicaciones sobre la ruta. Nuestro siguiente objetivo era Evencia, que otros llamaban San Vicente por el mártir de León, y allí abandonaríamos el camino de la costa para coger la larga y penosa ruta lebaniega. A través de sus bosques y gargantas nos internaríamos en las montañas hasta llegar a Potes y, finalmente, a nuestro destino: San Martín de Turieno, en el valle de Liébana. Ese iba a ser mi hogar durante los próximos años.

—Te costará acostumbrarte, porque siempre has vivido libre, pero te harás un hombre de provecho —me explicaba Guma mientras nuestras mulas tomaban la ruta de Liébana—. Aprenderás letras y latín y teología, conocerás a personajes importantes y un día saldrás de allí convertido en pastor de almas. Mira a tu hermano Vítulo: desde que volvió a Mena, en realidad es él quien manda.

Dirigí a Guma una mirada suspicaz, como barruntando un reproche, pero no había tal.

—Y es bueno que así sea —continuó—, porque él es más sabio y más santo que nosotros. Y más joven, también. Nosotros ya nos vamos doblando. Tu padre también sabe eso.

Guma era apenas unos pocos años mayor que mi padre, no sabría decir cuántos. Sin embargo, la vida le había castigado más que a Lebató: en su boca quedaban pocos dientes, ya no tenía cabello en la cabeza, la barba era enteramente cana y unas profundas arrugas surcaban su frente y sus mejillas. ¿Podría aún tener hijos, como me había dicho? Tendría que darse prisa. Enjuto y prieto, conservaba la fuerza del hombre que ha vivido siempre de sus músculos, pero su espalda se estaba encogiendo y las piernas empezaban a flaquear. Quizá por eso decidió montar aquel pequeño taller de alfarería en Mena, un recurso para seguir siendo imprescindible. Era otro rasgo característico de Guma: su capacidad de iniciativa y de improvisación siempre resultaba desbordante. Sin duda por eso mi padre le había retenido tantos años junto a sí: era un buen compañero para asegurar la supervivencia. Y sin duda también por eso él había sido el elegido para acompañarme en este largo viaje.

Enfilamos la ruta de las montañas. La obra repobladora del primer rey Alfonso había hecho su efecto: buen camino, muchas aldeas, campos bien trabajados... Hasta estos valles habían venido no solo los montañeses que expulsaron al moro, sino también los cristianos rescatados por Alfonso en las llanuras del sur, en la tierra que llaman de Campos. Con ellos se había colonizado un territorio que daba fruto por doquier. «El labrador aguarda

paciente el fruto valioso de la tierra, mientras recibe la lluvia temprana y tardía», decía otro de los salmos preferidos de mi hermano Vítulo. En realidad, toda nuestra vida podía resumirse en los salmos. Las gentes aquí instaladas aguardaban pacientes el fruto de la tierra. Y otros marchábamos de nuevo al sur, a las tierras que ellos en su día dejaron. «Los que esperan en el Señor poseerán la tierra».

Al final de la jornada, el paisaje cambió súbitamente de aspecto. Nos encontrábamos en un denso bosque sin otra huella humana que el camino que pisábamos. Y aun este se iba haciendo más duro y primitivo, como si nadie lo transitara ya. Noté a Guma inquieto. Yo no lo estaba menos. Mi guía miraba a un lado y a otro. Comprobé que intentaba orientarse. La tarde caía velozmente en aquel tajo labrado por las aguas y el tiempo y la mano severa de Dios. Guma me miró consternado y me dijo: «Creo que nos hemos perdido». En algún momento habíamos tomado una senda equivocada. Caminábamos hacia el interior, sí, pero lejos de la ruta principal. Guma empezó a agitarse, como tratando de buscar bajo sus pies el buen sendero. Era inútil. Y además, anochecía. Por primera vez tomé yo la iniciativa:

—No nos queda otro remedio que pasar aquí la noche. Haremos fuego y nos quedaremos junto a él. Mañana buscaremos el camino.

Guma me miró entristecido; efectivamente, no había otro remedio.

Hacer fuego no fue difícil. Encontrar un buen cobijo tampoco, dada la densidad de aquella selva. Por todas partes alzaban sus brazos los tejos y las hayas, los robles y los castaños, y helechos del tamaño de un hombre se entrecruzaban con matas de zarzas y espinos. Una alfombra de hojas muertas tapizaba uniformemente el suelo. Localizamos un mínimo claro. Allí, a la sombra de un enorme tejo, organizamos nuestra morada. Guma era hombre de recursos y con cuatro machetazos y unas cuantas ramas viejas construyó un apresurado cobertizo, cosa que nos haría mucha falta si comenzaba a llover, como efectivamente ocurrió. Era suficiente para nosotros. Las mulas quedaron atadas a un árbol junto a nuestro refugio. Mi guía abrió la bolsa de las viandas. A mí me dio unas longanizas secas y él siguió fiel al pescado en salazón. La noche cayó en un instante. Las nubes desaparecieron y una luna de aspecto turbador se adueñó del cielo. Guma empezó a cantar, primero en un susurro, después más fuerte. Era transparente: tenía miedo. Y yo también.

\*\*\*

Hay pocas cosas más sobrecogedoras que pasar la noche en el interior de un bosque cerrado. Por habituado que esté uno a la naturaleza y sus mil

sonidos, siempre sentirá un estremecimiento al escuchar el temblor de las hojas, el roce de una culebra, los pasos apagados de un ratón o el canto lúgubre de la lechuza. El rumor de un arroyo lejano adquiere dimensiones de fragor insoportable. Los árboles adoptan formas sobrenaturales y entre ellos se agitan sombras que no parecen de este mundo. Es la hora en la que las criaturas del bosque se adueñan de la tierra. Y entre esas criaturas surgen también duendes y trasgos y espíritus, unos malignos y otros no, que reproducen en la noche oscura la guerra eterna entre el bien y el mal.

—Durmamos —dijo Guma mientras acercaba otra tranca al fuego.

Y bien le hubiera obedecido, pero dentro de mí se había despertado una suerte de angustiosa vibración, un estado de alerta que había puesto todos mis músculos y todos mis nervios en una tensión casi dolorosa. Y fue entonces cuando lo escuché.

Todo lo que sucedió esa noche permanece en mi memoria como entre la bruma de un sueño, pero no mentiré si digo que jamás me había visto ni después me vería enfrentado a fuerzas semejantes. Lo que escuché fue un brusco ruido detrás de nosotros, cerca de nuestro cobertizo. Fue como un áspero chocar de ramas acompañado de un grave gruñido. Las mulas piafaron inquietas y patearon el suelo. Me levanté de un salto. Guma también lo había oído. Enarboló un leño ardiendo y me tendió un cuchillo. Ambos nos precipitamos fuera del cobertizo, arma en mano; si eran malhechores, cobraríamos caras nuestras vidas. Al tenue resplandor del fuego escrutamos las sombras. Allí no había nada. Nada humano, al menos. Exploramos unos pocos metros alrededor de nuestro refugio. Solo el silencio nos respondía. Hasta que volvimos a escuchar con toda nitidez el mismo sonido unos pies más allá, detrás de un tupido soto. Guma y yo cruzamos una mirada cómplice; empuñamos nuestros cuchillos y nos lanzamos al unísono sobre el soto, nuestras voces fundidas en un alarido. Lo que vimos nos dejó helados.

Una forma de grandes dimensiones salió disparada del soto. Era un animal. A la luz incierta de la tea de Guma creí ver que se trataba de un jabalí. Y lo más formidable: era un jabalí de color blanco. El animal saltó de un lado a otro, se detuvo, gruñó, por fin se arrancó hacia nosotros. Las mulas relincharon aterrorizadas. Guma y yo nos apartamos de un brinco, pero mi compañero cayó de bruces sobre el soto. El jabalí, un macho adulto a juzgar por su tamaño, echó a correr hacia la espesura. Instintivamente le seguimos a la carrera. Aún pudimos escuchar, ya que no ver, el ruido de las ramas quebradas por su corpachón. La extraordinaria bestia desapareció. Pero aquella no era la única sorpresa que esa noche nos reservaba.



La carrera en pos del jabalí nos había llevado a un descubrimiento insólito: algo más abajo, en lo que parecía otro claro del bosque, lucía un resplandor. Era una hoguera. Y del mismo lugar venía, quedo, un grave repiqueteo. Nos aproximamos en silencio. Guma cubrió su tea con el manto. Ocultos por la noche y la selva, llegamos hasta la misma linde del calvero. Quedé petrificado: allí, alrededor del fuego, varias siluetas se agitaban. Percibí con toda nitidez que una mujer envuelta en un manto describía círculos con los brazos. En torno a ella, sentados a sus pies, un grupo de paisanos con las cabezas cubiertas, quizá una decena, musitaba raras letanías. Uno de los sujetos aporreaba rítmicamente un tambor. De vez en cuando la mujer arrojaba algo al fuego, una especie de polvo que arrancaba extraños colores a las llamas. Entonces los sujetos prorrumpían en una larga exclamación. A la luz de la hoguera pudimos ver distintos objetos: una calavera de oveja, piedras de caprichosas formas, toscas tallas de madera...

—Son brujos — me susurró Guma.

La mujer braceaba con gestos lánguidos, como inconscientes, y todo su cuerpo se movía como las olas del mar. Un imprevisto incidente vino a poner fin a su ritual.

El jabalí, al que ya casi habíamos olvidado por este nuevo encuentro, reapareció entre la maleza. Su figura maciza y descomunal se abalanzó sobre la extraña asamblea. Llevado seguramente por el miedo, arremetió contra el grupo. Unos corrían, otros rodaban. El choque fue terrible. Los que no se apartaron a tiempo salieron proyectados a un lado y otro del círculo ceremonial. El color blanco del jabalí, iluminado por el fuego de la hoguera, adquiría unos tintes rojizos que lo hacían aún más formidable. El animal se perdió en el follaje. Y los brujos quedaron espantados y maltrechos, preguntándose sin duda a qué extraña e implacable fuerza habían convocado. Hasta que uno de ellos nos vio.

—¡Vosotros! — gritó el brujo, descompuesto—. ¡Habéis sido vosotros!

Todos los demás miraron en nuestra dirección. Y allí estábamos, sí, nosotros: Guma con su tea, cuchillo en mano, y yo con mi cuchillo también, ofreciendo a la malparada asamblea un aspecto nada tranquilizador. La mujer y algunos de sus compañeros recogieron apresuradamente los objetos mágicos, ahora dispersos. El brujo vociferante insistía, apuntando hacia nosotros un dedo que me pareció largo como un palo:

—¡Vosotros habéis llamado a ese jabalí blanco, ese animal de los infiernos! ¿Quiénes sois? ¡No os tenemos miedo!

Los demás empezaron a darse cuenta de que nos superaban en número y sus miradas se tornaron amenazantes, más aún bajo la luz de la luna. Pude ver el rostro de la mujer y me sobrecogió su aspecto cambiante, porque tan pronto parecía bella como repulsiva. Me estremecieron sobre todo sus ojos, que en la distancia me parecieron de un intenso azul que giraba a violeta. Se sucedieron unos largos compases de alarmante silencio. Entonces Guma dio unos pasos hacia adelante, apuntó la tea hacia el grupo, esgrimió visiblemente el cuchillo y, con solemnidad impostada, exclamó:

—Ese jabalí es mío, sí. Él es el dueño de este bosque y nosotros somos sus guardianes. Él nos ha guiado hasta vosotros. ¡No queremos brujos en estos pagos! ¡Id a otra parte con vuestros conjuros y letanías! ¡Id a otra parte, o el jabalí volverá! —Y al decir esto agitaba la tea, como si quisiera ahogar en fuego a los intrusos.

Los brujos, o lo que fuera aquella pobre gente, quedaron parados en seco por las palabras de Guma. Rezongando, cogieron sus bártulos y lentamente abandonaron el lugar por el lado opuesto del claro del bosque.

—Ya hemos encontrado la salida de esta selva —musitó mi compañero. En efecto, aquel otro sendero conducía sin duda al camino que habíamos extraviado horas atrás—. ¡Fuera, fuera! —gritó todavía Guma, aunque ya habíamos perdido de vista a la extravagante congregación.

Luego me hizo una seña y volvimos a nuestro punto de partida.

—¿Eran en verdad brujos? —pregunté, una vez instalados de nuevo bajo nuestro cobertizo.

—Cualquiera sabe —repuso Guma—. Hay en este reino mucha gente que cultiva viejos ritos. Son cristianos y oyen misa, y rezan sus oraciones, pero no han olvidado sus supersticiones. Porque, además, algunas veces funcionan.

Miré a Guma con una mezcla de alarma y escándalo.

—¿Funcionan? —me interesé.

Mi compañero se encogió de hombros, se arrebujó en su manto y cerró los ojos. Yo no podía dormir, excitado aún por la misteriosa aventura que acababa de vivir. Soñaba despierto con el jabalí blanco y la sugestiva bruja del rostro cambiante. Hasta que el cansancio me rindió.

Cuando desperté, el sol brillaba en lo alto, Guma ya tenía aviadas las mulas e incluso había preparado un desayuno a base de gachas. Lo devoré. Para

mi consternación descubrí que eran gachas de pescado, pero no cabía hacer ascos a un alimento reparador. Sin pausa abandonamos aquel lugar. Guma enfiló, decidido, el mismo camino que la noche anterior nos había conducido hacia el calvero de los brujos. Lo encontramos sin esfuerzo a la luz del día. Permanecían claras las huellas del jabalí entre las matas y los abrojos. Tardamos muy poco en llegar al mágico claro. Ahora pude advertir cosas que en la oscuridad se me habían escapado: unas fuertes rocas y, aflorando entre ellas, un manantial. Me aclaré la cara y las manos en el agua fresca. Guma, mientras tanto, revisaba los restos que los brujos habían dejado sobre la hoguera: huesos, cuerdas, lienzos... También algunos signos garabateados sobre el suelo. Mi compañero componía un singular gesto mientras husmeaba en todas esas cosas; su boca desdentada sonreía con aire malévolo. Creo que sabía más de lo que me había contado. Pero no me atreví a preguntar.

\*\*\*

El sendero que salía del bosque conducía, efectivamente, al camino que habíamos perdido en la jornada precedente. Era la calzada que llamaban del Burejo. Recuperada la ruta, tardamos relativamente poco en llegar a Potes, donde las aguas del Quiviesa vierten en el Deva. Esta aldea, como las anteriores, había sido repoblada pocos años atrás y en sus callejas latía intensamente la vida. No fue difícil encontrar la iglesia, que se destacaba entre las casas del pueblo. El templo estaba dedicado a San Vicente, el mártir leonés: un abad benedictino que fue asesinado por no aceptar la herejía arriana, esa blasfemia según la cual Jesús es hijo de Dios, pero no es Dios. Vítulo me había puesto al corriente de estas cosas. También me había informado sobre los pormenores de nuestra estancia allí: debíamos acudir a la iglesia de San Vicente, pedir cobijo y aguardar hasta que alguien viniera de San Martín de Turieno a buscarme. Entonces Guma volvería a Mena y yo marcharía, solo esta vez, a mi destino.

La iglesia de San Vicente era una pequeña construcción con techumbre de madera sobre lienzos de piedra. Me recordó poderosamente a la iglesia que mi familia había levantado en Mena, en honor de San Emeterio. Un monje de aspecto mezquino, probablemente un hermano lego, recogió la carta que mi padre había reservado para este momento, desapareció con ella y volvió al poco con un cántaro de agua y dos trozos de pan. Ese fue su recibimiento. Después nos condujo hasta una especie de chiscón que descansaba sobre la tapia del templo. Allí nos dejó.

Guma abrió la puerta del chamizo. Dentro, casi en penumbra, había otros tres mozos de mi edad.

—Tienes compañía — me dijo.

Aquellos muchachos habían llegado hasta allí para lo mismo que yo: ingresar en San Martín de Turieno. Estaban solos, sin escolta, no como yo. Sin duda eran campesinos en situación más menesterosa. Guma abrió su bolsa de viandas y repartió algunos trozos de cecina a los futuros novicios. La devoraron con desconfianza. Parecían asustados. Pasaron las horas. Nadie hablaba. Cayó la tarde. Guma, cansado de la espera, decidió ir en busca de alguien que nos diera razón de nuestro estado. Según salía de nuestro chiscón, se topó con un monje que entraba.

—A la paz de Dios, hermano — dijo Guma.

—Y con tu espíritu — contestó el monje—. ¿Vienes tú con estos mozos?

—Solo con uno de ellos — repuso mi amigo.

Me fijé en el monje. Si el primero me había dado una impresión mezquina, este otro manifestaba cierta majestad en sus movimientos pausados, en su mirada serena, en las largas barbas rojas que caían sobre su pecho.

—Acompañadme — ordenó el monje—. Cenaremos y rezaremos.

Allá que fuimos todos, encabezados por el fiel Guma. El monje, que en ningún momento dijo su nombre, andaba de una manera singular, con pasos firmes que desmentían la tópica humildad monástica. Debía de ser un gran señor metido a clérigo. Nuestro nuevo guía nos hizo pasar al interior del templo por una portezuela trasera. No dimos a la iglesia, sino a una estancia de paredes desnudas y sin más mobiliario que unos toscos bancos. En el suelo de tierra apisonada había una palangana. Para mi sorpresa, el gran señor nos hizo sentar y procedió a lavarnos las manos y los pies. Lo hacía con una desenvoltura sorprendente y un exceso de energía, lejos de la mansedumbre que yo había conocido en los otros conventos, pero fue grato en cualquier caso. Cuando terminó, nos hizo una seña para que le siguiéramos. Obedecimos. El monje nos hizo pasar justo delante del altar. Allí se arrodilló y persignó. Todos le imitamos. Era la hora de vísperas. Rezamos al unísono. Después nos guió hasta el comedor.

El refectorio de aquella casa era otra estancia de paredes desnudas adosada al templo. Largas bancadas cruzaban la sala. Cinco monjes aguardaban en una de ellas. Nuestro anfitrión, que debía de ser el superior de aquella pequeña congregación, nos sentó en otra bancada, frente a los hermanos. Bendijo la mesa. Dio una airosa palmada. Tras una cortina apareció el mezquino hermano lego que antes nos había recibido. Portaba una gran

cacerola humeante. Era una sopa de berros. Después vinieron algunos huevos cocidos. Di gracias a Dios: Guma y yo llevábamos dos días sin comer caliente. Entonces el superior habló:

—Mi nombre es Clodio. A pesar de mis pecados, Dios ha querido que sea el presbítero de esta iglesia de San Vicente. Pasaréis aquí la noche, con nosotros. Mañana llegará un hermano de San Martín de Turieno para llevaros al monasterio. Mientras tanto, disfrutad de esta humilde cena de bienvenida y pedid a Nuestro Señor que repare vuestros cuerpos y prepare vuestras almas. —Su voz sonaba metálica, como de plata, y se expresaba en lengua culta; decididamente, aquel hombre era de muy alta cuna.

Terminada la cena, todos nos dirigimos al altar para rezar completas. Confieso que nunca en mi vida había rezado tanto. Y concluida la oración, el mezcquino hermano lego nos guió hasta la misma sala del lavatorio, convertida ahora en improvisado dormitorio comunal.

—Dura vida te espera —volvió a susurrarme Guma antes de cerrar los ojos y empezar a roncar a pierna suelta.

Tuve un sueño agitado. En mi espíritu se trenzaban el anciano monje de Laredo, el jabalí blanco, la bruja del bosque y este presbítero Clodio de ahora, todo ello envuelto en bruma y agua de mar y pescado en salazón. En plena noche nos levantaron para rezar otra vez, y finalmente pude dormir algunas pocas horas antes de que el sol rompiera sobre el ventanuco del dormitorio. En ese momento volvió a entrar el lego para levantarnos una vez más a rezar laudes. «Señor, abre mis labios y mi boca proclamará tu alabanza». Noche y aurora pasaron como en un suspiro. También el succulento desayuno con el que nos sorprendió el padre Clodio: pan, leche, queso, miel... Era su regalo de despedida, porque pronto llegaría la hora de partir para siempre.

Nos dejaron a los cuatro mozos al aire libre, en la puerta de la iglesia. Amanecía y el pueblo se despertaba perezosamente. Algún paisano cruzaba ya las callejas con un par de vacas. En la ventana de una casa próxima creí vislumbrar el movimiento de unos cabellos dorados. Atraído por el vaivén, me acerqué unos pasos. Una muchacha se asomó: ella era la dueña de los cabellos. Quise aproximarme más, pero recordé las palabras de mi hermano Vítulo: «Sobre todo, nada de tontear con las mozas del pueblo». Volví con los demás.

La espera fue breve. El sol aún no había empezado a calentar nuestros cuerpos cuando vimos llegar al hermano del monasterio de San Martín. Venía a lomos de una mula y tirando de otras dos. Guma asió de las riendas a nuestras

monturas y salió al encuentro del monje sin perder un instante. Oí lo que le decía:

—Hermano, traigo un mensaje para el padre abad de San Martín de Turieno, te ruego que se lo entregues. Es del padre de este muchacho. El padre se llama Lebato, de Mena. El muchacho, Zonio. Dos de sus hermanos son clérigos ya. Lebato me ha ordenado que os entregue esta mula en prenda de agradecimiento. En cuanto al muchacho, es despierto y trabajador. Os lo encomiendo en nombre de su familia.

El hermano guardó la carta de mi padre en su zurrón, esbozó un gesto de gratitud y unció mi mula a las suyas. Después Guma se acercó a mí:

—Aquí nos separamos, chico. Yo regreso a Mena. A partir de ahora te las tendrás que arreglar solo. Me alegra haber compartido camino contigo. Quizá no nos volvamos a ver. O quién sabe, quizá vuelvas a la aldea hecho un señor eclesiástico, como tus hermanos, y yo esté aún allí para verlo. Queda con Dios.

Me abrazó. Yo ahogué como pude un infantil sollozo.

## Beato y eterio

El hermano subió a su mula. En las otras dos cargó ciertos enseres que le había entregado el lego mezuino. Nos hizo un gesto imperativo y tomó el camino hacia San Martín. Los cuatro mozos le seguimos. Solo yo iba montado; en mi propia mula. Los otros, más pobres, iban a pie. Reparé en que alguno de ellos caminaba descalzo. Otro calzaba unos zapatos, por así llamarlos, de deshechas tiras de cuero. Bajo los colgajos de cuero sus pies sangraban. Instintivamente, me apeé del mulo y ofrecí al muchacho mi cabalgadura. En ese momento el monje que nos guiaba se giró. Posó su mirada en los pies heridos de mi compañero. No dijo nada.

El monasterio de San Martín de Turieno estaba a poca distancia de Potes, apenas una hora de lento camino por una senda empinada, pero cómoda. Terminé el trayecto a pie, llevando a mi mula de las riendas. El de los pies heridos había tomado mi lugar sobre el animal. El chico estaba realmente asustado. Le pregunté su nombre. Con dos ojos de azabache incandescente bajo una espesa melena negra, me contestó: «Braulio. De Onís». Yo le di razón de mí: «Zonio. De Mena».

No tardamos en divisar el monasterio. Era el más grande de cuantos había visto hasta entonces; más incluso que el de Somorrostro. Entonces el hermano, siempre sobre su mula, habló:

—Me llamo Fernán. Estáis en San Martín de Turieno. Hace mucho tiempo, más de doscientos años, un santo varón llamado Toribio, natural de estas tierras, subió al monte de la Viorna, que es este que veis aquí al lado. Un ángel se le apareció y le ordenó lanzar su cayado cuan lejos pudiera. «Donde caiga el cayado, levanta un monasterio», dijo el ángel. Así lo hizo Santo Toribio. El monje se puso al trabajo y requirió la ayuda de los lugareños. Pero estos se hallaban demasiado atareados en sus ocupaciones y rehusaron echarle una mano. Toribio marchó al bosque a meditar. En ese momento vio cómo un feroz toro y un enorme oso peleaban a muerte. Toribio avanzó, con la ayuda de Dios amansó a las fieras y unció ambas al yugo para que arrastraran las piedras del templo. Los lebaniegos, al ver este prodigio, acudieron en tropel para trabajar junto a Toribio. Nuestro fundador depositó aquí los divinos restos de la vera cruz de Cristo, un trozo del *lignum crucis* que había traído de su peregrinación a Palestina. Desde entonces veneramos a la cruz junto a los huesos del propio Santo Toribio.

¡Un fragmento de la cruz de Cristo! Me emocioné al pensar que durante los próximos años de mi existencia iba a vivir junto a semejante tesoro. Súbitamente me invadió una inefable alegría. El hermano Fernán siguió hablando:

—En esta casa vivimos según la regla de San Benito, que es la norma de oro de las comunidades monásticas. Rezamos y trabajamos. *Ora et labora*. Trabajamos y rezamos. Todo por gloria a Dios. Entregamos nuestras vidas a Dios para que Él nos libre de todo mal y nos lleve de la mano al paraíso. Nuestro abad se llama Ramiro; el padre Ramiro. Humildad. Obediencia. Silencio. Así vivimos por amor de Nuestro Señor. Vosotros venís para ser como nosotros, pero aún os queda camino. Como dice el apóstol, es preciso probar a los espíritus para ver si son de Dios. En los primeros días de vuestra estancia aquí no viviréis con nosotros. Tendréis que demostrar paciencia y perseverancia. Después de cuatro o cinco días, y si perseveráis, se os permitirá entrar a la hospedería. Y luego, si vuestro ánimo aún se mantiene, entraréis en el noviciado. Allí se os asignará un anciano para guiaros. Al cabo de dos meses de prueba, seréis confirmados como novicios. Y diez meses después, si habéis demostrado ser capaces de perseverar en la vocación, podréis ser recibidos en la comunidad.

El monje decía todas estas cosas de manera rutinaria, como un formulismo que sin duda se veía obligado a repetir cada poco tiempo a los aspirantes. Recordé a Guma y su reiterativo «Dura vida te espera». El hermano Fernán siguió con su perorata:

—Unos sois hijos de nobles y otros, hijos de labriegos. Algunos habréis dotado al monasterio con una mula o un saco de grano, y otros no tenéis ni zapatos para vuestros pies. Pero olvidad eso, porque vuestro linaje ahora no cuenta nada ante Dios. Ante Él todos somos iguales. Cuando vuestros padres hicieron la oblación, entregaron a sus hijos para que nazcáis a una nueva vida. El que persevere, tendrá recompensa. El que no, que la busque en otro lugar.

Envueltos en tales exhortaciones llegamos al portal de San Martín de Turieno.

\*\*\*

Hizo bien el hermano en lanzar todas aquellas advertencias en tono tan conminatorio, porque lo que nos aguardaba en San Martín exigía, ciertamente, perseverancia. «Es preciso probar a los espíritus para ver si son de Dios», citaba el hermano Fernán al apóstol. Y la forma de probarnos consistió en instalar nuestros cuerpos extramuros del monasterio, en unas chamagasas



dependencias que más parecían cuadras, de débil techumbre y piso mugriento. Se me cayó el alma a los pies al conocer mi temporal hogar. Pedí a Braulio que me ayudara a poner un poco de orden en aquel antro. Lo hizo de buen grado. También otro de los mozos. No así el cuarto, que se sentó en la solana, la cabeza entre las manos, como vencido por los acontecimientos. El hermano Fernán se marchó.

En los días siguientes tuvimos un plan de vida ciertamente severo. Nos levantábamos antes del alba para rezar laudes con los monjes. Con ellos cubríamos laudes, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas, para dar cumplimiento a lo que dijo el profeta: «Siete veces al día te alabé». A eso se añadía la oración nocturna, pues también sentenció el profeta: «A medianoche me levantaba para darte gracias». No rezábamos junto a los monjes, sino apartados de ellos, fuera del oratorio. Y entre oficio y oficio, nuestro horario se llenaba con trabajos incesantes, especialmente acres todos ellos: limpiar estiércol, acarrear alimentos y agua, barrer suelos, reparar la irreparable techumbre de nuestra cuadra...

La comida también resultó ser más pobre de lo que habíamos intuido en Potes. La regla de San Benito era muy estricta en eso: dos platos cocidos una vez al día. Nada más. Si había frutas y legumbres, podía añadirse un tercer plato. Junto a eso, una libra de pan por persona. Si los rigores del trabajo diario aconsejaban añadir una cena, esta debía deducirse de la cantidad diaria asignada. O sea que en realidad no hacíamos dos comidas, sino una en dos veces. Y quedaba expresamente vetada la carne de cuadrúpedos, salvo para los enfermos muy débiles. Al enterarme de esto, no pude sino pensar en el gesto de los monjes de Laredo cuando les ofrecí mi longaniza. La austeridad se recrudecía aún más en los mozos, es decir, nosotros, porque la regla señalaba muy claramente que «a los niños de tierna edad no se les dé la misma cantidad que a los mayores, sino menos, guardando en todo la templanza». Porque «nada es tan contrario a todo cristiano como la glotonería», según escribió el santo de Nursia.

Llevábamos así tres días cuando uno de los mozos, de nombre Anastasio, se quebró. Era el mismo que el primer día había rehusado ayudarnos en la cuadra. Ante una orden particularmente desagradable —vaciar las letrinas del convento—, se revolvió y desafió al hermano Fernán. Este miró fijamente al revoltoso. Nosotros también: todos sabíamos que este singular purgatorio era solo un breve periodo de prueba y que su objetivo era templar precisamente nuestra humildad. Anastasio había fallado de manera lamentable. El hermano Fernán asió por un brazo a nuestro compañero. Le llevó consigo al interior del convento. Esa misma tarde Anastasio abandonó San Martín.

Cumplido el cuarto día de purgatorio, otro hermano vino para hacernos pasar a la hospedería. Allí se nos dio ropa nueva, lo cual fue una auténtica bendición, porque nuestras lomas y camisas estaban deshechas. A todos nos entregaron lo mismo: dos túnicas, dos cogullas con su capucha, medias y zapatos. También un escapulario para el trabajo. En la hospedería encontramos un dormitorio seco y limpio. Sobre los jergones, una estera, una manta, un cobertor y una almohada. Era lo prescrito en la regla de nuestro padre San Benito. El hermano también nos procuró algunos objetos: un cinturón, un cuchillo, una pluma, una aguja para coser, un pañuelo, material para escribir... A eso tendrían que limitarse nuestras posesiones «para eliminar todo pretexto de necesidad». El hermano nos advirtió: con frecuencia se os revisarán las camas, para evitar que nadie guarde allí cosas inconvenientes. La regla ordenaba «cortar de raíz el vicio de la propiedad».

Una vez instalados en el interior del convento, recibimos la visita del abad: el padre Ramiro, un hombre maduro de infinita bondad en sus ojos claros, nimbado por una barba blanca que le confería un aspecto bíblico, como de gran patriarca. Ramiro se interesó por nuestros nombres y nuestro origen, preguntó por nuestras familias y nos repitió las mismas admoniciones que ya nos había hecho el hermano Fernán camino de San Martín, pero en sus labios aquellas advertencias cobraban una dulzura extrema, hija del amor. Luego nos interrogó acerca de nuestras habilidades. De los cuatro mozos, solo yo sabía leer y escribir. Me destinaron al scriptorium. Así conocí a Beato de Liébana.

\*\*\*

Beato era un monje de extraordinaria reputación. Su fama había saltado los límites de Liébana. Incluso mi hermano Vítulo me había hablado de él. Años antes, el sabio Beato había escrito un *Comentario al Apocalipsis de San Juan* que estaba pasando de copia en copia por todos los conventos del reino. Para mí fue un auténtico honor que me destinaran a su lado.

A Beato le llamaban de Liébana, pero en realidad no era originario de este valle, sino que venía de Toledo. Cuando la vieja capital cayó en poder de los sarracenos, el maestro, que entonces era un niño, huyó junto a su familia. Se refugió en Osma. Allí profesó y tomó los hábitos de la mano del presbítero Eterio, que sería después obispo. Pero aquel lugar tampoco era seguro, de manera que Beato y Eterio, con los suyos, marcharon al norte. Otras muchas comunidades habían abandonado el sur para instalarse en el reino del norte, como los monjes de Samos, que eran mozárabes de Toledo, o el propio obispo Odoario de Lugo, que, según se decía, venía del norte de África. Lo mismo hicieron Beato y Eterio. Escogieron precisamente este convento de Liébana

porque se levantaba cerca de Covadonga y de Cosgaya, los lugares donde la cristiandad había derrotado a los ismaelitas. Y aquí se quedaron.

Cuando me presentaron a él, puse una rodilla en el suelo y pedí su bendición, según se me había enseñado. Beato trazó una cruz sobre mi cabeza y, elevándome los brazos, me instó a ponerme en pie.

—¿Así que sabes escribir y leer? —preguntó—. ¿Quién te ha enseñado?

—Mi hermano Vítulo, que es sacerdote —respondí.

Beato compuso una sonrisa satisfecha y me indicó que le siguiera. Mi maestro era un hombre menudo y vivo. No estaba lejos de la vejez, pero sus movimientos inquietos le daban un aire vigoroso. Fruncía mucho los labios en un mohín nervioso, como si estuviera siempre alerta. Me guió hasta el scriptorium, una larga sala abierta que daba al claustro y cuya única singularidad respecto a las otras dependencias del monasterio eran los pesados escritorios de madera. Había algunos monjes trabajando allí: copiaban o iluminaban manuscritos. Les saludé con una reverencia, pero apenas si me prestaron atención. En las paredes se alineaban varias estanterías dispuestas con algún desorden. Gruesos volúmenes se apiñaban en sus huecos:

—Dice San Benito que los monjes han de leer al menos dos horas al día —me explicó Beato—. Lecturas sagradas, sobre todo, pero también profanas. Aquí encuentran nuestros hermanos todo lo que necesitan.

Me mostró algunos ejemplares: unas *Confesiones* de San Agustín, el *Comentario del Libro de Daniel* por San Jerónimo, unas *Etimologías* de San Isidoro, también textos de San Ambrosio y San Ireneo. Había asimismo volúmenes de Aristóteles, Suetonio y Tertuliano. Me preguntó si sabía algo de ellos. Tuve que contestar, avergonzado, que jamás había oído tales nombres.

—No importa —repuso—. Tienes tiempo para aprender.

Mi trabajo, por el momento, iba a consistir en copiar viejos pergaminos y trasladarlos a volúmenes nuevos. En muchos conventos —me explicó Beato— carecían de libros y, además, no eran pocos los monjes que apenas sabían leer. Eso solo podía corregirse copiando los textos. Aquí, en San Martín, producíamos la materia prima. Pero también hacíamos algo más: Beato escribía explicaciones y síntesis, sus «comentarios», que a la par catequizaban a los hermanos. En esa tarea le ayudaba de manera singular el hermano Eterio.

Beato me condujo hasta Eterio. Nada menos que el obispo Eterio de Osma, el mismo que ordenó a Beato y después había tenido que huir al norte

por la presión sarracena. Encontramos a Eterio inclinado sobre uno de los escritorios, de pie, la pluma en una mano y en la otra un grueso cristal. Yo fui hacia él, besé su mano y pedí su bendición.

—¿Quién es? —preguntó Eterio mientras trazaba una cruz sobre mi cabeza.

—El nuevo aprendiz —contestó Beato—. Sabe leer y escribir.

—¿Cómo te llamas? —me interpeló el obispo.

—Zonio. De Mena. —Rectifiqué sobre la marcha—: Hermano Zonio.

El obispo Eterio ofrecía el aspecto de un bloque de piedra tallado violentamente por el tiempo. Era ya viejo, pero grande y macizo, y profundas arrugas verticales horadaban su rostro, su cuello, sus manos. En aquellos surcos latía la melancolía de un hombre desposeído, un obispo sin diócesis, un fugitivo bien a su pesar. La ciudad de Osma, que era la sede de Eterio, había permanecido a salvo de la primera acometida de los musulmanes. No lejos de ella alzó el rey Fruela, hijo del primer rey Alfonso, el monasterio de San Miguel del Pedroso, a orillas del río Tirón, que fue confiado a la abadesa Nonnabella, hermana del propio Fruela. Pero cuando los sarracenos empezaron a castigar la frontera, lo mismo San Miguel que Osma, todo aquello tuvo que ser abandonado. Por eso Eterio estaba aquí, como tantos otros.

Eterio volvió a sus pergaminos, que leía dificultosamente con ayuda del cristal, mientras garabateaba letras con su pluma. Yo miré alrededor: los escritorios, los libros, los hermanos trabajando... Uno de ellos, en un rincón, pintaba delicadamente colores en esas curtidas pieles de becerro que llamaban vitelas.

—Eso es un códice —me dijo Beato—. Este concretamente lo vamos a enviar al monasterio de Samos. Es mi *Comentario al Apocalipsis de San Juan*.

¡El famoso comentario del que tanto me había hablado mi hermano Vítulo! Beato había dedicado ese libro a explicar el Apocalipsis a los monjes y sacerdotes del reino. Pero poco a poco, pasando de mano en mano, la obra había empezado a significar algo más. En aquel comentario los cristianos habían encontrado una explicación de su ruina y una expresión de su esperanza. Al igual que el mundo bajo el Apocalipsis, así sufría la España cristiana bajo la férula de Mahoma. La tierra que evangelizó Santiago, el reino hispanogodo, está esclavizada. Su salvación vendrá cuando se restaure la corona sobre todas las tierras cristianas. Eso era lo que nuestra gente entendía al leer el *Comentario del Apocalipsis*. Ahí encajaba el salmo que me confió el viejo

monje de Laredo: el Señor revela a las naciones su salvación. Y a nosotros nos la reveló en Covadonga.

\*\*\*

El trabajo en el escritorio resultó sumamente grato. La vida ahora, en la hospedería, era sensiblemente más amena que los duros días pasados extramuros. Los nuevos seguíamos encargándonos de trabajos ásperos, pues toda nuestra rutina tenía por único fin comprobar nuestra humildad, pero vivir junto a los monjes y a su mismo ritmo daba un sentido superior a las cosas. En cuanto terminábamos cada una de las oraciones que salpicaban el día, yo corría al escritorio para entregarme a mi tarea. Me habían encomendado la copia del *Epistolario* de San Braulio. Jamás había oído hablar de Braulio ni de las gentes a las que el buen obispo zaragozano se dirigía: Eugenio de Toledo, el abad Emiliano o el rey Chindasvinto. Cada una de aquellas páginas me abría un mundo.

Con frecuencia Beato me sacaba del scriptorium y me llevaba consigo al claustro o al huerto. Allí me hablaba de la vida de Cristo y de los santos apóstoles. También reflexionaba en voz alta sobre la existencia de los hombres y sus afanes, y me recitaba párrafos enteros de los textos sagrados. Otras veces me hablaba de San Benito. Me contó, por ejemplo, que el santo de Nursia había sido nombrado abad de un monasterio italiano, pero los monjes, que no deseaban someterse al exigente tipo de vida que el santo predicaba, decidieron envenenarle. San Benito bendijo a sus monjes y en ese momento el recipiente que contenía el veneno se rompió; por eso se representa al santo con una copa rota. No fue la única vez que intentaron envenenar a San Benito, porque en otra ocasión un sacerdote que le envidiaba quiso matarle con un trozo de pan emponzoñado; el santo lo percibió y ordenó a un cuervo que se llevara el pan lejos de allí, donde no pudiera causar mal a nadie. También por eso suele representarse a San Benito con un cuervo.

A mí me escandalizaban aquellas cosas, y más en particular que los enemigos del santo fueran precisamente sacerdotes y monjes. Entonces Beato me recitaba de memoria aquel pasaje de la regla de San Benito sobre las clases de los monjes:

Es sabido que hay cuatro clases de monjes. La primera es la de los cenobitas, esto es, la de aquellos que viven en un monasterio y que militan bajo una regla y un abad. La segunda clase es la de los anacoretas o ermitaños, quienes, no en el fervor novicio de la vida religiosa, sino después de una larga probación en el monasterio, aprendieron a pelear contra el diablo, enseñados por la ayuda de muchos. Bien adiestrados en las filas de sus hermanos para la

lucha solitaria del desierto, se sienten ya seguros sin el consuelo de otros, y son capaces de luchar con solo su mano y su brazo, y con el auxilio de Dios, contra los vicios de la carne y de los pensamientos. La tercera es una pésima clase de monjes: la de los sarabaítas. Estos no han sido probados como oro en el crisol por regla alguna en el magisterio de la experiencia, sino que, blandos como plomo, guardan en sus obras fidelidad al mundo, y mienten a Dios con su tonsura. Viven de dos en dos o de tres en tres, o también solos, sin pastor, reunidos no en los apriscos del Señor sino en los suyos propios. Su ley es la satisfacción de sus gustos: llaman santo a lo que se les ocurre o eligen, y consideran ilícito lo que no les gusta. La cuarta clase de monjes es la de los giróvagos, que se pasan la vida viviendo en diferentes provincias, hospedándose tres o cuatro días en distintos monasterios. Siempre vagabundos, nunca permanecen estables. Son esclavos de sus deseos y de los placeres de la gula, y peores en todo que los sarabaítas. De la misérrima vida de todos estos es mejor callar que hablar. Dejándolos, pues, de lado, vamos a organizar, con la ayuda del Señor, el fortísimo linaje de los cenobitas.

—Que no te escandalice —añadía Beato—. Somos barro como los demás hombres, y llevar este hábito no nos hace mejores. La única diferencia es que nosotros nos sabemos pecadores. Pero ese conocimiento no debe hacernos más soberbios, sino al revés, más humildes. Y poco importa la opinión de la gente, porque nosotros no estamos aquí para ganar el aplauso de las multitudes, sino para ganar la vida eterna.

Pasaron las semanas, llegó el invierno, siguieron sumándose las páginas de mi copia de San Braulio y aumentó mi intimidad con el sabio monje Beato. Los paseos aumentaron en frecuencia y también crecieron las enseñanzas de mi maestro, visiblemente feliz de hallarse ante un catecúmeno dócil y receptivo. Yo no tardé en contarle todo sobre mí: no solo mi vida en Mena, sino también las circunstancias del viaje a San Martín, que tanto me habían impresionado. Le referí, como no podía ser menos, el estremecedor episodio del jabalí blanco en el bosque y el posterior encuentro con los brujos. Beato prestó enorme atención: su característico fruncimiento de labios se acentuó de una manera casi cómica. Todo su cuerpo se puso en tensión:

—Yo he visto una vez un jabalí blanco —me dijo—. Son animales raros. Los griegos inventaron mitos extraños sobre los jabalíes. En muchas historias los consideran enviados de sus dioses, lo mismo para lo bueno que para lo malo. No hay que desdeñar las enseñanzas de los antiguos: eran antiguos, pero no eran estúpidos. Les faltaba la luz de la Revelación, pero a su manera prepararon el camino. En vuestro caso, está claro que el jabalí jugó un papel determinado: os quiso conducir hacia la asamblea de los brujos. Esa era su misión en el drama. En cuanto a los brujos, has de saber que aún mucha gente

practica ritos extraños en estos bosques. Me consta que algunos son inofensivos. Pero también sé que no pocas veces invocan al mismísimo demonio. Ese jabalí no era una criatura de Satán, sino más bien lo contrario. En cuanto a los brujos... no temas: si tuvieran poderes sobrenaturales, no habríais salido vivos de allí. O quizás hubierais perdido la razón. Conozco a alguno que ha enloquecido por frecuentar esos sórdidos concilios. Uno empieza a acercarse al mal pensando que podrá controlar su influjo, pero el mal siempre es más fuerte. Por eso hay que alejarse siempre de la tentación. Haces bien en contarme estas cosas. Más vale estar siempre preparado.

Muchas veces Beato peroraba sobre la vida espiritual de las gentes del común, lo mismo reyes que labradores, y lo hacía ex profeso para inculcarme las nociones elementales de la virtud. Recuerdo bien un día invernal, de frío seco, en el que paseábamos por un prado donde se alzaba un único árbol.

—Este paraje que ves —me dijo— se llama «la arboleda del esposo fiel».

—¿Y por qué se llama arboleda —pregunté yo—, si no hay más que un solo árbol?

—Hubo aquí una vez un hombre —me explicó el maestro— que poseía una poblada arboleda. De todos los árboles, solo uno le daba fruto. Con el tiempo, el árbol que daba frutos fue retorciéndose sobre sí; el esfuerzo llenaba de estrías su corteza, doblaba sus ramas, decalvaba sus hojas. A su alrededor se erguían, orgullosos y bellos, los otros árboles de firmes ramas y rica copa. El hombre gozaba acogiéndose a la sombra fresca y protectora de estos últimos. Y todos cuantos pasaban por la arboleda gustaban de sentarse al pie de los altos y frondosos, sin prestar al otro más atención que una sonrisa piadosa. ¿Quién podría resistirse a la seducción de una fresca y grata sombra, al dulce rumor de las hojas? Habría que ser un santo para vencer tal tentación. Incluso nuestro padre San Benito tuvo que arrojar en cierta ocasión a unas zarzas para dominar los impulsos de su carne. Pero, al mismo tiempo, habría que ser un necio para desdeñar al otro árbol, al único que daba fruto. Cierta invierno extremadamente duro, el dueño de la arboleda se vio en la necesidad de talar los árboles para procurarse leña. No lo dudó: aun con dolor de su corazón, taló todos los árboles de la arboleda. No dejó más que uno: el viejo y retorcido frutal. Porque si alguno había que salvar, ese precisamente era el árbol que daba fruto. Por eso este paraje se llama «arboleda del esposo fiel». Porque así como se requiere la fortaleza de un santo para desoír la atracción de las mujeres, así sería un necio quien renegara de la mujer que le ha dado frutos.

—¿Y el monje? —pregunté yo.

—El monje ya ha encontrado su árbol frutal: la fe que nos sostiene.

Entendí bien el mensaje, pero no podía yo ni sospechar que bien pronto iba a prendarme de otros frutales.

\*\*\*

Cierto día, cuando ya llevaba varias semanas en la hospedería y barruntaba mi próximo ingreso en el noviciado, Beato me pidió que dejara mis tareas y acompañara al pueblo al hermano iluminador. El hermano que iluminaba los códices se estaba quedando sin tintes y necesitaba encargar materiales nuevos. Yo no era infeliz entre los muros de San Martín, pero me ilusionó la perspectiva de salir algunas horas de aquellas paredes. Tomamos el camino que bajaba hasta Potes. El hermano iluminador sobre una mula. Yo a pie, llevando las riendas. Y allí ocurrió.

Cuando entramos en el pueblo, vi en una ventana, a nuestra derecha, una cabellera rubia. Era exactamente la misma imagen que ya había llamado mi atención meses atrás, cuando abandoné Potes para ir a San Martín. Esta vez pude detenerme a mirar: la cabellera pertenecía a una muchacha adorable. ¡Y ella me miró a su vez!

El hermano iluminador, sobre su mula, iba explicándome los secretos de las tintas. La tinta negra era la más común, la que más necesitábamos. Desde tiempos de los romanos —me decía— se elaboraba esa tinta revolviendo polvo de humo en una base de gomas. De la mezcla se obtenía una dura pasta que, convenientemente disuelta en agua, permitía escribir.

La muchacha de la cabellera rubia desapareció de la ventana. Disimuladamente miré arriba y abajo tratando de descubrirla. Al poco la vi de nuevo, ahora fuera de la casa, recogiendo una cesta de ropa. Era una criatura enteramente luminosa, envuelta en una gruesa túnica de colores claros, con sus largos cabellos de oro cayendo sobre el delicioso cuerpo en dos gruesas trenzas.

—Pero la negra no es la única tinta que nos interesa —seguía el hermano iluminador—. Necesitamos también tinta roja, y esta es hoy más difícil de conseguir. Para fabricar tinta roja hay que utilizar tierras rojizas o, más preferiblemente, el carmín, que son las huevas de la cochinilla una vez secas y pulverizadas. Pero la cochinilla solo se da en regiones cálidas, lejos de aquí. Por estos pagos usamos más bien el cinabrio, que abunda en las minas cercanas y, correctamente tratado, produce un colorante de excelente calidad.

Yo no veía más color que el de los cabellos de mi amada, pues ya en ese mismo instante pude llamarla así. Nos acercábamos a la casa de la muchacha y,



pulgada a pulgada, mi espíritu se llenaba por entero de todo su ser. Con todo detalle recorrí el perfecto óvalo de su rostro, sus ojos de azul celeste, las leves pecas que adornaban su piel...

—¿Te extraña? —seguía el hermano, bamboleándose sobre su mula—. Pues eso no es nada. De Bizancio vienen tintas hechas con oro y con plata. Y no solo lo más sublime, sino también lo más mezquino se emplea para el mismo fin. Yo he visto fabricar tintas con vinagre, con vidrio y hasta con heces. Todo vale si con ello se consigue nitidez en el color, estabilidad en la mancha y resistencia al tiempo.

Creí que el corazón se me paraba cuando constaté que nuestro camino iba directamente hacia la muchacha. Ella se había detenido en sus quehaceres y, girándose hacia nosotros, dibujaba un gesto amistoso con la mano. Entonces desapareció súbitamente, corriendo, los pies descalzos sobre la hierba aún fría de aquellos estertores del invierno.

—Ya hemos llegado a nuestro destino —anunció el hermano—. Ahora vendrá el dueño de la casa a tomar nuestro pedido. Un buen hombre. Se llama Asur. Viaja con frecuencia a Oviedo y a Somorrostro. No creas que es un simple buhonero: me ha contado que comercia con casas de Pravia e incluso de Galicia. Es el hombre indicado para este tipo de encargos tan especiales. ¡Deva! ¡Muchacha!

¡Deva! Ese era el nombre de mi dama, la hija de Asur. Deva corrió hacia el hermano, besó su mano y pidió su bendición. A mí solo me dirigió una mirada de soslayo, entre huidiza y cortés. Asur apareció inmediatamente detrás: un tipo macizo y calvo, vestido con algún lujo; incluso llevaba esos pantalones que llaman bragas, bien sujetos en los tobillos bajo los zancajos. El hermano y Asur intercambiaron algunas palabras. No sé cuáles porque yo no tenía ojos más que para Deva: la muchacha permanecía allí, atenta a la conversación de su padre, aparentemente ajena al hecho de que yo existiera. Pero yo ardía.

En un momento determinado, el hombre hizo un gesto a Deva. La muchacha se marchó con una graciosa reverencia. A mí me regaló una mirada de solemne desdén. Asur ofreció comida al hermano. Este la rehusó con amabilidad: la regla de San Benito prohíbe expresamente comer fuera a los que no viajan lejos del cenobio. Y cerrado el negocio, nos dispusimos a partir.

El hermano iluminador, de nuevo sobre su mula, empezó a explicarme cómo se fabrica una buena pluma para escribir. Las mejores son las de ganso y cuervo. Hay que procurarse un montoncillo de arena, lo suficiente para que

quepa en el hueco de la mano, y calentarlo hasta llegar al rojo vivo. En ese momento, hay que hundir el cañón de la pluma en la arena ardiente y mantenerla así el tiempo de un padrenuestro, tres avemarías y un gloria. Basta ese lapso para que la punta del cañón quede dura como la roca. Después hay que mojar la punta en agua hirviendo, a ser posible con un poco de alumbre. Eso permitirá cortar luego la pluma a voluntad, con dos breves tajos sesgados, y practicarle por último la incisión final, la hendidura que hará correr la tinta.

Todo me daba vueltas. Sentía el estómago vacío y una especie de ligereza sobrenatural en el pecho. Instintivamente, giré la cabeza y eché la vista atrás. Vi a Deva en la ventana, su cabellera rubia flameando al sol. Y nos miraba. Me miraba.

—Y no sé si te he contado —seguía el hermano iluminador— que para fabricar tinta roja pueden utilizarse también los caparazones de los crustáceos. De eso saben algo en las aldeas de nuestras costas...

## Dos espadas en la corte del rey Mauregato

La aventura más fascinante que viví con Beato fue la entrada en la corte. Reinaba entonces en Asturias nuestro señor Mauregato, un hombre que acumulaba una pésima fama y al que, sin embargo, Beato no tenía en poca estima. Yo no sabía nada de la política del país, ni me interesaba lo más mínimo. Lo único que tenía en la cabeza eran las misteriosas palabras del monje de Laredo: «Satanás tienta a los poderosos. Hay muchos en la corte que verían bien un pacto con los musulmanes. Ríos de sangre han corrido por esa causa». Y me imaginaba a los magnates del reino, ricamente vestidos y enjoyados, apuñalándose los unos a los otros bajo las satisfechas sonrisas de Satán. Pero cuando descubrí la verdad, me pareció aún más terrible que mis imaginaciones.

Fuimos a la corte porque Mauregato se encontraba muy enfermo y había pedido confesar con mi maestro. Era un gran honor para Beato, pero también lo era para el rey. Y desde luego lo fue para mí, aunque yo solo figurara en aquel periplo como asistente de mi buen monje. La corte se hallaba entonces en Pravia, al borde de la calzada de Astorga. Nos llevó varios días de camino llegar hasta allí. Pero esta vez no tuve que andar a pie ni a lomos de mula, sino que el rey había enviado un cómodo carruaje cubierto, tirado por cuatro briosos corceles, para buscar a su confesor. Fue un viaje inolvidable a través de Cangas de Onís, la vieja capital de don Pelayo, y Oviedo, la ciudad edificada por el rey Fruela. En cada etapa del camino disfrutábamos de la hospitalidad que se concede a la gente principal: dormitorios limpios, comidas apetitosas... Aunque Beato aplicó la regla de San Benito a todos estos placeres, disminuyendo ostensiblemente su calidad, aun así me supieron a gloria. Por otro lado, a lo largo del trayecto tuve tiempo para aprender todo lo que hasta entonces ignoraba acerca de las convulsiones políticas del reino. Beato era un maestro de recursos inagotables.

—¿Sabes quién fue el rey Alfonso? —me preguntó.

Yo lo sabía perfectamente: Alfonso era el yerno y sucesor de Pelayo, el mismo rey en cuyas correrías participaron mi bisabuelo y el abuelo de Guma. El rey que había llevado los límites del reino desde Galicia en el oeste hasta las tierras de los vascones en el oriente. Y a partir del rey Alfonso, Beato me explicó todo lo que había pasado en Asturias en los últimos años.

—Al rey Alfonso le sucedió su hijo Fruela. Un hombre tremendo, este Fruela. Un hombre sin suerte. Le tocó gobernar un país cruzado por mil

pasiones, un país que estaba naciendo. Solo supo hacerlo con el hierro, y eso le granjeó infinitas enemistades. Este Fruela tenía un hermano: Vimarano. Y algún espíritu maligno quiso que los muchos enemigos de Fruela vieran en Vimarano a su redentor. Tanto creció el odio de Fruela hacia Vimarano que terminó matándolo con sus propias manos, como Caín a Abel; crimen nefando que Dios ya habrá sentenciado con su justicia. Pocos años después, y como si los cielos hubieran querido castigar aquel fratricidio, Fruela se vio envuelto en mil querellas. Los señores de la tierra se levantaron en Galicia. Los musulmanes atacaron la frontera. Aquel fue el ataque que nos obligó a Eterio y a mí a buscar refugio en Liébana. Fruela gobernó como pudo todo aquello, sofocó la revuelta gallega, derrotó a los sarracenos, pero... Demasiadas heridas habían quedado abiertas. Los amigos del difunto Vimarano, el hermano asesinado, se confabularon contra el rey. Acudieron a su palacio de Cangas y allí murió por el hierro quien a hierro había matado. Al rey Fruela le mataron sus primos, los hijos del guerrero Fruela Pérez, hermano del rey Alfonso. Y sobre el cadáver aún caliente del rey muerto proclamaron a un nuevo rey: Aurelio. Y tú te preguntarás: ¿Y qué iba a ser entonces de los hijos de Fruela? ¿Correrían la misma suerte que el padre?

»Años atrás —continuó Beato— Fruela había contraído matrimonio con una noble vascona: doña Munia de Álava. En su momento fue la prenda con la que el rey apaciguó un levantamiento en aquellas tierras, pero puedo dar fe de que Fruela amaba verdaderamente a esa mujer. La cubrió de joyas y regalos. Para ella construyó hermosos palacios en Oviedo. Ahora, muerto Fruela, Munia quedaba desamparada. Y con ella, los dos hijos del matrimonio: Alfonso y Jimena. La reina doña Munia no perdió el tiempo: envió a sus hijos al monasterio de Samos y ella misma se evaporó; al parecer ingresó en un convento. Así salvó la vida de su progenie.

»El nuevo rey, Aurelio, resultó ser un tipo bastante gris. Fueron años duros y malos en todo el reino. Los señores de la tierra pensaron que, muerto el terrible Fruela, podrían campar a sus anchas. Al mismo tiempo, los sarracenos, envueltos en sus propios problemas, quisieron sacar tajada de la situación en forma de nuevos tributos. Aurelio estaba dispuesto a dar a todos lo que cada cual pedía: tributos a los moros, riquezas a los señores de la tierra... Pero las gentes de este suelo no están acostumbradas a doblar la cerviz más que ante Dios, y se levantaron, como no podía ser de otro modo. A fe que nadie amaba al rey Aurelio. Había llegado al trono con las manos manchadas de sangre. Los remordimientos le movieron a cambiar la corte, que se trasladó a San Martín, no lejos de Oviedo. Allí murió poco después, joven aún, pero enfermo de angustia. Y sin hijos.

»Entonces los magnates del reino discutieron ásperamente sobre la sucesión al trono. Unos querían que la corona volviera a cualquiera de los parientes de Aurelio, pero no se ponían de acuerdo entre sí. Otros querían que se proclamase al pequeño Alfonso, el hijo del asesinado rey Fruela, pero aún era muy niño. No era una disputa dinástica. Yo te contaré la verdad: lo que entonces estaba en juego era ni más ni menos que el orgullo de la cristiandad. Los amigos del difunto Aurelio, todos ellos grandes magnates con abundantes posesiones, temían las acometidas sarracenas y estaban dispuestos a pactar algún tipo de acuerdo con el moro. Por el contrario, los partidarios del pequeño Alfonso, el hijo de Munia, deseaban mantener enhiesta la bandera de Pelayo y el primer Alfonso, la bandera de la lucha contra el islam. Era imposible conciliar posiciones. Pero alguien pensó una solución de compromiso: una hija del primer Alfonso, Adosinda, estaba casada con un rico magnate del valle del Narcea llamado Silo. Este Silo gustaba a los señores de la tierra porque era uno de ellos, y Adosinda gustaba a los otros porque era la directa heredera de Pelayo. Y así la corona fue a parar a las sienes de Silo.

»Turbias maniobras se sucedieron entonces en el reino —proseguía Beato—. Los amigos de Silo llegaron a acuerdos con los sarracenos, y el propio rey respaldó el negocio. Como no podía hacerlo personalmente, por miedo a encolerizar al otro partido, delegó la tarea en su madre. Mientras tanto, la esposa del rey, Adosinda, educaba al pequeño Alfonso, su sobrino, para que un día ciñera la corona de Asturias: le confió nada menos que la administración de palacio. Las dos facciones del reino movían sus peones: unos, con Silo; los otros, con Adosinda. Era una carrera contra el tiempo. Tarde o temprano la situación estallaría. Y eso fue lo que ocurrió cuando Silo dijo adiós a la vida.

»Muerto su marido, la reina viuda Adosinda trabajó con rapidez para que el segundo Alfonso, que por entonces ya pasaba de los veinte años de edad, subiera al trono. El joven Alfonso fue coronado rey. Pero el otro partido no se había estado quieto: mientras Adosinda trenzaba su jugada, los magnates partidarios de entenderse con Córdoba habían compuesto una tupida red de complicidades e intereses. En esa red cayeron Adosinda y el joven Alfonso. Los conjurados buscaron un nuevo rey: un hijo bastardo del primer Alfonso llamado Mauregato. La estirpe de Pelayo pronto comprobó que estaba en posición muy desventajosa. Al joven Alfonso no le quedó más salida que huir: se refugió en las tierras de los vascones, entre los parientes de su madre doña Munia, donde aún habita. En cuanto a Adosinda, ingresó en un convento. Todo parecía perdido para los abanderados de la fe. Pero lo peor estaba aún por llegar: la traición de la propia Iglesia.

»Porque ocurrió, en efecto, que en aquellos años la Iglesia de Toledo sucumbió ante las asechanzas de los mahometanos. En realidad se veía venir

desde mucho tiempo atrás. Si conoces la historia de Covadonga, habrás oído hablar de don Oppas, el obispo traidor: aquel que intentó convencer a don Pelayo para que se rindiese ante los moros. Don Oppas era un hombre muy poderoso: hermano del rey Witiza y obispo de Sevilla. Cuando los musulmanes se apoderaron del reino, este hombre quiso llegar a un entendimiento. Era obispo y no podía dejar de ser cristiano, pero sí podía retorcer la fe y ponerla al servicio de sus intereses. Verás: los musulmanes no niegan la existencia de Jesús, sino su divinidad; para ellos nuestro Salvador solo es un profeta más en la lista de elegidos por Mahoma. Semejante blasfemia encajaba bastante bien con las pretensiones de la secta arriana, muy extendida entre los godos: para el maldito Arrio, Jesús era hijo de Dios, pero no Dios mismo. Así, en la mente enferma de Oppas, y de otros como él, tomó forma la idea de utilizar todo eso en su propio provecho: los nuevos amos, los islamitas, nada tendrían que temer de quienes estaban dispuestos a sacrificar la divinidad de Jesús. Al contrario, en ellos hallarían su principal apoyo para conservar el poder recién conquistado. Otros abjuraron de su fe y se convirtieron al islam para mantener su posición. Oppas lo lograría sin necesidad de hacerse musulmán; le bastaría con deformar la fe verdadera.

»Oppas murió en la retirada de Covadonga, pero en Sevilla, Mérida y Toledo quedaron muchos que siguieron su ejemplo. La crónica de la Iglesia española en estos años es de una tristeza sin límites. Muchos hermanos, por conservar la fe verdadera, prefirieron emigrar al norte, a nuestro reino. Otros muchos, la gran mayoría del buen pueblo, quedaron en sus tierras cultivando el credo de Nuestro Señor en pequeñas comunidades, solos frente al poder sarraceno, salvajemente explotados con impuestos y otras crueldades. Y lo que es peor: se vieron privados de buenos pastores, porque el alto clero, siguiendo el ejemplo del traidor obispo Oppas, retorció la fe para ponerla a su servicio.

»En tu pequeñez e inexperiencia —me amonestaba Beato— no puedes ni imaginar el alcance que tomó el problema. El mismísimo Carlomagno, el gran rey de los francos, hubo de intervenir para aclarar las cosas. Carlomagno vio claramente lo que estaba pasando: una Iglesia desvirtuada en España podía terminar entregando completamente el país al islam. Mientras nosotros, aquí, en Asturias, levantábamos iglesias y comunidades por doquier para mantener la fe verdadera, nuestros obispos del sur iban islamizando poco a poco el credo de Jesús de Nazaret. Naturalmente, esas traicioneras maniobras de los blasfemos forzosamente tenían que seducir a quienes aquí, entre nosotros, aspiraban a un entendimiento con Córdoba. En Asturias nos habíamos levantado en defensa de la cruz, pero ¿y si hubiera una manera de hacer compatible la cruz con la sumisión a los mahometanos? Muchos magnates de nuestro reino vieron aquí una oportunidad de oro para conservar su poder. Ellos, como don Oppas, estaban dispuestos a retorcer la fe para ponerla a su

servicio. Quizás esto te permita entender mejor cuanto te he referido antes acerca de los dos partidos que pugnan en el reino. Porque has de saber una cosa: quienes en Córdoba, Toledo o Sevilla trabajan para falsear la fe de Jesús, están en plena sintonía con quienes aquí, en Asturias, conspiran para someterse al emir de Córdoba. Y la mejor prueba de esta confabulación infame vino a darnosla el propio obispo de Toledo, el oprobioso Elipando.

»Acababa Mauregato de llegar al trono, desplazando al legítimo Alfonso, cuando el obispo Elipando convocó al sínodo en Sevilla. Y allí Elipando hizo una declaración que le condenará directamente al infierno, porque sostuvo que Jesús no era Dios, sino un hombre adoptado como hijo de Dios. Aquella declaración fue enviada a toda la cristiandad española. Llegó también, por supuesto, a nuestro monasterio de San Martín. ¡Herejía! ¡Blasfemia! Pero eso era lo que estaban deseando oír todos cuantos suspiraban por transigir con los ismaelitas, los nuevos amos. Semejante afirmación era gravísima. Sus repercusiones podían ser catastróficas: para empezar, significaba tanto como arruinar el esfuerzo del linaje de Pelayo y la libertad de nuestro reino, tan trabajosamente conseguida. Y aquí es donde el padre Eterio de Osma y yo decidimos pasar al acto.

»Confieso que, cuando me enteré de la traición de Elipando, me hirvió la sangre, y que Nuestro Señor me perdone si en algún momento me cegó la ira. El hecho es que me dirigí al scriptorium y escribí una carta a todos los obispos y abades de España. Y en ella, con firme apoyo en las Escrituras, declaré herético al obispo Elipando. Porque el obispo, a sabiendas, había tergiversado el término «adopción» que aparece en las Escrituras: es transparente que esa adopción se refiere al hecho de que Dios adopta la naturaleza humana a través de la Encarnación, y nunca, y de ningún modo, que Dios adopte a un hombre llamado Jesús. Sometí el escrito al padre Eterio. Este dio su aprobación. Y me aseguré de que un mensajero llevara el documento hasta Toledo, para que Elipando lo leyera.

»El taimado Elipando no me contestó, sino que hizo algo más retorcido: redactó una nueva declaración ratificándose en sus herejías y se la entregó a uno de sus partidarios en Asturias, un tal Fidelio. ¿Para qué? Para que este se la entregara en mano al rey Mauregato. Nunca olvidaré aquel momento. Fue el día en que la reina viuda Adosinda profesó monja en la iglesia de Santianes de Pravia. Allí estábamos el padre Eterio y yo para dar testimonio de los votos. En plena ceremonia irrumpió Fidelio con el mensaje del obispo. Mauregato no sabe leer, de manera que me cedió el papel para que yo mismo lo leyera en voz alta. Y así tuve que leer cómo Elipando me declaraba herético, a mí, al pobre hermano Beato de Liébana, por negar la humanidad de Jesucristo. ¡Aquello sí que era retorcer las cosas!

»En aquel momento Mauregato podía haberme mandado a la mazmorra. Ese era el designio que se leía en los ojos de muchos de los allí presentes, sin duda partidarios de Elipando y de la sumisión. Pero el rey, que es un hombre prudente, prefirió no enredarse en un problema de fe. Se dio por enterado, despachó a Fidelio, se guardó el mensaje del toledano y ordenó seguir con la ceremonia de Adosinda, que le interesaba mucho más que nuestras disputas doctrinales. Concluido el ritual, Eterio y yo salimos a toda prisa de Pravia. Y a lo largo del camino de vuelta fuimos concibiendo la idea de dar a Elipando una respuesta que estuviera a la altura de la provocación.

»Fue así como, gracias al talento de mi hermano y padre Eterio de Osma, escribí mi *Comentario apologético*. Poco nos importaba el debate con Elipando: ese hombre había decidido traicionar la fe recibida y nada iba a cambiar su voluntad. Pero nosotros debíamos preservar, o al menos intentarlo, la fe de nuestros hermanos. Por eso el *Comentario apologético* se orienta sobre todo a edificar y reforzar la fe verdadera. Elipando, testículo del Anticristo, no puede triunfar. «Fetidísimo Beato» me llamó el infame toledano. Lo mismo da. Más salivazos tuvo que soportar Jesús. Lo importante era y es mantener el tesoro recibido de manos de nuestros padres, el tesoro revelado por Jesucristo en la cruz. Nuestra mayor alegría fue que el propio papa Adriano, conmovido por el suceso, envió una carta a los obispos españoles condenando a Elipando. Por supuesto, nos ocupamos de que Mauregato la conociera al instante: no era una victoria de estos dos pobres monjes en su pugna con el hereje, sino que era un espaldarazo del heredero de San Pedro a la voluntad de resistencia del reino de Asturias. Y convenía que el rey lo supiera, por si le flaqueaba el ánimo.

»En cuanto a Mauregato, sé que la gente dice cosas muy desagradables sobre él: que si es feo, que si es deforme, que si es sucio y malvado, que si es medio moro por parte de su madre... Verás: la madre de Mauregato fue la dama Sisalda, que vino aquí musulmana, sí, pero cuya sangre era tan cristiana como la tuya y la mía. Ocurrió que, en una de sus expediciones de limpieza en la frontera, el primer rey Alfonso se trajo una cuerda de rehenes. En ella se hallaba esta dama. Sisalda había sido capturada tiempo atrás, siendo muy niña, en los viejos Campos Góticos. La islamizaron a la fuerza, pero conservaba el recuerdo de su idioma. Cuando Alfonso reparó en ella, le habló. Sisalda contestó en nuestra lengua y contó su historia. El rey, que ya había enviudado, se prendó de ella. La llevó a vivir consigo y de ese amor nació Mauregato, que se crió en la corte como los demás hijos del rey.

»Nunca fue un hombre bien parecido ni dotado para las armas, tampoco para la elocuencia, pero a cambio es hombre inteligente y prudente. Su reinado no ha sido fácil. Ha tenido que sofocar revueltas de nobles en Galicia y alguna aceifa mora. Sé que dicen de él que ordenó pagar un tributo de cien doncellas a



los moros. Me consta que no es verdad. Pero muchas veces la lengua del pueblo corre como un torrente imparable. Se cuentan cosas horribles por ahí, pero yo debo aconsejarte que no prestes oídos a las habladurías. Después de todo, Mauregato no ha puesto obstáculos a nuestra pugna contra Elipando. Bien es cierto, por otro lado, que Mauregato no pocas veces ha cedido a la presión de quienes buscan un pacto con Córdoba.

»Y bien, así están las cosas. Ya lo sabes todo. O casi todo. Te lo cuento porque necesitaré de tus ojos y tus oídos cuando estemos en la corte. Ahora Mauregato reina en Pravia y, por lo que parece, le queda poco tiempo de vida. Pronto le veremos, si Dios nos da fuerzas para acabar este viaje.

\*\*\*

La larga explicación de Beato me permitió entender plenamente las palabras del viejo monje de Laredo: «Satanás tienta a los poderosos. Hay muchos en la corte que verían bien un pacto con los musulmanes. Ríos de sangre han corrido por esa causa». Ríos de sangre, sí: la de Vimarano, la de Fruela, quién sabe si también la de Aurelio... Lo que me costaba entender era la razón que podía mover a tantos magnates, y tan poderosos, a buscar un pacto con Córdoba. Pero en ese momento me vino a la memoria la confesión de mi padre, Lebato, después de mi encuentro con los moros en la Peña de Mena: muchos fueron los cristianos que en su día se convirtieron a la fe de Mahoma para conservar su poder. Sin duda lo mismo estaba ocurriendo ahora en el propio corazón de Asturias, el solar de don Pelayo.

La llegada a Pravia se conserva en mi memoria como un acontecimiento apoteósico. El palacio del rey Mauregato era un sólido edificio enteramente construido en piedra y con trabajadas techumbres de madera; algo destartalado, sí, pero grande como tres monasterios de San Martín. Una severa empalizada protegía el acceso al lugar y por todas partes circulaban soldados lanza en mano. Cuando llegamos ante el portón principal, uno de esos soldados se nos acercó para inquirir nuestra identidad. Beato, por toda respuesta y sin apearse del carruaje, sacó de su zurrón un pergamino. El soldado desapareció y al instante regresó con un caballero de airosa traza. El caballero se inclinó reverente, besó la mano de Beato y nos franqueó el paso. Nuestro carro se detuvo en un ancho patio bien empedrado. Allí Beato me hizo descender. Ayudé a mi maestro a tocar de nuevo el suelo.

Un guardia nos acompañó hasta la entrada principal, un hermoso arco guarnecido por dos portalones de gruesa madera con clavos. Allí, a su vez, velaban otros dos guardias, y aún había más en el interior: eran los *fideles regis*,

los fieles del rey, el séquito militar de Mauregato. Seguramente el monarca temía la mano asesina del puñal.

Franqueamos la puerta. Enfilamos un largo pasillo alfombrado con austeridad. Antorchas aplicadas en la pared aliviaban la oscuridad de aquel corredor. A un lado y a otro, gruesos cortinajes permitían adivinar el acceso a misteriosas cámaras. No habríamos recorrido diez pasos cuando uno de esos cortinajes se entreabrió a nuestro lado. Por el hueco asomó, primero, una mano, después un brazo, al fin medio tronco y la cabeza de un noble personaje.

—Beato, debo hablarte —musitó a media voz el aparecido.

Mi maestro se detuvo, miró en derredor, clavó luego sus vivísimos ojos en aquel hombre y asintió con la cabeza. Con un gesto me ordenó sujetar la pesada cortina. El hombre me apuntó con el mentón y lanzó una mirada inquisitiva al monje.

—Todo lo que yo tenga que decirte puede oírlo este muchacho —le tranquilizó Beato.

El noble personaje compuso un gesto de sorpresa: no eran las palabras de Beato las que deseaba preservar de oídos ajenos, sino las suyas propias. Pero rápidamente entendió lo que mi maestro se proponía:

—Lo mismo da. Muchacho —me ordenó—, mantén bien abierta la cortina, porque no tengo nada que ocultar.

A mí me maravilló el aspecto de aquel hombre: su lujosa túnica de verde oscuro adornada con hilos de oro, la sólida espada que colgaba de su cinto, la rica diadema ornada de gemas que sujetaba sus cabellos rojos, la barba bien cortada... Parecía un rey, y sin embargo no lo era. El caballero estaba visiblemente agitado. Inclino la cabeza hacia Beato y le habló en tono conminatorio:

—¿Cuándo vas a parar esa estúpida guerra con el obispo de Toledo? —le recriminó—. Estás molestando demasiado a mucha gente muy importante. Estás dañando muchos intereses. Aún peor: terminarás provocando que los sarracenos vuelvan a atacar. ¿No ves que desde hace años hemos conseguido mantener la calma en la frontera? Los sarracenos apenas atacan ya, fuera de un par de expediciones menores. Si llegamos a un pacto con ellos, aun con el pago de tributos, la paz estará asegurada.

—¿La paz de quién? —preguntó Beato, ofensivo—. El grano que tú pagas a los moros ha nacido del sudor de otros. Los esclavos que tú vendes a los

sarracenos no son tus hijos, sino los hijos de otros. Quizás haya paz para ti y los que son como tú, pero esa paz es dolor para tu pueblo. Esa paz no es de Dios.

—¿Y es de Dios morir a manos del infiel? —reaccionó el caballero—. Ahora al menos podemos vivir. Pero tú y los tuyos estáis poniendo todo eso en peligro. Es una locura.

—Mientes y lo sabes —contestó Beato—. Hay una cosa que se llama dignidad. Y otra que se llama honor. Es indigno entregar la libertad a un invasor extranjero y blasfemo. El pueblo que así obra queda deshonrado y no merece más que la esclavitud. Además, tú no ignoras que si los sarracenos no han atacado es porque tienen otros problemas: las ciudades se les rebelan, como Mérida y Toledo, y sus tropas están demasiado ocupadas manteniendo el orden en el interior. Cuando lo hayan logrado, volverán sus miras hacia nosotros, como siempre han hecho. Volverán a atacar y a saquear. Y entonces vosotros, que ya habéis perdido la dignidad, perderéis además vuestras riquezas y quién sabe si vuestras vidas. Vosotros sois los locos.

—Eso que dices puede que pase o puede que no —atacó el noble—. En cualquier caso, es insólito que un clérigo de tu fama no dé una oportunidad a la paz.

—Eso que tú llamas paz solo es una sucia componenda —contraatacó Beato—. Conservar vuestras riquezas a cambio de entregar la libertad de vuestro pueblo.

—Mejor será eso que la muerte. Y a una muerte segura nos lleva tu obstinación.

El noble estaba realmente irritado; incluso apoyó la mano sobre el pomo de su espada. Pero Beato respondió con el viejo salmo:

—«El Señor revela a las naciones su salvación».

—¡Bah! ¡Palabrería! —se enojó el caballero—. Con tus salmos no cambiarás las cosas. La única oportunidad para el reino es seguir a Elipando y pactar con Córdoba.

—Pues te contestaré con otro salmo —dijo Beato—: «Como la cera se derrite delante del fuego, así perezcan los impíos delante de Dios».

Y diciendo esto, mi maestro me cogió del brazo, me hizo cerrar la gruesa cortina y reanudamos nuestro camino. Tuve que morderme la lengua para no

preguntarle quién era ese hombre que con tales maneras le había hablado. Beato se limitó a comentar:

—Verás que, en efecto, debía venir acompañado. En esta casa es importante tener siempre testigos.

Nuestro camino, custodiado en todo momento por un guardia, terminaba en una ancha cámara. «Atento —me dijo Beato—. Entramos en la cámara del rey». Y debo confesar que la regia sala me decepcionó un tanto. Yo nunca había estado antes en tan nobles habitaciones, pero me imaginaba la cámara de un rey como una especie de salón de tesoros cubierto de oro y adornado con las más exquisitas joyas. Por el contrario, la cámara de Mauregato se limitaba a una amplia y fría estancia con un par de alfombras, un tapiz en la pared, una mesa de toSCO labrado y dos grandes cofres de aspecto vulgar que flanqueaban una portezuela. Seguramente Mauregato era de ese tipo de hombres que no gusta de mostrar sus trofeos. Con todo, lo más inquietante era esto otro: el rey no estaba allí.

Dos mujeres permanecían en pie en la cámara, una de cierta edad, otra casi una niña. Algo en ellas atrajo mi atención, aunque al principio no fui capaz de percibir la causa. Las dos saludaron a Beato con una breve reverencia que mi maestro contestó a su vez con una respetuosa inclinación. Yo le imité.

—Mi querida dama Creusa —habló Beato, untuoso—. Me alegra encontraros con tan buen aspecto. Pero veo que la pequeña Creusa ha crecido hasta ser casi tan bella como su madre. Os saludo a las dos y os doy mi bendición. ¿Cómo se encuentra hoy el rey nuestro señor?

La dama mayor, Creusa madre, abrió los brazos mostrando las palmas de las manos en un gesto que me pareció teatral.

—¡Ay, queridísimo Beato! —gimió—. Mucho me temo que el rey nuestro señor, mi augusto marido, no vive sus mejores días. Hace dos semanas que está en cama. Apenas si se levanta. Cuando lo hace, la vista se le nubla y las piernas le flaquean. Se queja de fuertes dolores por todas partes. Siete días atrás se sintió tan mal que te hizo llamar. No ha mejorado desde entonces. Te espera. Le aliviará saber que estás aquí.

Creusa madre, sollozando, acompañó a Beato a la portezuela flanqueada por los dos cofres. Por ella desaparecieron. Yo quedé solo en la cámara, frente a la pequeña Creusa hija. Entonces descubrí por qué las dos mujeres me habían llamado la atención: eran sus ojos. Las dos, madre e hija, tenían los mismos ojos. Unos ojos de azul violáceo. Y esos ojos eran los mismos que los de la bruja del bosque, o al menos así me lo parecieron. No podía alejar mi mirada de aquellos

dos luceros violetas, y cuanto más los contemplaba, más me recordaban a la misteriosa hechicera de los extraños conjuros. La niña rompió la magia con un comentario banal:

—¿Eres el criado de Beato? No te conocía.

—No soy su criado —contesté con un punto de bobo orgullo—. Soy su aprendiz. Él es mi maestro. Y yo le acompaño y le sirvo en cuanto pueda necesitar.

—Mi padre también tiene criados —dijo la pequeña Creusa—, pero no aprendices.

Mis entrañas aún no se habían repuesto del estremecimiento provocado por los ojos de aquella chiquilla, pero su simpatía fue deshaciendo poco a poco cualquier recelo. Rompió a hablarme de todo un poco, y todo a la vez: el palacio, su vida, su madre, sus compañeros de juegos, sus perros... La pequeña Creusa tenía un enorme encanto: hablaba con una voz cantarina y limpia, como arroyo de montaña, y la ingenuidad de sus comentarios me arrancaba sonrisas que en algún momento temí irrespetuosas. Pasado un rato, la madre regresó junto a nosotros.

—Hemos de esperar. Beato está confesando al rey. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Zonio, mi señora. De Mena.

—¿Mena? —interrogó sorprendida—. ¿Dónde queda eso? Nunca he oído hablar de tal paraje.

—Es un valle al sur de Cantabria y al oeste de Álava, mi señora. Allí vivía yo con mis padres antes de ingresar en San Martín de Turieno, en la Liébana.

—Liébana sí la conozco —comentó la dama—. Bonito lugar.

Un denso silencio se adueñó de la cámara. Creusa madre tomó asiento. La hija, antes tan habladora, enmudeció. Yo permanecí de pie, haciendo coro al silencio. Volvieron a mí, como alucinaciones, las estampas de los ojos de la bruja y la irracional convicción de que las dos Creusas, madre e hija, tenían su misma expresión y su mismo color. Para apartar tan inconvenientes pensamientos concentré mi atención en los ricos vestidos de las dos damas: hermosas túnicas de vivos colores, con profusión de cintas y adornos, aderezadas con brillantes fíbulas para abrochar los ropajes. Las dos eran muy

bellas: los mismos cabellos negros, el mismo rostro afirmativo... ¡y sí, los mismos ojos hechiceros de azul violáceo!

Beato tardó mucho en salir de la cámara del rey. Cuando lo hizo, le noté sobrecogido. Sin mediar palabra, se inclinó ante las damas, que besaron su mano, y abandonó el lugar. Yo, detrás. Inmediatamente ganamos nuestro carruaje. Mi maestro guardó un inusual silencio durante todo el trayecto de vuelta. Solo rezó. Rezó mucho. Una oración detrás de otra. Yo recé con él.

## El amor

El rey Mauregato murió pocos días después de nuestra visita. Un mensajero de la corte vino a San Martín a contarlo. En el mismo mensaje se decía que el nuevo rey era Bermudo, hijo del guerrero Fruela Pérez y, por tanto, primo del monarca difunto. A este Bermudo le llamaban el Diácono porque pertenecía a ese estado clerical: órdenes menores, un escalón por debajo del sacerdote, sin voto de celibato. El mensajero transmitió también un recado de la viuda Creusa: requería la presencia de Beato y Eterio para acudir a las exequias fúnebres. Así mis dos maestros partieron de nuevo hacia Pravia y yo quedé solo en el scriptorium, sin otra vigilancia que la del hermano iluminador.

Mi copia de San Braulio estaba casi terminada. Me entretuve leyendo el *Comentario apologético* de Beato, que tanto había conmocionado a los espíritus más preclaros de la cristiandad. Pero confieso que, conociendo como conocía el fondo del asunto, su lectura me aburrí. Me interesaba mucho más saber qué sería ahora del reino con el diácono Bermudo en el trono. ¿Por qué los magnates no habían acudido al joven Alfonso, el derrocado, que seguía oculto en tierras de Álava? ¿Acaso había triunfado definitivamente el partido de los que buscaban un pacto con Córdoba? Nadie en San Martín podía contestar a mis preguntas. Solo Beato. Pero Beato no estaba allí.

Pasaban los días, mi maestro no volvía y yo empezaba a sentirme incómodo en mi cuerpo. Afuera estallaba la primavera. Me sobraban los hábitos y me irritaba la rígida regla de San Benito. Por razones que solo puedo achacar a la acción de algún mal espíritu, mi mente se vació de cualquier buen propósito y en su lugar apareció una sola cosa: las trenzas doradas de Deva, la hija de Asur. En otras condiciones habría podido recordar la admonición de mi hermano Vítulo: «Nada de tontear con las mozas del pueblo». Pero tan poseído estaba por la huella de Deva, que la advertencia ni siquiera vino a mi recuerdo. Entonces caí.

\*\*\*

Me obsesioné con la idea de salir del monasterio y encontrarme con Deva. De día y de noche mi pensamiento imaginaba mil estratagemas para forzar aquel encuentro. Y no eran solo pensamientos: me ofrecí voluntario para apacentar a las ovejas del monasterio en el prado cercano, para pescar en el río, para acarrear tales o cuales cosas desde la aldea cada vez que era menester... Todo con el único propósito de ver a mi dama soñada.

En cada uno de estos trabajos, aprovechaba las salidas para dar una vuelta por la aldea, acercarme a la casa de Asur y fisgar en busca de la muchacha de las trenzas doradas. Un día y otro, con paciencia de cazador y ofuscación de enamorado. Empecé a faltar a los oficios. Con frecuencia pedía a mi compañero Braulio, aquel al que ofrecí mi mula en la subida a San Martín, que cubriera mi ausencia. Después de todo, me debía una. Braulio, dócil, hizo honor a su deuda. O eso quería pensar yo.

Un día conseguí mi propósito: la vi. Fue en la orilla del río. Yo sabía que Deva, con otras mozas del pueblo, acudía allí a lavar la ropa. Varias veces había acechado en torno a aquel lugar. Esa mañana las mozas aparecieron en ruidoso tropel. Entre ellas, Deva: su cesta apoyada en la cadera, su risa ganando en belleza al trino de los pájaros, su rubia cabellera coronándolo todo.

Fingí un paseo casual. Me acerqué a las lavanderas.

—Buenos días, muchachas.

Me respondió un coro de risas sofocadas.

—¿Laváis la ropa?

Nuevas risas.

—Estoy recogiendo cangrejos para el convento —expliqué yo, señalando mi morral.

Ahora las risas se mezclaron con un rumor que me pareció procaz. Deva permanecía indiferente, entregada a su lavado.

—Tú eres Deva, ¿no es así? ¿No te acuerdas de mí? —intenté atacar.

Las risas subieron entonces de tono. Ella me miró, el cielo en sus ojos.

—¿Y tú quién eres, mozo? —El tono de su pregunta era una acusación de impertinencia. No supe qué contestar. Ella completó, flagelando—: ¡Ah, sí! Ya me acuerdo de ti: el criado del monje iluminador, ese atolondrado...

—No soy criado. Soy aprendiz —contesté, herido.

Las mozas cambiaron sus risas por un silencio que me pareció hostil. Turbado, me despedí como pude.



Aquel encuentro debería haberme disuadido, pero, al contrario, solo despertó en mí nuevos deseos de acercarme a Deva. Su imagen venía una y otra vez a mi cabeza y entonces era como si el corazón se me quisiera escapar del pecho. En los días sucesivos insistí en mi obsesión, pero ahora mi propósito era encontrarla a solas. La abordé en la cañada del río, en la vega de los huertos, en la vereda del molino, en el camino del horno... Siempre fingiendo encuentros casuales que a ella, evidentemente, no la engañaban. Hasta que un día Deva accedió a hablarme.

—¿No tienes aún tonsura? —me preguntó.

Era una forma de marcar distancia: el día que me practicaran la tonsura en los cabellos, ese día ya sería monje. Pero no, yo aún no era más que un meritorio en la hospedería. Ni siquiera había alcanzado el grado de novicio. Y me esforcé por hacérselo ver a mi amada: yo era libre, y mi única voluntad era perder mi libertad en el amor de aquellos ojos del color del cielo. Omitiré detalles que no servirían más que para lastimar mi memoria. Solo diré que después de aquel encuentro vino otro, y después otro y aun otro más. Mi maestro Beato seguía lejos, en Pravia o quizás en Oviedo, resolviendo no sé qué asuntos relativos a su pleito con Elipando, y en el convento mi amigo Braulio mantenía su palabra y cubría mis cada vez más prolongadas ausencias. Yo ya solo vivía para Deva.

Deva me habló de sí misma. Muy niña había quedado huérfana de madre. Ella atendía la casa desde mucho tiempo atrás. Una bonita casa, por cierto: grande y bien construida, con buenas vigas. Su padre, el comerciante Asur, podía pagarse un servicio doméstico, pero era enormemente tacaño. Deva tenía dos hermanos varones, pero se hallaban siempre lejos de casa, cubriendo las rutas que su padre había trazado a lo largo y ancho del reino. Asur era un buen hombre —me dijo—, pero con un carácter terrible. Su temprana viudez le había amargado, y ella, Deva, era con frecuencia el objeto de sus reproches. Para mi amada su hogar era una cárcel. Yo recibí aquellas confesiones como el mandato de una misión: yo, Zonio de Mena, liberaría a Deva de su encierro.

Mi amor por aquella mujer alcanzó el grado de lo incandescente. Todo en ella me resultaba arrebatador: la gracia infinita de sus gestos, sus ojos de mirada candorosa, su sonrisa espontánea, su piel rosada de aurora, su manera de caminar como si flotara en el aire, la curva de su cuerpo, el amor de madre que ponía en cualquier tarea por áspera que fuera, incluso los mohines desdeñosos que alguna vez arrojaba sobre mí, como queriendo probar la solidez de mis sentimientos. Era el lenguaje del amor.

Una mañana salí del convento con la firme determinación de dar el paso decisivo. Había concertado con Deva un encuentro en la era, lejos de la aldea. Allí se lo dije: «Huyamos juntos». Yo tenía tierras: el valle de Mena era una enorme extensión de tierra libre a disposición de quien supiera hundir el arado. Podía mantener a una familia. Mis padres y hermanos forzosamente habían de acoger de buen grado a una muchacha tan llena de encantos y virtudes como ella. Deva se estremeció. Objetó el pecado. Pero no había riesgo de tal: yo tenía dos hermanos sacerdotes que consagrarían nuestra unión. Nos esperaba una vida larga y feliz en la tierra más rica que cabía imaginar. Lejos de Asur y sus amarguras. Lejos de Potes y sus habladurías. Solo ella y yo.

Esa mañana ocurrió. Acaricié su cuerpo. Besé sus labios. Bebí su aroma. Me envolví en su cabello. Huiríamos juntos.

\*\*\*

Todo se vino abajo de repente y sin que yo supiera bien cómo. Creía tenerlo bien planeado: salir del convento con mi mula, recoger a Deva en su casa aprovechando cualquier ausencia de su padre y marchar juntos hacia nuestra felicidad. Pero nada salió bien.

La principal causa de mi desgracia fue Braulio, mi compañero, al que yo había confiado el secreto de mis ausencias. Una tarde, después de los oficios de sexta, a los huéspedes se nos permitió un rato de asueto. Yo me aislé en mis ensoñaciones. Entonces Braulio, dirigiéndose a los otros mozos, pero señalándome con el dedo, gritó:

—¡Ja, ja, ja! ¡Zonio se ha enamorado de una furcia hija de un buhonero!

Me revolví como un gato. La sangre me hervía.

—¡Retira eso que has dicho! —grité a Braulio. Los otros novicios se acercaron al calor del jaleo.

—¡No lo retiro! —porfió Braulio—. ¡Ella es una furcia y tú eres un imbécil! ¡Y un pecador!

Me cegué.

—¡Rata desagradecida! —rugí.

Me abalancé sobre él como una furia. Le derribé de un puñetazo. Él quiso replicar.

—¡Una furcia de Satanás! —gritó de nuevo mientras un hilo de sangre manchaba sus labios.

Entonces, loco de ira, me arrojé sobre Braulio, le inmovilicé en el suelo y golpeé su cabeza, su cuello, su pecho, todo lo que se me ponía al alcance. No sé cuánto duró aquello. Los otros compañeros tiraron de mí y me separaron de mi enemigo. Para mayor desdicha, en aquel preciso instante entraba Beato en el monasterio, recién llegado de su viaje a la corte. Y el maestro lo había visto todo.

\*\*\*

Esa noche la pasé aislado en una celda del convento. Una celda penitencial. Sé que a Braulio le dieron unos azotes. Yo conocía bien lo que la regla de San Benito decía respecto a casos como el nuestro: «Cada uno debe ser tratado según su edad y capacidad. Por eso, los niños y los adolescentes, o aquellos que son incapaces de comprender la gravedad de la pena de la excomunión, siempre que cometan una falta, deberán ser sancionados con rigurosos ayunos o corregidos con ásperos azotes, para que sanen». Tenía el cuerpo preparado para recibir el castigo. Pero no fue eso lo que ocurrió.

Después de laudes, Beato me llamó junto a sí. Me esperaba en pie, en el scriptorium, inusualmente rígido. Sin decir palabra, me hizo una seña ordenándome que le siguiera. Me llevó a un rincón del claustro. Con una expresión de insondable tristeza en sus ojos vivísimos, me dijo:

—Conoces bien cuáles son los castigos para enmendar a un niño. Pero tú ya no eres un niño. No te hacen falta ayunos y azotes para entender tu falta. Has incurrido en pecado. Has levantado un considerable escándalo. Y has comprometido a la comunidad. El pecado se puede absolver. El escándalo se puede olvidar. Pero el daño que has hecho a la comunidad peleando con otro hermano por causa de una mujer, eso no se puede enmendar de ninguna manera. Por tu bien y por el bien de la comunidad, no hay otra solución que tu salida de esta casa. Me duele en el alma porque tienes buenas cualidades, pero esta conducta tuya deja pensar que te falta vocación, y no hay cosa más triste que una vida entregada a una vocación errónea. No voy a mandarte a tu casa. Voy a darte otra oportunidad, pero en otro sitio. Un sitio donde tú mismo puedas ver si eres capaz de dominar los ardores de tu pecho y de tu vientre. Si eres capaz, tendrás abiertas las puertas de San Martín. A ti te tocará decidirlo, pero dentro de un tiempo: dos años, por lo menos. Entonces volveremos a hablar. Ahora te escucharé en confesión. Después, deberás partir.

No supe qué contestar. Confesé, como Beato me había propuesto. Lo conté todo. Por primera vez. No puedo decir que me arrepintiera de mi pecado, porque el amor lo ciega todo, pero sí lamenté sinceramente haber hecho daño a aquel hombre sabio, Beato, que de forma tan generosa me había acogido y que me había confiado tantos pensamientos. Me absolvió de mis culpas ante Dios. Pero no me sentí absuelto de mis culpas ante Beato de Liébana.

\*\*\*

No volví a ver a mi maestro. Aquella misma tarde vino a buscarme el hermano Fernán. Traía un zurrón con algunas cosas; entre ellas, un mensaje para mi nuevo destino, que yo aún ignoraba. Y lo ignoraba porque, ofuscado como estaba con el asunto de Deva, ni siquiera me había preocupado de averiguarlo. Lo que tenía en mi cabeza era otra cosa: acudir al encuentro de mi amada. ¿No me habían expulsado del convento? Pues bien, esa era la señal. Era doloroso, pero la dicha que me aguardaba lo compensaba todo. Iría a ver a Deva, sí. No seguiría las órdenes de Beato. Al contrario, correría al encuentro de mi amada. La llevaría conmigo. Nos dirigiríamos a Mena, a la frontera, donde el mundo se abría para los corazones dispuestos a empezar desde cero, sin más patrimonio que las propias manos y la ayuda de Dios.

Empezaba a oscurecer cuando llegué a la puerta de Deva. Susurré: «¡Deva! ¡Deva!». Nadie contestaba. Volví a llamar, esta vez más fuerte: «¡Deva! ¡Deva, mi amor!». Me pareció escuchar sollozos dentro de la casa. Yo insistía: «¡Deva! ¡Ha llegado el día! ¡Huyamos a Mena!». En ese momento se abrió una ventana. El corazón me dio un brinco de alegría en el pecho. Pero la alegría se convirtió en horror al ver que quien allí asomaba no era Deva, sino su padre.

—¡Largo de aquí, moscón! —me dijo Asur—. ¡Deja en paz a mi hija!

Me quedé patidifuso. No supe qué hacer. De fondo continuaba oyendo sollozos. Era Deva, sin duda. ¿Quizá la muchacha le había contado todo a su padre? ¡Enorme error! Pero tampoco podía reprochárselo, pues yo había hecho lo mismo con Beato y, aún peor, todo el monasterio conocía el episodio después de mi necia pelea con Braulio. Intenté mostrarme como un caballero.

—Mi señor Asur, no tema. Mis intenciones son serias. Las más serias que puede imaginar. Me propongo...

—¡Calla ya, sabandija! —me interrumpió el padre de mi amada—. ¡Por tu culpa anda mi hija en boca de todo el pueblo! ¡Debería abrirte las tripas!

—¡Yo amo a su hija, señor! —protesté—. ¡Deseo hacerla mi esposa! ¡Tengo tierras que ofrecerle! ¡La trataré como a una reina!

—¡Calla ya, hijo de Satanás! —gritó Asur, enfurecido—. ¡Si no bajo ahora mismo y te reviento las entrañas es por la amistad que tengo con San Martín! ¡Desaparece de nuestras vidas!

En ese instante una asquerosa lluvia me cubrió por entero y, acto seguido, un barreño me golpeó en la cabeza. Asur había vaciado sobre mí un balde de heces y orines. Esa era su respuesta. Con un golpe violento cerró la ventana. Y allí quedé yo, empapado en excrementos, solo y sin amor, mientras la noche caía sobre la hermosa aldea de Potes.

\*\*\*

Aún permanecí en aquel lugar algunas horas, completamente hundido, tirado en el suelo como un perro, atenazado por el estupor y la humillación. De vez en cuando percibía los lejanos sollozos de Deva y los ronquidos del padre. Poco a poco fui tomando conciencia de mi fracaso. En apenas un día lo había perdido todo: carrera, maestros, amigos y amor. Estallé en una crisis de llanto.

Debí de quedarme dormido, no sé cuántas horas. El frío de la madrugada me despertó. Mojado como estaba, comencé a tiritar. Me puse en pie torpemente, como borracho, y salí de la aldea. Caminé hasta el molino, junto a la calzada. ¿Qué hacer? No podía volver al monasterio. Tampoco podía insistir en la puerta de Deva. Y, por supuesto, en modo alguno podía volver a casa, donde mi retorno cubriría a mi padre de vergüenza. Solo entonces reparé en el zurrón que me había entregado el hermano Fernán. Curioseé en su interior. Vi una tosca cruz de madera con cuerda de cuero; me la colgué del cuello. Había también un trozo de cecina que devoré al instante. Y hallé asimismo un pliego de vitela con indicaciones. En la noche apenas si podía leerlo. La luz de la luna me ayudó.

Castillo de Evencia. Pregunta por el campo de Gadaxara. Preséntate a él. Dale este documento.

No decía nada más. Aturdido y cansado, sin ser muy dueño de mis pasos, tomé de nuevo la calzada en dirección a Evencia, la misma que me había traído hasta Potes y San Martín. No sabía entonces lo mucho que tardaría en volver.

## La mesnada del valiente Gadaxara

No recuerdo nada de la ruta hacia mi nuevo destino. En mi alma solo había sitio para el dolor. Llegué a Evencia al caer la tarde del día siguiente. En un soto cercano a la aldea me arrebujé como pude en mi manto y caí rendido. Al amanecer agoté las últimas provisiones del zurrón y me dirigí al pequeño castillo que coronaba el pueblo. Allí debía entregar mi mensaje.

El castillo de Evencia se elevaba sobre un promontorio frente a la bahía. Ninguna nave podría acercarse sin ser vista a distancia. A partir del castillo se desplegaba una muralla que rodeaba la ciudad. Un tipo en la puerta de la ciudadela me preguntó adónde iba. No era un soldado; parecía una especie de lacayo.

—Al castillo —contesté—. Traigo un mensaje. Voy al campo de Gadaxara.

Como el tipo no sabía leer, llamó a otro y este me condujo hasta un barracón adosado a la muralla. Allí esperé un buen rato hasta que apareció un tercer sujeto. Este sí era un soldado. Leyó la vitela que me había dado el hermano Fernán. Me ordenó que le siguiera. Salimos de la ciudadela y nos dirigimos hacia un grupo de cabañas no lejos de allí.

—¿Así que te han echado del convento y te mandan a ser soldado? —preguntó este tercer individuo.

Aquella fue la primera noticia que tuve sobre cuál iba a ser mi vida a partir de ahora.

Las cabañas en cuestión resultaron ser un campamento. Varias chozas se alineaban de manera circular en torno a una especie de gran palenque. Caballos y hombres vivían juntos allí. Era la morada de una hueste militar. La perspectiva me aterró: conocía la vida del campesino y la del monje, pero no la del soldado. Podría haber huido en aquel momento, pero mi voluntad se había evaporado por completo después del suceso de Deva y Asur. Dócilmente, me dejé llevar.

El soldado me introdujo en un barracón destartado, pero limpio. Había otros jóvenes allí. La escena me trajo a la memoria el primer día en San Martín.

Un mar de angustia me subió a la garganta. Pero aquí todo iba a ser muy diferente.

Por la charla con los otros mozos supe para qué había ido allí: iba a ser escudero. ¿De quién? Lo ignoraba. ¿Cuál sería mi trabajo? Tampoco lo sabía. Pregunté si alguien sabía quién era Gadaxara. Varios se burlaron de mi ignorancia. Gadaxara —me explicaron— era uno de los más famosos guerreros de la hueste del rey. Ser escudero en su tropa era un gran honor. «Si tienes suerte y valor, puedes convertirte en caballero», me dijo uno de mis compañeros. No era un mal horizonte, después de todo. En aquel momento mi vida carecía de dirección. Pensé que este que se me ofrecía ahora podía ser un buen camino.

Durante toda la mañana se nos hizo acarrear paja de aquí para allá y limpiar cuadras, entre otros menesteres. El tal Gadaxara no estaba en ninguna parte. Luego, al mediodía, nos convocaron en la arena. Allí —nos dijeron— iba a hablarnos más tarde el *miles* Juan, es decir, Juan el Soldado. Nos dieron algo de comer: un plato frío de gachas. Y me dormí sobre un montón de paja.

\*\*\*

Llegó el gran momento. Apareció el *miles* Juan, que se hacía llamar así para subrayar su cualidad de guerrero. El *miles* Juan gobernaba aquello como rige un rudo pastor a sus cabras: a palos, pero con cuidado de no estropear la mercancía. Todo eran voces y gritos e imprecaciones. Se diría que allí la vida se organizaba según el tono de la voz, y este era generalmente estruendoso. A los mozos nos llevaron en tropel al palenque. Allí nos esperaba el *miles*: un tipo sarmentoso, nervudo, no muy alto, pero fraguado a golpes. Galleaba erguido, los brazos en jarras, con un montón de armas en el suelo, a sus pies. Nos miró uno a uno con aspecto fiero. Al hacerlo enseñaba los dientes, unos dientes grandes y muy sucios. Se fijó en mí. «¡Tú! ¡Ven!», ordenó. Acudí a la carrera. «¡Apesta, chico!», exclamó. Era verdad: apesta a los excrementos y orines que el bestia de Asur me había arrojado dos días atrás y cuyo hedor permanecía pegado a mis ropas. Luego me miró de arriba abajo. Cogió un arma del suelo y me la tendió con violencia.

—¿Sabes qué es esto? —me gritó.

—Una lanza —contesté.

El *miles* me dio un guantazo en la nuca con la mano abierta. Los demás mozos rieron. Volvió a tenderme el arma, esta vez golpeándome el pecho:

—¡No! ¿Sabes qué es esto?

—Una jabalina —respondí. Nuevo guantazo.

—¡No! ¡Azagaya! ¡Se llama azagaya! ¡Oíd todos! ¡Esto se llama azagaya!  
¡Repetid!

—¡Azagaya! —exclamamos todos a coro.

Y luego, dirigiéndose de nuevo a mí, preguntó:

—¿Sabes usar esto?

—Sí —mentí.

—¡Muéstramelo! —ordenó el *miles* Juan—. ¡Atácame!

El *miles* blandió un escudo y lo tercio sobre su cuerpo. Yo atacé sin mucha convicción. El hierro de mi azagaya chocó blando contra el escudo.

—¡Eso no es atacar! ¡Ataca! —gritó de nuevo Juan.

Irritado, me lancé sobre el escudo. Al instante me vi volando por los aires y caído en tierra. No sé cómo, el *miles* tenía mi azagaya en su mano.

—¡Apestosa sabandija! ¿Eres un hombre o una damisela?

El *miles* reía. Los mozos reían. A mí se me subió toda la sangre a la cabeza. Me vinieron al ánimo la traición de Braulio, los excrementos de Asur, los sollozos de Deva, la tristeza de Beato, la rabia del fracaso. Embestí como un animal a mi oponente. El *miles* esquivó mi acometida y arrojó al suelo escudo y azagaya. Me quería vencer con las manos desnudas. Embestí de nuevo. Un golpe de Juan me envió a tierra. Yo estaba ciego de furia y volví a atacar. Esta vez pude colocar un cabezazo en el vientre del *miles*. Él acabó sentado en el suelo y yo tumbado, aturdido como si hubiera topado contra una pared. Entonces el *miles* rompió a reír a mandíbula batiente. Se acercó a mí, me levantó tirándome de la camisa y me dio otro guantazo en la nuca.

—¡Hueles mal, pero tienes redaños! —me dijo sin dejar de reír.

Me cargó su escudo a la espalda. Entendí que era un honor. Luego me permitieron por fin lavarme y cambiarme de ropa. Quemé mis viejos andrajos: en la brasa se extinguió mi humillación.

\*\*\*



Durante los días siguientes serví como escudero del *miles* Juan. Resultó ser un buen tipo: exigente y adusto, pero justo y llano. La vida del escudero era en realidad muy simple: procurar que las armas estuvieran siempre bien bruñidas, que al caballo no le faltara agua ni pienso, mantener los arreos de la cabalgadura limpios y a punto... Cuando saliera de aquel campo, en unas pocas semanas, estaría preparado para servir como escudero a cualquier caballero del reino.

Los ejércitos de Asturias no eran como los de Córdoba ni como las legiones romanas. En el reino no había una fuerza militar permanente. Lo que había era una suma de huestes diversas, cada una dependiente de su propio señor. El magnate que podía procurarse una mesnada, lo hacía: eso aumentaba su poder y protegía su posición personal y la de su linaje. A esas mesnadas acudían los guerreros a cambio de manutención o tierras, y a veces de ambas cosas. Junto a tales huestes, el rey mantenía su propia mesnada, generalmente escogida de entre lo mejor del reino. Los más próximos al rey formaban su séquito personal, los *fideles regis*, como los que yo había visto en el palacio de Mauregato: guerreros que juraban dar su vida en defensa de su señor. Gadaxara, el patrón de este campo, era uno de esos *fideles regis*. Y el *miles* Juan brillaba como uno de sus mejores capitanes. Por eso se le había encomendado la selección de los escuderos.

En la hueste del *miles* Juan aprendí a distinguir unas armas de otras. Primero, por supuesto, la azagaya, aquella que me valió tres guantazos: una lanza de asta corta y hoja gruesa y larga, que era la preferida de nuestro jefe porque podía usarse tanto de cerca como de lejos, en el cuerpo a cuerpo y como arma arrojadiza. La lanza propiamente dicha era de asta larga y hoja más pequeña y muy puntiaguda, y en la mesnada la usaban sobre todo los jinetes al cargar. La jabalina era ligera y delgada, pensada para ser arrojada sobre el enemigo, y algunos de nuestros guerreros llevaban hasta tres o cuatro de reserva. A la jabalina también la llamaban dardo. Aprendí asimismo a distinguir los tipos de hacha y a valorar en particular la llamada «francisca», que recibía ese nombre porque la introdujeron los francos. En la hueste había también unos cuantos arqueros. Y luego estaban las espadas, que eran el arma preferida de los caballeros, pero que escaseaban, porque fabricar una buena espada resultaba costoso y exigía conocimientos que no estaban al alcance de cualquiera.

Nuestros guerreros usaban espadas largas y rectas, de hoja afilada en ambos lados y punta sólida y aguda. Los moros también tenían sus espadas: las que llamaban «jinetas», rectas como las nuestras, pero más finas, y las que decían «cimitarras», sables de hoja curva afilada en el lado que hacía hoz. La mayoría de los enemigos usaban sobre todo jinetas, pero en los últimos años

habían empezado a traer cimitarras porque, al atacar a caballo, eran mucho más prácticas: la cimitarra no se clavaba, sino que segaba, de manera que no se perdía tiempo sacando el arma del cuerpo del enemigo. Todo eso me lo enseñó el miles Juan. Era asombrosa la capacidad de la cimitarra para cortar cualquier objeto; uno de la hueste había perdido una oreja precisamente en un lance así. Frente a las cimitarras, los nuestros preferían la espada recta, la del país, porque el sable moro les parecía frágil y poco seguro en el cuerpo a cuerpo. El problema radicaba en que una buena espada, ya os lo he dicho, era costosa y difícil de fabricar. ¿Por qué? Por el acero.

He de decir que aquí me apunté mi primera victoria en este nuevo mundo. La cuestión del acero me hizo subir mucho en la estima de mi jefe. Ocurrió que un día tuve que acompañar al *miles* Juan a la herrería de Evencia para verificar la entrega de algunas armas. Juan me hizo un comentario suspicaz sobre el herrero: los hombres se quejaban de que las espadas se mellaban demasiado rápido. ¿Por qué? Yo lo sabía. O creía saberlo. Y me atreví a explicárselo a mi jefe.

En Mena yo había aprendido, de labios del herrero Ramiro, algunos secretos sobre la forja. En concreto, Ramiro me había explicado cómo se obtiene el acero, asunto este que en la guerra era de importancia vital: una espada de hierro valía mucho, pero una de acero valía todavía más. ¿Sería yo capaz de forjar un arma de acero? No. Para eso había que poseer informaciones muy precisas sobre proporciones y procedimientos de forjado, y yo ignoraba tales cosas; ese secreto lo guardaba Ramiro para transmitírselo a su aprendiz. Pero lo que yo sabía bastaba para deslumbrar al *miles* Juan, que era un maestro en el arte de usar el acero, pero que carecía de la menor noción sobre cómo se fabricaba.

Yo había visto a Ramiro fabricar instrumentos de acero. Era una tarea que tenía algo de mágico. El herrero escogía una barra simple de hierro y la introducía en una pequeña cuña de acero previamente reservada. Al fuego soldaba los materiales y luego los mezclaba retorciendo la pieza sobre sí y golpeándola con el martillo hasta obtener una única materia. El secreto decisivo estaba en la operación final: había que calentar la pieza en un fuego de carbón. Era en este momento cuando, por arte de alquimia, la barra de hierro salía convertida en durísimo acero. De ese acero podría separarse después una mínima cantidad para repetir la operación con otra barra de hierro. Y así sucesivamente. Los mejores maestros eran capaces de medir los tiempos de forja y las cantidades de carbón con la exactitud precisa para que aquel acero fuera invencible. Ramiro era uno de esos maestros, pero resultaba evidente que los herreros de Evencia estaban lejos de tal destreza.

El *miles* Juan prestó la máxima atención a cuanto le dije. Musitó algo parecido a «diablo de muchacho». Cuando entró en la herrería, lo hizo con la seguridad de quien domina el oficio. No sé qué palabras intercambió con el herrero, porque me ordenó permanecer fuera, pero debió de hacer una verdadera exhibición. Cuando salió parecía el hombre más satisfecho del mundo. Y a mí esa noche me obsequió con un trozo suplementario de cecina.

\*\*\*

La vida en la mesnada empezó a gustarme. Con frecuencia el *miles* nos imponía ejercicios que él mismo dirigía y que parecían pensados para aniquilarnos: largas marchas por la montaña, duelos con palos, peleas a golpes... «¡Sois damiselas y tenéis que ser escuderos!», gritaba. Esto era entre sesión y sesión de limpieza de armas. La jornada resultaba agotadora. Pero creo que agradecí no tener ni un minuto para pensar.

La disciplina en el campo era severa. Los revoltosos o mal dispuestos terminaban invariablemente con unos cuantos azotes en la espalda. El propio *miles* Juan los dispensaba con un zurriago de cuero. A cambio de eso, la comida era abundante, o al menos eso me pareció en comparación con las rígidas reglas de San Martín. Aquí, en el campo de Gadaxara, tampoco se olvidaba la asistencia espiritual: todos los días venía un clérigo de Evencia para cantar misa. El *miles* iba a ella como todos los demás. Sin duda, a su tosca manera, a aquel curtido guerrero también le animaba una profunda fe.

Un día apareció Gadaxara. Era un hombre joven, de planta impresionante, ese tipo de individuo que parece nacido para mandar. Peinaba su larga cabellera hacia atrás, sujeta con una tosca cinta, y mostraba su mentón y su bigote enteramente afeitados, lo cual no era muy común entre las gentes de su oficio. Vestía un peto de cuero con aspecto de coraza y largas perneras que se hundían en los zancajos de los zapatos. Toscas muñequeras cubrían sus brazos. Cruzaba sobre el pecho un tahalí del que colgaba su espada, un hermoso ejemplar con gemas en el pomo. El único lujo que se permitía su figura era precisamente ese: la espada.

Nadie sabía exactamente de dónde venía Gadaxara y él cultivaba deliberadamente el misterio. Unos decían que era franco, porque manejaba muy bien el hacha francisca, pero su latín sonaba igual que el nuestro. Otros decían que era de origen moro o, al menos, que había estado en el sur mucho tiempo, porque conocía bien a nuestros enemigos y sus maneras de combatir. Y aun otros sostenían que era un noble de origen godo expulsado de su linaje, y que por eso había adoptado el nombre de Gadaxara, un nombre que no quiere decir nada y que no se parece a ningún otro. Sea como fuere, Gadaxara formaba en el

séquito personal del rey desde algunos años atrás: lo había hecho con Silo, con Mauregato y ahora seguía haciéndolo con Bermudo el Diácono. Gozaba de un prestigio indiscutible y bastaba verle en el palenque para entender por qué: peleaba como un león y movía la espada con una elegancia y una efectividad extremas.

El *miles* Juan nos agrupó a todos en la arena y nos presentó al caudillo de nuestra mesnada. Gadaxara miró al grupo con ojos inquisitivos. Tenía una mirada franca y agresiva bajo un ceño de pobladas cejas.

— ¿Cuántos son? —preguntó a Juan.

— Ocho —contestó el *miles*.

— ¿Todos conocen su oficio?

— Todos.

— ¿Quieres quedarte con alguno? —ofreció Gadaxara.

El *miles* Juan dudó un momento y me señaló:

— A este: sabe leer y escribir y necesito un mensajero.

— Tuyo es —concedió el caudillo.

A partir de ese momento el grupo se dividió. Cada uno de los mozos marcharía con un señor distinto para servirle como escudero. Iría con él a la guerra y sería su asistente en la paz. Yo me quedaría con Juan. Gadaxara se marchó. No tardaría en volver a verle.

Me dieron un casco de cuero y una especie de pelliza acolchada. También una azagaya. Esas eran las prendas de mi nuevo oficio. Mi vida apenas cambió en aquellos días: seguía siendo el escudero del *miles* Juan y mis ocupaciones eran idénticas. Pero ya no hubo ese año más aprendices de escudero, de manera que la rutina empezó a ser ostensiblemente más tranquila. Y estaba llegando el verano cuando mi señor me comunicó una sorprendente noticia:

— Zonio, prepara los caballos y arregla provisiones. Mañana por la mañana partimos a Campoo. A buscar caballos para la mesnada. Iremos nueve. Contigo, diez. Tú, en la mula. Estaremos fuera una semana como mínimo. Salimos al alba.

En aquel momento no podía ni imaginar lo que iba a encontrar allí.

\*\*\*

Campoo era el nombre que se daba a los altos llanos donde manan las fuentes del Ebro, en los alrededores de Reynosa. Jamás había oído hablar antes de este lugar. El Campoo se encontraba muy al sur, en una tierra peligrosa, abierta ya a la frontera. Los hombres de la mesnada me contaron que en aquella comarca había pastores desde la noche de los tiempos, y que en algunos parajes de la región se elevaban grandes piedras levantadas sin duda por gigantes. Para llegar a Campoo desde Evencia había que tomar la vieja calzada que seguía la ruta del río Besaya. No había menos de dos días de camino. Lo cubrimos a paso muy rápido, a veces al trote, a veces a pie para no cansar a los caballos, siempre con la energía que el *miles* Juan imprimía a todos sus actos.

Por el camino el *miles* Juan fue contando historias. Más precisamente, su historia. Había nacido en una aldea cercana a Oviedo. Entró como escudero a edad aún más temprana que la mía. Veinte años llevaba ya combatiendo. Estuvo en la sublevación de los siervos reinando Aurelio, y después, reinando Silo, en la batalla de Montecubeiro contra los magnates gallegos. Peleó contra los moros de Abderramán que atacaron el país reinando Mauregato, hacía siete años ya. Fue entonces cuando entró al servicio de Gadaxara, con el que compartió sangre y victoria.

—Ese hombre me salvó la vida —me contó—. Habíamos copado a los moros en su retirada. Estos ya no eran los moros de años atrás: ahora venían huestes africanas semisalvajes, bereberes de las montañas, tipos hechos a la miseria y al dolor, recién llegados a España con hambre de botín. Nuestra suerte fue que los mandaba el gobernador de Abderramán en Toledo, un árabe, y ya sabes que los árabes y los bereberes se odian. De manera que el árabe mandaba una cosa y los bereberes hacían otra, y así la columna sarracena parecía un rebaño desmandado. Entraron en un desfiladero no lejos de Campoo, el sitio al que ahora vamos, y no tomaron la menor precaución. Nosotros éramos menos, muchos menos, pero teníamos el terreno a nuestro favor. Gadaxara, que mandaba una de nuestras mesnadas, adelantó a unos pocos hombres, como cebo, a la salida del desfiladero. Los hombres empezaron a gritar como lunáticos y los bereberes, viendo presa fácil, se abalanzaron sobre ellos. Toda la fuerza mora se metió en la trampa. A una señal, arrojamos sobre los sarracenos una lluvia de rocas, troncos, piedras, balas de paja ardiendo, qué sé yo... el infierno. Después vino el ataque: todos a una, brincando entre las peñas, caímos sobre los supervivientes como una furia. Pero aun así seguían siendo muchos. Yo me encontré peleando con tres moros a la vez. A uno le coloqué un tajo en el cuello que le cortó la cabeza. A otro conseguí desarmarlo y salió corriendo. Pero el tercero, que me había ganado la espalda, enarboló una jabalina para ensartarme por detrás. Lo habría hecho de no haber aparecido en

ese momento Gadaxara a caballo, que ensartó al moro a su vez. Desde entonces pasé al servicio del caballero Gadaxara.

»Gadaxara es el mejor guerrero que he conocido nunca. Pelea con la cabeza al mismo tiempo que con las manos. Nunca ha fallado un golpe. En estos siete años he librado muchos combates con él. Juntos hemos atacado a varios destacamentos bereberes en esas torres que los moros han colocado donde corre el Duero y aún más cerca de aquí. Siempre hemos salido con bien. Acercándonos sigilosos, golpeando sin contemplaciones. Hemos desmantelado posiciones enemigas en Valdoré y en lo que un día fue la tierra de Campos, y también en el camino del río Tirón y del Pisuerga. Gadaxara siempre gana.

»Si alguna vez has de pelear contra los moros —seguía el *miles* Juan—, ten en cuenta esto: tu sitio está junto a tu señor. Él te necesitará para que las armas estén listas y el caballo prevenido. Y si todo se tuerce y tu señor cae, entonces prepárate a luchar tú, porque a los moros les gustan mucho los jovencitos: los cazan a lazo y se los llevan a Córdoba como esclavos. Muchos de ellos acaban sirviendo como soldados en los ejércitos del emir, aunque rara vez los mandan por aquí, sino que más bien los envían a África, para pelear en sus fregados internos, que tienen muchos y muy ásperos. En estos últimos años ha habido poca actividad, poca amenaza. Esa batalla que te he contado y poco más. De vez en cuando aparece alguna partida de bereberes para saquear ganado y mujeres, pero no llega a mayores. Por eso que te decía de las peleas entre los propios moros, que son gente muy querellosa. Dios Nuestro Señor confundió al gran Abderramán y le envió una buena montaña de líos con su propio pueblo, y así nos ha sido posible levantar cabeza. ¿Por qué crees que tu familia ha podido repoblar el valle de Mena? Pero me han contado que este emir Abderramán ha muerto hace poco y que le ha sucedido su hijo, que se llama Hisam. Y este, que es más joven y se ha encontrado resueltos los problemas del país, vendrá con ganas de guerra.

»Una cosa has de tener presente: el moro es buen guerrero. No se cansa fácilmente y cuando combate saca todo el corazón. Ellos atacan de una forma muy bien pensada, poniendo todo el peso en sus rápidos caballos, que te rodean y te dejan a merced de sus peones y sus arqueros. Además tienen mucha tropa, porque tienen mucho oro para pagarla. Nosotros no podemos combatir como ellos. Nosotros hemos de buscar la maniobra, la sorpresa, y sembrar la confusión en sus filas. Porque así como son buenos guerreros, los moros son también desordenados y tienden a descomponer las filas, y pasan de la exaltación al pánico en un momento. Entonces están perdidos. Ese es para nosotros el momento de cargar con todo. Solo así podemos ganar.

»Hay mucha gente que cree que ya no habrá más campañas musulmanas, más «aceifas», como ellos las llaman. Se equivocan. Vendrán más. El moro cree que la guerra es un sacramento: «guerra santa», la llaman. Y además, necesitan esclavos para su mercado. Si yo fuera ellos, también lo haría: golpear una y otra vez, todos los veranos, todos los años, sin comprometer demasiadas tropas, lo justo para no dejar crecer al enemigo. Por eso volverán. Estoy seguro. Hisam, ese nuevo emir, lo hará. Me han contado que es pelirrojo y de piel blanca. A saber de qué vientre cristiano ha salido ese pequeño Satán. También me han contado que, de entrada, ha matado a sus dos hermanos, Suleimán y Abdalá, que le disputaban el trono. Para dejar claro quién manda. Pero no es un salvaje. Es un tipo inteligente y dicen que íntegro y piadoso, dentro de su fe blasfema. Eso quiere decir que su pueblo morirá gustoso por él. El viejo emir Abderramán ha intentado doblarnos la columna pagando aquí y allá, mandando obispos traidores, seduciendo a los grandes señores con propuestas de paz untadas en oro... Hacía eso porque no estaba en condiciones de mandar a un ejército. Pero con Hisam va a ser otra cosa.

»No sé a qué espera el rey Bermudo, nuestro señor, para tomar medidas. El reino está bien protegido por nuestras montañas, pero tenemos dos puertas que hay que guardar. Al oeste hay que cerrar las vías de Galicia. Al este hay que vigilar la entrada por el Ebro y las tierras de Álava. La última aceifa, la de hace siete años, quiso entrar solo por una puerta y por eso fracasó: nos dejó concentrar toda la fuerza en un solo punto. Pero si yo fuera Hisam entraría por las dos puertas a la vez: él tiene hombres suficientes para hacerlo y nosotros no tenemos hueste bastante para cerrar las dos vías al mismo tiempo. Dicen que el rey Bermudo es un hombre bueno y generoso, amante de su pueblo, y que gusta de rodearse de religiosos y de sabios. Todo eso está muy bien, pero lo que ahora hace falta es un jefe de guerra sagaz e implacable. Los que vienen de la frontera cuentan que el rey ha ordenado construir castillos en esas regiones. Quiera Dios que no sea demasiado tarde.

\*\*\*

Después de dos jornadas completas de camino llegamos a la campa de Reynosa, en la comarca del Campoo. Quiso el *miles* Juan que entráramos a caballo y al trote ligero, como correspondía a soldados de nuestro rango. Yo hice lo que pude con mi mula. El artificio tuvo su efecto, porque las gentes del lugar nos miraron pasmadas, con esa mixtura de admiración y temor que, según mi señor, debe inspirar siempre el hombre de armas.

La campa se desplegaba a la orilla de la calzada y a cierta distancia del pueblo. Constaba de un ancho recinto llano donde se agolpaban los caballos y, en torno a él, decenas de tiendas y toldos, unos más ricos, otros más

menesterosos, donde se alojaban los ganaderos y los mercaderes venidos de todas partes para la ocasión. Pero en la campa no había solo mercaderes: enseguida vimos también numerosos grupos de soldados, gentes de otras mesnadas que habían acudido, como nosotros, a proveerse de caballos en aquel mercado. El conjunto quedaba protegido por una pequeña loma al sur y por los cabezos de la sierra al norte. El río Híjar, con sus numerosos afluentes, regaba generosamente el paraje antes de dar nacimiento al Ebro.

Muy erguido en su caballo, Juan atravesó la campa buscando un buen sitio donde instalarnos. Atravesamos las tiendas de los mercaderes y los toldos de los ganaderos. Mi señor saludaba, altivo, a las gentes que se le acercaban. Todo parecía una enorme fiesta: la muchedumbre hablaba de bestias y precios, en aquel rincón había unos paisanos jugando a los bolos y en aquel otro dos soldados flirteando con unas mozas. De fondo sonaban gaitas y panderos, y su música se mezclaba con el piafar de los caballos y con las voces de los tratantes que pregonaban su mercancía. En cuanto plantamos nuestra tienda, el *miles* Juan nos dio permiso para descansar y buscar un trago. Yo me apresuré a zambullirme entre aquel gentío.

Había lujosas tiendas cerradas que delataban a sus propietarios: ricos mercaderes de Santillana, Somorrostro o incluso Oviedo que habían acudido aquí en la esperanza de cerrar un buen negocio. Había otras tiendas mucho más humildes, apenas un toldillo sobre un mástil, que cobijaban a los pequeños ganaderos: los que habían ido allí a vender dos o tres animales y sacar por ellos lo suficiente para pasar el año. Abundaban además los vendedores de aperos para las monturas, porque pocos lugares habían tan aptos como aquel para colocar sus sillas y cinchas y correajes. Era fácil reconocer las tiendas de los soldados porque en su exterior descansaban escudos y estandartes. Y entre unos y otros, no faltaban los parásitos de la buena vida: los que habían llevado allí sus vinos y sus pitanzas, sus cueros y sus abalorios, como solían hacer de mercado en mercado, para sacar provecho del tráfico humano.

A mí toda aquella actividad me sumergió en una especie de gozosa embriaguez, como la que producen las dos primeras jarras de vino. Me sentía estimulado por el vocerío y la música. Iba de un lado a otro como atolondrado. Entonces, de repente, el brillo dorado de unos cabellos llamó mi atención. Me dirigí hacia él. El brillo desapareció entre la muchedumbre. Lo busqué, enloquecido. Ni siquiera me atrevía a convertir en pensamiento lo que mis entrañas me decían. El corazón me palpitaba como un caballo al galope. De corrillo en corrillo, perseguí la sombra de aquella melena dorada. Cuando al fin la encontré de nuevo, no podía creer lo que estaban viendo mis ojos.



Deva estaba allí. Parecía un sueño, pero ¡Deva estaba allí! En ese instante mis oídos dejaron de percibir el sonido de las gaitas y el griterío de los hombres, y mis ojos no vieron otra cosa que la deliciosa figura de aquella muchacha moviéndose entre la multitud. Una súbita presencia me hizo recobrar los sentidos: Asur, el padre de Deva, estaba junto a ella. El mercader había acudido a Campoo, como tantos otros, buscando beneficio. Osado, me acerqué. Era improbable que Asur me reconociera. En cuanto a Deva, estaba seguro de que mi presencia no le pasaría desapercibida.

Llegué hasta ellos. Pasé a su lado, fijando la mirada en Deva. Ella se giró, me miró, enrojeció, quedó muda. Yo aparenté seguir mi camino, pero me mantuve cerca de la hija y el padre, esperando la oportunidad de entablar palabra con mi amor. Sentí una alegría infinita cuando comprobé que Deva se quedaba rezagada. Fingía mirar los abalorios expuestos en un tenducho. Aproveché el momento: corrí hacia ella, me situé a su lado, la vista puesta en el mostrador del tenderete.

—Te sigo amando —le dije.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella con aire de alarma.

—He venido a comprar caballos. Ahora soy soldado. Bueno... escudero.

—Tienes que irte. Que no nos vean juntos.

—¿Ya no me quieres?

—No es eso. Mi padre te matará. Me dio una enorme paliza aquella noche. Si vuelve a verte, nos matará a los dos.

Me hirvió la sangre al escuchar que aquel animal había golpeado a mi amada, pero yo tenía la solución para esos males:

—¡Ven conmigo! ¡Huyamos! Dejaré la mesnada como antes dejé el convento. Si vienes conmigo, lo dejaré todo. Solos tú y yo. En Mena. ¡En nuestras propias tierras!

—Mi padre nos perseguirá —objetó ella.

—No lo hará. Si nos apresuramos, no sabrá lo que ha pasado.

—¡No puedo! —gimió Deva—. No puedo dejar mi casa.

A mí se me estaba yendo la cabeza por momentos. Acerqué una mano a la suya, hasta rozar sus dedos. Reaccioné:

—¿Y si vuelvo convertido en caballero? ¿Entonces tu padre me aceptará?

Un áspero vozarrón cerró nuestra charla: «¡Deva! ¡Deva!». Era Asur que la llamaba. Deva salió corriendo y yo permanecí allí, en el tenducho de los abalorios, pensando que la felicidad se me escapaba una vez más. Pero aquella conversación había abierto una perspectiva nueva: volver a Potes como caballero, orgulloso en mi corcel, y pedir la mano de Deva al bestia de Asur. Ante un caballero no podría negarse. Y sería mi venganza.

Lentamente, como flotando, abandoné el mercadillo de la campa. Regresé junto a los hombres de mi mesnada resuelto a convertirme en caballero.

\*\*\*

Mi señor Juan estaba intranquilo. Con frecuencia mascullaba palabras para sí y salía a otear el horizonte. Repitió esta operación varias veces. Su inquietud se transmitió al resto de los hombres. Hubo un momento en que uno de ellos le preguntó, zumbón:

—¿Esperas a alguien?

El *miles* Juan meneó la cabeza:

—Dios quiera que me equivoque, pero esta campa me da mala espina. Demasiado abierta, demasiado expuesta. Si nos atacaran, no habría manera de defenderla. Aquí tienes a medio millar de paisanos, todos ellos con oro y mercancías, y varios cientos de caballos. Y para defenderlos, apenas un puñado de hombres. Un botín demasiado fácil. Si yo fuera sarraceno, no dudaría en atacar.

—Son figuraciones tuyas —dijo el otro—. No hay riesgo de ataque. Hace tiempo que los musulmanes no llegan hasta aquí. Además, tenemos hombres en anubda al otro lado: si vieran venir a alguien, avisarían y nos daría tiempo a preparar una defensa. Y qué demonio: aquí a lo menos hay cuatrocientos guerreros, y eso es mucha mesnada.

—Cuatrocientos, sí —aceptó Juan—, pero que ni se conocen ni han combatido juntos nunca. Y con el campo entorpecido por todos esos mercaderes, sus familias y sus tiendas y sus caballos, habrá que ver cómo nos movemos. Te digo que somos presa fácil. Y no me gusta sentirme así.

—Los vigías de la anubda darán la voz de alarma si hay peligro —insistía el otro, que visiblemente solo quería dormir.

—¿Quieres que te recuerde a cuántos vigías enemigos he matado yo con mis propias manos antes de que pudieran decir una palabra? —atajó Juan—. Si los moros quieren atacar, lo harán por mucho centinela que haya en los alrededores. Y si yo fuera ellos, no lo dudaría.

Empezó a caer la noche. Juan quedó pensativo, el rostro iluminado por el fuego. El otro se durmió. Yo debería haber hecho lo mismo, pero las consideraciones de mi señor me habían metido el miedo en el cuerpo. Empecé a temer un ataque musulmán. La vista se me iba a un lado y otro de aquel enorme llano, y en la sombra de las lomas apenas tintada por las últimas luces de la tarde creí ver, aquí y allá, columnas de jinetes hostiles. «Figuraciones mías», pensé, haciendo eco de las palabras del otro soldado. Pero el *miles* Juan permanecía ahí sentado, en tensión, su espada de rojo pomo en las manos, incapaz de dormir, presintiendo el combate. A mí me transmitió su desasosiego. Y en ese momento comenzaron a tomar forma en mi interior los más oscuros presagios: estábamos indefensos, sí; todos, caballos y hombres, y sobre todo Deva. ¡Deva! Era preciso advertir a mi amada del peligro. Sin decir palabra, me escurrí de mi manta y gateé hasta las tiendas de los mercaderes.

No me costó localizar la tienda de Deva a la luz de las antorchas. Me acurruqué junto a la lona. Presté oído. Hasta mí llegaban, nítidos y ásperos, los ronquidos de Asur.

—¡Deva! ¡Deva! —susurré.

Insistí hasta que oí movimiento dentro de la tienda. Y después su inconfundible, dulce, bendita voz:

—¿Quién me llama?

Temí que la respuesta despertara a su padre, pero Asur seguía roncando. Hablé en la voz más baja que pude:

—Soy yo, Zonio. Tengo que hablarte.

Enseguida apareció la adorable cabeza de la muchacha entre la abertura de la tienda. Tenía el pavor pintado en el rostro.

—¡Estás loco! ¡Mi padre nos va a matar!

—No, escucha —objeté—, es importante: corremos peligro. Los moros van a atacar. Es preciso que salgáis de aquí cuanto antes, al alba.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Deva con unos ojos desorbitados por el estupor.

—Me lo ha dicho mi señor —contesté—. Él sabe de estas cosas. Desde hace horas teme un ataque musulmán. Yo he de quedarme aquí con él para organizar la defensa, pero vosotros debéis huir con vuestras pertenencias y vuestros caballos.

Deva estaba paralizada. Sin poder evitarlo, cogí sus manos entre las mías e imploré:

—¡Sálvate, mi amor! ¡Sálvate! ¡No podría vivir temiendo que algo malo te haya ocurrido!

En ese momento Asur roncó más fuerte, tosió, gruñó, pronunció algunas palabras medio dormido... Deva apretó mis manos, enseguida las soltó y desapareció de nuevo dentro de la tienda.

Yo quedé allí algún tiempo aspirando el aroma que Deva había dejado sobre mis dedos. Después volví a la hoguera de mi grupo. El *miles* Juan seguía despierto, tenso, la espada en la mano, esa espada de pomo rojo, y los ojos clavados en el fuego, como queriendo conjurar al destino entre las llamas. Yo en las llamas solo veía a Deva. Con esa imagen me dormí.

## La catástrofe

—¡Los moros! ¡Que vienen los moros!

El grito había sonado desgarrador en el silencio del alba. Nos atacaban. Un tropel de jinetes sarracenos acababa de aparecer por la izquierda, tras la loma que llaman de Salces. Un hombre corría ante ellos. De pronto la silueta del hombre se desplomó: habían acabado con él.

Así pues y para nuestro pesar, mi señor tenía razón. Su olfato no le había engañado: los sarracenos, al olor del botín, habían liquidado a los vigías y, apostados en las proximidades, habían cruzado el río Híjar para atacar nuestra campá. Entre ellos y su objetivo solo nos interponíamos nosotros: los hombres de las distintas huestes allí reunidas.

Nos pusimos en pie como activados por un resorte. A toda prisa echamos mano de nuestras armas y aviamos las cabalgaduras. Abajo, en la campá, todo era caos y confusión. El enemigo se acercaba a endiablada velocidad en sus ligerísimos corceles. Cargaba directamente sobre nuestra línea. Un numeroso grupo de los nuestros se dispuso a hacerle frente: caballeros y peones, todos a una, se lanzaron a su vez sobre la acometida musulmana. Pero el *miles* Juan permaneció quieto.

Todos le miramos, desconcertados: ¿por qué nuestro jefe no atacaba? ¿A qué estaba esperando?

—¡Quietos aquí, conmigo! ¡Ese no es el ataque principal! —aulló de repente.

En una confusión fenomenal, medio centenar de hombres permanecimos junto a mi señor. Y en ese preciso instante, otro destacamento de jinetes enemigos apareció al otro lado de la loma, por la derecha, surgido de la nada, para atacar directamente la campá donde se apiñaban, indefensos, paisanos y caballos. Esa era la añagaza mora: mientras unos neutralizaban a la tropa defensora, los otros saquearían el campo. Era una tenaza. Juan la había intuido.

Los mercaderes estaban perdidos. Su única posibilidad era salir del llano y ganar las montañas antes de que los moros les dieran alcance. Pero para eso había que frenar al enemigo. El *miles* hizo una fea mueca, mostró sus sucios dientes de lobo viejo, se persignó, masculló una maldición y gritó: «¡A muerte!

¡Por Cristo!». Y se lanzó al galope. Todos los que allí estábamos nos volcamos sobre este nuevo frente. Juan y otra docena de guerreros cargaban a caballo. Los demás corríamos detrás a pie, blandiendo nuestras armas y gritando enloquecidos. Yo rezaba a todos los santos para que los paisanos pudieran ponerse a salvo. ¡Si Deva hubiera huido como yo le imploré! Pero ahora era tarde para lamentaciones.

El choque fue brutal. Vi al *miles* Juan arrojando su lanza sobre un moro, cargando luego espada en mano, primero a caballo y después, derribado, a pie, repartiendo tajos aquí y allá. Los sarracenos golpeaban con sus espadas curvas, de un solo filo, que segaban limpiamente el cuerpo del rival. Los cristianos luchaban con sus espadas de filo doble y sus lanzas y azagayas, tratando de derribar a los jinetes mahometanos. Enseguida el caos se apoderó de todo el campo. El polvo tapaba la vista y los gritos aturdían los sentidos. Yo choqué de bruces contra un moro que cayó al suelo, resulté pateado por un caballo no sé si amigo o enemigo, me revolví como pude esquivando golpes y embistiendo con mi azagaya a todo cuanto se movía a mi alrededor. Perdí de vista al *miles* Juan. Pude capturar el escudo de un moro caído y con él me protegí. Lo único que tenía en la cabeza era la necesidad de cerrar el camino a los moros: que los mercaderes y los ganaderos pudieran ganar las montañas. ¡Que Deva pudiera ponerse a salvo!

En torno a mí solo veía caballos y moros, polvo y sangre. Con la azagaya herí a un par de monturas en las corvas. Habíamos logrado interponernos entre los musulmanes y los mercaderes, cerca de la línea donde el llano se encrespa en monte, pero los moros eran muchos y nosotros muy pocos. ¡Aguantar un poco más y que los mercaderes pudieran escapar por las peñas! Esa era toda nuestra obsesión. Y la mía: ¡que Deva escapara! A mi lado otros cristianos luchaban con la energía de la desesperación. Vi caer a uno. Después a otro. Al fin yo mismo me encontré dentro de la turbamulta sarracena, aislado de mis compañeros. Me invadió el pánico y me retiré unos pasos. Agarré la cruz que colgaba de mi cuello, la misma que me dejó Beato de Liébana como último mensaje de perdón. Me encomendé a Dios y a todos los santos. Volví a entrar en el torbellino de la lucha tratando de encontrar al *miles* Juan. Lo que encontré fue enemigos.

Un moro se me vino encima dando grandes voces, agitando su espada curva como una hoz. Yo eché a correr hacia las peñas. El moro corría menos, pero me había elegido como presa y no me iba a soltar. Me soltó un golpe con su sable. Sentí un latigazo en la espalda y mi camisa rasgada por el frío metal. Solo me había rozado. Seguí corriendo hasta tropezar con unas rocas. El moro se abalanzó sobre mí. Me di la vuelta como pude. Luego, un fuerte golpe. Después, oscuridad.

Cuando desperté, creí estar en los infiernos. Frente a mis ojos, a menos de un palmo de mi cara, estaba el rostro del moro, desfigurado en una espantosa mueca de dolor. Un hilo de sangre goteaba aún desde su boca, tiñendo de rojo mi cuello y mi pecho. Traté de zafarme del cadáver. Vi que el sarraceno, en su última acometida, había ido a ensartarse en mi azagaya. Le entró por el pecho y le salió por la espalda. El muerto pesaba horriblemente. Fuera de mí, con los nervios deshechos, empujé hasta que conseguí dar la vuelta al moro. Después, a tirones, saqué la azagaya de su cuerpo. Al lado del muerto estaba su cimitarra. La recogí; ahora era mía. El olor de la muerte me embriagaba y hasta me pareció que la visión se me emborronaba en rojo. Aturdido, dando tumbos, me alejé de allí.

Tardé en recobrar enteramente los sentidos. Cuando al fin lo conseguí, reparé en mi posición: en mi huida del moro me había alejado del campo de batalla para terminar cayendo en una torrentera. El moro cayó detrás. Alrededor ya no había polvo ni ruido de lucha: todo había terminado. ¿Cuándo? Imposible saberlo. Miré el sol: atardecía. Los musulmanes habían atacado al alba. Por consiguiente, debí de haber permanecido inconsciente muchas horas. ¡Deva! Fue lo primero que vino a mi cabeza cuando recuperé el dominio de mí. ¡Había que salvar a Deva! A saltos, de mata en mata y de peña en peña, traté de volver a la campa de los mercaderes.

Escuché gritos. Me acerqué con precaución. El infierno estaba allí: todo ardía. El campamento de los mercaderes era ahora una gigantesca hoguera. El poblado cercano ardía igualmente. En la campa ya no había más que cadáveres. Era en el poblado donde se percibía movimiento humano. Sin abandonar la protección de las lomas corrí hacia él. Se me heló la sangre cuando vi el ritual de la victoria musulmana. Los moros habían decapitado los cadáveres de los vencidos para construir con las cabezas un sangriento túmulo. Desde lo alto de la pirámide de cabezas, los almuecines gritaban la gloria de Alá. Salí corriendo, espantado, pero fue para dar en algo aún peor.

A la salida del pueblo los moros habían reunido su botín. Los caballos, por supuesto. Pero también las mujeres y los niños, hacinados en un montón, azotados sin cesar. Su destino iba a ser la esclavitud. No puedo describir el dolor y la rabia que se apoderaron de mí cuando descubrí, entre el rebaño de los esclavos, la cabellera rubia de Deva, sus trenzas doradas deshechas ahora en un ovillo de suciedad y espanto. Por un instante me vino al alma el impulso de lanzarme a por ella. El instinto de supervivencia fue más fuerte. Llorando de desesperación me interné de nuevo en las boscosas montañas.

En plena noche descubrí a los escasos supervivientes de la jornada. Se ocultaban tras un peñasco, monte adentro. Apenas una veintena de hombres. Me di a conocer. Me acogieron. Os lo he contado ya.

\*\*\*

Cuando amaneció bajamos todos a la campa, envueltos en mil precauciones. Allí ya no quedaba nadie. Solo los cadáveres decapitados de los nuestros, mezclados con los enemigos muertos. Las cabezas tampoco estaban. «Se las llevan a Córdoba en carros para enseñarlas al pueblo —me dijo uno—. Es la prueba de su victoria. Y una advertencia para los revoltosos». Busqué el cadáver del *miles* Juan. Lo encontré espada en mano, y por el pomo rojo del arma y sus vestiduras lo reconocí, pues no tenía cabeza. Junto a él yacían tres moros muertos. El viejo había luchado bien hasta el final. Dimos sepultura a los cristianos. A Juan lo enterré yo mismo; no sé por qué, sepulté su espada con él. A los moros los dejamos a merced de las alimañas.

Ahora había que tomar una decisión: o seguir a los moros y atacarles, o volver a nuestras aldeas para dar noticia de lo sucedido. Yo quería partir en búsqueda de los moros: la suerte de Deva me roía las entrañas. Pero nadie me secundó: los sarracenos eran muchos, y nosotros, apenas una veintena de guerreros heridos y agotados. Poco podríamos hacer incluso en el improbable caso de que les diéramos alcance. Se impuso la opción de regresar a nuestros puntos de partida: que todo el mundo supiera lo que había pasado. Con la sombra infamante de la derrota escrita en los rostros, la columna de los supervivientes tomó la ruta del Besaya rumbo al norte.

Nunca se vio una procesión más lúgubre que aquella: veinte almas destrozadas en veinte cuerpos maltrechos, caminando torpemente de vuelta a casa para confesar el desastre. Recuerdo el trance como una especie de prolongada alucinación, como si nada de cuanto estaba ocurriendo fuera verdad. Pero lo era, por desgracia. Mentiré si omito que maldije a Dios por haber permitido que Deva cayera esclava del moro.

En mi espíritu no había otra cosa que rabia y sed de venganza. Esa era la potencia maléfica que animaba a mi cuerpo maltrecho. Seguir adelante, seguir adelante... Solo para tener la oportunidad de vengar la derrota, la humillación, la captura de mi dama. Yo había imaginado una vida plácida y dichosa junto a Deva, mi esposa, en las campiñas de Mena; Dios nos bendeciría con abundantes hijos y cosechas copiosas, y esa hermosa muchacha de trenzas doradas y yo envejeceríamos juntos sobre una tierra libre, gozaríamos el uno del otro hasta formar un alma única y de nuestra unión nacería un linaje de cristianos orgullosos de su libertad que prolongarían nuestro amor a lo largo de las



generaciones. Pero lo que tenía ahora era la soledad y el fracaso; mis sueños, deshechos; mi amor, roto, y mi amada, esa mujer que estaba destinada a mí, cautiva en manos del sucio enemigo. Odio. Eso era lo que sentía. Miraba mis ropas enrojecidas por la sangre del moro y en cada gota no veía sino el anuncio de mares de otras sangres. Miraba la cimitarra capturada al enemigo y en su hoja curva y afilada adivinaba los cuellos y miembros que iba a cortar. Tales eran mis pensamientos en aquella funesta hora.

Poco a poco, hombre a hombre, la compañía se fue disolviendo a medida que nos acercábamos a nuestros destinos. Cada cual marchó al suyo para dar a conocer la matanza. De los supervivientes, dos se nos murieron en el trayecto: no soportaron sus graves heridas. Otros deliraban de fiebre. A mí me dolía horriblemente el corte de la espalda, pero era solo un superficial rasguño en comparación con los tajos que algunos de mis compañeros llevaban en sus cuerpos. No sé cuánto tiempo tardé en ver de nuevo el castillo de Evencia, intolerablemente tranquilo en su promontorio marino. Lo único que recuerdo es que entré en el castillo, pregunté por Gadaxara y me desmayé.

\*\*\*

Me despertaron para decirme que Gadaxara me esperaba. Debí de permanecer todo un día durmiendo. Nadie había tomado la providencia de lavarme ni curarme. Tampoco tenía ropa nueva. De manera que me presenté ante el caballero con mis ropas sucias de sangre, el ajado casco de cuero en la cabeza, la cimitarra del moro al cinto y, en la mano, mi azagaya. Me dolían todos los huesos, me sangraban los pies ya casi descalzos bajo el cuero roto, la herida de la espalda me había formado una áspera costra adherida a la tela de la camisa y, para colmo, me costaba respirar. La imagen plena de la derrota.

Más muerto que vivo, sin aliento, informé a Gadaxara de lo que había ocurrido. Nuestro caudillo aguardaba de pie, en el centro del palenque, los brazos cruzados en un ademán de impaciencia. Cuando le referí la muerte del *miles* Juan, dejó caer pesadamente la cabeza sobre el pecho.

—Era un gran guerrero. Que Dios le acoja en sus ejércitos —murmuró.

Le conté nuestra lucha en dos frentes y el hundimiento de nuestra línea. Después, sin poder reprimir un sollozo, referí la triste suerte de los cautivos. También detallé la horrible escena de los almuecines cantando a su dios sobre los túmulos de cabezas cortadas. Me hizo algunas preguntas sobre el macabro ritual de la decapitación masiva.

—Eso significa que son bereberes —comentó.

Me dijo algo más: me dijo que ellos, el resto de la mesnada, acababan de volver de Galicia, donde habían tenido que acudir para hacer frente a un ataque similar. Cuando terminé, Gadaxara permaneció en silencio, pensativo. Luego habló a su hueste:

—Tenéis que saber que el nuevo emir de Córdoba, Hisam, ha atacado y ha vencido. Dos grandes oleadas mahometanas han golpeado simultáneamente las fronteras del reino. Una ha entrado por el oeste, por Astorga y Galicia. La otra, por el este, por Álava y el Ebro. La aceifa de Campoo ha sido, sin duda, obra de las avanzadillas de este segundo ejército. ¿Tú de dónde eras, muchacho? —me preguntó.

—Del valle de Mena —respondí con un estremecimiento. «Unos por el este y otros por el oeste»: era exactamente lo que el *miles* Juan había predicho. Y Mena estaba en el este.

—Esperemos que no hayan llegado hasta allí. No tardaremos en saberlo. En todo caso, es preciso actuar. El golpe ha sido muy duro. Esto no puede quedar así. Esperad mis órdenes.

Y dando grandes zancadas desapareció.

\*\*\*

La mañana siguiente nos saludó con una enorme agitación en el campamento. La voz del cuerno llamaba a la hueste. Gadaxara en persona estaba otra vez en el palenque, ahora a caballo y armado, envuelto en una cota de malla. Partíamos. A la guerra.

Un frenesí de hombres y caballos se adueñó de Evencia entera. Yo cogí mi maltrecho casco, mi azagaya y la cimitarra del moro, y me sumé a la mesnada. Gadaxara me miró, rígido:

—¿Tú no eras escudero?

Enseñé la cimitarra capturada al moro.

—Ya no —le dije.

El caudillo esbozó algo semejante a una sonrisa. La mesnada se puso en marcha.

No seríamos más de doscientos hombres: todo lo que había en Evencia. Marchábamos hacia el oeste, donde nuestro señor el rey Bermudo había

decidido atacar a los moros. La fuerza sarracena estaba retirándose de Galicia después de haberla pasado a sangre y fuego. Volvía a Córdoba por la vieja calzada que lleva de Lugo a Astorga: una ruta aparentemente fácil y rápida, pero que a la altura de la comarca que llaman el Bierzo tenía que atravesar por un paisaje torturado de montañas y gargantas. Un lugar idóneo para que una fuerza menor, pero bien emboscada, pudiera golpear con garantías de éxito. Los moros volvían victoriosos; con seguridad andarían despreocupados, la guardia baja. Y hacia allí nos dirigíamos ahora, a los montes del Bierzo, a orillas del río Burbia, para vengar la afrenta sufrida por el reino. Yo solo pensaba en rescatar a Deva. Me ardía el alma.

Por el camino se nos fueron uniendo otras mesnadas: en Cangas, en Oviedo, en Lena, en todas partes surgían las huestes de Asturias y se sumaban al ejército vengador. Finalmente apareció el propio rey Bermudo al frente de sus caballeros: montaba un soberbio corcel blanco y su yelmo coronado relucía como el sol. Los estandartes de la cruz bailaban al majestuoso trote de los fieles del rey. La hueste ya debía de alcanzar las dos mil almas. Andando día y noche, en una marcha frenética sin apenas descanso, cruzamos los montes y nos descolgamos por los caminos del río Sil hasta alcanzar la sierra de Ancares. Allí el rey envió exploradores para localizar al enemigo. Se comprobó que los moros todavía no habían cruzado el Bierzo. Nos dispusimos a esperar.

Una jornada de descanso. Y una jornada también durante la cual agrias discusiones dividieron al mando. Todos estaban de acuerdo sobre dónde atacar: en las montañas, antes de que los moros ganaran el llano, encajonando al enemigo en las gargantas del camino. Pero si había acuerdo sobre el dónde, en absoluto lo había sobre el cómo. Gadaxara quería formar varias partidas, dispersarlas por la montaña y atacar a la columna sarracena en distintos puntos a la vez, para retirarse enseguida y repetir el ataque en otros lugares. Decía que eso les debilitaría decisivamente antes de llegar a la llanura. El rey y otros caballeros, por el contrario, proponían atacar en bloque sobre la vanguardia sarracena cuando esta aún se hallara entre las montañas, colapsando a la columna enemiga; de este modo todo el ejército de Córdoba quedaría a nuestra merced. Gadaxara se oponía:

—Este ejército lo manda el visir Yusuf ben Bujt, un veterano que ha combatido durante años. No será tan imprudente de meter a sus tropas en un camino estrecho sin haber tomado antes precauciones. Si atacamos en bloque a su vanguardia, tal vez detengamos la marcha del enemigo, pero nada nos garantiza que su columna quede paralizada. Al contrario, es probable que su empuje nos arrastre. Estamos hablando de un ejército de varios miles de hombres. Si yo estuviera en su lugar, respondería a un ataque sobre mi vanguardia maniobrando por los flancos, para envolver al enemigo: tan aptos

son los moros para moverse por las montañas como nosotros lo somos. Por eso os aconsejo, señor, no atacar de frente a la vanguardia, sino repartir las mesnadas en diferentes puntos del camino y atacar desde lo alto, para hostigar a la morisma y paralizarla. Ellos no podrán moverse y nosotros, por el contrario, tendremos entera libertad de maniobra. Y entonces, así debilitada la columna, sí podremos atacar su vanguardia con garantía de éxito.

Lo que Gadaxara decía tenía mucho sentido, pero la mayoría de los caballeros del rey, y el propio Bermudo llevado por ellos, parecían resueltos a atacar de frente. Yo mismo, ciego de rabia vengativa como estaba, prefería cargar de frente y diezmar al enemigo.

—Si repartimos nuestra hueste por los montes, como propone Gadaxara, debilitaremos nuestra línea y estaremos en franca inferioridad —dijo uno de los jefes presentes.

Era el argumento que casi todos estaban deseando oír. El rey Bermudo, al escuchar las aclamaciones con las que este parlamento fue recibido, se inclinó por dar satisfacción a la mayoría. Atacaríamos de frente a la vanguardia mora según saliera de las montañas. Gadaxara, leal, obedeció, pero esa noche oí que confiaba a uno de sus capitanes la siguiente reflexión:

—Es un enorme error. Estoy seguro. Cuando atacemos, el moro abrirá su columna, pondrá a resguardo su retaguardia, moverá sus flancos y tratará de envolvernos. Como su número es muy superior, lo conseguirá. Entonces estaremos perdidos. No podemos dejar que eso pase. Hay que salvar al rey. Cuando comience la batalla, quédate conmigo cubriendo el flanco derecho. Trataremos de evitar el desastre. Y que el Señor nos proteja.

\*\*\*

La fuerza del rey Bermudo esperó a la morisma hasta que la vanguardia sarracena se dejó ver en la calzada, allá donde las montañas se abren al llano. Con el propósito de encajonar al enemigo, la fuerza cristiana cargó. El visir Yusuf reaccionó con rapidez, desplegó hacia los flancos a su caballería, que ganó con presteza la llanura, y en el centro de la vanguardia colocó a los peones, dispuestos a frenar nuestra acometida. La hueste de Asturias entró con valentía y violencia: la caballería primero, cosiendo a lanzadas a los peones moros, y detrás nuestra gente de a pie, cortando miembros y quebrando huesos. Los primeros compases de la batalla parecían prometedores: la fuerza mora se fundía a nuestro paso como un bloque de manteca. Pero era una falsa ilusión.

Después de la primera línea mora de peones vino otra, y luego otra. Nuestra acometida, ya cansados los hombres, quedó frenada. ¡Dentro de las

montañas! Mientras tanto los jinetes de Yusuf habían rodeado a nuestra hueste y nos acosaban ahora desde todos los puntos. El centro de nuestra ofensiva había pasado de atacar a defenderse. El flanco izquierdo, desprotegido, se hundió hasta apelotonarse con el centro. Solo el flanco derecho resistía: el de Gadaxara.

Mi señor, en el trance del ataque, había tomado la providencia de no entrar en las montañas, sino atajar el despliegue de la caballería sarracena por su flanco. Estábamos en un punto crucial: los jinetes moros tratando de ganar la planicie, los caballeros de Gadaxara trabando su marcha y nosotros, los peones, aupados en las peñas cercanas, hostigando a la morisma con flechas, jabalinas, piedras y todo lo que teníamos a mano. Nuestros caballeros acometían a los jinetes enemigos por delante y nosotros lo hacíamos por detrás. Hubo mucha sangre y mucha muerte, pero la maniobra funcionó: aquel ala del despliegue moro quedó deshecha. Y así, mientras en el centro de la batalla la cruz se hundía, la fuerza de Gadaxara mantuvo su línea.

Frustrado el despliegue sarraceno en nuestro flanco, mi señor dio orden de sumarnos al centro para reforzar al núcleo de nuestras tropas, muy apurado bajo la presión sarracena. Cargamos como jabalíes furiosos gritando venganza. Logramos enlazar con la vanguardia. Allá, en el centro, veíamos al rey protegido por sus caballeros. Bermudo corría peligro. Yo me sumergí en la multitud con la azagaya en una mano y la cimitarra en la otra. Maté a muchos, como empujado por una fuerza demencial: era el recuerdo de Deva el que movía mis brazos. Por un momento pareció que podríamos dar la vuelta a la batalla, pero...

La batalla de río Burbia fue una auténtica catástrofe. Todos los temores de Gadaxara se vieron confirmados. Ni toda la furia del mundo puede invertir el curso de una batalla cuando te has colocado en mala posición y el enemigo te triplica en número. El visir Yusuf había movido a sus tropas muy sabiamente. Nosotros, por el contrario, habíamos escogido la peor de las opciones. La hueste mora terminó por rodearnos. Solo el flanco de Gadaxara permanecía a salvo. Mi jefe, viendo la batalla perdida, no lo dudó:

— ¡Al rey! ¡Al rey! — gritó.

Había que salvar al rey Bermudo, sacarle de aquella trampa en la que en cualquier momento podía ser alcanzado por las armas enemigas. A fuerza de puro brazo abrimos un pasillo para que Bermudo huyera. El caballo del rey cruzó velozmente entre nuestras líneas. Después, línea tras línea, todos los que pudimos salvar la vida fuimos retirándonos hacia las montañas. Fue una pesadilla. Tratábamos de no perder la cara al enemigo, no darle la espalda,

porque eso habría supuesto la total aniquilación en una desbandada letal. Había que retroceder cuesta arriba y, al mismo tiempo, detener la pretensión mora de alcanzarnos en la retirada. El empuje sarraceno no cedió hasta que los primeros fugitivos estuvieron en posición de arrojar rocas desde las peñas. Más de una se llevó a hombres de nuestro bando, pero el recurso frenó en seco la persecución. No más de un centenar de guerreros de Asturias pudimos salir vivos de allí.

\*\*\*

Llegué hasta donde mi señor se encontraba, en lo alto de un cerro. Gadaxara, aún montado en su caballo, contemplaba melancólico la retirada, el lento goteo de hombres heridos que trabajosamente ascendían las peñas para eludir la muerte. Me miró y preguntó:

—¿Dónde está tu escudo?

—No tengo, señor —respondí. Era verdad: nunca había tenido escudo.

Gadaxara me arrojó una rodela de madera cubierta de cuero y tachonada de hierro. Mi primer escudo. Lo tomé como una recompensa a mi esfuerzo en el combate.

Mi jefe encorbaba su cuerpo sobre la montura. Yo sujetaba sus riendas. No podía evitar una sensación de insondable pena. Desde que hube abrazado aquella nueva vida no había parado de combatir, pero sin obtener otra cosa que hiel y amargura. Me pregunté si realmente yo estaba hecho para esto. Me respondí que, en cualquier caso, mientras no consiguiera vengar a Deva no cabía otra existencia para mí.

El rostro de Gadaxara, bañado en sudor y polvo, se crispaba en una expresión de horror y a la vez de orgullo humillado. No cabía imaginar una derrota más severa. En eso llegó hasta él otro jinete. Detuvo su caballo junto al de mi señor. Miré: ¡era el propio rey! Bermudo contemplaba igualmente el lento retorno de los vencidos. Su gesto expresaba una desolación y una tristeza sin límites. Bermudo, el rostro delicado, la barba corta, trataba a duras penas de mantenerse entero. Se había batido con valor, pero observé que ahora sus piernas temblaban de fatiga. Los supervivientes de la hueste, al llegar a nuestra posición, miraban al rey con ojos iracundos y desafiantes. Después de haberse asomado a la muerte, culpaban a nuestro rey de su desdicha. Bermudo no fue capaz de sostenerles la mirada. En un murmullo se dirigió a Gadaxara:

—Di lo que piensas —ordenó.

—Que uno no debe librar una batalla si no sabe cómo ganarla —  
respondió mi jefe.

—Pero todos estaban de acuerdo en atacar aquí —replicó el rey.

—Y lo han pagado con la vida. La guerra nunca es cuestión de mayorías,  
mi señor.

El rey suspiró:

—Te debo la vida, Gadaxara.

—Señor —contestó Gadaxara, la vista perdida en el horizonte—, no os he  
salvado a vos por ser vos, sino por ser rey. Porque era mi deber. Pero ahora el  
rey debe salvar al reino.

Aún permanecieron ambos jinetes unos minutos en silencio, quietos  
sobre sus monturas. Luego Bermudo espoleó a su fatigado corcel y se marchó.

## En busca de un rey

Bermudo, en efecto, salvó al reino de la mejor manera que podía hacerlo: abdicando. Aún no había terminado el verano, pocas semanas después de nuestro retorno, cuando reunió a la corte y dio a conocer su propósito de dejar la corona a quien reuniera mejores virtudes que él.

Hubo una cierta resistencia por parte de la facción que aspiraba a un pacto con Córdoba, pero esta no se hallaba en la mejor de las posiciones. El emir Hisam había golpeado sin piedad al reino de Asturias. Con eso había dejado claras sus intenciones. ¿En nombre de qué podía ahora invocarse la necesidad de un pacto? Solo la cobardía podía inspirar tales pensamientos. Y ahora, con miles de guerreros muertos en toda la extensión de la frontera, con centenares de aldeas saqueadas, con miles de paisanos hechos esclavos, la cobardía era traición. Otros podrían rendirse; Asturias, no. Beato de Liébana tenía razón. Asturias ya había resistido una vez. Ahora volvería a hacerlo.

Bermudo no era la persona indicada para gobernar aquel paisaje, pero fue él mismo quien propuso la vía: si un nuevo monarca debía dirigir los destinos del reino, no podría salir de la camarilla de nobles que hasta ese momento había impuesto su ley, sino que era preciso volver a la legitimidad de la sangre de Pelayo. Un joven rey había sido ya coronado y enseguida depuesto: Alfonso, el hijo de Fruela y Munia, refugiado ahora en tierras vasconas. A él debía volver la corona. Era lo que estaba pidiendo una nutrida facción de la corte, era lo que estaba pidiendo el pueblo y era, también, lo que la Providencia dictaba. Había, pues, que ir a buscar a Alfonso. Bermudo en persona designó al mensajero que debía traer a Alfonso a Oviedo. Ese mensajero sería Gadaxara. Y a mí me cupo el honor de ir con él.

\*\*\*

Partimos hacia el este una mañana de verano. No iba a ser un viaje de recreo: era preciso cabalgar sin descanso hasta tierras de Álava, encontrar al rey Alfonso, referirle lo ocurrido y traerle de vuelta a Oviedo. Una misión trascendental.

Ocho hombres componíamos la formación. Recuerdo especialmente a uno de ellos, Teudano, un joven caballero con el que terminaría uniéndome una gran amistad. Gadaxara me hizo el honor de regalarme una cota de malla. Era la primera vez que vestía tal prenda, con sus duros aros de hierro cubriéndome



el cuerpo. También me entregó un caballo; por fin pude dejar las mulas. Con todo eso más mi casco de cuero remendado, la cimitarra ganada en Campoo, la rodela obtenida en el Burbia y, por supuesto, mi vieja azagaya, ya parecía un guerrero.

En realidad, Gadaxara no me había armado para darme placer, sino por prevención. Todos cabalgábamos armados hasta los dientes. La prudencia de mi señor estaba justificada: íbamos a dar un giro decisivo a la política del reino. A la ida o a la vuelta podíamos sufrir alguna celada. No cabía descartar que cualquier magnate de la vieja facción, la misma que en su día había exiliado a Alfonso, intentara ahora impedir el retorno del rey.

Cruzamos el reino como una exhalación, de fortaleza en fortaleza, sin descanso, reclamando cambio de caballos en cada etapa. Fuimos de Oviedo a Cangas, de aquí hasta Evencia, después a Somorrostro y Laredo. Yo conocía bien ese camino. Pero había una diferencia sustancial entre andarlo como peregrino, según hice la primera vez, y cruzarlo como guerrero del rey. En Laredo ni siquiera pude acercarme a ver al viejo monje, el primer hombre que me abrió las puertas y también el entendimiento: «El Señor revela a las naciones su salvación».

Una vez en Laredo, el camino se hacía menos seguro. En principio, la vía natural era bajar hasta Carranza. Y aquí vi el cielo abierto, porque semejante trayecto me daba ocasión de ver a mi familia. Desde mi partida, casi tres años atrás, no había tenido noticia de Lebató y Muniadona, de Vítulo y Ervigio. Se lo expuse a Gadaxara:

—Conozco un buen camino que nos llevará hasta las tierras de Álava sin internarnos en las montañas inhóspitas: por Carranza hasta el valle de Mena, donde podremos avituallarnos con mi familia, y desde allí hasta la tierra de Ayala en apenas una jornada.

A Gadaxara le pareció bien.

Confieso que experimenté un placer insano cuando llegamos a Carranza. La vieja aldea tenía un aspecto esplendoroso en este final del verano. Su rústica belleza me pareció casi insultante al recordar todo el horror que yo había vivido en los últimos meses. Como es natural, enfilé directamente hacia la casa de mi hermano García, el primogénito, dueño ahora del antiguo solar familiar, que tan grosero trato me había dispensado en mi anterior visita. Enseguida localicé la casa. A la puerta había una mujer de buena apariencia con un cántaro entre las manos. Esa era, sin duda, la esposa de mi hermano, traída de las salinas.

—A la paz de Dios. ¿Dónde está el dueño? —pregunté.

—¿Quién le busca? —contestó recelosa la mujer, mirando con gesto agrio nuestras armas y bagajes.

—Su hermano Zonio —respondí.

A la mujer se le cayó el cántaro, que se rompió con estrépito, y corrió hacia el interior de la casa. Al rato apareció mi hermano.

—¡Válgame San Celedonio! —exclamó—. ¿Tú eres Zonio? ¿Pero no ibas para cura, como los otros?

—Ya lo ves, hermano —contesté—. La vida da muchas vueltas en poco tiempo. Traigo conmigo a unos caballeros del rey.

Lo dije con una delectación malévola, abusando mezquinamente de mi nuevo poder. Mi hermano, en silencio, se inclinó, abrió la puerta de su casa y llamó a dos criados que se apresuraron a tomar nuestros caballos.

—Necesitamos que los caballos coman un poco —continué—. Nosotros también hemos de comer. Descuida: nos marcharemos pronto.

Mi hermano nos llevó ante la gran mesa, la misma en la que el anciano abuelo García, cuando niños, nos contaba sus aventuras. El anfitrión sacó comida: unas fuentes con cecina y longanizas. Mi cuñada, cuyo nombre no averigüé, sirvió la mesa. Comimos de pie, sin más palabras que algún cortés comentario a la calidad de la matanza. Para romper el silencio, Gadaxara preguntó:

—¿Llegaron hasta aquí los moros?

—No. Aquí no —respondió mi hermano. Y añadió—: Más al sur, sí.

¡Más al sur! Sentí un estremecimiento. ¿Había llegado la aceifa musulmana a nuestro hogar de Mena?

—No lo sé —contestó García—. No es fácil tener noticias de allá —mintió—. Pero aquí, en la aldea, dicen que vieron moros al sur. A quien nadie ha visto por aquí —apuñaló— es a los soldados del rey cristiano. Antes de que vosotros llegais, quiero decir.

Se me atragantó la comida. Mi hermano pretendía echarnos en cara la ausencia de las huestes en estas tierras. Con todo, lo peor era esa sugerencia de que los moros habían golpeado en Mena. ¿Tendría que llorar a alguien más, como estaba llorando a Deva? No dejé a mis compañeros acabar su comida.

—Hemos de marchar —dije—. Si queremos llegar a Mena antes de que anochezca, es preciso partir ahora.

Gadaxara arrojó sobre la mesa de mi hermano García una bolsa con algunas piezas de bronce, que tenían valor aunque en el reino todavía no había vuelto a circular la moneda. Después hizo una especie de breve reverencia y todos salimos de allí. Yo, con el alma en vilo.

\*\*\*

Llegamos al valle de Mena por el mismo camino montañoso que empleamos en nuestro primer viaje familiar, hasta ganar la garganta del Ordunte. Yo recordaba aquel periplo como una hazaña extraordinaria, pero ahora, tantos años después, cabalgando como soldado del rey, me pareció un simple paseo. Cuando doblamos los montes pudimos percibir, lejos, abajo, las manchas blancas de las casas de la aldea. Todo parecía intacto: los prados, los bosques, los hogares, el molino, la iglesia... Un enorme júbilo invadió mi corazón. Pero era una impresión falsa. A medida que descendíamos hacia el valle iban haciéndose patentes los estragos causados por la morisma: allá un pedazo de bosque talado con saña, aquí una casa deshecha por el fuego, más abajo unas huertas arrasadas... Di un respingo cuando divisé la iglesia: habían arrancado la cruz y una sección de la techumbre permanecía hundida. La morisma se había empleado a fondo.

Poseído por una alarma infinita, casi olvidando la presencia de mis compañeros, galopé hasta la aldea. Me laceraba el alma la idea de que mi familia hubiera muerto bajo las espadas sarracenas. Vi a un grupo de hombres. Corrí hacia ellos, mis compañeros detrás. El primero que me reconoció fue el viejo Guma, que me abrazó como a un hijo.

—Te dejé con los hábitos y me vuelves con cota de malla. Ya me contarás por qué este cambio. Has crecido, chico —dijo con su boca desdentada—. Ven, vamos a ver a tu madre.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunté, alarmado. El pueblo estaba deshecho: no había casa que no hubiera sufrido los efectos del fuego y la devastación.

—Los moros. Fueron los moros, hace un par de meses. Lo arrasaron todo. Gracias a Dios pudimos ponernos a salvo. ¿Te acuerdas de los refugios que hizo construir tu padre? Nos salvaron la vida. A todos. O a casi todos...

—¿Quién cayó? —pregunté con un negro presentimiento.

—Tu hermano Tello. Se lo llevaron esclavo, al parecer. Y mataron a un hijo de Ruy. Vamos a tu casa. Tu madre se alegrará de verte.

¡Tello, esclavo! ¡Capturado por los moros! La noticia me cayó como un mazazo. Acompañado por Guma, todos tomamos la vereda que llevaba a mi hogar. Guma anunciaba:

—¡Muniadona! ¡Muniadona! ¡Mira quién ha venido! ¡Muniadona!

Mi madre salió precipitadamente. Me emocionó ver otra vez su figura. La escuché gritar:

—¿Tello? ¡Tello! ¡Hijo mío!

Esa voz me turbó. Guma se apresuró a rectificar:

—¡No es Tello, mujer! ¡Es Zonio, tu hijo!

Mi madre frenó en seco. Después, con el mismo impulso, corrió hacia mí.

—¡Zonio! —Me cubrió de besos y abrazos y lloros—. ¡Zonio! ¡Estás a salvo! ¡Se han llevado a Tello! ¡Los moros se han llevado a Tello!

Yo solo podía abrazarla y llorar con ella. Poco a poco fueron llegando los demás miembros de mi familia: mi hermano Ervigio, que ya había vuelto de Samos convertido en presbítero; mis hermanas Adosinda y Munia con el pequeño Esteban. También se acercaron los demás vecinos: Ruy, Illán, Eterio, García el Tuerto, sus mujeres, los chiquillos, incluso el herrero Ramiro. Faltaba Vítulo y su ausencia me alarmó.

—Vítulo está más al oeste, tomando tierras en Espinosa —refirió mi madre—. Ha construido un monasterio. Está bien, descuida: hace pocas semanas recibimos noticias tuyas. ¿Has sabido algo de García, tu hermano mayor?

—Vengo de verle en Carranza —contesté—. Está hecho un señor de su casa, con esposa y servidumbre. El viejo solar está en buenas manos.

—Creo que esa mujer le ha apartado de nosotros —se quejó mi madre—. Pero él tiene ya su vida y nosotros la nuestra. Y dime, ¿esos hombres que te acompañan...? ¿Por qué dejaste el convento? ¡Y lo armado que vas! ¿Acaso hay moros por aquí?

Presenté a mis compañeros e informé a mi madre de los últimos sucesos de mi vida. No fui sincero en lo de San Martín: no quería herirla en una situación tan delicada. Y en ese momento apareció Lebató, mi padre; en la mano, una jarra de vino.

—No doy crédito —dijo—. Yo envié a un hijo mío al lado de Dios, y me vuelve al lado del diablo.

Los hombres de la hueste se miraron, confusos. Mi madre hizo una seña y todos abandonaron el lugar. Ella también. Quedamos solos los hombres de la hueste y mi padre. Yo reaccioné con la cortesía que Lebató merecía:

—Padre, este caballero es mi señor Gadaxara, fiel del rey. Los demás son el caballero Teudano, el caballero...

—¿Dónde estabais vosotros cuando aquí se llevaban a mi hijo? —me interrumpió mi padre.

—Combatiendo en el oeste, padre.

—El oeste... ¡Era aquí donde os necesitábamos! ¿De qué sirven un rey y todas sus huestes si, llegado el momento, no son capaces de protegernos?

Iba a contestar, pero Gadaxara me retuvo:

—Todos hemos perdido seres queridos en estos meses, mi buen Lebató. Es incontable el número de compañeros de armas a los que he visto caer en Galicia o en el río Burbia. Pero ni una sola de esas vidas quedará sin venganza.

—¡Venganza! —escupió mi padre, despectivo—. Esas son palabras que no calman el dolor de un padre. La venganza no me devolverá a mi hijo Tello.

—No —repuso Gadaxara—. Pero quizá sirva para que otros padres no tengan que llorar a otros hijos.

—En esa venganza morirán otros jóvenes —masculló mi padre—. Incluso puede ser que muera este otro hijo al que yo quise clérigo y al que veo ahora como soldado.

No pude aguantar más e intervine:

—Padre, nuestro abuelo García, tu padre, fue también un guerrero. Y lo fue su padre Lebató. Y lo fue el padre de Guma. Hay espíritus que han nacido para la oración, otros que han nacido para sacar fruto de la tierra y otros que

han nacido para defender con las armas a los demás. A mí la vida me ha guiado hacia las armas. Dios lo ha querido así.

Lebato guardó silencio. Después disparó:

—¿Por qué abandonaste el monasterio?

Tuve que contar la verdad.

—Me enamoré de una mujer. La más dulce que ningún hombre pudo nunca soñar. Y ella me quería. Eso, y algunos detalles más, llevaron a mi maestro Beato de Liébana a dictaminar que mi vocación no era el cenobio, sino el campo de batalla.

—¿Y esa mujer...? —preguntó mi padre.

—Esa mujer fue llevada como esclava por los moros, por los mismos que se llevaron a Tello. No sé dónde estará ahora.

Noté que Gadaxara y los demás me miraban muy fijamente, sorprendidos por la revelación de un secreto que hasta entonces no había contado a nadie. Iba a añadir algo más, pero la mención de Deva hizo que un sollozo me trabara la garganta. Gadaxara, que vigilaba mi angustia, me sacó del apuro:

—Tu hijo, amigo Lebato, es un buen guerrero. Digno de su linaje. Vino a mí desde el convento. Mi más fiel lugarteniente, el *miles* Juan, le educó como soldado. Juan murió combatiendo en Campoo, en una batalla feroz donde Zonio demostró su valía. Luego tu hijo cruzó el reino para informar a la hueste de lo que había ocurrido. Por su arrojo le acogí a mi lado en la desdichada batalla del río Burbia. Una vez más combatió con valor. Por eso le tengo ahora junto a mí. Esa espada mora y ese escudo que lleva son las prendas de su honra. Escucha, han sido tiempos muy duros para todos, pero eso va a cambiar. Va a venir un nuevo rey. Esa es nuestra misión y por eso viajamos hacia la tierra de Ayala. Ese rey es Alfonso, hijo de Fruela y Munia. Él cambiará las cosas. Y a tu hijo, a tu casa, le cabe el honor de participar en esto.

Agradecí las palabras de Gadaxara, pero mi corazón estaba sangrando por Deva. Mi padre, taciturno, apuró su jarra de vino y se retiró en silencio.

Cenamos algunas hortalizas de puchero y un poco de matanza. No había mucho más allí después de la aceifa sarracena. Pude intercambiar algunas palabras con Guma, con Ramiro, incluso con Ruy, al que consolaba hablar de su hijo muerto. Noté que mi hermana Munia e Illán hacían buenas migas. La vida,

pues, seguía en la aldea a pesar de todo. La muerte se había abatido sobre el valle de Mena, pero los meneses volverían a empezar. Era mi propio padre quien lo había dicho. También él saldría de su abatimiento.

Esa noche pude dormir en mi antigua cama. Mi hermano Ervigio se encargó de acomodar al resto de los hombres en la iglesia. En el silencio de la madrugada escuché a mi madre sollozar.

\*\*\*

La tierra de Ayala se extendía al este del valle de Mena. Por el sur llegaba hasta la vieja Veleia y por el norte y el oriente lindaba con los inhóspitos montes de los vascones. Para nosotros era una región enigmática, una especie de islote de civilización en medio de la nada. El camino hasta allí era agreste, pero tranquilo y sin otros accidentes que una interminable sucesión de suaves colinas. Aquí y allá salpicaban el paisaje minúsculas aldeas. Un río que llamaban Izalde y otro que llamaban Izoria regaban sus valles. Las montañas cercanas ofrecían un refugio seguro a los habitantes del llano.

Habíamos partido antes del alba. No pude despedirme de mis padres. Solo mi hermano Ervigio estuvo presente en nuestra marcha. El encuentro con Lebato me dejó taciturno. La tragedia que se había desplomado sobre la pequeña comunidad del valle iba a poner a prueba la capacidad de resistencia de mi padre. Sin duda, en el fondo de sí mismo, Lebato se sentía culpable: suya había sido la idea de abandonar la seguridad de Carranza para venir a estas tierras, luego suya era la responsabilidad de la captura de Tello. Pero, al mismo tiempo, debía sostenerse firme por encima de toda adversidad: de eso dependía que los demás mantuvieran vivo ese nuevo mundo recién construido. Aquí tendría que librar él su propia guerra.

¿Un nuevo rey cambiaría efectivamente las cosas, como aseguraba Gadaxara? La tarea era ingente: la corte llamaba a Alfonso como último recurso, cuando ya habían fracasado todos los demás. No solo había que levantar un nuevo ejército: además era imprescindible asegurar la potencia del reino, meter en cintura a los magnates partidarios del pacto con Córdoba, restaurar el tesoro de la corona, garantizar el bienestar del pueblo, afirmar la fe contra las insidias toledanas... Hacía falta un carácter bien templado para afrontar semejantes trabajos.

Cierto que este Alfonso, que debía de andar ahora por los treinta años, había tenido que superar pruebas muy poco comunes. Recordé todo cuanto me había contado Beato acerca de este hombre. Cuando asesinaron a su padre, el rey Fruela, Alfonso fue entregado a la custodia de un monasterio; su propia

madre, doña Munia, le llevó allí mientras ella, por su parte, profesaba monja para evitar que las dagas de los regicidas la alcanzaran. Después Alfonso volvió a la corte, muy joven, para encargarse del gobierno de palacio, y ahí tuvo que vivir rodeado de asechanzas sin fin. Le tocó el turno de ceñir la corona, pero a los pocos días todas las fuerzas del reino se conjuraron contra él y se vio obligado a escapar de nuevo. Desde entonces, hacía ocho años ya, permanecía exiliado en estas tierras vasconas, en el confín oriental del reino, esperando sin esperanza. No se había casado. Las gentes decían que se mantenía célibe para que nada se inmiscuyera en su derecho a la corona, y también por amor a Nuestro Señor Jesucristo y a su santo nombre.

No deja de ser irónico que Alfonso, hijo de una dama entregada por su pueblo como prenda de sumisión, terminara hallando refugio y cobijo precisamente entre las gentes de ese pueblo. Singular mujer debió de ser esta doña Munia, la madre. Su matrimonio con el rey no tuvo otra finalidad que materializar la sumisión vascona. Pero Fruela se enamoró de ella perdidamente, hasta el punto de afincarla en Oviedo y construir para ella una ciudad regia. El joven rey Alfonso era el fruto de ese amor.

Durante estos últimos ocho años, el mundo de Alfonso habían sido estas tierras semiselváticas, habitadas por gentes extrañas, más primitivas que en ningún otro lugar del reino. En el entorno de la antigua Veleia y hasta la tierra de Ayala había numerosas aldeas, pero apenas a un día de camino, hacia el interior de las montañas, el tiempo se detenía en un pasado remoto e incierto. Las ásperas tribus locales vivían allí como siempre lo habían hecho, con sus ovejas y sus bosques, ajenas a cuanto les rodeaba, impermeables incluso a la cruz. Contaban que hasta el gran Carlomagno había sido víctima de la barbarie de estas gentes.

Cruzamos la tierra de Ayala de aldea en aldea, de caserío en caserío, preguntando por el paradero del joven Alfonso, el hijo de doña Munia de Álava. Gadaxara se impacientaba. Finalmente, las indicaciones de los labriegos nos llevaron hasta una gran casona con aspecto de rudimentario castillo. Allí pasaba sus días Alfonso, entregado a la caza y a la administración de las tierras colindantes. Preguntamos por el señor. Unos lacayos de aspecto fiero nos cerraron el paso con ademán amenazante. Gadaxara les habló:

—Somos amigos. Decid al señor Alfonso que ha llegado la hora de ceñir la corona. Tomad —les dijo, sacando lentamente su espada de la vaina—, dadle esto en prenda.

Uno de los lacayos penetró en la casa, en busca de su señor.



\*\*\*

Alfonso apareció por el portalón de la casona. Llevaba en la mano la espada de Gadaxara. Era un hombre alto y delgado, de cabellos rubios y ojos claros, ataviado a la usanza campesina, sin otro rasgo externo de majestad que la gruesa sortija que adornaba uno de sus dedos. Pero sus gestos eran firmes y autoritarios, como los de quien está acostumbrado a mandar. Y su rostro, tallado con delicadeza, transmitía el orgullo de su linaje.

—¿De quién es esta espada? —preguntó.

Todos nos apeamos de nuestras cabalgaduras. A nuestro alrededor se había congregado un nutrido grupo de curiosos. Alfonso blandía la espada de Gadaxara con despreocupación. Una sonrisa cortaba su barba rubia. Gadaxara se le acercó.

—¿Os acordáis de mí, mi señor?

Alfonso se mesó la barba, como haciendo memoria.

—¡Por todos los santos! ¡Tú eres aquel guerrero de nombre tan extraño! El que me puso mi tío Silo para guardarme de puñales traicioneros. ¿Qué te trae por aquí?

—Sí, soy Gadaxara, mi señor. Os traigo un mensaje de Oviedo.

Mi jefe tendió a Alfonso una vitela. Alfonso la leyó. Perdió la vista en el horizonte. Luego se dirigió a Gadaxara señalando el pergamino:

—¿Tú sabes lo que pone aquí?

Por toda respuesta, Gadaxara se acercó al rey, hincó la rodilla en tierra y besó su mano. Teudano hizo lo mismo. Yo les imité. Después lo hicieron todos los demás.

—Señor, vengo a anunciaros que la corona vuelve a estar sobre vuestra cabeza —proclamó mi jefe—. Asturias os necesita. Debemos partir hacia Oviedo inmediatamente. Allí seréis coronado. Nosotros, vuestros fieles, os escoltaremos.

En ese momento hizo acto de presencia una dama que salía de la gran casa. Era una hermosa mujer: muy joven, de cabellos rojizos y ojos del color de las castañas, esbelta, envuelta en una suave túnica sujeta con fíbulas doradas.

Con ella venían dos clérigos y algunas gentes de armas, pero era la dama la que lo llenaba todo.

—¿Quiénes son estos hombres? —preguntó la mujer.

Alfonso se giró hacia ella. Compuso un ademán tranquilizador. Luego el rey nos dijo:

—Poneos en pie, amigos. Esta dama es mi prima doña Argilo, dueña de este castillo. Ella puede escuchar cuanto a mí me contéis.

—Señora —obedeció Gadaxara—, hemos venido a comunicar a mi señor don Alfonso que la corte de Oviedo le reclama. El reino necesita un rey. Y él es el rey.

—¿No será un trampa? —preguntó Argilo con un mohín suspicaz.

—Mi señora —respondió Gadaxara—, la calamidad ha caído sobre el reino en los últimos meses. Los moros han castigado la frontera, lo mismo en Galicia que en las Bardulias y en Campoo; han arrasado nuestros campos y han diezmado a nuestros ejércitos. El golpe ha sido tan severo que ya nadie confía en quienes buscan un pacto con Córdoba. Fue el propio rey Bermudo quien me manifestó personalmente su deseo de dejar la corona a otro con mejores virtudes que él. Es el mismo Bermudo quien firma este documento. Mis hombres y yo respondemos con nuestras vidas de la verdad de este mensaje.

Argilo guardó silencio unos segundos, siempre bajo la atenta mirada de Alfonso. Yo me quedé prendado de aquella dama. Al fin el elegido preguntó:

—¿Cuándo partimos?

Gadaxara arrojó al suelo su escudo e invitó a Alfonso a subir sobre él. Luego nos ordenó levantar el escudo por encima de nuestros hombros. Los presentes prorrumpieron en vítores. En aquel acto, Alfonso fue reconocido rey sobre el pavés.

Partimos de inmediato esa misma tarde. Alfonso, prudente, insistió en llevar consigo otros ocho hombres de su propia hueste. Gadaxara aceptó. El rey también propuso que sus familiares salieran asimismo hacia Oviedo, un día después, en carruajes preparados al efecto. Esos familiares eran sobre todo doña Argilo y los dos clérigos que allí habíamos visto. Uno de ellos, de edad avanzada y blancas barbas, se llamaba Juan y había sido el maestro y guía del rey. Gadaxara aceptó igualmente: nada de eso contravenía sus órdenes. Por otro lado, para mi jefe ya no había otras órdenes que las que impartía Alfonso. Y el

rey dio una última orden que me sobrecogió: mandó a buscar a dos monjes de San Martín de Turieno para que le asistieran espiritualmente en la coronación. Esos monjes eran Beato de Liébana y Eterio de Osma.

En verdad, Alfonso iba a hacer que cambiaran las cosas.

## SEGUNDA PARTE

### LA SALVACIÓN DE LAS NACIONES

#### 10

#### El retorno de Alfonso

Alfonso tenía prisa por entrar en Oviedo. Quería coronarse allí, y no en Cangas ni en Pravia. No nos extrañó, porque aquella había sido la ciudad de sus padres. Pero hasta Oviedo mediaba un largo camino y el rey sabía bien que cualquier cosa podía pasar. Nuestra mesnada era corta: los ocho hombres de Gadaxara, los ocho vascones y el propio rey. No se podía dejar de lado la eventualidad de que fuerzas hostiles nos atacaran. Por sugerencia de Gadaxara, Alfonso cabalgaba mezclado con la hueste, sin ningún signo externo de su condición. Diecisiete jinetes lanzados al galope por el reino ya llamaban suficientemente la atención de por sí como para que, además, Alfonso sirviera de reclamo suplementario. Si por mi jefe hubiera sido, habríamos cabalgado en grupos más pequeños y de absoluto incógnito hasta las mismas puertas de Oviedo. Pero Alfonso tenía otra cosa en la cabeza: quería entrar en la ciudad como rey al frente de una hueste respetable; más aún, quería anunciarse rey en todas las plazas importantes que encontráramos a nuestro paso y recoger a cuantos caballeros quisieran seguirnos. Y eso fue lo que se hizo.

Mientras tanto, un jinete había partido a toda velocidad hacia Liébana, al monasterio de San Martín de Turieno, para reclamar la presencia en Oviedo de los venerables monjes Beato y Eterio. Y al mismo tiempo, de la tierra de Ayala partía la comitiva de los amigos vascones del rey: el presbítero Juan y algunos nobles de la región. Entre estos, un muchacho llamado Zaldún que asistiría a la coronación representando a su tribu y, por supuesto, la dulce Argilo, la prima del rey, de la que yo sospechaba que algún amorío tendría con Alfonso. Todos: hueste, monjes y vascones, debíamos converger en Oviedo al principio de la segunda semana de septiembre. Y entonces llegaría el gran día del segundo rey Alfonso, el hijo de Fruela y Munia, el nieto del primer Alfonso, el bisnieto de don Pelayo. La sangre de Covadonga volvía al trono.

El viaje fue una frenética cabalgada. Llegamos a Laredo. Allí Alfonso penetró en el modesto castillo, requirió la obediencia del conde local y ordenó que cinco caballeros de la plaza se sumaran a nuestra columna. Lo mismo hizo en Somorrostro, en Santillana y en Evencia. Cuando entrábamos en cada uno de estos sitios, el rey mandaba enarbolar un estandarte blanco con una cruz bordada en rojo, coronaba su cabeza con un lujoso yelmo y esgrimía su espada

apuntando al cielo. Dos o tres hombres iban por delante a guisa de heraldos gritando: «¡El rey! ¡Aclamad al rey Alfonso! ¡Paso al rey!», y las gentes se apiñaban para vernos pasar y prorrumpían en grandes vítores. No todos los recibimientos fueron igual de obsequiosos: el conde que regía la plaza de Santillana, por ejemplo, acogió al monarca con un semblante extremadamente pálido y hosco, como si viera su propia vida en peligro. Pero Alfonso se sobreponía a todo y, confortado por el calor de su pueblo, seguía impertérrito su camino al frente de una hueste cada vez más numerosa.

Apenas oí hablar al rey en el viaje, salvo para impartir escuetas órdenes. Pero Alfonso requería con frecuencia, cuando los caballos se ponían al paso, la compañía de Gadaxara, y el rey incitaba a mi jefe a contarle mil detalles sobre la situación interior del reino. Recuerdo especialmente una conversación en la que Gadaxara habló con insólita franqueza. Y esto fue lo que dijo el fiel guerrero:

—Es preciso volver a empezar desde el principio, mi señor. Desde Covadonga. Algo se torció tras la muerte de vuestro abuelo, el primer Alfonso. Los problemas que se encontró vuestro padre Fruela no han hecho sino multiplicarse. Vos sabéis, mi señor, que muchos magnates quieren doblar la espalda ante Córdoba. Tanto en Galicia como en oriente, e incluso en las propias tierras de Cangas y de Pravia. Eso quizá salve la posición de esos nobles señores, pero significará la ruina de Asturias. Sobre todo, significará una oprobiosa sumisión para el pueblo, que en la cruz ha encontrado la imagen de su libertad. Yo he visto a mis guerreros combatir contra el moro, contra un enemigo cinco y seis veces superior en número, y pelear hasta el último hombre. Pero he visto también a los señores de la mesnada poner pies en polvorosa o mandar subrepticamente mensajes a los generales mahometanos, buscando un acuerdo ventajoso. He vivido esta vergüenza con Silo e igualmente con Mauregato. No juzgo a sus personas, pero sí puedo decir, con el derecho que me da mi sangre, que mil veces han estado en el límite mismo de la traición. Bermudo, vuestro predecesor, es un hombre de otra pasta: es un buen hombre. Pero, por desgracia, no ha tenido ni energía para imponerse a los magnates del reino ni clarividencia como jefe militar. Ahora venís vos y yo os aseguro que somos miles los guerreros del reino dispuestos a dar la vida por vuestra corona. Y también habéis comprobado cómo os recibe en todas partes el pueblo: como a un libertador. Me he jugado muchas veces la vida como para temer perderla por decir la verdad. Y ahora, puesto que me pedís mi parecer, os lo daré: no podéis defraudar esas esperanzas. Vos ya fuisteis rey una vez y os arrebataron traicioneramente la corona. Ahora que la recuperáis, no la veáis simplemente como una corona, sino como lo que es: la copa donde se ha depositado el destino de todo nuestro pueblo, desde la gloria de vuestro bisabuelo Pelayo hasta el sudor del último labrador en la frontera. Os lo pido yo, que daré la vida por vos.

No sé si Alfonso contestó algo a este parlamento de Gadaxara; no lo escuché. Solo vi que el rey mantuvo la vista fija en el horizonte, prestando suma atención, pero sin mover un músculo ni antes ni después.

\*\*\*

Cuando la hueste llegó a la tierra de Aguilar, a un paso de Cangas, ya éramos un centenar de hombres los que acompañábamos al rey. Alfonso quiso ponerse en cabeza. Gadaxara no se atrevió a impedirselo, pero se situó a su lado, un paso por detrás, lo suficientemente cerca como para intervenir en caso de necesidad: estábamos entrando en territorio enemigo, aunque las aclamaciones del pueblo, oportunamente informado por los heraldos del rey, mostraban que la gente del país jamás levantaría la mano contra el bisnieto de Pelayo.

Apenas habíamos cabalgado media jornada cuando, no lejos de Pravia, los heraldos que llevábamos por delante regresaron a galope tendido hasta el grueso de la hueste.

—¡Hombres armados! ¡Hay una hueste de hombres armados en la calzada! ¡A las armas! —gritaron los heraldos.

Todos empuñamos nuestras lanzas, espadas y azagayas dispuestos a hacer frente a la amenaza. Gadaxara mandó hacer alto a la columna y alineó a los hombres. Se dirigió a Alfonso:

—Señor, pasad al centro de la columna, os lo ruego.

Pero Alfonso había pensado otra cosa.

—No, mi leal amigo. ¿Qué clase de rey sería yo si tuviera miedo de las gentes de mi reino? No, aprestad las armas y formad las líneas, pero yo iré en cabeza. Quienquiera que haya salido a nuestro encuentro, debe ver con toda nitidez quién es el rey. Y si hay que pelear, yo seré el primero en blandir la espada.

El rey se colocó su lujoso yelmo, ordenó enarbolar el estandarte y pasó al frente de la columna. No habríamos cubierto media legua cuando dimos con la mesnada hostil. A buen paso, sin alterar las filas, nuestra columna se dirigió de frente hacia ella. Los jinetes contrarios habían formado un cordón que cerraba la calzada. Nuestros heraldos se adelantaron al consabido grito de «¡El rey! ¡Dejad paso al rey!». Y en ese momento salió de entre aquella hueste un tipo cuya presencia me heló la sangre en las venas.

Era, indudablemente, él: la misma túnica de color verde oscuro bordada en oro, la misma diadema ricamente enjaezada sobre los cabellos rojos, la misma barba corta, la misma espada al cinto... Era el magnate que, oculto tras una cortina, había abordado a Beato de Liébana cuando nuestra visita a Mauregato en Pravia. Era el mismo que había exigido a mi maestro cesar en la disputa con el hereje Elipando. Era, en fin, un enemigo de Alfonso, mi rey. El hombre de la túnica verde se acercó lentamente hacia nosotros. El rey ordenó el alto.

—Os saludo, señor Alfonso —dijo el hombre con una breve reverencia—. Bienvenido a estas tierras que os esperan.

—¿Y quién es el que tan amablemente me saluda? —se limitó a contestar Alfonso, inmóvil como una estatua.

—Mi nombre es Nepociano —contestó el hombre de la túnica verde— y mi sangre es dueña de estas tierras desde antes de que Dios fuera Dios.

Alfonso se acercó lentamente a Nepociano. Una intensa alarma se disparó en mi pecho. Yo conocía a ese hombre y sabía que odiaba a Alfonso y a todo lo que el nuevo rey representaba. Gadaxara también se inquietó. Noté cómo discretamente empezó a balancear su lanza. Quedaron los dos hombres solos, frente a frente. No sé cuánto tiempo estuvieron así, pero a mí me pareció una eternidad. Hasta que Alfonso elevó lentamente su brazo izquierdo y tendió hacia Nepociano el dorso de la mano, con su gruesa sortija bien visible sobre el dedo anular. Nepociano compuso un gesto de sorpresa, apenas unos segundos. Luego se inclinó y, sin descender de su caballo, besó la mano del rey. Los hombres de nuestra mesnada rompieron a vitorear a Alfonso. El rey exclamó bien alto, para que todos lo oyeran:

—¡Gracias, señor Nepociano, por vuestro recibimiento! ¡Ahora acompañadnos con vuestra hueste a Oviedo! ¡Cabalgaréis con nosotros!

Alfonso picó a su caballo y reemprendió la marcha. Nosotros, detrás. Los hombres de Nepociano abrieron paso. El propio magnate y su mesnada se añadieron a la comitiva que rodeaba al rey. Yo seguía alarmado: Nepociano, el de la túnica verde, se había inclinado ante el rey, sí, pero yo conocía sus más íntimos pensamientos, pues se los había revelado a Beato de Liébana en mi presencia. No me atrevía a contárselo al rey, pero sí se lo expuse a Gadaxara:

—Mi señor... Perdón... Debo hablaros.

—¿Qué quieres, chico?

—Ese hombre, Nepociano...

—¿Qué hay?

—Le conozco.

—Sí, y yo soy primo del emperador de Bizancio —contestó Gadaxara con una carcajada.

—No os engaño, mi señor. Conocí a Nepociano en Pravia, en la corte de Mauregato, un día que acompañé a Beato de Liébana.

El rostro de mi señor cambió de expresión.

—Habla.

—Es uno de los magnates que quieren pactar con Córdoba. Recriminó fuertemente a Beato por su querrela con Elipando, el obispo hereje de Toledo. Nepociano no es de fiar.

Gadaxara reflexionó unos instantes. «Entendido. Gracias», murmuró. Y cabalgó hasta situarse nuevamente junto al rey.

\*\*\*

Al fin la colina sobre la que se asienta Oviedo apareció ante nuestros ojos. La Oviedo de entonces no era la que llegaría a ser años más tarde, bajo el impulso del rey Alfonso. En aquel momento, el día de nuestra entrada, allí solo había un tosco caserón elevado a modo de fortaleza, con empalizadas de madera y pequeños muretes de piedra, y a su alrededor un círculo de casas más modestas donde habitaba gente de todo tipo. Cerraban el conjunto un par de pequeñas iglesias: la vieja de San Salvador y el monasterio de San Vicente, fundado años atrás por los venerables Máximo y Fromestano. Todos estos edificios se apiñaban en lo alto de la breve colina. A sus pies, una rústica barrera de fosos y dientes de dragón otorgaba cierta protección a la villa. Y frente a esta colina, el monte Naranco observaba silencioso desde sus laderas boscosas, enseñando al cielo sus ruinas del tiempo de los romanos con la obscena indiferencia de un cadáver que exhibe su blanca osamenta.

Los venerables Máximo y Fromestano habían trabajado mucho, sacando provecho de la cercana calzada que conducía hacia el sur, a las montañas y a la ahora desierta León, pero la ciudad distaba de ser la más brillante del reino. Me intrigó que Alfonso quisiera coronarse precisamente aquí, y no en Pravia, Cangas o San Martín, que eran localidades con sello regio. Pero decían las



gentes que Oviedo había sido elevada por Fruela, el padre de Alfonso, para complacer a su esposa doña Munia, la madre del rey. Aquí transcurrió la primera infancia de nuestro monarca. ¿Era ese detalle sentimental el que ahora nos llevaba hasta la pequeña y menesterosa Oviedo? Tal vez. Pero coronarse en Oviedo significaba también reanudar el linaje interrumpido con el asesinato de Fruela. Y desde un punto de vista más práctico, poner allí la sede regia significaba incorporar al patrimonio del rey una buena porción de tierras de cultivo y controlar una crucial vía de comunicación con los valles del Narcea, el Caudal y el Nalón: el corazón del reino.

Poco antes de entrar en la ciudad, apenas divisada la colina, Nepociano y sus hombres abandonaron la comitiva. Lo hicieron con muchas reverencias y abundancia de gestos sumisos que Alfonso respondió con cortesía, pero sin calidez. Sin duda el rey ya sabía con quién estaba tratando. El lugar de la hueste de Nepociano fue ocupado por otros caballeros, seguramente también magnates de la corte. Yo no conocía a ninguno de ellos. También acudieron numerosos guerreros que comparecían en pequeños grupos, levantando al aire sus lanzas y espadas, exclamando «Viva el rey». Para todos tuvo Alfonso un saludo. Más temprano que tarde se veía la sinceridad de todas estas fidelidades.

En la entrada de Oviedo nos recibió Fromestano, el abad de San Vicente, acompañado de algunos de sus hermanos. Su tío Máximo había muerto muchos años atrás. Fromestano era ahora un anciano de largas barbas y aspecto desaliñado, ojillos sonrientes y manos huesudas bajo la característica túnica de los hijos de San Benito. Algo se removió en mi interior cuando vi a aquellos monjes: no hacía muchos meses yo había vestido esos mismos hábitos, pero ahora me parecía como si aquello hubiera ocurrido en una vida anterior.

A los lados del camino, como en todas partes, los labriegos y los mercaderes se apiñaban para recibir al rey. Alfonso ofrecía una imagen soberbia: joven y fuerte en su caballo, el hermoso yelmo en la augusta cabeza, la espada izada con mano vigorosa... A su lado, flanqueando al rey, marchaban Gadaxara y el joven Teudano, que después de nuestra larga cabalgada desde tierras alavesas se habían convertido ya en los primeros *fideles regis* de este nuevo rey. Tras ellos cabalgábamos los demás de la hueste, vascones y cántabros mezclados ya con los astures, y cerraban la columna las distintas mesnadas recogidas a lo largo de la ruta. No exagero si digo que seríamos medio millar los que entramos en Oviedo en aquella memorable jornada.

El abad Fromestano saludó a Alfonso como quien recibe a un viejo amigo. Seguramente se habían conocido en la niñez del rey. Este hizo algo sorprendente: se apeó de su caballo y besó la mano del abad, el cual, por su

parte, besó a su vez la mano de Alfonso. El gentío recibió el gesto con grandes aclamaciones. Se diría que en ese momento quedaron despejadas todas las nubes que pesaban sobre el cielo del reino.

Fromestano asió las riendas del caballo del rey y él mismo nos condujo hasta la puerta del rudimentario palacio. Allí descabalgamos todos, pero fue para acudir en apretada hilera a la iglesia de San Vicente, donde la comunidad del cenobio aguardaba para entonar el *Te Deum laudamus*. Aquel himno viril al Señor de los Ejércitos incluía unas preces que en aquel momento, con las tierras del reino recién devastadas por la morisma, alcanzaban un sentido supremo: «Salva a tu pueblo, Señor, y bendice tu heredad. Sé su pastor y ensálzalo eternamente».

Cuando concluyó la ceremonia, la mayor parte de la hueste se disgregó por los alrededores. Cada mesnada esperaba la llegada de su señor, fijada para la fecha de la coronación. Los ocho hombres de Gadaxara y los ocho vascones fuimos acomodados, por así decirlo, en el interior de la empalizada que circundaba el palacio. Gadaxara y Teudano escoltaron a Alfonso hasta el caserón. Una nutrida cofradía de patricios, magnates, abades y obispos aguardaba para presentar sus respetos al nuevo rey de Asturias.

Fue aquella una noche jovial de canciones bajo la clara luna del verano. Comimos y bebimos todo lo que no habíamos comido ni bebido en las agotadoras jornadas de marcha hasta Oviedo. Terminamos durmiendo al raso, sobre las albardas de nuestros caballos. Yo tuve un doloroso recuerdo para Deva. Y una compungida oración.

\*\*\*

Pasaron dos días y llegó el cortejo de los parientes vascones del rey: la dulce Argilo, el monje Juan y los jefes tribales con el pequeño Zaldún. Argilo, la prima del rey, era una mujer que desplegaba ternura allá donde ponía los ojos; si alguien ha nacido para ser madre desde el principio de los tiempos, esa era Argilo. A pesar de su juventud —debía de tener más o menos mi edad—, se movía con un señorío proverbial; pero lo que transmitía en su gesto y en su estilo no era un ademán imperativo, sino una suerte de solicitud universal por todas las gentes y por todas las cosas. Era hermosa Argilo: sus cabellos rojizos, bellamente trenzados sobre la cabeza, componían algo semejante a una corona natural, y sus ojos del color de las castañas derramaban dulzura. Dichoso sería el hombre que descansara en su seno.

Yo estaba seguro de que Argilo era la prometida del rey, pero uno de los compañeros vascones me sacó del error: Alfonso había hecho voto de castidad

perpetua para consagrar su vida al triunfo de la cruz. ¡Voto de castidad! Aquella confianza me turbó sobremanera. No porque, deshecho el malentendido, viera a mi alcance a la dama —Argilo era simplemente inalcanzable—, sino porque me abrió un horizonte nuevo sobre la figura de mi rey. Sin ser monje, sin haber contraído votos monásticos, aquel hombre joven, fuerte, arrogante y poderoso había renunciado a los placeres de la carne y a la ternura del amor de una mujer. Nada le obligaba a ello. Incluso se exponía a que su castidad fuera mal vista, pues un rey debe asegurar su sucesión y la continuidad del linaje. Pero Alfonso tenía una idea muy distinta de su papel en la vida, de la misión que la Providencia le había asignado. Y esa misión exigía —o así lo sentía él— aquella renuncia suprema. Con razón Gadaxara afirmaba tan seguro que ahora las cosas iban a cambiar: este rey estaba hecho de una pasta muy distinta a los que antes de él habían ocupado el trono.

Alfonso, por lo demás, seguía recibiendo sin cesar a los notables del reino. Nada trascendió de aquellas reuniones. Gadaxara y Teudano esperaban a los visitantes en la puerta del caserón; los llevaban a presencia del rey y aguardaban en la antecámara hasta que la reunión terminaba; después acompañaban al visitante a la salida. Y así uno detrás de otro, en un agotador rosario de personajes que parecía no tener final. Sin duda Alfonso supo sacar las mayores enseñanzas de cuanto en estas jornadas le dijeron. El 12 de septiembre, a dos días de la ceremonia, ya no quedaba nadie por presentar sus respetos al rey. Pero en Oviedo faltaba alguien, un personaje fundamental en lo que enseguida iba a ocurrir. Faltaba Beato de Liébana. Y al fin Beato entró en Oviedo.

\*\*\*

Cuando vi llegar a Beato no pude evitar que un nudo de emoción me trabara la garganta. Creo que solo en ese momento fui consciente de cuánto me había enseñado ese hombre en el poco tiempo que estuve junto a él. Me precipité corriendo hacia el carruaje y me incliné ante los dos monjes, Beato de Liébana y Eterio de Osma, que trabajosamente descendían de su interior. Pedí la bendición de ambos. Y ambos iban a dispensármela de manera rutinaria cuando Beato reparó en mi rostro. Con su habitual fruncimiento de labios, exclamó:

—¡Por todos los santos! ¡Zonio! ¡Zonio de Mena! ¡Alabado sea el Señor! ¿De manera que al fin me obedeciste y marchaste al campamento? ¡Creí que no tendrías coraje y que volverías a tu casa con el rabo entre las piernas, perillán!

Besé la mano de Beato, primero, y la de Eterio después. Beato seguía hablando, excitado:

—¿No le recuerdas, hermano Eterio? ¡Es el aprendiz! ¡El que copió el epistolario de Braulio de Zaragoza! ¡El que salió expulsado por aquella pelea con ese otro mozo...!

—Ah, vaya... —observó Eterio, circunspecto—. De manera que finalmente ha encontrado un sitio en este mundo... ¿Te has hecho soldado, muchacho?

—Padre Eterio, maestro Beato —contesté torpemente—. No puedo expresar el dolor que sentí por haberos fallado...

—No nos fallaste a nosotros —respondió Beato—, sino a Dios, pero ya pediste perdón por eso.

—Pero no os pedí perdón a vosotros —reconocí, sinceramente contrito—, y ahora lo hago. Aceptad mis disculpas por aquel comportamiento.

—Nuestro perdón lo tienes desde el mismo instante en que confesaste y te pusiste a bien con Dios. Solo Él, en su infinita sabiduría, conoce cuál es tu camino y por qué suceden las cosas. Pero mírale, hermano Eterio —dijo a su compañero—, tiene buen aspecto a pesar de todo.

—Padre Beato —susurré—, en este tiempo me han ocurrido cosas horribles que han puesto a prueba mi fe. ¿Tendrás la misericordia de escucharme?

—¿Quieres confesar ahora? —exclamó Beato.

—Si no te importuna...

Beato manifestó cierto embarazo:

—Verás, Zonio, ahora me espera el rey Alfonso. Hemos de hablar sobre ciertos aspectos importantes de la liturgia de la coronación. Conozco a Alfonso hace tiempo. A él y a su tía Adosinda, a la que yo mismo enseñé a leer. No puedo hacerle esperar. Pero, si de confesar se trata, el padre Eterio puede absolverte con más autoridad que yo.

Beato se perdió, frunciendo los labios, en el interior del tosco caserón que servía de palacio. Yo quedé con Eterio, fuera, arrodillado en un rincón, lejos de las miradas ajenas. Le conté todo. Mi amor por Deva, la pelea con Braulio, la hostilidad de Asur, la tragedia de Campoo... Él no podrá revelar mis secretos, pero yo sí revelaré que Eterio, al conocer de mi boca el rapto de Deva, lloró.

## Óleo santo sobre la cabeza del rey

El 14 de septiembre fue el gran día. El abad Fromestano lo había preparado todo. Una enorme multitud se congregó en la iglesia del cenobio de San Vicente. Alfonso había querido que la ceremonia de su coronación se celebrara en recinto sagrado. Y aún había dispuesto otras cosas que pintarían el asombro en los rostros de todos los presentes.

Pocas veces he estado más satisfecho de mí mismo que en aquella ocasión. Los de la hueste del rey habíamos formado un gran rectángulo en la explanada del palacio. Allí aguardábamos, a pie, la aparición de Alfonso. En primera fila estábamos nosotros, los guerreros que habíamos acompañado al rey en su viaje. Yo había bruñido mi cota de malla, limpiado mi escudo, recosido mi casco, incluso di lustre a la azagaya que esgrimía en mi mano y a la cimitarra que colgaba de mi cinto. Alguien, no recuerdo quién, me prestó una capa de color rojo. Rojas eran igualmente las capas de mis compañeros. Detrás de nosotros, un centenar de guerreros de Asturias aguardaba igualmente la llegada de Alfonso. Si Dios era el Señor de los Ejércitos, esta era sin lugar a dudas su mesnada.

La puerta del palacio se abrió. Primero aparecieron Teudano y Gadaxara, ambos soberbiamente engalanados. Uno y otro lucían sobre sus capas rojas sendas pieles de lobo, las garras del animal cayendo sobre el pecho. Cada cual enarbolaba un alto estandarte blanco con la roja cruz bordada sobre la tela. Gadaxara y Teudano abrieron completamente el portalón y se situaron, rígidos, en los flancos. Entonces apareció el cortejo de los clérigos. En primer lugar, el abad Fromestano tocado con una mitra. Tras él, un presbítero portaba el incensario. Los vapores del sahumerio abrían paso a los monjes de San Vicente, encabezados por Beato de Liébana y Eterio de Osma. Con ellos, Juan, el presbítero de Ayala. Sus voces entonaban un himno que había compuesto el propio Beato. Era el *O Dei verbum* dedicado al apóstol Santiago:

Oh, apóstol dignísimo y santísimo, cabeza refulgente y dorada de España, defensor poderoso y patrono nuestro. Asiste piadoso a la grey que te ha sido encomendada; sé dulce pastor para el rey, para el clero y para el pueblo; aleja la peste, cura la enfermedad, las llagas y el pecado a fin de que, por ti ayudados, nos libremos del infierno y lleguemos al goce de la gloria en el reino de los cielos.

Cuando la comitiva de los clérigos hubo salido completamente del palacio, el aire se rasgó en una grave vibración de trompas y cuernos. Era el anuncio de la llegada del rey. Alfonso asomó a la puerta, majestuoso, hierático, solemne, pero vestido con impresionante humildad: una simple túnica blanca sobre el cuerpo; la cabeza desnuda, sin otro adorno que sus propios cabellos. Con asombro comprobé que iba descalzo. La hueste rugió en una prolongada exclamación de victoria. Las campanas de San Vicente y San Salvador rompieron a tañer. Los gritos de los guerreros, el bufido de cuernos y trompas, las campanas enloquecidas y las voces de los monjes, todo mezclado, me envolvió en una atmósfera de pura euforia.

La comitiva de los monjes enfiló hacia la iglesia de San Vicente. Detrás de ellos caminaba el rey, flanqueado ahora por Gadaxara y Teudano con sus estandartes. A una discreta señal de nuestro jefe, los de la hueste pasamos a cubrirles las espaldas, como los antiguos gardingos visigodos, mientras el resto de los guerreros cerraba el cortejo. Los monjes seguían elevando al cielo sus plegarias, que llegaban a lo alto envueltas en el ronco fragor de las trompas y en el repiqueteo incesante de las campanas. A los lados del camino, una ingente muchedumbre de paisanos miraba maravillada, arrojando flores o postrándose de rodillas al paso del rey.

El cortejo penetró en la iglesia de San Vicente. Se diría que todo el reino estaba allí dentro: centenares de personas se agolpaban en la austera nave, todos ellos de alta alcurnia a juzgar por sus ricas vestimentas. En contraste con el lujo de los notables, el humilde atavío del rey parecía sobrenatural. La multitud dejó un estrecho pasillo. Por él cruzaron los monjes, que ganaron el coro, y el rey, que se detuvo ante el altar junto a Fromestano, Beato y Eterio. Nosotros, los de la hueste, nos situamos en ambos lados del transepto, allá donde la planta de la iglesia dibujaba la forma de la cruz, allá donde los crueles clavos hebreos perforaron las manos de Nuestro Señor.

Desde mi posición pude observar a la concurrencia. Por su traza, todos eran inequívocamente nobles. Los magnates del reino y sus familias, que en las jornadas anteriores habían acudido a saludar al rey, estaban ahora allí, en San Vicente, en el momento supremo de la coronación. Vi, por supuesto, a Nepociano con su túnica de verde oscuro bordada en oro, situado en lugar preferente. Vi a otros muchos caballeros y también a las hermosas damas del reino. Y vi... ¡a Creusa, la hija de Mauregato, mirándolo todo con sus ojos de azul violáceo!

Allí estaban, sí, Creusa madre y Creusa hija, ambas con los mismos ojos, los ojos hechiceros de la bruja del bosque. La madre me pareció sensiblemente desmejorada desde aquel día, para mí ya tan lejano, en que la conocí en la

antecámara del moribundo rey Mauregato. La hija, por el contrario, estaba resplandeciente. La muchacha había cambiado muy palpablemente en este tiempo. En su cuerpo aparecía ahora la mujer: los senos se adivinaban con claridad bajo la rica túnica; las graciosas curvas de las caderas, ceñidas por un ancho cinturón, hablaban el lenguaje del amor. Lo que no había cambiado eran sus ojos. ¿Bruja o hada? La joven Creusa asistía a la ceremonia con semblante fascinado, bebiéndolo todo con avidez. Yo no podía apartar los ojos de ella. Ella me miró. Y sonrió.

Beato, Fromestano y Eterio subieron al altar. Alfonso se arrodilló ante los tres clérigos. El rostro del rey expresaba una profunda concentración. Un sacerdote se aproximó y depositó en el ara diversos objetos: unas vestiduras de color púrpura, un cilindro metálico, joyas, una larga cruz, unos ricos zapatos ornados de gemas... También unas cajitas de oro y plata. Otros dos monjes acercaron después una hermosa silla ricamente trabajada que colocaron al pie del altar. Aún otro clérigo esparció sobre la cabeza de Alfonso hojas y flores de hinojo. Un intenso silencio se adueñó de la iglesia entera.

Beato sostuvo en sus manos el acetre del agua bendita y lo ofreció a Fromestano. Este sacó el hisopo del recipiente y asperjó a los fieles en todas direcciones. Después volvió la espalda a la asamblea y musitó algunas oraciones frente a la cruz. Una vez hubo concluido Fromestano, Beato tomó las cajas de oro y plata y las abrió. El abad de San Vicente comprobó su contenido. Los tres sacerdotes rodearon entonces al rey, que permanecía de rodillas. Fromestano habló:

—Queden ungidas estas manos con el óleo santo con el que fueron ungidos los reyes y los profetas, como ungió Samuel a David al consagrarlo rey, al fin de que tú seas bendito y constituido rey en este reino sobre este pueblo que te dio tu Señor Dios para regirle y gobernarle, lo que Él mismo se dignó concederte. Y como Saúl y David fueron ungidos por Samuel, como Salomón fue ungido por el sumo sacerdote del templo, como Teodosio el Joven fue ungido por el patriarca Proclo, como lo fue Justino de Constantinopla. Como el rey Wamba fue ungido en Toledo, y como lo fueron todos sus sucesores. Así tú ahora, Alfonso, rey por la gracia de Dios, serás ungido con estos santos óleos, materia del carisma que del Señor recibes.

Fromestano fue derramando suavemente los óleos en la cabeza ornada de hinojos de Alfonso. Con su mano trazó una cruz sobre los cabellos del ungido. El rey, mientras tanto, desgranaba las palabras de un solemne juramento. Después Alfonso se puso en pie. Una gota de óleo santo escapó de los cabellos y resbaló por la mejilla hasta la barba. Esa gota relucía con destellos dorados bajo la luz del sol que entraba por los ventanales. La estampa tenía

algo de celestial. Llegó entonces el momento de cubrir al monarca con las vestiduras regias. Eterio depositó sobre los hombros del rey una túnica púrpura y la abrochó con una fíbula enjoyada. Beato le calzó los pies desnudos con aquellos hermosos zapatos ornados de gemas. Fromestano le ofreció un cilindro de áspero metal:

—La tierra de sepultura que guarda este objeto te recordará que el destino de todo hombre es morir y que solo Dios es omnipotente.

Alfonso acogió con una inclinación aquel amargo regalo, memoria de la finitud humana. Después el abad de San Vicente izó la larga cruz de madera depositada ante el altar. Era la enseña del rey cristiano. Se la entregó solemnemente al rey. Alfonso respondió:

—*Hoc signo tuetur pius. Hoc signo vincitur inimicus.* Con esta señal se defiende el piadoso. Con esta señal se vence al enemigo.

Luego los tres clérigos acompañaron a Alfonso al lujoso escaño situado bajo el altar. Le invitaron a sentarse. Alfonso, en una mano la cruz y en la otra la tierra de sepultura, se acomodó en el trono. Dos ayudantes aparecieron entonces con una hermosa corona: un yelmo enriquecido con una diadema de oro en torno a la frente. Fromestano y Beato depositaron lentamente la corona sobre la cabeza de Alfonso. Los monjes entonaron un cántico jubiloso. Las campanas de la iglesia comenzaron a repicar. Alfonso era rey.

\*\*\*

El ritual de la coronación de Alfonso iba a causar un enorme impacto en todo el reino. Alfonso no se había coronado, pues ya fue coronado una vez. No, Alfonso se había ungido, y eso representaba un cambio fundamental. Desde los lejanos tiempos de la monarquía goda de Toledo, ningún rey español había resucitado aquel rito que ponía al monarca en relación directa con la voluntad divina. El ritual de la unción significaba que Alfonso no se veía a sí mismo como el rey de un oscuro territorio en un pequeño rincón de la vieja Hispania, sino como el heredero directo de la corona toledana. El alma de la España cristiana ya no estaba en la Toledo sometida al moro, sino en esta Oviedo orgullosa y libre entre sus montañas. Sin duda era eso lo que Beato y Alfonso habían hablado tan largamente durante su encuentro. Y era una revolución.

Cuando concluyó la ceremonia, Teudano y Gadaxara volvieron a situarse cada uno a un lado del rey. Fromestano, Beato y Eterio tomaron el camino de salida seguidos por el cortejo de los clérigos. Nosotros, los de la hueste, recuperamos nuestra posición de partida. Al cántico de los monjes y al tañido de las campanas se sumó el grito de miles de voces que aclamaban al nuevo



monarca. No todos, empero, aplaudían: Nepociano callaba con serio semblante; la vieja Creusa mantenía asimismo una crispada inmovilidad. Ellos dos, sin duda como otros muchos, sabían que el nuevo horizonte dibujado por Alfonso les dejaba al margen del gran juego. La sagrada unción dotaba al rey de un poder nuevo y de una legitimidad superior, muy por encima de la de sus predecesores. El mundo de Nepociano y Creusa había terminado.

Recorrimos una vez más el camino que llevaba de San Vicente al palacio. El pueblo, que aguardaba en el exterior de la iglesia, estalló en un bramido de entusiasmo cuando vio salir a Alfonso revestido con el manto púrpura y la corona, en la mano la larga cruz a modo de cetro. Delante, entre los vapores del sahumerio, Fromestano, Beato y Eterio impartían bendiciones a los labriegos. El rey, por su parte, saludaba con enérgicos movimientos de la mano; más que saludar, parecía dirigir a los hombres hacia la batalla. Aquí y allá hubo gente que se tiró al suelo para besar los pies del monarca. A nosotros nos tocó la incómoda tarea de apartarlos para que la comitiva pudiera seguir camino.

Una vez en palacio, el rey entró en sus aposentos con Teudano, Gadaxara, Fromestano, Eterio y Beato, y los de la hueste permanecimos fuera, guardando las puertas. Por orden de Alfonso se permitió entrar al gentío en la explanada. Se había anunciado que el rey dirigiría unas palabras a su pueblo. Y ahora todos estaban allí, juntos los nobles y los aldeanos, los guerreros y los clérigos, en una inesperada fraternidad. Los magnates trataban de encontrar el mejor hueco asistidos por los guerreros de sus respectivas mesnadas. Yo mismo me ocupé de situar en buen lugar a la dulce Argilo y sus parientes vascones. Lo mismo hice con otras gentes principales que me lo requirieron. Aturdido por el tumulto, llegó un momento en el que ya no era capaz de distinguir quién me pedía qué. Y en eso oí una voz que me resultó estremecedoramente familiar:

—¡Soldado! ¡Soldado!

Me giré y, azorado, descubrí los ojos de la pequeña Creusa. Con ella estaban la Creusa vieja y... ¡Nepociano!

—¡Soldado! ¡Búscanos un sitio para ver al rey! ¡Aquí hay demasiada gente!

Obedecí. Aparté a unos menestrales y situé a los nobles en un lugar adecuado a su rango. Noté que la joven Creusa me miraba con insistencia.

—¿Yo a ti te conozco? —preguntó, desenvuelta.

Yo me sonrojé.

—No creo, mi señora —respondí, bajando la mirada.

En ese momento la muchedumbre rugió con estruendo. El rey se asomaba a la ventana. Yo intenté correr a mi puesto junto a la puerta, pero la muchedumbre estaba tan apiñada que me fue imposible. De manera que permanecí allí, con aquellos magnates, sirviendo de inesperada escolta a las dos Creusas y a Nepociano. En la balconada aparecieron, detrás de Alfonso, los tres clérigos. Y el rey habló:

—Os saluda vuestro rey Alfonso. En el día de hoy, 14 de septiembre del año de Nuestro Señor de 791, año 829 de la era hispánica, me habéis ungido como rey. Estos santos óleos que habéis derramado sobre mi cabeza son el símbolo de mi sagrada misión. Os anuncio que desde hoy mi corte quedará instalada aquí, en Oviedo. Y os anuncio algo más. Ante Dios empeño mi palabra de que ofreceré mi brazo, mi pensamiento, mi vida entera y mi alma en la defensa de la cruz y en la recuperación de España. El pueblo al que desde hoy volveré a servir por la voluntad de Dios tiene una misión: que la cruz vuelva a reinar en este reino. La corona que desde hoy ciño en Oviedo es la misma que en Toledo ciñó Recaredo. Al igual que el mundo sufrirá bajo el Apocalipsis, así sufre hoy la España cristiana bajo la férula de Mahoma. La tierra que evangelizó Santiago está hoy esclavizada. Pero el Señor revela a las naciones su salvación. La salvación de nuestro reino vendrá cuando se restaure la cruz sobre todas las tierras cristianas. A eso consagraré mi vida. Con vuestro respaldo y con la ayuda de Dios.

«El Señor revela a las naciones su salvación». Era el salmo del viejo monje de Laredo. Ahora aquellas palabras cobraban un sentido definitivo. Una vez más, muchos aplaudieron. Pero Nepociano, la vieja Creusa y otros como ellos recibieron el parlamento de Alfonso con una hostilidad manifiesta. «Nos va a llevar a la ruina», musitó Nepociano. La reacción iracunda del magnate me habría movido a actuar de no ser porque, en aquel instante, Creusa joven exclamó:

—¡Ya sé quién eres! ¡Tú eres el pequeño monje que acompañaba a Beato!  
¡Te has hecho soldado!

Yo me ruboricé. Iba a sonreír, pero en ese momento las miradas de la Creusa vieja y de Nepociano se clavaron en mi rostro como agujas de coser cuero. Solo se me ocurrió sacar pecho, echar mano de gallardía y proclamar:

—Ese soy, mi señora: Zonio de Mena. A vuestro servicio.

La joven Creusa me obsequió con una sonrisa prometedora. Y me marché de allí.

\*\*\*

Los festejos por la coronación de Alfonso se prolongaron durante toda la jornada. El rey dio orden de poner a disposición del gentío los presentes que unos y otros habían aportado como regalo de bienvenida. Unos criados sacaron del palacio gran cantidad de viandas. Los labriegos del lugar aprovecharon la circunstancia para vender a los magnates el fruto de la tierra. En pocas horas surgió un espontáneo mercado donde lo mismo se vendía sidra que se compraba tocino. La muchedumbre se desplegó en torno a la ciudad formando grupos más o menos homogéneos: allí se alzaban las tiendas de tal o cual magnate, allá los guerreros jugaban a los dados, acullá los menestrales se entregaban a sus danzas al son de la gaita... De repente me vino a la memoria la desdichada feria de los caballos de Campoo y una desolación sin límites inundó mi alma. Me acerqué a un lugar donde cierto tipo sucio y huesudo vendía vino. Apuré dos jarras.

Mareado, deambulé de un lado a otro de la campa. No era muy dueño de mí. Entré en un corro de campesinos donde dancé algunos torpes pasos con los menestrales. Después di con un grupo de guerreros, la mesnada de algún notable, y eché un par de manos a los dados; acabamos a voces y empujones. Traté de comer algo para sofocar el vino que alborotaba mi estómago. Medianamente repuesto, caminé hacia una fuente cercana para despejarme el rostro. Hundí la cabeza en la pileta. Permanecí así hasta que me faltó el aire.

Cuando saqué la cabeza no podía creer lo que estaba viendo. A mi lado, con su hechicera sonrisa en el rostro, estaba la joven Creusa. ¡Esos ojos! Cada vez que me asomaba a ellos sentía vértigo.

—¿Has bebido demasiado, soldado? —me preguntó.

—Tal vez —contesté—. Ha sido un día muy largo.

—Te quedan bien esas ropas —coqueteó ella—. Mejor que los hábitos. ¿Cómo ha sido esa transformación?

—Es una historia muy larga —atajé, irritado.

—Me encantan las historias largas —suspiró Creusa, seductora.

—Esta no te gustará —contesté yo, descortés. Y luego la interrogué a bocajarro—: ¿Qué hacéis aquí tu madre y tú? ¿Por qué habéis venido? ¿Y por qué con Nepociano?

—Huy, huy. Vaya, vaya —rió Creusa—. Sabes muchas cosas para ser un simple soldado. Pero sabrás también que Creusa, mi madre, es la viuda de Mauregato, que fue rey; que yo soy su hija. Y que Nepociano es un buen amigo de la familia, además de un hombre poderoso con el que conviene llevarse bien. Pero no hablemos de esas cosas. Son aburridas. Cuéntame alguna batalla. Si eres soldado, habrás peleado contra los moros, ¿no?

—He peleado, sí —galleé—. En Campoo gané una cimitarra. En el Burbia, un escudo. Pero no he ganado ninguna batalla. Las he perdido todas. Ni siquiera sé por qué estoy vivo.

—Estás vivo porque Dios ha querido. Y a lo mejor lo ha querido para que ahora estés aquí, conmigo, enfurruñado, haciéndote el hombre —se chanceó Creusa—. ¿O preferirías otra vida?

La muchacha se acercó. Llevó un dedo a mi rostro. Lo pasó suavemente por mi mejilla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó—. Una vez me lo dijiste, pero no me acuerdo.

—Zonio —contesté mecánicamente—. Zonio de Mena.

La cercanía de Creusa, el fulgor de sus ojos y la frescura de sus labios dispararon la temperatura en mi interior. Algo me abrasaba las entrañas. Sentí una súbita suciedad interior, como si algo en mi cabeza denunciara una traición. Era la huella lacerante de Deva, que no me abandonaba jamás y que en aquel instante volvía a hacerse presente para recordarme la vigencia de una deuda. No tendría paz hasta saber qué había sido de ella. Tenía que encontrar a Deva. Huí de Creusa y sus hechizos dejándola plantada allí, en la fuente. Me hundí en las luces de la tarde. Gané el rincón de la empalizada donde acampaba mi hueste. Me tiré en tierra. Borracho, sollocé hasta que el sueño me venció.

\*\*\*

Llegó el momento de las despedidas. Poco a poco las gentes fueron abandonando Oviedo. Argilo y sus vascones retornaron a la tierra de Ayala. Nepociano y las Creusas volvieron a Pravia. También los monjes de San Martín regresarían a Liébana. Pedí a Gadaxara que me permitiera escoltar a Beato y Eterio hasta las afueras. Me lo concedió. Me presenté ante mis maestros de San Martín de Turieno. Beato frunció los labios.

—Buen aspecto tienes, Zonio, a caballo y armado. Espero que no hayas olvidado lo que te enseñamos en San Martín. Esa cota de malla y esas armas...

—De nada sirven si no es para dar gloria a Dios —completé yo, sacando de mi pecho la tosca cruz de madera que Beato me hizo llegar el mismo día en que fui expulsado del convento.

—Exacto —añadió Beato con una sonrisa de satisfacción al ver mi cruz—. No lo olvides nunca, Zonio. Si Dios ha puesto las armas en tu mano, es para que ayudes a construir el camino que la Providencia ha marcado. Y si algún día vuelves con nosotros al cenobio que abandonaste... —aquí Beato se interrumpió.

—Maestro Beato, ¿puedo preguntaros algo? —cambié yo el paso.

—Pregunta.

—¿Por qué Santiago? Habéis cantado su himno en el cortejo y el rey se ha referido expresamente a él en su discurso. ¿Por qué Santiago?

—Porque es el apóstol que evangelizó España según la tradición. Porque el nombre de Santiago encarna la unidad religiosa de nuestro reino. Porque la mención de Santiago, por sí misma, evoca una sagrada misión. En Beda el Venerable leí que Santiago, tras haber evangelizado España, volvió a Judea, que allí fue martirizado y que, después, sus discípulos españoles trajeron de nuevo su cuerpo a España para darle sepultura. Santiago sigue con nosotros. Nadie sabe dónde, pero seguramente no lejos de aquí. Y aunque no sepamos dónde descansa su cadáver, sí sabemos que su espíritu permanece en la tierra que él cristianó. Y su sagrada memoria debe impulsar a los hombres que recuperen España para la cruz. Por eso Santiago. Y a ti te aconsejo que te encomiendes a él con frecuencia.

—¿Puedo preguntaros otra cosa? —abusé—. Es acerca de todo eso de reanudar el lazo con Toledo y con los reyes de la monarquía goda. ¿Sabe el rey que muchos magnates le odiarán por ello?

—Lo sabe. Y está preparado para afrontar la traición.

—Maestro, una última cosa. —Beato empezaba a incomodarse, pero a mí me ahogaba una creciente inquietud—. ¿Por qué no os quedáis aquí Eterio y tú, con el rey Alfonso, para aconsejarle en esta andadura?

Beato y Eterio sonrieron al unísono.

—Alfonso tiene su misión en Oviedo —contestó el de Liébana—, nosotros la tenemos en Toledo. Has de saber que el mismísimo Carlomagno e incluso su santidad el papa Adriano han tomado cartas en la querrela que nos

enfrenta al hereje Elipando. Y están de nuestra parte. Nuestra batalla se libra allí, no aquí. Y es una batalla crucial: la Iglesia de la España libre del moro no puede seguir sometida a la sede de Toledo; Oviedo reclamará su primacía. Por otro lado, nosotros ya somos ancianos y nos faltan las fuerzas. Al rey dedicaremos nuestras más fervientes oraciones. Nuestra misión aquí ha terminado. En cuanto a ti, Zonio, ya sabes dónde encontrarnos.

Me arrodillé para recibir la bendición de los monjes. Subieron a su carruaje. El conductor hizo restallar el látigo sobre las cabezas de las mulas. Partieron. Acompañé a mis maestros media legua. Lo último que vi de Beato y Eterio fueron sus manos regalándome la señal de la cruz.

## Espías en tierra de moros

Lo primero que hizo el rey Casto fue estudiar cómo proteger al reino de nuevas aceifas musulmanas. Pero el objetivo de Alfonso no era solo eludir el castigo sarraceno, sino que, con visión más larga, aspiraba a hacer las cosas de tal manera que Asturias pudiera devolver los golpes del moro. ¿Cómo obrar semejante milagro? Esa era la cuestión, y durante los primeros días de su reinado no dejaron de afluir consejeros a la sede del rey en Oviedo.

Nosotros, la hueste de la capa roja, habíamos quedado en palacio como guardia del rey. Eso me dio oportunidad de conocer los detalles de lo que el rey preparaba. Cierta día se me asignó la custodia de la cámara regia. Era una ocasión importante, porque el rey iba a despachar asuntos de extrema gravedad. Tal y como se me ordenó, me situé en la entrada de la cámara, al otro lado de un pesado cortinaje que ponía la sala a salvo de miradas impertinentes. Alfonso había reunido a sus colaboradores más íntimos. Allí estaban Gadaxara y Teudano. Estaba también el abad Fromestano y otro sacerdote llamado Adulfo. Completaban el grupo otras gentes de palacio, como Basiliscus, Froila y Gundemaro, a las que yo veía por primera vez.

—Las fuerzas del reino son escasas —dijo el rey—. En el Burbia hemos perdido demasiados hombres. No solo no podemos atacar; es que ni siquiera podemos defendernos con garantías. Nuestra frontera sigue muy expuesta. Ya sea por Galicia o ya por Álava, las huestes moras pueden atacar en cualquier momento. Y lo harán sin duda cada vez que tengan oportunidad, año tras año, hasta ahogarnos en nuestra impotencia. Eso significa dos cosas. Primero, que hemos de fortalecer nuestra frontera. Es preciso sembrar de castillos el oriente del reino y emplazar defensas en los caminos del oeste. Y en segundo lugar, que no podemos combatir solos. Se hace necesario sacar al reino de Oviedo de su aislamiento. Mientras sigamos solos, Córdoba podrá acercarse a cualquiera de los señores de nuestras tierras y ofrecerle un pacto ventajoso; otros imitarán la maniobra para buscar su seguridad y volveremos a la situación que ya hemos vivido antes. Con un par de cientos de jinetes bereberes, cualquier magnate estará en condiciones de desafiar al mismísimo rey. La unción que he recibido debería atajar cualquier traición, pero vosotros sabéis como yo que el efecto de este carisma durará poco en las almas torvas de los desleales. En su ánimo el oro sarraceno podrá más que los óleos santos. La única manera de evitar esto es que los traidores se lo piensen dos veces antes de levantar el puñal contra su rey. ¿Cómo conseguirlo? Haciéndoles ver que aquí no está solo el rey de Oviedo, que esa espalda que quieren apuñalar no es únicamente la de un

hombre llamado Alfonso, sino que es toda la cristiandad la que descansa en esta sede.

Uno de los presentes, el llamado Basiliscus, interrumpió:

—Con vuestro permiso, mi señor, ¿cómo pensáis hacer tal cosa? No hay aliados posibles a la vista. Pamplona es apenas una aldea. Entre nosotros y Córdoba no hay más que la tierra vacía de la gran meseta. ¿Con quién podríamos aliarnos?

El rey expuso su plan, que dibujó el asombro en los rostros:

—Con Carlomagno, el rey de los francos. Estoy seguro de que es ahí donde de verdad apunta el ambicioso emir Hisam de Córdoba. Para el moro, nosotros no somos más que un enojoso, pero pequeño obstáculo. Dejémosle que así lo crea. Hisam es ambicioso y sueña con la gloria, y para el moro no hay gloria mayor que derrotar al campeón de la cristiandad, es decir, a Carlomagno. Eso hace del rey de los francos nuestro aliado natural.

—Pero Carlomagno —interrumpió Fromestano— ya quiso intervenir una vez en España y salió escaldado. Acordaos de Roncesvalles. Dudo que esté interesado en una alianza que solo puede reportarle sinsabores. Y al revés, estará mucho más cómodo fortificando las montañas de los Pirineos, como dicen que está haciendo.

—Carlomagno no es ajeno a lo que ocurre en España —corrigió el rey—. Mirad con qué decisión ha intervenido en el conflicto de Beato con Elipando y Félix de Urgel. Y con Carlomagno se ha implicado también el papa Adriano. Es, en efecto, toda la cristiandad la que está en peligro. Es preciso hacer ver al rey de los francos que su corona se juega también en nuestras tierras. Y esa alianza nos fortalecerá más que ninguna otra cosa.

Un denso silencio se apoderó de la sala. Gadaxara lo rompió:

—Estamos a vuestras órdenes, mi señor. ¿Por dónde empezamos?

—De momento, es prioritario conocer los planes de Córdoba. Hemos de ganar tiempo para reforzarnos. Sé que Bermudo ordenó construir castillos en oriente y torres de vigilancia en el oeste. Esas obras deben acelerarse.

—Así se hará, mi señor —afirmó uno de los presentes.

—Sé también —continuó Alfonso— que Mauregato tenía espías en Córdoba, gentes que a veces le pasaban información y en otras ocasiones



acudían al emir con sabe Dios qué infames tratos. No podemos confiar en esos lacayos, pero quizá sí podamos utilizar sus conocimientos. Teudano —se dirigió el rey al guerrero—, encárgate tú. Hay que localizar a esa gente y sacarles todo lo que saben. Y después... ¡Después habrá que acudir a Córdoba para saber qué está tramando ese demonio de Hisam! Por supuesto, todo debe hacerse en el mayor de los secretos. Y por cierto...

El rey se interrumpió. Yo seguía escuchándolo todo a través de la cortina. La aventura de viajar hasta Córdoba me pareció de una osadía sin límites, pero al mismo tiempo me despertó cierta envidia. En Córdoba debía de estar presa mi amada Deva. En Córdoba debía de hallarse también, cautivo igualmente, mi hermano Tello. Por un instante soñé con la posibilidad de viajar al corazón del emirato y rescatar a mis seres queridos. Pero súbitamente oí ruidos en la cámara del rey, como un trasiego de muebles. Presté atención. De pronto la cortina se abrió. Era el rey.

—¿Has estado escuchando? —me interpeló.

—Sí, mi señor —contesté mientras me inclinaba ante él.

—¿Lo has oído todo?

Alfonso había clavado en mí sus ojos claros con una intensidad amenazante. Fui cabal.

—Absolutamente todo, mi señor.

Alfonso se giró hacia Gadaxara, que contemplaba la escena. Mi jefe tranquilizó al monarca:

—Es de absoluta confianza. Un buen guerrero. Zonio. De Mena. De la frontera.

El rey volvió a fijarse en mi rostro.

—Yo recuerdo tu cara. Tú estabas en la hueste que vino por mí a tierras de Álava y que después me acompañó hasta Oviedo.

—Así es, mi rey.

—Y bien, puesto que lo has oído todo, también habrás escuchado que este plan debe quedar en absoluto secreto. Respondes con tu vida de ello.

Alfonso había acercado su cara a la mía. Quería intimidarme. Lo consiguió. Pero yo no tenía nada que ocultar.

—Mi vida está a vuestro servicio, mi señor.

—Bien. ¿Algo más? —añadió el rey.

Yo no lo pensé dos veces.

—Que quiero ir a Córdoba, mi señor.

\*\*\*

Teudano, según las órdenes del rey, se encargó de localizar a los espías de Mauregato. No fue difícil, porque el personal de la corte recordaba los generosos pagos que habían recompensado tan dudosos servicios. En la nómina había de todo: un par de buhoneros ambulantes, un patricio aficionado al doble juego, incluso un judío llamado Shaprut. Durante años, y por encargo de Mauregato, estas gentes se habían dedicado a cruzar mensajes entre Asturias y Córdoba. En realidad, todos ellos actuaban como agentes dobles: daban a la corte asturiana informes sobre Córdoba, y en la corte del emir hacían lo propio sobre Asturias, y de uno y otro lugar cobraban sumas importantes. Lo que a Teudano le interesaba era, sobre todo, conocer los contactos de estos hombres en Córdoba y su forma de trabajar: con quién hablaban, quién les proveía de información, en qué puntos del largo camino encontraban avituallamiento, qué ruta seguían para cruzar con seguridad de un lado a otro de la frontera. El fiel guerrero del rey lo consiguió sin demasiado esfuerzo.

Terminaba ya el otoño cuando Teudano me hizo llamar.

—¿Tú querías viajar a Córdoba? —me preguntó.

Yo no había olvidado el episodio. Contesté con un rotundo sí.

—Pues prepárate —me dijo—, porque partimos de inmediato. Por el camino te contaré lo que vamos a hacer.

Y así fue como me dispuse a afrontar aquella demencial aventura.

Emprendimos viaje muy temprano, antes de la salida del sol, con un objetivo concreto: los montes del Bierzo, no lejos del fatal escenario de la batalla del Burbia. «Allí hay ahora una torre donde dejaremos nuestras armas y adoptaremos otras ropas», me informó Teudano. A medida que avanzábamos hacia el sur, Teudano me fue poniendo al corriente:

—Me han escogido a mí para esta misión porque hablo árabe. Lo aprendí de labios de un monje fugado de Mérida. No lo domino como un natural, pero sí lo suficiente para pasar por mozárabe en Córdoba. Tú me acompañas por una sola razón: fuera de la mesa del rey, eres la única persona que conoce el asunto. Hiciste bien en decir que querías venir; si hubieras dicho otra cosa, tal vez habrías acabado en una mazmorra hasta el final de este trabajo. Por otro lado, Gadaxara te avala; le caes bien al jefe. Ahora te diré lo que haremos. Una vez hayamos dejado nuestras armas y ropas en lugar seguro, nos disfrazaremos de buhoneros. Nos procuraremos un carromato con distintas mercancías, sobre todo utensilios de cobre y cerámica. Tomaremos la calzada de Astorga y Mérida, esa que los moros llaman al-Balat, para llegar a Córdoba. En el camino apenas hay puntos de reposo. Habrá que sobrevivir en la tierra de nadie. También es posible que encontremos partidas de jinetes bereberes patrullando el territorio o buscando poblachos para saquear. Lo importante, recuérdalo, es que nosotros, a partir de ahora, no somos sus enemigos, sino leales servidores del emir. Vamos de un lado a otro vendiendo nuestras mercancías: nada más. El verdadero trabajo empieza en Mérida. Desde allí, y hasta Córdoba, hemos de obtener cuanta información podamos sobre la atmósfera en las ciudades del emirato, si hay descontento o si hay tranquilidad. También tendremos que enterarnos del estado de los ejércitos del emir, si se están quietos o se están moviendo, y en qué direcciones. Hay gente allí que nos lo podrá contar. Habrá que establecer nuevas redes de espías con gente de más confianza. Cuando hayamos hecho todas estas cosas, volveremos a casa por el mismo camino.

Teudano era uno de los tipos más valientes que he conocido. Rondaría la misma edad que el rey, en torno a treinta años, quizá menos, y era un caballero de buena familia. Se había criado en Pravia y allí coincidió con Alfonso cuando este, llamado por su tía Adosinda, se encargó de administrar las cosas de palacio. Luchaba bien, Teudano. La espada no poseía secretos para él. Y su temperamento frío y calmoso le hacía especialmente indicado para misiones delicadas. Como esta que ahora emprendíamos.

En una pequeña iglesia de Lena confesamos, oímos misa y comulgamos: podía ser nuestra última vez. Pronto entraríamos en la boca del lobo. Yo no podía apartar de mi mente un trabajo suplementario: averiguar el paradero de Deva y Tello.

\*\*\*

No hubo nadie para despedir a los dos buhoneros que cierta mañana de otoño salieron al camino de Astorga. Teudano y yo nos habíamos repartido los papeles: él sería muladí, español converso al islam; yo sería su criado mozárabe, cristiano andalusí. Mi compañero marchaba sobre una mula; yo, detrás,

guiando un carro arrastrado por un sucio y viejo jamelgo. En el carro transportábamos nuestra mercancía: calderos, ollas, platos de loza, objetos de cuero... Nuestras ropas iban a tono: Teudano se envolvía en un manto de cierto lujo y tocaba su cabeza con un gorrillo de lana; yo, sin gorro, vestía con andrajos. Nada podía delatar nuestra verdadera condición. Pero dos poderosos cuchillos, ocultos bajo nuestras ropas, y dos duros cayados de tejo garantizaban nuestra seguridad.

Apenas bajamos a la llanura, el horizonte se convirtió en una larga línea sin relieves que iba a perderse en el cielo. Esta era la tierra donde mi padre Lebato soñaba océanos de cereal. Me causó una impresión semejante a la visión de la meseta desde la Peña de Mena o al descubrimiento del mar en Laredo: una sensación de oscuro pavor por el paisaje infinito y, al mismo tiempo, de vigorosa plenitud por la ausencia de límites. Con la relevante diferencia de que ahora yo formaba parte minúscula del grandioso paisaje, metido en este suelo sin fin, llano hasta donde alcanzaban los ojos.

Desde nuestros montes y hasta el Duero, la tierra solo decía una palabra: vacío. La cercana Astorga era un montón de ruinas varias veces saqueadas. A un día de camino, el paraje que llamaban Hinojo, cerca del río Órbigo, era otro llano desolado sin más referencia que otras ruinas, las de Bedunia. En sus alrededores, sobre un breve altozano, los moros habían construido una torre de vigilancia. Normalmente había pequeñas guarniciones bereberes en estas torres. La de Bedunia estaba desierta o, al menos, sus guardias no nos prestaron la menor atención.

Aquí hubo una vez ciudades romanas que la España goda restauró; con la invasión musulmana, todo esto pasó a convertirse en tierra de saqueo hasta que, finalmente, ya no hubo nada para saquear. Ahora el caminante solo escuchaba el trino de los pájaros y el azote del viento sobre los páramos cubiertos de hierbas salvajes. Aquí y allá, oscuras manchas de pequeños bosques. Algo más lejos, leves penachos de humo que delataban la presencia de algún chamizo de fortuna. Nada más. Y tampoco nada más hubo durante la siguiente jornada hasta Ventosa o Benavente, donde el Órbigo va a dar en el Esla: una peña que el llano eleva, impotente, al cielo infinito de esta comarca.

En Ventosa dimos con algunos seres humanos, o eso nos parecieron: un minúsculo grupo de pastores nómadas que llevaba sus cabras de aquí para allá, rumiando los ásperos matojos que cubrían la tierra vacía. Tratamos de acercarnos a los pastores, pero no recibimos más que gruñidos de desconfianza; se diría que aquellas gentes habían olvidado incluso la lengua de sus padres. Teudano, sin embargo, consiguió comprarles una cabra. Algo cambió la atmósfera en Zamora, donde unas pocas familias vivían hacinadas junto a los

muros derruidos de la vieja fortaleza. Sobre el ancho brazo del río Duero había un pontón de madera que los moros habían levantado años atrás. Cruzamos el pontón con un cierto sabor de angustia en los labios, como temiendo que en cualquier momento se viniera abajo sin que hubiera nadie para socorrernos.

Las gentes de Zamora —una veintena de paisanos que vivía en la miseria— vestían como los moros, pero hablaban nuestra lengua. Ignoro si profesarían religión alguna. Nos recibieron con hostilidad manifiesta, pero Teudano les vendió la cabra que habíamos comprado a los pastores —nos dieron a cambio una cierta porción de telas y cueros— y eso suavizó las cosas. Los zamoranos refirieron que vivían de los frutos del saqueo musulmán: cuando los moros volvían de sus aceifas en nuestras tierras, paraban aquí y los lugareños les vendían comestibles a cambio de ropas o utensilios diversos.

—¿Y de dónde sacáis los comestibles? —preguntó Teudano.

—Se los robamos a los pastores —contestó el más viejo.

Esa noche Teudano y yo acordamos partir antes de lo previsto, en plena madrugada: temíamos amanecer degollados por nuestros amables anfitriones.

La excitación de la aventura terminó siendo reemplazada por el tedio de las agotadoras jornadas de marcha. El camino al sur vino marcado por la misma monotonía: ruinas y vacío, vacío y ruinas. En un lugar que llamaban Sabaria no había más que las piedras demolidas de algún viejo castro. Esa noche la dormimos al raso, oyendo de fondo los aullidos del lobo. Tampoco era más ameno el paisaje en Helmántica, donde a duras penas sobrevivía el puente romano sobre el Tormes. Diminutas comunidades campesinas cultivaban algunas tierras del entorno. Nos cruzamos con algunos de estos labriegos. Eran siervos de los mahometanos y en sus rostros se veía dibujado el miedo. A pocas leguas de allí había una torre mora de vigilancia. El baluarte señalaba un cambio importante en nuestro itinerario: entrábamos en zona directamente controlada por los musulmanes. De hecho, fue allí donde por primera vez una patrulla mora nos detuvo.

Teudano, al ver a la patrulla, movió los brazos en señal de saludo y gritó en árabe palabras que no entendí. Cuando se acercaron los jinetes —cinco bereberes— todo mi cuerpo se puso en tensión, pero mi compañero rompió a hacer reverencias con una sonrisa sumisa y servil que me habría repugnado de no saber que era puro teatro. En estos días de marcha le había crecido la barba y sus ropas a la usanza mora se habían deteriorado ostensiblemente. Todo ello le daba un aspecto inofensivo. Teudano ofreció al que parecía el jefe de los moros una cartera de cuero. Indudablemente mi amigo conocía bien los usos de

aquella gente. Los moros se llevaron la cartera y desaparecieron en dirección a la torre. Nosotros seguimos nuestro camino.

El encuentro aconsejó a Teudano enseñarme algunas palabras de árabe, para que pudiera, cuando menos, hacerme entender en estos lances. Así aprendí que «sí» se dice *na* y «no» se dice *la*. Para saludar hay que decir *al salaam alaikum* y para contestar se dice *wa alaikum al salaam*. El adiós lo dicen *masalaama*. Al padre lo llaman *ab* y a la madre *um*. El pan es *jubz* y la leche *haleb*. Al señor de uno hay que llamarle *sidi*. Esclavo se dice *abd* y esclava *amat*. Y otras cosas del mayor interés.

Atravesamos la comarca que llaman de Salvatierra, un ancho terreno ondulado donde, por primera vez en varios días, se hizo realmente presente la huella del hombre. Los campos estaban bien trabajados y las pequeñas aldeas ofrecían un aspecto cuidado y limpio. Todas estas tierras habían sido entregadas como botín de victoria a las tribus bereberes después de la invasión. Los bereberes no labraban los campos: esa tarea correspondía a los cristianos, los mozárabes como aquí los llamaban, muchos de ellos en condición de esclavos, que tributaban a sus dueños moros con su trabajo y con los frutos de la tierra. El centro de toda esta comarca era la ciudad de Béjar, enclavada en un hermoso paraje de montes boscosos. No penetramos en la ciudad, sino que continuamos nuestra ruta hacia el sur, a través del puerto cercano, entre peñas y gargantas. Y fue para dar en una larga llanura que directamente nos conduciría a Mérida.

Nuestro camino era el de la vieja calzada romana, y romano era casi todo lo que había alrededor. Numerosos poblados asomaban a la orilla de la ruta: pequeños enclaves de cinco o seis casas donde el viajero cambiaba caballos o se abastecía de provisiones. Así era en Cáparra, en Galisteo o en Cañaveral. Me sorprendió ver que aquí todo el mundo era cristiano, y en cada núcleo de población sobrevivía una iglesia o, como poco, una ermita. Los templos, eso sí, ofrecían un aspecto calamitoso. Luego supe que el poder musulmán no había derruido las iglesias cristianas, pero prohibía reparar las ya existentes o edificar otras nuevas. Un mozo de postas me contó que los cristianos de este lugar tenían que pagar hasta tres tipos de impuestos diferentes a sus señores musulmanes. Los musulmanes, por el contrario, no tributaban más que un único tipo de impuesto para finalidades religiosas. El mozo me preguntó si veníamos del norte y cómo se vivía en tierras cristianas. Tuve que callar.

Aquí tuvimos un tropiezo que mencionaré sin más detalle, porque no lo merece. Ocurrió que al caer la tarde, cuando nos detuvimos para pasar la noche al abrigo de unas ruinas, en nuestro refugio recibimos la inesperada visita de siete tipos que blandían palos y porras. No eran moros, pero me cuesta aceptar

que fueran cristianos. Tomándonos por simples buhoneros, nos rodearon y empezaron a husmear en nuestro carro, en nuestras alforjas, en nuestras bestias. Viendo que no reaccionábamos, se crecieron y rompieron en carcajadas. Era evidente que querían robarnos y apalearnos. Uno se dirigió a mí en tono insultante. Yo me puse en pie de un salto y con mi vara de tejo le golpeé en la cabeza. Al instante el tipo cayó sin sentido, sangrando profusamente. Los otros hicieron además de acometernos, pero Teudano ya estaba alerta, el cuchillo en una mano y el cayado en la otra. Se frenaron. Aprovechando su inmovilidad, largué otro golpe a un segundo fulano, esta vez en las rodillas. Saqué también mi puñal. Teudano dio un paso adelante cortando el aire con su cuchillo. Los tipos recogieron a sus compañeros heridos y se marcharon de allí gritando maldiciones. Teudano consideró prudente cambiar nuestro plan y, en vez de dormir allí, seguir camino hasta donde la oscuridad nos lo permitiera.

\*\*\*

Día grande fue aquel en el que por fin el Señor nos permitió divisar el Tajo, el ancho río que marcaba la frontera natural de los hombres de Mérida. Esta ciudad era un punto clave de nuestra misión. En la corte de Oviedo se sabía que los patricios de Mérida vivían en permanente rebeldía hacia Córdoba. Mérida, como Toledo, eran formalmente ciudades federadas del emirato: su sumisión al poder musulmán era solo relativa y se ajustaba a las condiciones de un tratado de paz. Los árabes habían instalado allí sus gobernadores y sus tropas bereberes, pero el gobierno de hecho pertenecía a los magnates locales, unos conversos al islam, otros no. En Mérida, el poderoso clan al-Chiliki dominaba no solo la vieja ciudad romana, sino también un anchísimo territorio circundante, grande como medio reino de Asturias. Con frecuencia los patricios emeritenses rehusaban pagar impuestos a Córdoba. El moro se veía obligado a enviar tropas para sofocar la revuelta. Entonces los patricios pactaban algún tipo de arreglo y las cosas volvían a su cauce... hasta la siguiente rebelión.

Llegamos a Mérida por los grandes llanos del Casar dejando al oeste las alturas de Montánchez. Aquí vi por primera vez unos extraños caballos jorobados que los árabes habían traído de oriente. Los llamaban dromedarios. En la pequeña sierra de Montánchez gobernaba la tribu berebere de los Ketama, pero su poder se detenía en las quebradas de la sierra Bermeja. A partir de ahí, quienes mandaban eran los hombres de Mérida.

Después de tantos días de viaje, temiendo ser asaltados por ladrones o atacados por las fieras o interceptados por los soldados de Córdoba, la entrada en Mérida tuvo algo de liberación. Era tierra de moros, pero no lo parecía ni por el aspecto de sus gentes ni por el aire que se respiraba. Los individuos vestidos al estilo moro se mezclaban con los de ropas cristianas y había más iglesias que

minarettes. Del mismo modo, la lengua que se oía hablar en las calles no era árabe, sino latín. Y en todas partes había referencias a la mártir Santa Eulalia, aquella niña que fue quemada por no plegarse ante los dioses romanos y que, en la hora de su muerte, hizo salir de su boca una blanca paloma.

En Mérida debíamos localizar a un viejo amigo de la gente de Mauregato. Se llamaba Lope y era mozárabe. Vivía en las afueras de la ciudad, en una alquería no lejos del circo romano. Cuando vi aquella extraordinaria construcción, el circo, quedé boquiabierto: jamás hubiera imaginado que manos humanas pudieran levantar algo tan grande y tan perfecto. Me hundí en oscuras reflexiones sobre lo efímero de toda gloria humana. Las gentes del lugar habían utilizado piedras de aquel recinto para construir sus propias casas. Así sucedía con la alquería de nuestro amigo Lope, cuyos cimientos respiraban origen romano. Al fin el fasto de la Roma triunfal no era sino el humilde basamento de las casas campesinas.

Encontrar a Lope no fue difícil. Todo el mundo en la ciudad le conocía. Era un hombre ancho y entrado en años, de piel muy tostada, que cubría su cabeza con una especie de sombrero de pajas. La alquería —que, por cierto, llevaba el nombre de Santa Eulalia— era enorme, un auténtico palacio a mis ojos, con una gran casa central rodeada de huertos y todo ello, a su vez, encerrado por un alto muro. En el exterior del muro crecían más huertos, seguramente propiedad del mismo señor. Sin duda, Lope era hombre de buena posición. Teudano y yo llegamos hasta la puerta de la alquería y nos hicimos anunciar. Un siervo quiso echarnos con cajas destempladas. Teudano le habló en latín y le entregó un mensaje para su amo. Este, Lope, apareció al poco ante la puerta. Miró a un lado y a otro. Gritó: «¡Abrid a este moro que viene a vender su mercancía!». Y así entramos en la alquería.

Lope no nos hizo entrar en su casa. Se limitó a acomodarnos en un chamizo en el exterior. Sacó vino y olivas y algo de pan. Lo devoramos. Nos hizo algunas preguntas sobre los cambios en la corona de Oviedo. Teudano le respondió muy sumariamente. Sobre todo hizo hincapié en las aceifas terribles de ese verano. Mi amigo expuso con claridad lo que buscábamos: saber cómo estaba la situación en el emirato y hacernos con un buen contacto en Córdoba. Lope calló largo rato, la mirada perdida en el plato de las olivas. Y después habló así:

—Hisam, el nuevo emir, es un hombre de carácter férreo y también muy ambicioso. Aquí, en Mérida, ha despertado muchas prevenciones. Todos tememos que quiera hacer visible su poder. Los patricios de la ciudad, lo mismo moros que cristianos, esperan un aumento de la presión. En nuestra ciudad hemos conseguido vivir con cierta paz, pero la amenaza no desaparece nunca.



En los últimos meses ha habido movimientos de tropas hacia el norte. Varias unidades de bereberes se han instalado en tierras de Béjar y han llevado consigo ganado y provisiones. También se ha cursado orden a varios gobernadores de aumentar la recolección de grano con destino a los ejércitos. Eso puede significar dos cosas: una, que Hisam ha pensado tomar medidas contra Mérida; la otra, que el objetivo de esas tropas no es Mérida, sino Galicia, vuestra tierra.

Lope sorbió un largo trago de vino y prosiguió:

En Mérida hay muchos clanes dispuestos a hacer la guerra a Córdoba, sobre todo entre los terratenientes de la Lusitania. Esos clanes son muladíes, es decir, apóstatas, cristianos convertidos al islam, pero no soportan ni la prepotencia de los árabes ni el salvajismo de los bereberes. Muchos aquí sueñan con crear nuestro propio emirato. Esto, en todo caso, no pasará mañana. Aún no están las cosas maduras para un levantamiento. Poco más os puedo decir. En cuanto a Córdoba, allí la vida es más dura que aquí para los cristianos. Os indicaré con quién podéis hablar. Hay un veterinario que se llama Sisnando. Cuida caballos en los ejércitos del emir. Vive pobremente y por eso le dejan en paz. Es hombre de confianza. Para lo que vosotros buscáis, es la persona adecuada. Os escribiré algo para él. Ahora, podéis descansar aquí. Mañana, antes del alba, tendréis que partir.

Lope nos dejó en el chamizo. Después de tantos días al raso o en refugios de ocasión, aquella humilde chabola nos pareció sumamente confortable. Antes del alba, como nuestro amigo nos había prescrito, abandonamos la alquería. Desde Mérida tomamos el camino que llamaban «mozárabe». Al cabo de tres días de viaje estaríamos en Córdoba.

## En el harén del emir

Al camino entre Córdoba y Mérida lo llamaban «camino mozárabe» porque muchos cristianos abandonaban la capital del emirato buscando mejor vida en el oeste, donde la presión musulmana se relajaba. Nosotros lo recorríamos ahora en sentido inverso. La región, de tierras cultivadas desde muy antiguo, era una uniforme sucesión de campiñas donde el emirato había instalado su granero. Un día de camino llano nos llevó hasta el sitio de Hornachos, unas pocas casas al borde de la ruta, entre suaves colinas bien trabajadas. Otra jornada, siempre en la llana campiña, nos dejó en un despoblado que llamaban de la Peña Rubia. Desde allí se entraba en la serranía horadada por el río Guadiato, donde el camino se hacía más áspero y difícil, pero la belleza de los montes compensaba el esfuerzo. Esta vía conducía de norte a sur hacia Córdoba, la capital del poder musulmán.

El viaje transcurrió sin novedad reseñable. En algún punto del trayecto pudo Teudano cambiar algunas de las mercancías que llevábamos por otras que nos resultaban más útiles, y especialmente por comestibles, pues Lope, nuestro anfitrión de Mérida, no había sido especialmente generoso. En estas campiñas de Córdoba, como antes en las emeritenses, eran sobre todo mozárabes los que trabajaban las tierras, y su fe se hacía visible no solo en las ermitas que salpicaban el paisaje, sino también en el miedo con el que miraban a Teudano al tomarlo por sarraceno. Eso nos beneficiaba, sin embargo.

Recuerdo la entrada en Córdoba como un confuso torbellino de emociones contradictorias. Era una ciudad grande, muy grande, más incluso que Mérida. El Guadalquivir le servía de guía y en torno a su orilla norte se desplegaban sus edificios, circunscritos a su vez por dos arroyos que a este y oeste venían a morir al gran río. Nuestro camino entraba en Córdoba desde el norte. A la derecha se alzaba la muralla de la ciudad; en su interior, en la medina, vivían los musulmanes y los judíos. A la izquierda, fuera de los muros, se extendían innumerables huertas y al fin, junto al río, el barrio de los mozárabes, el lugar al que habían sido desplazados los cristianos cordobeses. Varias puertas bien custodiadas daban acceso al interior de la muralla. En todas ellas vimos guardias de inequívoco origen africano, porque eran negros: parece que el emir no se fiaba de los bereberes para estos menesteres.

No nos fue necesario franquear ninguna de esas puertas, porque nuestro objetivo no estaba dentro de los muros, sino fuera de ellos: el barrio mozárabe donde vivía el veterinario Sisnando. Las indicaciones de Lope eran muy

precisas, de manera que no nos llevó mucho tiempo dar con el lugar: una pequeña vivienda de planta baja con huerto bien cuidado. Sisnando no estaba en casa, decidimos dar una vuelta por los alrededores. A muy poca distancia estaba la puerta que llaman de la Pescadería. A simple vista se constataba que era lugar de trasiego de mercaderes, y Teudano, audaz, quiso probar suerte. Nos acercamos a la puerta, él en su mula y yo detrás, en nuestro viejo carro. Dos guardias de piel negra y boca feroz nos cerraron el paso gritando no sé qué. Teudano respondió con una incomprensible retahíla de imprecaciones —o eso me parecieron— que incluyó la exhibición de artículos de cuero. Los guardias nos dejaron pasar. Ya estábamos dentro de Córdoba.

La puerta de la Pescadería daba directamente al zoco. Eso explicaba el trasiego de mercaderes. La actividad en aquellas callejas era indescriptible: miles de personas gritando y moviéndose en todas direcciones, voceando mercancías o regateando en cualquier rincón. Del zoco partían, a derecha e izquierda, dos calles que conducían a la antigua catedral, ahora convertida en mezquita. Y pegado a la mezquita, detrás de un denso cordón de guardias y muros, estaba el palacio del emir. Se me nublaba la vista solo de pensar que habíamos llegado a la boca del lobo, al corazón de nuestros enemigos. Quién sabe si el moro al que mató mi azagaya había paseado alguna vez por estas mismas calles. Apenas unos meses atrás, Teudano y yo estábamos en las orillas del Burbia, tratando de matar moros y de que no nos mataran, y ahora nos veíamos a dos palmos del jefe de todos los moros de España. Era aterrador y, al mismo tiempo, apasionante.

Teudano, para pasar desapercibido, gritaba en árabe cosas que yo no entendía. Mientras tanto íbamos girando alrededor de la mezquita, primero por la fachada que da al río, después por la que da a palacio y termina en el barrio judío, finalmente por la que sale de nuevo al zoco. Yo miraba a un lado y a otro tratando de descubrir presencias amenazantes, conductas sospechosas, peligros ocultos. No hubo nada de eso. Nos habíamos mimetizado con la ciudad, exactamente como los otros miles de personas que por allí pululaban. Con la misma parsimonia con la que habíamos entrado, salimos de la muralla por la puerta anterior. Y nos dirigimos nuevamente a casa de Sisnando resueltos a esperar su llegada.

No tardó mucho en llegar un hombre que penetró en la casa. Era un tipo flaco y encorvado, ataviado a la usanza mora, con una especie de morral a la espalda. «Debe de ser él», me susurró Teudano. Nos aproximamos. Golpeé la aldaba de la puerta, que sonó con un seco martilleo. El tipo flaco y encorvado abrió.

—Sidi Sisnando, sidi Sisnando —dije.

—¡Fuera de aquí, pordiosero! —exclamó Sisnando.

—Nos manda Lope, de Mérida —musité, bajando la voz.

Cambió la expresión de su rostro. Inmediatamente le tendí el mensaje que Lope nos había dado. Sisnando cerró la puerta y se retiró tras ella. Enseguida volvió a abrir.

—¿Qué baratijas queréis venderme, miserables? —bramó mientras nos hacía señas para que le siguiéramos. Lo hicimos. Sin decir palabra, nos condujo hasta el interior de su morada.

\*\*\*

Sisnando vivía solo. Una vez tuvo mujer e hijos, pero la mujer había muerto y los hijos habían volado. Desde mucho tiempo atrás se ganaba la vida cuidando la salud de los caballos del emir. En su juventud se dedicó a la cría, pero un día —nos refirió— cayó en sus manos la *Hippiatrika* de Hierokles y Apsyrtos, joya de la veterinaria bizantina, y decidió enfocar sus esfuerzos a esa disciplina. Los árabes tenían en mucha estima a sus caballos —«Más que a sus mujeres», nos dijo—, de manera que no le fue difícil ofrecerles sus servicios médicos. Los moros le llamaban Sisnando el baytar, que quiere decir precisamente «el veterinario». Su importante función le permitía vivir modestamente, pero sin estrecheces, y entrar y salir en la medina cordobesa con toda libertad.

Atardecía ya en aquel temprano otoño y la voz dolorosa de los almuecines flagelaba la ciudad vencida. Nuestro anfitrión sacó unas tortas de pan, aceite de oliva y una especie de revoltijo con carne de cordero y hortalizas. También una botella de vino: «Está prohibido para los sarracenos —explicó—, pero a los cristianos nos dejan venderlo». Aquel ágape nos sentó de maravilla.

La casa de Sisnando era de una acusada modestia: apenas una alacena con viandas, otra con instrumental médico y una mesa baja rodeada de cojines. Sobre la mesa había un extraño tablero con cuadros de color blanco y negro, y piezas de bella factura que representaban caballos, torres y soldados. La sala en la que nos acomodábamos daba a una puerta cubierta con una cortina; tras ella se adivinaba una pequeña alcoba con una cama. Al otro lado, la estancia se abría a un huerto trasero. En él había una chabola con aspecto destartalado. «Dormiréis ahí», nos dijo Sisnando. Mi amigo Teudano abordó directamente el motivo de nuestro viaje:

—Somos guerreros del rey Alfonso de Oviedo. Nos llamamos Teudano y Zonio. Hace diez días abandonamos nuestras tierras por orden de nuestro rey.

Sabrás que el emir Hisam ha desencadenado una gran ofensiva sobre el reino. Hubo mucha muerte y mucho dolor. Nuestra misión es recoger información sobre el emirato y sobre los propósitos de Hisam. También hemos de restablecer la comunicación con los cristianos que padecen bajo el poder sarraceno. Tú has trabajado en otras ocasiones para nuestros reyes. Lo que ahora te pedimos es que nos ayudes como a ellos les ayudaste.

Sisnando seguía la explicación de Teudano con un aire indolente, como incomodado por todo aquello. Habló claro:

—Habéis sido muy valientes al llegar hasta aquí, pero yo ya estoy muy viejo para meterme en estos negocios. Ya hice lo mío. Ahora solo aspiro a vivir en paz. ¿Cómo podría ayudaros?

—Por ejemplo, contándonos cómo ve las cosas el nuevo emir —intervine yo, jugueteando con las piezas del tablero blanquinegro—. Sabemos que Hisam prepara acciones para reafirmar su poder. Eso con toda seguridad te afectará.

—Sí, Hisam prepara algo grande —concedió Sisnando—. Y nada bueno. Ha mandado traer muchos caballos de África, miles de animales. Y también máquinas de guerra. No sé para qué. Pero, de momento, la vida aquí se está haciendo cada vez más irrespirable.

—¿Por qué? —preguntó Teudano.

—Por los malikíes —repuso el veterinario—, una especie de escuela de doctores de la ley islámica. Hasta ahora los cristianos de Córdoba hemos vivido con cierta libertad, al menos los que no somos esclavos, pero los mahometanos más rigoristas quieren apretar la cuerda. Lo mejor es que lo veáis por vosotros mismos. Mañana me acompañaréis a la iglesia. Ahora, durmamos. Es tarde.

Sisnando nos permitió lavarnos en una acequia y nos procuró ropas nuevas. Fue un alivio después de tantos días de marcha. Después nos condujo al chabolo del huerto. No fue difícil habilitar dos jergones con algo de paja. Me dormí acuchillado por la humedad del Guadalquivir y obsesionado con una sola idea: en algún lugar de esa ciudad se hallaba cautiva Deva.

\*\*\*

Nuestro anfitrión nos despertó antes del alba y nos llevó a la iglesia: nada menos que a la vieja basílica de San Vicente, dentro de lo que ahora era el recinto de la gran mezquita. Con nuestro amigo franqueamos sin problemas las puertas de la medina. Los guardias saludaban a Sisnando con afabilidad. Todos conocían al veterinario. Con él recorrimos el mismo camino que la tarde

anterior habíamos explorado Teudano y yo: la puerta de la Pescadería, el zoco, al fin la mezquita y, tras ella, el palacio del emir. Penetramos en la iglesia por una entrada lateral, distinta a la que usaban los musulmanes.

—Esto que veis es la basílica de San Vicente. O lo que queda de ella. Hay en la ciudad otras iglesias, pero fuera de los muros —explicó Sisnando—. Los emires no permiten que las restauremos. Algunos seguimos viniendo aquí, aunque cada vez es más difícil. La iglesia se llama así por San Vicente mártir, que no es el vuestro de León, sino el santo de Zaragoza y Valencia. Antes todo esto era el palacio episcopal de Córdoba. Ahora dicen que Abderramán, el primer emir, compró parte de la basílica a los cristianos para edificar aquí su mezquita. No es verdad. Este bosque de columnas que veis se hizo para el culto arriano cuando la herejía sacudió a nuestra iglesia. Fueron los arrianos quienes regalaron su parte de la catedral a Abderramán como gesto de buena voluntad. No sé si habéis oído hablar del obispo Elipando.

Sí, por supuesto que había oído hablar de Elipando: ese obispo herético de Toledo con quien se las tenía tiasas mi maestro Beato de Liébana. Referí a Sisnando la gran polémica entre Beato y Elipando, que había llegado a oídos del mismísimo Carlomagno.

—No lo sabía —dijo Sisnando—. No nos enteramos de gran cosa aquí. Pero me alegro de que alguien haya parado los pies a esos herejes. Bien, el hecho es que aquí, en Córdoba, hubo muchos como Elipando. Fueron ellos quienes entregaron a Abderramán su templo.

La mezquita se extendía a través de once naves que apuntaban hacia el río, señaladas con líneas paralelas de columnas cerradas con dobles arcos. Las columnas —explicó Sisnando— las habían arrancado de viejos monumentos romanos y godos. En cuanto al doble arco, era un símbolo de poder.

—El arco más bajo es el que hicieron los arrianos, pero Abderramán, para manifestar su majestad, mandó elevar las columnas y construir otro arco por encima, dando más altura al templo. El primer emir estaba muy interesado en dejar claro que aquí mandaba él. Ahora su hijo Hisam quiere dejar también su huella y por eso está elevando el alminar que veis allí abajo.

—Hablas mucho de la ambición de Hisam —apuntó Teudano, que en ningún momento había olvidado el objetivo de su misión—. ¿Tan terrible es?

—A todos los hijos de grandes reyes les ocurre lo mismo: oscurecidos por la sombra gigante de sus padres, se esfuerzan en dejar su propia huella y no reparan en gastos. Abderramán fue un gran rey. Hisam quiere serlo. Solo puede

conseguirlo si viste su poder con ropas de oro y de hierro. Anoche os hablaba de los malikíes. Parece que esta va a ser el arma secreta de Hisam.

—Explícame eso —pidió Teudano.

—Los musulmanes no tienen Iglesia ni papa ni obispos. Tienen un profeta que es Mahoma, un libro santo que es el Corán y una tradición que es la Sunna. Y el jefe político es el jefe religioso. A partir de ahí, cada cual construye su propia vía. Pero el jefe político, para no ser discutido por nadie, tiene que multiplicar los gestos de piedad, y al mismo tiempo, para no verse amenazado por otro más piadoso que él, tiene que manifestarse más riguroso que nadie. Hace unos años llegó aquí, a Córdoba, una escuela de Arabia que llaman «malikí» y que ofrece una rígida traducción política y jurídica del Corán y la Sunna. Una doctrina cerrada, en fin. Justo lo que un nuevo emir necesitaba si quería afianzarse como jefe político y religioso indiscutible. Y esto va a cambiar mucho las cosas.

—Pero eso afecta a los musulmanes —objeté yo—. ¿Por qué ha de afectaros a los cristianos?

—Porque los malikíes predicán la islamización completa del estado, y eso nos deja fuera a los demás. Mira, Zonio, entiendo que las cosas no se vean del mismo modo desde vuestras montañas, pero aquí, en Córdoba, no hemos vivido mal hasta ahora. En vuestro camino habéis cruzado campiñas sin fin. ¿Creéis que a esa gente le importa mucho la religión del que manda? Primero trabajaron para los romanos, y terminaron haciéndose romanos. Después trabajaron para los godos, hasta que les dejaron mezclarse con los godos. Yo mismo soy hijo de una familia romana y otra goda. Ahora trabajan para los musulmanes y nadie ha notado un cambio significativo en sus vidas. El que estaba abajo sigue abajo, y el que ha podido escalar en la nueva situación, lo ha hecho. Lo asombroso es que haya todavía tanta gente que se mantiene cristiana, como estos que veis ahora en esta iglesia. Pero es precisamente eso lo que va a cambiar. Si el malikismo se convierte en doctrina de estado, y Hisam pretende hacerlo, ya no habrá aquí otro destino para los cristianos que la esclavitud y la servidumbre.

—Eso necesariamente disparará la rebeldía en las ciudades libres — señaló Teudano, que seguía a lo suyo—: en Toledo, en Mérida, en Zaragoza...

—Sin ninguna duda —confirmó el veterinario—. Y en la misma Córdoba.

Sisnando nos dio algunas explicaciones más, pero ya no presté gran atención. La iglesia había ido llenándose de una variopinta muchedumbre. Los

mozárabes de Córdoba afluían al templo, ignorantes de su destino. El sacerdote se acercó al altar. Comenzaba la misa en San Vicente.

\*\*\*

Fue una hermosa ceremonia, la de San Vicente. Más majestuosa que las de Asturias. También más melancólica, porque la derrota se respiraba en el aire. Cuando concluyó la eucaristía, salimos de la basílica y mezquita. Fuimos a parar al zoco. Sisnando compró unas pasas con las que nos desayunamos. De repente llamó nuestra atención un enorme griterío. El veterinario nos apremió para acudir al lugar del que procedían las voces.

—Vais a ver algo interesante —dijo.

Me crujó el alma cuando descubrí, aupados en un estrado que llamaban catasta, cubiertos de cadenas, a unos esclavos expuestos para su venta. Sería una docena de personas, hombres y mujeres, blancos y negros, semidesnudos, exhibidos como ganado. Un tipo envuelto en una túnica parduzca y tocado con un pequeño bonete voceaba las excelencias de la mercancía. De vez en cuando golpeaba con una vara las espaldas de un hombre, para avalar su fuerza, o manoseaba los senos de una mujer, para exaltar sus virtudes como ama de cría. Alrededor de la catasta, una miríada de compradores voceaba a su vez ofertas de compra. El tipo de la túnica regateaba los precios y discutía con el público. Cuando llegaban a un acuerdo, el esclavo bajaba del estrado y era entregado a su dueño, que se lo llevaba atado del cuello. Se me partía el corazón de imaginar a Deva y a mi hermano Tello vendidos de semejante manera.

—¿Esto pasa todos los días? —pregunté.

—Oh, no —contestó Sisnando—. Solo un par de veces al mes. Hoy hay poco género. Cuando esto se anima de verdad es en verano, después de las aceifas, con enormes cantidades de esclavos traídos del norte y también de África.

—Yo tengo algún amigo que ha sido capturado por los moros —aventuré—. Gente de mi pueblo. ¿Qué habrá sido de ellos?

—De los hombres, no lo sé. Si son jóvenes y fuertes, a muchos los mandan a África para que se conviertan en guerreros, porque allí los moros están en gresca permanente entre sí. Me han contado que otros terminan en oriente, en la otra esquina del mundo. El mundo mahometano es muy grande, tanto como el pie del diablo. No sé si habrá sido esa la suerte que han corrido tus amigos. A otros los compran aquí y los envían a las tierras de su dueño, ya sea en Zaragoza o en el Levante o en cualquier otro lugar. En cuanto a las



mujeres... —Un escalofrío me recorrió la espalda. El veterinario siguió con su perorata—: A las mujeres es mucho más fácil seguirles la pista, sobre todo si son mozas y bonitas. A esas las suelen cuidar bien porque valen mucho dinero. Aún más las rubias y pelirrojas. Las recluyen en un serrallo y allí las tienen hasta que el propietario las coloca a buen precio. Después, pasan al harén del notable que las haya comprado. Oh, no pongas esa cara: muchas de ellas eran miserables campesinas; la vida de lujo que les espera termina gustándoles más que su anterior condición.

Toda la sangre se me subió a las sienes ante el cínico comentario de Sisnando. Se me revolvía el cuerpo solo de imaginar a mi Deva en manos de cualquiera de esos sucios gerifaltes sarracenos. Tenía que buscarla y liberarla de su encierro. Mataría por ello si hiciera falta. Pero no debía manifestar la menor emoción; nadie podía conocer mis intenciones. Tragué saliva.

—¿Dónde está ese serrallo? —pregunté.

Sisnando rió, malintencionado.

—¡Ja, ja, ja! ¿Tienes ganas de aventuras? La juventud aprieta en el vientre, ¿eh? Escucha, chico, si quieres ese tipo de placeres, tendrás que preguntar en otro sitio, porque yo no soy el hombre indicado. Pero sí puedo decirte que encontrarás lupanares mucho más accesibles que el serrallo de las esclavas valiosas.

—No es eso —traté de sacar a Sisnando de su error—. Simplemente, tengo curiosidad por saberlo. ¿Dónde puede guardarse una mercancía tan preciada?

—Dicen las gentes de la ciudad que el serrallo está junto al propio palacio, lindando con el barrio judío, pues no en vano los judíos suelen encargarse de este negocio. Pero yo, muchacho, jamás he estado allí. Y si en algo aprecias tu vida, te aconsejo que no te acerques: mercancías tan caras suelen estar muy bien guardadas.

Pasamos el resto de la mañana en la casa de Sisnando. Empleé varias horas en entender el sentido de aquel extraño tablero de cuadrados blancos y negros, con sus hermosas piezas de madera, que nuestro anfitrión tenía sobre la mesa. «Se llama ajedrez», me había dicho. Era un juego de guerra importado desde el más lejano oriente. El veterinario había salido para varias horas: le requerían en el barrio de la jarquía, al este de la ciudad, para examinar una nueva remesa de caballos. Teudano, por su parte, empleaba el tiempo en preparar el carro para el camino de regreso.

—Ya sabemos todo lo que necesitábamos saber. Hay que preparar la vuelta antes de que se nos eche encima el invierno. Partiremos mañana.

Me quedaban unas pocas horas para averiguar si Deva estaba en Córdoba.

\*\*\*

No conté a nadie lo que iba a hacer: solo habría servido para entorpecer a mi compañero. Me envolví en las viejas ropas —ahora, al menos, limpias— con las que habíamos llegado a Córdoba. Me cubrí la cabeza con una suerte de turbante que yo mismo me confeccioné: quería parecer deliberadamente ridículo. Busqué un palo que me sirviera de muleta. Salí de la casa de Sisnando fingiendo joroba y cojera. De tal guisa me arrastré hasta la puerta de la Pescadería.

Aprovechando el intenso tránsito de mercaderes me colé dentro de la medina. Por fortuna había muchos más mendigos, algunos de aspecto incluso más patético que el mío. Córdoba olía a aceite hervido, cuero y humanidad. Yo iba gritando indistintamente en árabe y latín: «¡*Sadka, sadka!* ¡Caridad, caridad!». Mi cabello revuelto bajo el turbante, mi rostro mal afeitado y el aspecto desastroso de mis ropas hacían más creíble mi papel. Alguien me arrojó unas monedas. Las guardé simulando avidez y mucho agradecimiento.

Seguí mi camino hasta el muro norte de la mezquita. Desde allí llegué a la esquina del barrio judío con el palacio. El serrallo debía estar cerca del barrio judío, me había dicho el veterinario. Sí, ¿pero dónde? Todos aquellos edificios pegados unos a otros, dispuestos como en un laberinto lleno de recovecos, se me hacían impenetrables. Recorrí la fachada norte del palacio gritando «*sadka*» y babeando. El mejor modo de pasar desapercibido era precisamente llamar la atención. Un guardia negro me pateó con grandes carcajadas. Yo seguí mi camino, siempre arrastrándome como el más miserable de los pordioseros.

La fachada norte del palacio terminaba en otra tapia. Hermosos árboles asomaban sus hojas sobre el muro. Era, sin duda, el jardín del alcázar. La calle corría encajonada entre la muralla de la ciudad y la tapia del jardín, e iba a terminar en una de las puertas de la medina. Mal sitio para escapar si las cosas se torcían. No circulaba mucha gente por allí, de manera que tampoco cabía disimularse entre la multitud. En el jardín se oía un rumor de agua y trinos de pájaros. Me detuve.

Me senté en el suelo como un auténtico mendigo. Desde mi posición podía ver, estáticos sobre las almenas de la muralla, a unos cuantos guardias del emir. Custodiaban la salida hacia Sevilla. Escudriñé aquel muro: si yo

tuviera un harén, seguramente lo guardaría en un lugar como este, protegido y bien cubierto, resguardado de las miradas ajenas y, por otro lado, agradable como todo jardín. Comencé a cantar balbuceando, como si estuviera loco. En realidad lo estaba: loco de amor y de dolor por la suerte de Deva.

La tapia de los jardines mostraba algún tramo de lienzo enrejado. Al otro lado, matas de madreSelva y arbustos. Pero el denso enramado dejaba pasar haces de luz, signo de que en algún lugar era posible vislumbrar el interior de aquel vergel. Intenté acercarme. En ese momento escuché con nitidez voces femeninas al otro lado del muro. Todos mis nervios se pusieron en tensión. Me aproximé. Pude ver lo que había dentro. Eran mujeres, sí. Jóvenes. Casi todas ellas lucían cabellos rubios o rojizos. El corazón se me iba a salir del pecho.

Un grupo de mujeres se movía dentro del jardín. Un brillo dorado me sacudió los sentidos. Ni siquiera me atrevía a dar forma a mis pensamientos. Algunas de aquellas mujeres se conducían con desenvoltura, como dueñas de la casa. Otras permanecían quietas, acurrucadas las unas junto a las otras, sentadas al borde de un estanque. Estas últimas debían de ser las esclavas dispuestas para la venta a algún magnate. Dos forzudos ataviados con exóticos ropajes custodiaban el gineceo. Sin duda estos eran los famosos eunucos, esclavos castrados para que pudieran vigilar a las mujeres sin que el propietario de la mercancía corriera riesgos. Una vez más el brillo dorado llamó mi atención. La ansiedad me estrangulaba. Aquellas risas eran su risa. Aquellos llantos eran su llanto. Aquellas voces eran su voz.

En ese momento sentí una fuerte patada en la espalda. Era un guardia. Me gritaba en su incomprensible jergonza mientras me pinchaba en las piernas con un chuzo. De buena gana le hubiera roto el pecho, pero mi vida dependía de que supiera seguir hasta el final con mi papel. Me retiré del muro gritando como un lelo: «¡*Al-maraá, al-maraá!* ¡Mujer, mujer!». Más valía pasar por un mendigo lascivo y medio loco que por un enamorado y loco entero.

No, allí no estaba Deva.

\*\*\*

Abandonamos Córdoba por el mismo camino que nos había traído. Esta vez no hubo más paradas que las estrictamente necesarias: teníamos prisa por llegar a Oviedo y contar nuestras averiguaciones. En los alrededores de Mérida tuvimos que dejar un par de vasijas de cobre a una patrulla berebere. A la altura de Béjar pusimos en fuga a una cuadrilla de salteadores. En Helmántica nos atacaron unos lobos, sin otro resultado que el susto de nuestros animales. Sufrimos mucha hambre y mucho frío. El invierno empezó a anunciarse con

rigor. Durante varios días llovió sin cesar. El carro avanzaba malamente por la vía embarrada y el viento nos azotaba como un flagelo de mil agujas. En Zamora decidimos prescindir de nuestros disfraces. Abandonamos el carro a los hoscos nativos de la aldea, montamos sobre nuestras maltrechas cabalgaduras y apretamos el paso hasta ganar las montañas del Bierzo. El reino rebelde del norte nos recibió con un día de nieve y ventisca. En el lugar convenido hallamos nuestras ropas y armas. Recuperé mi cota de malla, mi cimitarra y mi azagaya. En una torre cercana nos dieron caballos. Galopamos como locos hasta Oviedo.

Teudano apenas había abierto la boca en el trayecto de vuelta. Se lo agradecí. Yo sentía mi corazón vacío y mi mente devastada. Consideraba un fracaso personal no haber encontrado a Deva. Pero, por otra parte, ¿habría sido mejor encontrarla allí, en el harén de Córdoba? ¿Qué habría podido hacer yo? Solo llorar, y con mayor desconsuelo que ahora. ¿Tenía que darme por vencido? ¿Tenía que renunciar para siempre a la mujer que la Providencia había puesto en mi vida? Quizá no cabía otro camino que la resignación. Pero la resignación era un suplicio.

Mi compañero y yo alcanzamos Oviedo ya entrado el mes de diciembre. Nos presentamos inmediatamente a Gadaxara. El jefe de la mesnada nos saludó con alborozo: «¡Ya os daba por muertos!». Sin perder tiempo nos condujo ante el rey.

Alfonso, advertido de nuestra llegada, nos hizo pasar a una pequeña sala junto a la cámara regia. Con el rey estaban los mismos personajes que la primera vez: el abad Fromestano, el sacerdote Adulfo y los condes Basiliscus, Froila y Gundemaro. Nos inclinamos ante Alfonso y besamos su mano. El rey nos abrazó. Teudano relató el resultado de nuestra misión: habíamos estudiado la solidez de la vigilancia mora en el camino hacia el sur; habíamos restablecido el contacto con gentes amigas en Mérida y en Córdoba; teníamos constancia de que en Mérida y probablemente en Toledo se preparaba una revuelta contra el emir, pero no sería inmediata; sabíamos que Hisam había emprendido una política de reforzamiento de su poder; habíamos descubierto la orden del emir de procurarse miles de caballos y máquinas de guerra...

Alfonso quedó pensativo unos instantes. Después se dirigió a Gadaxara:

—Muchos caballos y máquinas de guerra... Una ofensiva, sin duda. Pero ¿contra quién? Hisam no necesita semejantes refuerzos para venir contra nosotros: le basta con lo que tiene. ¿Contra sus ciudades rebeldes, entonces? Pero decís que de momento no hay alteraciones allí. Si pide muchos caballos es porque piensa ir lejos. Y si prepara máquinas de guerra, es porque está pensando en asedios largos contra murallas poderosas. No puede ser ninguna

de sus ciudades africanas, porque en ese caso habría ordenado hacer los preparativos al otro lado del estrecho. Por tanto, semejante esfuerzo solo puede tener un destino: el país de los francos, las tierras de Carlomagno.

—Es lo que vos habíais previsto, mi señor —corroboró Gadaxara.

—Sí —confirmó el rey—, y mi instinto no me ha engañado. Si yo estuviera en la piel de Hisam haría lo mismo. Bien, eso significa que este año no hemos de temer aceifas en nuestro reino, gracias a Dios. Aunque no cabe descartar que las tropas moras, en su marcha hacia Francia, saqueen las tierras de Álava que cruzan su camino: eso les permitirá avituallarse sobre el terreno y reducir coste de provisiones. Hay que avisar a las gentes de Álava: que estén preparados. Y en cuanto vean acercarse a los moros, que se retiren a los montes. No tenemos tropas para combatir, pero al menos podremos evitar muertes. Otra cosa, Gadaxara: hay que enviar un heraldo a Carlomagno y advertirle de lo que se le viene encima. No nos hará mucho caso, pero para nosotros es una buena oportunidad: que el franco sepa que estamos de su lado. —El rey Alfonso paseó nerviosamente por la sala. Se asomó a la ventana. La campiña de Oviedo se inclinaba bajo la lluvia. Luego añadió—: Habéis hecho un buen trabajo. ¿Algo más?

—Con permiso, mi señor... —aventuré.

—Dime, Zonio.

—Os traemos un presente de nuestro amigo de Córdoba, el veterinario Sisnando.

Abrí mi zurrón y cuidadosamente extraje el tablero de cuadrados blancos y negros. Lo deposité sobre la mesa. Después coloqué las piezas.

—¿Qué es esto? —preguntó el rey.

—Un juego de guerra. Viene de la India. Se llama ajedrez.

\*\*\*

Gadaxara me recompensó por esta misión con un caballo: mi primer caballo en propiedad, un bonito ejemplar gallego de capa castaña y crines largas y negras. Le puse por nombre Sisnando, en homenaje al veterinario mozárabe de Córdoba. A lomos de Sisnando partí raudo hacia el oriente del reino.

Cabalgué hasta la tierra de Ayala. Busqué al presbítero Juan y le advertí de la próxima oleada sarracena. El maestro del rey Alfonso tomó las

providencias oportunas. Tuve la dicha de ver nuevamente a la dulce Argilo, la prima de Alfonso. La dama me obsequió con dos jornadas de asueto en el austero caserón que un día sirvió de refugio a un rey. Después corrí al cercano valle de Mena. Mi familia me recibió como al hijo pródigo.

Pasé aquella Navidad en Mena, confortado por la dulzura de mi madre y compartiendo la melancolía de mi padre. Allí descansé el cuerpo y el alma. Lebato y Muniadona y todos los demás supieron de mis aventuras en tierra de moros. Vi brillar el orgullo en sus ojos cuando conocieron de mis labios la coronación del rey Alfonso y su reivindicación de la herencia de Toledo. Vi también el dolor y la amargura cuando referí la escena del serrallo de Córdoba. Mi padre se mantenía en la convicción de que algún día Tello regresaría al hogar. Mi madre callaba.

Ayudé a mis hermanos en los trabajos del invierno. Preparé los campos. Reparé la iglesia con Ervigio. Supe que Vítulo había empezado a hacer presuras de tierras en el oeste. Mi hermana Munia anunció su compromiso con Illán, el hijo de García el Tuerto. Guma me hizo saber que había encontrado esposa: un ama de Ayala que había quedado viuda y todavía estaba en edad de ser madre; así pues, el viejo se había salido con la suya. El herrero Ramiro, por su parte, me obsequió con un hermoso casco fabricado a base de tiras de acero y bronce; al fin pude prescindir de mi viejo casco de cuero mil veces recosido.

La vida en Mena se sobreponía a todos los golpes de la existencia. En algún lugar del mundo musulmán estaban mi hermano Tello y mi amada Deva, ambos tragados por la ferocidad de unos años de fuego y hierro. Pero en el valle de Mena el sol seguía saliendo, los bueyes seguían arando y la vida seguía latiendo. Y nuestra pequeña iglesia, desafiando a todas las tempestades, cobijaba bajo la sombra de su cruz los esfuerzos de la grey de Nuestro Señor.

Tal vez la próxima primavera volvieran los moros: quemarían las casas, arrasarian los campos, talarían los frutales y arrancarían las cepas. Pero las gentes de Mena y de Ayala y de tantos otros lugares, con la firmeza y la constancia de la tierra, volverían a reconstruir el mundo sobre las cenizas, tenaces como el sol y como el buey y como la vida.

## Victoria en lutos

Cuando regresé a Oviedo, todo allí era movimiento. En la corte de Alfonso se trabajaba sin cesar. El rey había ordenado comenzar una serie de obras en la ciudad y por todas partes surgían iglesias, palacios y murallas. Al mismo tiempo, Alfonso estaba restaurando todo el viejo orden godo, lo cual implicaba llenar la ciudad de altos funcionarios —condes de palacio, los llamaban— que, naturalmente, se trasladarían con sus familias a la nueva capital.

Un asunto que interesaba especialmente a nuestro rey era el religioso. La polémica de Beato y Eterio con el obispo hereje Elipando se había convertido ya en cuestión de primera importancia. Carlomagno, nada menos, había convocado un sínodo en Ratisbona para obligar a los heréticos a rectificar. Mis maestros no acudieron a Ratisbona, pero sí lo hizo otro personaje que en los siguientes años iba a adquirir gran protagonismo: Adulfo, aquel sacerdote que formaba parte del grupo de consejeros de Alfonso y que, según todas las voces, sería promovido a obispo de Oviedo en cuanto Roma concediera a nuestra ciudad la sede episcopal. Esa era la jugada maestra del rey: que Oviedo sustituyera a Toledo como cabeza de la Iglesia española. El día que eso ocurriera, Alfonso podría con toda justicia reclamar la herencia de los reyes godos.

En aquellos días tuve el honor de ver a solas al rey en una ocasión. Gadaxara me cursó la orden y acudí a palacio. Pensé que se trataría de algo referente a nuestra expedición cordobesa, y en cierto modo lo era, pero en el aspecto que menos podía imaginar.

—Tu nombre era Zonio, ¿verdad? Tienes que explicarme cómo funciona esto.

Alfonso se hallaba sentado frente a una mesa baja. En la mesa, el tablero de ajedrez que Sisnando nos había regalado para el monarca. Recordé lo que Sisnando me había enseñado: los nombres de las piezas, su colocación inicial y sus pautas de movimiento. El rey me hizo jugar varias partidas. La primera la gané yo. Las siguientes, él.

—Muy interesante —musitó a modo de despedida.

Me marché de allí con la impresión de haber vivido un sueño.

\*\*\*

La misión de la hueste del rey en estos meses, finales de invierno y principios de primavera, consistió sobre todo en preparar defensas. Con Teudano unas veces, con Gadaxara otras, recorrí buena parte de la frontera, y especialmente las tierras de Galicia, por donde más probable era que pudiera entrar el enemigo. El reino seguía sin recursos militares para frenar una invasión, pero sí era posible preverla y atenuar sus efectos. A lo largo de las calzadas de occidente se dispuso una serie bien comunicada de puestos de vigilancia, completada con obstáculos en las principales vías. Mientras tanto, en la frontera oriental se avanzaba en el trabajo de construcción de castillos, aquella buena idea del rey Bermudo que debió haberse acometido mucho tiempo atrás.

Al principio de aquel verano los sarracenos asolaron la llanada de Álava, tal y como Teudano y yo habíamos avisado. Gracias a Dios, las gentes de aquella tierra, convenientemente advertidas, pudieron ponerse a salvo. Los moros saquearon aquella parte de la frontera, pero apenas capturaron esclavos: todo el mundo había huido antes de su llegada. Hubo caballeros que clamaron venganza y pidieron salir a combatir. Alfonso, severo, les contradecía:

—Lanzar a quinientos guerreros contra esos ejércitos es tanto como perder a quinientos guerreros. Y no podemos permitirnos perder ni a un solo hombre. Todavía no. No ha llegado el momento de pasar a la ofensiva. Primero hemos de recomponer nuestras huestes. Cuando estemos preparados para golpear, lo haremos. Pero, por el momento, hemos de estar preparados para encajar. Ya devolveremos el golpe cuando Dios nos dé fuerzas. Esta es mi orden y esto es lo que se hará.

También supimos que el emir Hisam se había rodeado de nuevos generales. Los viejos alfiles de su padre Abderramán, los generales Abu Utman y Yusuf, fueron jubilados con honores. En su lugar aparecieron dos nuevos jefes guerreros: los hermanos Abd al-Malik y Abd al-Karim, hijos de Abd al-Wahid, nietos de al-Mugait, el conquistador de Córdoba.

Alfonso seguía convencido de que el objetivo principal de Hisam era lustrar su pedestal con una victoria sobre los francos y los hechos le dieron la razón. El verano siguiente llegó a la corte de Oviedo un monje gallego. Había estado con el venerable Adulfo en el sínodo de Ratisbona y después permaneció en tierras de Carlomagno algunos meses. Allí había sido testigo de cómo el azote musulmán cayó sobre los francos.



Lo que contó aquel hombre sembró la alarma en nuestros corazones. El emir Hisam había proclamado la guerra santa, que ellos llaman *yihad*. Así levantó el mayor ejército jamás reclutado por Córdoba. Miles de caballos y decenas de máquinas de guerra —nosotros conocíamos el origen de aquello— fueron puestos a disposición del general Abd al-Malik. La hueste sarracena marchó hacia Zaragoza, donde recibió nuevas incorporaciones. Después se dirigió al paso oriental de los Pirineos y atacó Gerona arrasando cuanto encontró a su paso.

Su objetivo era, en efecto, el país de los francos, y especialmente la red de fortalezas que Carlomagno había ordenado levantar al pie de los Pirineos. El momento estaba particularmente bien elegido: en aquel instante la mayor parte de los ejércitos de Carlomagno se hallaba en el norte, en Frisia, donde se aplicaba a sofocar una sublevación de aquellas recias gentes. La tropa sarracena asedió Narbona sembrando el país de muerte y desolación. Los muros quedaron deshechos. No llegó a tomar la ciudad, ni seguramente era su propósito. Acto seguido se lanzó contra la cercana Carcasona. Allí —refería el mensajero— le salió al paso el noble duque Guillermo de Tolosa. Fue una feroz batalla en la que hubo mucha muerte. Los francos terminaron retirándose, vencidos, pero las bajas moras habían sido tantas que Abd al-Malik renunció a su presa y se dirigió hacia la Cerdeña. No quedó palmo de aquellas tierras por saquear. Bajó el río Segre y arrasó Urgel. Cuando volvió a tierras del emirato, llevaba consigo un botín de proporciones legendarias: miles de esclavos e infinitas riquezas. Había sido, sin duda, la mayor victoria conseguida hasta entonces por el emir Hisam. Teudano añadió un dato:

—Nuestra gente en Córdoba —intervino— nos ha hecho saber que el emir ha empezado a restaurar el puente romano de la capital y también ha ordenado construir una nueva torre en la mezquita. Son los frutos de su victoria. Realmente debe de haber sido fabuloso el botín.

El mensajero calló. Guardó sus manos en el hábito y bajó los ojos. Alfonso seguía mirándole fijamente.

—¿Qué máquinas de guerra llevaban los moros? —preguntó el rey.

—Arietes que perforan muros, torres de asalto, fundíbulos y catapultas... Docenas de ingenios maléficos como jamás se había visto en semejante cantidad —detalló el buen fraile.

Alfonso movió perezosamente las piezas del ajedrez sobre el tablero. Luego, calmoso, dijo:

—Todo esto es muy doloroso. Pero, aun a costa de tanto sufrimiento, lo cierto es que nos beneficia. No hay mal que por bien no venga. Ahora Carlomagno verá que la amenaza de Hisam no es cosa menor. Y entenderá que sus únicos aliados posibles contra ella somos precisamente nosotros. Hemos de aprovechar esa circunstancia. Volverás a Aquisgrán —ordenó el rey al fraile— y le llevarás un mensaje: el reino de Oviedo vuelve a ofrecer al rey Carlomagno su brazo para luchar contra el blasfemo sarraceno. En cuanto a nosotros —concluyó el rey—, debemos prepararnos: no tardarán mucho en venir por aquí.

\*\*\*

A medida que pasaban los meses, la actividad en Oviedo crecía. También el número de los magnates que se dejaban ver por allí. No debería de haberme extrañado, pero el hecho es que me sorprendió encontrarme con Creusa. La descubrí una mañana en la misa de San Vicente. A la salida, la abordé:

—Buen día nos dé Dios, Creusa. No te imaginaba tan cerca de la corte.

La muchacha rió. Estaba todavía más bella que la última vez que la vi, cuando la coronación de Alfonso.

—¿Y tú? Tú eres el que no debería estar aquí, Zonio de Mena, sino combatiendo al moro —me dijo, desenvuelta—. ¿O no es esa tu vida? Siempre de un lado a otro, sin lazos, sin tranquilidad... la pesadilla de cualquier mujer.

Me impresionó que recordara mi nombre. Estaba, sí, bella como una princesa. La caperuza que cubría su cabeza dejaba escapar unos cabellos negros que nimbaban de noche su rostro. Su boca, pequeña, se abría en una sonrisa perenne que sugería un mundo de placeres. Los ojos hechiceros, grandes, luminosos de luna, me perforaban el alma. Creusa tenía la cualidad de hacer que me sintiera infinitamente pequeño. Procuré sobreponerme. Traté de levantar una pared entre ella y yo:

—La última vez que te vi estabas con Nepociano, ese intrigante. Y con tu madre. ¿Vivís ahora en Oviedo?

—Ese intrigante, como tú le llamas —respondió Creusa con desdén—, es ahora el marido de mi madre. Es decir, mi padre.

Recibí aquella noticia como si me hubieran dado un puñetazo.

—¿Nepociano se ha casado con tu madre? Pero tu madre es bastante mayor que él...

—El patrimonio no entiende de edades, querido Zonio. Mi madre aún es bella. Y viuda de un rey. Nepociano es un hombre rico... y quiere serlo todavía más. Y a mí me viene bien tener un padre que me proteja. Todos ganamos con el arreglo.

Me quedé literalmente boquiabierto.

—Lo entiendo, pero ¿por qué venir aquí, a Oviedo? —pregunté, balbuceando—. La última vez que escuché a Nepociano... perdón, a tu padre... me pareció que no guardaba los mejores sentimientos hacia el rey.

—Nepociano es un hombre lleno de recursos. Además de rico, es también inteligente. Sabe lo que le conviene. Alfonso es ahora el rey. Y Nepociano sabrá ser su mejor servidor. Tienes que saber que Nepociano, mi padre, anda en tratos con el rey y pronto le dará una prueba irrefutable de su fidelidad. Pero hablemos de otras cosas. ¿Qué has hecho en todo este tiempo? ¿Dónde has andado metido?

Conté a Creusa mi viaje con Teudano a tierra de moros. La muchacha quedó maravillada de mi audacia. Omití detalles. No le dije nada del espionaje en el corazón del emirato. También callé sobre la búsqueda de Deva. Ese día mi corazón se dividió. Y yo sentí, íntimamente, que la serpiente de la traición rondaba mi pecho.

\*\*\*

El verano siguiente, año de Nuestro Señor 794, toda la fuerza del emirato se precipitó sobre el reino de Asturias. Nuestra gente en Córdoba nos informó de que dos grandes ejércitos iban a golpear nuestras tierras. Los hermanos Ibn Mugait alineaban a sus huestes en dos direcciones: una hacia Álava, la otra hacia Galicia. La tenaza era más poderosa que en anteriores ocasiones. El emir, ebrio de poder después de su victoria en tierras de los francos, quería dar al rey Alfonso un golpe que no pudiera olvidar. Si había logrado machacar a los ejércitos de Carlomagno, ¿qué no podría hacer contra un país tan menesteroso como el nuestro?

Supimos que uno de los ejércitos sarracenos, al mando de Abd al-Karim ibn Mugait, salía hacia Toledo. Sin duda ese sería el destinado a arrasar una vez más la frontera alavesa. Supimos también que el otro ejército, al mando de Abd al-Malik, el vencedor de Tolosa, partía con dirección a Astorga. Después dejamos de recibir noticias, pero ya no eran precisas: todos sabíamos lo que iba a ocurrir. Lo que no podíamos imaginar era el objetivo final de Abd al-Malik ibn Mugait, el vencedor de Tolosa.

Mientras su hermano Abd al-Karim saqueaba las tierras del oriente, el general Abd al-Malik penetró directamente hacia el corazón del reino. No marchó sobre Galicia, como pensábamos, sino que entró por la calzada de la Mesa y apuntó a Oviedo. Fue un ciclón imparable. Arrasó todo a su paso. Alguna mesnada que salió a su encuentro quedó aniquilada. Abd al-Malik llegó a la capital. Por fortuna, los vigías en anubda habían anunciado la llegada de los moros. Todos los habitantes de la ciudad habían huido al monte Naranco. Allí los bosques les salvaron de la matanza. Pero la ciudad, aquella ciudad que Alfonso quería convertir en su capital, quedó inerme en manos del enemigo. Casas arrasadas. Iglesias incendiadas. Campos saqueados. Toda una larga jornada duró el pillaje. La morisma durmió en los alrededores. Después se marchó por donde había venido.

Y mientras todo esto pasaba, ¿dónde estaba el rey? Estaba con nosotros, los guerreros, algunas leguas al oeste de allí. Yo cabalgaba junto a Gadaxara. El espectáculo de la destrucción me resultaba insoportable, y menos soportaba aún nuestra forzada pasividad.

—¿Por qué el rey no ataca?

—Espera el momento oportuno —respondió Gadaxara.

—Perdón, mi señor —objeté—, pero desde mucho antes de Oviedo hemos tenido oportunidad de atacar a los moros y nos hemos estado quietos. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Qué quieres? ¿Que te asen?

—¡Prefiero morir peleando antes que seguir contemplando mano sobre mano esta humillación! —exclamé.

Gadaxara me miró de arriba abajo. Pensé que iba a reprocharme mi insolencia, pero no: bajó la voz y acercó su caballo al mío.

—El rey guarda una sorpresa para Abd al-Malik —me dijo—. Los moros van a retirarse por la calzada de la Mesa. Por allí va a conducirles su guía. Un guía que les va a traicionar.

Mi gesto de sorpresa debió de ser tan cómico que Gadaxara rió a mandíbula batiente.

—¿El guía moro es uno de los nuestros? —pregunté.

—No exactamente —repuso mi jefe—. Es uno de los viejos espías de Mauregato. Uno que ha servido tantas veces a la cruz como a la media luna. Un tipo poco de fiar. Pero, para el caso, lo mismo da. Un magnate ha dado su palabra de que ahora ese sujeto trabajará para nosotros.

Una oscura intuición me cruzó por la cabeza.

—Ese magnate... ¿No será Nepociano?

Ahora fue Gadaxara quien compuso una cómica mueca de asombro.

—¿Cómo lo sabes? ¡Diablo de muchacho! ¡Tú sabes demasiadas cosas!

Referí a Gadaxara mi encuentro con Creusa y su confidencia sobre los negocios de Nepociano con el rey. A mi jefe no podía ocultárselo. El caballero, reflexivo, se limitó a comentar:

—Hay gente que siempre se las arregla para estar arriba. En todo caso, pronto comprobaremos si la fidelidad de Nepociano es tan sincera como él dice. Cuando los moros regresen de Oviedo por el camino de la Mesa lo sabremos.

\*\*\*

Abd al-Malik había escogido bien su camino de entrada y de salida: la calzada de la Mesa discurre por las alturas, de manera que es imposible atacar al caminante desde lo alto. Pero hay un punto en el camino, un pasillo entre dos cerros cerca del río Pigüeña, donde esa ventaja desaparece. Lo llamaban Lutos, por los lodos que en gran cantidad colman una hoya junto al río. Allí la vía se estrecha y el paisaje se puebla de amenazas entre abismos y cenagales. Ese fue el sitio que había escogido nuestro rey.

El ejército de Alfonso se deslizó por los caminos que, al oeste, corren paralelos a la calzada de la Mesa. Los moros habían entrado en la peligrosa curva que en el paraje de Lutos atraviesa la ruta. Nuestros exploradores, ocultos en lo alto de la cresta que domina el camino, nos iban dando noticia de la marcha del enemigo. A una señal de Gadaxara, los jinetes dejamos nuestros caballos en una campa cercana y trepamos hasta la altura. Los peones, por su parte, se dividieron en dos grupos, delante y detrás del nuestro. Hay un lugar donde la calzada hace un recodo y queda oculta por la cresta del oeste, donde nosotros nos hallábamos; al otro lado, una prolongada pendiente. Sobre el lecho, nada más que lodo. Ese era el paraje de Lutos. Y ese era el lugar donde iba a desencadenarse la tormenta de piedra y hierro.

Nos apostamos en los lugares indicados por nuestro jefe. El rey marchaba junto a nosotros. El plan estaba perfectamente preparado. Fue cuestión de segundos. El guía, en efecto, metió a los moros directamente hacia la hoya. Uno de nuestros exploradores profirió un largo chillido. Al escucharlo, el guía de los moros, el espía de Nepociano, nuestro hombre, picó su caballo y salió al galope. Los sarracenos quedaron paralizados. Fue solo un instante, pero no era necesario más. Al punto, centenares de guerreros de Asturias comenzaron a arrojar piedras y troncos pendiente abajo. El infierno cayó desde los cielos sobre los hijos de Mahoma.

La vanguardia mora intentó salir de la trampa, pero ya era tarde: una lluvia de rocas, rodando por la ladera, derribó a caballos y jinetes. También la retaguardia del orgulloso general Abd al-Malik quedó bloqueada por nuestros proyectiles. La caballería de Córdoba hizo ademán de reorganizarse, pero en aquel suelo enfangado no podían maniobrar ni hombres ni caballos: los unos se entorpecían a los otros y enseguida un caos fenomenal se apoderó de la morisma. Era el momento previsto para que nuestros arqueros vaciaran sus flechas sobre el enemigo. Y entonces el rey Alfonso dio la orden decisiva.

Cargamos con la furia de la venganza. De todas las venganzas. Yo no veía otra cosa que los cabellos rubios de Deva mientras corría pendiente abajo, segando brazos y cuellos con mi cimitarra. Estaba ciego de ira. Toda la rabia de los hijos de Asturias caía sobre la muchedumbre mora, primero quebrada por la lluvia de piedras y flechas y ahora inerme en el lodazal. Las paredes de los montes hacían eco al rugido de los guerreros y al grito horrisono de los heridos. Aquel fragor excitaba los sentidos hasta el límite de la consciencia. Un choque, luego otro, después otro aún. En uno de estos lances sentí un agudo pinchazo en mi rostro; contesté sin mirar con un revés de sable. El enemigo cayó. Un chorro de sangre me nubló la vista: el moro me había dado un tajo que rasgaba mi rostro desde la sien derecha hasta el mentón.

Me detuve, asustado. Palpé mi frente, mi oreja, mi ojo, mi nariz. Comprobé que todo estaba en su sitio. De súbito vi a un hombre que se levantaba del suelo, los brazos en alto, como implorando piedad. Apenas reparé, un instante fugaz, en sus lujosas vestiduras blancas, en su vistosa coraza de cuero repujado, en la autoridad de su gesto. Cambié de mano el arma, esgrimí la azagaya y la lancé sobre el desdichado. El arma se clavó en su pecho y un borbotón de sangre asomó a la boca del moro. Solo cuando me acerqué al cadáver para recuperar mi azagaya me percaté de quién era la víctima.

Sí, yo maté al general Abd al-Malik, hijo de Abd al-Wahid, nieto de Al-Mugait, conquistador de Córdoba. Me quedé con sus botas.

Cuando terminó el combate, los hombres se precipitaron sobre el botín. En el lecho de fango, entre los cadáveres de los vencidos, descansaban los sacos de grano, las joyas, las armas, las vasijas de plata, los copones robados en las iglesias, los lienzos de telas... Ahora los vencedores eran los legítimos dueños de todo aquello. Alfonso ordenó que los objetos sagrados fueran devueltos a las iglesias; todo lo demás quedaría en manos de los guerreros triunfantes de Lutos.

El rey me halló junto a Abd al-Malik. El jefe moro, muerto a mis pies. Mi cara, sangrando. En aquel mismo momento, sobre el campo, Alfonso el Casto me nombró caballero.

## Jaque al rey

Tardé semanas en recuperarme de la herida del rostro. Me la cosieron de mala manera en el propio campo de batalla, con la pésima fortuna de que el tajo se infectó. Caí inconsciente antes de llegar a Oviedo. Allí me llevaron a una celda del monasterio de San Vicente, la casa del abad Fromestano. Fue idea de Teudano, porque era fama que los hijos de San Benito habían guardado los conocimientos médicos de los antiguos. Durante días padecí fiebres y delirios. Me trataron con misteriosas hierbas y esencia de cobre. Poco a poco volví en mí. Cuando desperté, me contaron que una hermosa damisela había preguntado por mí tres veces. Me dieron su nombre: la hijastra de Nepociano. ¡Era Creusa!

De aquel lance de Lutos conservé, además de las botas del difunto general Abd al-Malik, una rotunda cicatriz en el lado derecho de la cara. No era la señal más adecuada para llamar al amor, pero sí para granjearme el respeto de mis compañeros de armas. En cuanto al amor... no podía olvidar a Deva, pero cada vez iba siendo más consciente de que no volvería a verla nunca más. La rabia de los primeros meses de ausencia había dejado ya paso a una fría cólera, y ahora, poco a poco, ese sentimiento dejaba a su vez lugar a una húmeda melancolía, una nostalgia de lo que no pudo ser. Quizá la cercanía de la seductora Creusa colaboró a ello.

Ya os he dicho que Alfonso me nombró caballero en el campo del honor, sobre el cadáver del general Abd al-Malik. Esta era la mayor distinción que yo podía desear. Como enfermé en el camino de vuelta, la ceremonia de ordenación se dilató. Hubo que esperar algunas semanas. Finalmente, se fijó la fecha para el mes de octubre del año de Nuestro Señor de 794. Yo acababa de cumplir veinte años. Escogí como escenario la propia iglesia de San Vicente. El rey Alfonso me hizo el inmenso honor de ser mi padrino; en la ordenación me acompañaron como testigos mi jefe Gadaxara y mi camarada Teudano.

La ordenación como caballero es algo que un guerrero no puede olvidar jamás. Fue una ceremonia austera y escueta, pero la recuerdo con una emoción profunda, como la que inspira un sacramento. Pasé una noche en vela en San Vicente, frente al sagrario, en oración y ayuno. Me había ataviado con las prescriptivas vestiduras blancas que debían manifestar la pureza de mi compromiso. Al amanecer confesé y participé en la eucaristía con los monjes del cenobio. Descansé unas horas antes de vestir mi cota de malla y el casco que fabricó el herrero Ramiro. Teudano me trajo una espada: una hermosa pieza bien templada, muy bien equilibrada en la cruz, de gavilanes rectos y



empuñadura fina bajo un pomo ornado con una gema. Ese fue el regalo de mi jefe: iba a ser mi espada. El rey apareció hacia el mediodía. Con él venía el abad Fromestano. Conforme manda la regla, salí a su encuentro con la espada desenvainada.

— ¿Estás preparado, Zonio de Mena? — dijo el rey.

— Estoy preparado, mi señor — contesté yo.

El rey entró con Gadaxara y Teudano en la iglesia. Los tres se situaron en una capilla lateral. Yo fui tras ellos y me prosterné ante Alfonso. Pronuncié las frases de ritual:

— Deseo ser armado caballero. Por mi honor juro defender con mi vida nuestra fe cristiana, las tierras del reino de Oviedo y la vida de mi señor el rey don Alfonso.

— Puesto que deseas ser armado caballero — respondió el rey —, yo te acepto como tal y te nombro caballero en el nombre del apóstol Santiago y de Dios Nuestro Señor.

El rey golpeó levemente mi cabeza con su espada. Me puse en pie. Mi padrino y los dos testigos me besaron. Desde ese día fui caballero. Más aún: pasé a formar parte de los fieles del rey.

Alfonso me preguntó qué escudo de armas llevaría como signo de mi nombre. Yo lo había pensado bien: un jabalí blanco sobre fondo azul celeste. El jabalí blanco evocaba aquel episodio de mi primera juventud que tan honda huella dejó en mi espíritu. El celeste quería evocar los ojos de Deva, mi dama para siempre perdida.

\*\*\*

Los meses siguientes fueron de preparación para lo que inevitablemente vendría. Córdoba no podía dejar sin venganza el episodio de Lutos. Todos sabíamos que a partir de la primavera siguiente, cuando el sol hubiera despejado la nieve de los caminos, tendríamos que afrontar una nueva prueba. Y sería muy dura.

Un día el rey nos llamó a los fieles. Nos convocó a su cámara. Con él estaban el abad Fromestano y el conde Basiliscus. Alfonso observaba el tablero de ajedrez. Aquel juego había dejado de ser un pasatiempo para convertirse en algo parecido a una obsesión. Se acercó a las piezas. Cogió en sus manos la figura del rey.

—Hisam sabe jugar al ajedrez —dijo Alfonso—. Esto es lo que busca: el rey. Es decir, mi persona. Su ejército volverá. En cuanto haya pasado el invierno tendremos aquí nuevamente a los hijos de Córdoba. Serán más y vendrán más fuertes. Traerán ánimos de venganza por la muerte de su mejor general. Están obligados a lavar la afrenta que les hemos infligido al derrotar al ejército que venció a los francos. Pero, por encima de todo, Hisam sabe que atrapándome a mí habrá ganado la partida. Eso nos obliga a cambiar la manera de actuar.

Alfonso clavó sus ojos grises en todos y cada uno de nosotros. Dejó la pieza sobre el tablero y prosiguió:

—El emir ha declarado la «guerra santa». Esta vez no vendrán partidas de saqueadores: esta vez vendrá un ejército dispuesto a aplastarnos. Estoy seguro. No perderá tiempo en arrasar vegas y robar ganado; marchará directamente hacia nuestra capital. Buscará mi cabeza para mandarla a Córdoba clavada en una lanza. Dios sabe que no me asustan la muerte ni el martirio, pero hemos de hacer lo posible para eludir la amenaza. Mirad lo que hemos conseguido: nuestro reino florece, los golpes del enemigo no nos doblegan, Carlomagno y Roma nos reconocen, somos ya la cabeza de la España cristiana y por primera vez nuestras fronteras se proyectan hacia el sur. Somos libres. Si ahora flaqueamos, volverá la esclavitud.

Toda la asamblea asintió. En realidad, poco había que oponer a las palabras de Alfonso: el rey tenía razón y todos lo sabíamos. Gadaxara fue el primero en preguntar:

—¿Cuáles son vuestras órdenes?

—Ante todo, preparar las cosas para recibir al enemigo —respondió el rey—. Los moros ya saben que por la vía de la Mesa pueden entrar en el reino sin exponerse a emboscadas de montaña. Seguramente se agruparán en Astorga y querrán penetrar por ahí. No les dejaremos entrar. Formaremos un ejército con todo lo que tengamos. Hay que aprovechar el invierno para alinear a los hombres. Toda la gente de armas del reino tiene que estar avisada. Eso incluye a gallegos y vascos. Hay que empezar a dar noticia cuanto antes. Teudano hablará con los gallegos. Gadaxara, con los vascos. Cuando empiece el verano, nuestros hombres deberán concentrarse ya en torno a Oviedo. Hay que prever que podamos estar un par de meses inactivos, esperando. El abad Fromestano se encargará de disponerlo todo para el avituallamiento. Por otra parte, Teudano, es importante que nuestros informadores estén alerta. Cuanto antes conozcamos la dimensión del ejército enemigo y su ruta, mejor podremos preparar la defensa. Ese será el tablero. Y que Dios nos ayude.

Así se hizo. Aquella Navidad la celebramos los hombres de la hueste en el campo: recogiendo caballos, haciendo acopio de provisiones, visitando aldeas, estudiando rutas... Cuando acabó el invierno habíamos alistado a cerca de diez mil hombres entre caballeros y peones. Teudano y yo ocupamos varias semanas en adiestrar a las gentes que pudimos reunir en los entornos de Oviedo. ¡Cómo nos habría ayudado en este trance tener a mi añorado *miles* Juan! No hubo aldea que no comprometiera al menos un mozo: en cuanto terminara la cosecha, todos esos hombres se incorporarían a la hueste del rey. La ocasión lo requería.

A medida que el verano se acercaba, los distintos jefes de hueste fueron apareciendo allí con sus mesnadas, lo mismo los nobles gallegos que los jefes vascones. El rey, prudente, dispuso tres cuerpos para prevenir los posibles caminos de penetración del enemigo. Uno de esos cuerpos, de en torno a dos mil jinetes, acudiría al este para cubrir las llanuras de Álava y la Bardulia. El segundo, de otros dos mil hombres, se situaría detrás del Bierzo, en la calzada que conducía a Lugo. El tercero y principal, con el propio rey al frente, iba a emplazarse en las Babias cubriendo dos de las vías de entrada a Oviedo: el puerto de la Mesa y el puerto de la Ventana. Teudano marchó con el grupo del oeste. A Gadaxara y a mí nos correspondió el núcleo central.

El lugar que Alfonso había escogido para esperar a los musulmanes presentaba muchas ventajas: se trataba de una estrecha llanura entre las diminutas aldeas de Cabrillanes y San Emiliano, un terreno de praderas que, a nuestras espaldas, quedaba protegido por montañas. Frente a nosotros teníamos los montes de Omaña y Luna. Veríamos venir a los moros con tiempo suficiente para preparar la defensa. Si la cosa se torcía, la Mesa y la Ventana ofrecían dos buenas vías de escape. La lucha sería dura, pero era posible aguantar. Ya solo restaba aguardar la inevitable llegada del enemigo.

\*\*\*

Apenas nos habíamos instalado en la llanura de las Babias, terminando el mes de agosto, cuando llegó un mensajero. Traía noticias alarmantes: constaba la salida de Córdoba de dos fuertes ejércitos musulmanes, pero ambos caminaban hacia el noroeste con dirección a Astorga; no había señal alguna de ejércitos moros en dirección al este. Eso significaba que Córdoba iba a concentrar toda su potencia sobre nuestro frente. ¡Y nosotros teníamos a parte de nuestra hueste en oreinte, a varios días de distancia! Alfonso cursó órdenes para que el contingente desplazado a las tierras de Álava se incorporara a toda prisa al lado occidental. No tendría tiempo material de llegar a las Babias, pero al menos podría estacionarse algo más al norte, en la confluencia del Trubia con el Nalón, cerca de Oviedo, y protegernos las espaldas.

La sorprendente maniobra mora hablaba con elocuencia: el emir Hisam se había propuesto aniquilarnos. Alfonso, no obstante, desconfiaba.

—Si yo estuviera en el lugar de Hisam, no concentraría toda mi fuerza en un solo punto: es demasiado arriesgado en un territorio como este. Él sabe que nosotros somos pocos. Si yo fuera él, más bien trataría de dividir la fuerza enemiga y envolverla. Por eso nos ha enviado dos ejércitos distintos. Uno va a ir contra nosotros, el fundamental. El otro seguramente saqueará Galicia. A estas horas Hisam ya debe de saber dónde estamos y cuántos somos. Él también tiene espías. Por tanto, sin duda conoce que nuestra cobertura en Galicia es muy escasa. Y no podemos prescindir de ella; de lo contrario, nos arriesgamos a que los moros saqueen libremente el país. Recemos para que Teudano sepa frenarlos.

El siguiente mensajero confirmó la intuición de Alfonso: uno de los ejércitos sarracenos, el de menor rango, había tomado el camino de Astorga hacia Lugo, lo cual nos obligaba a prescindir de nuestras tropas en aquella región. El otro ejército moro permanecía en Astorga recibiendo continuas incorporaciones. La última, la división de caballería de Sidonia al mando de un famoso caudillo llamado Farach Ibn Kinana. Y el jefe de toda aquella hueste sarracena era, en efecto, Abd al-Karim ibn Mugait, el hermano del difunto Abd al-Malik cuyas botas yo calzaba.

Ya mediaba septiembre cuando nuestros hombres en anubda nos anunciaron la ofensiva: la caballería mora abandonaba Astorga y se dirigía hacia los montes de las Babias, es decir, hacia nosotros. Eran no menos de diez mil jinetes. Alfonso dio orden de evacuar las praderas: ni un solo paisano debía quedar expuesto al enemigo; todos deberían refugiarse en los montes. Eso nos permitiría combatir sin preocuparnos por la suerte de los campesinos y, por otra parte, despejaría el campo de obstáculos.

El 18 de septiembre, con el sol ya en lo alto, vimos a la hueste mora salir de los montes de Omaña. La muchedumbre sarracena se abalanzó sobre nosotros como un ciclón. Primero era una nube de polvo. Después una nube de gritos. Luego una masa compacta de caballos al galope. Al fin pudimos ver los rostros de los jinetes moros, la división de Sidonia, envuelta en túnicas negras y agitando lanzas y cimitarras. Era nuestro turno.

El rey Alfonso sabía bien qué hacer. Todas las trompas y todos los cuernos de la hueste cristiana sonaron al tiempo para amedrentar al enemigo. Nuestra caballería más pesada, fuertes y corpulentos animales montados por hombres protegidos con corazas y armados con gruesas lanzas, cargó en frente

cerrado contra el centro del ataque musulmán. Gadaxara cabalgaba en cabeza. El choque levantó un trueno en el valle.

Gritos de hombres, relinchos de caballos, lamentos de heridos, estruendo de armas golpeando entre sí. Los moros, como siempre, trataron de mover sus alas para envolver a la vanguardia cristiana, pero Alfonso conocía ese truco y no les dio opción: cohortes de peones protegidas por caballeros salieron rápidamente desde nuestros flancos y detuvieron la maniobra enemiga. Yo formaba en el ala derecha, la que daba a Cabrillanes. El movimiento tuvo éxito. Centenares de jinetes moros acabaron en tierra, defendiéndose como podían de nuestra acometida. El combate quedó trabado. El grupo del centro, siempre bajo el mando de Gadaxara, había detenido la carga mora y ahora nuestros jinetes intentaban forzarles a la retirada. En las alas nuestros peones llevaban mucha muerte a los sarracenos. Yo intenté progresar con algunos hombres hacia nuestra izquierda, para envolver a los musulmanes. Hubo un momento en que vi la victoria al alcance de la mano. Pero Abd al-Karim no había dicho su última palabra.

Cuando más cerca veíamos el triunfo, una nueva nube apareció de entre los montes de Omaña. Eran los refuerzos de los moros. El general de Córdoba había estado aguardando a que llegara el momento oportuno. Cuando vio que su vanguardia flaqueaba, ordenó que la retaguardia, con él mismo al frente, acudiera en su socorro. ¡Y esta era tan numerosa como la primera oleada de combatientes! Estábamos perdidos.

El rey Alfonso reaccionó con rapidez y dispuso que los cuernos tocaran retirada. Era muy importante replegarse con orden: no hay nada tan letal como una fuga en desbandada. Una parte de nuestro contingente se replegó por el camino de la Mesa hacia Oviedo. El grueso de las tropas, con el rey a la cabeza, tomó la ruta que lleva al puerto de Ventana. Era una buena elección: ese camino es tan accidentado, tan lleno de rampas y curvas, que la velocidad de los caballos moros quedaba anulada por el terreno. Nuestra hueste había sido bien adiestrada. Mesnada tras mesnada, sin excepción, todos los combatientes de la cruz fueron ganando ordenadamente el camino de la Ventana. Yo también.

En otras circunstancias, unos años atrás, la retirada habría resuelto la jornada: los atacantes permanecerían saqueando el campo y los vencidos habrían podido salvar al menos la vida. Pero esta vez todo era diferente. Esta vez los moros no buscaban saquear los campos. Esta vez los ejércitos de Córdoba querían la cabeza del rey. Y así las tropas de Abd al-Karim se lanzaron en persecución por la vertiginosa senda de la Ventana, obligándonos a forzar la marcha para eludir su golpe letal. La batalla estaba lejos de haber terminado.

\*\*\*

El rey había dado órdenes muy concretas para prevenir esta contingencia. El grueso de la tropa debía encontrarse a la salida del camino, en el paraje de Morcín, dispuesto para formar una línea defensiva que detuviera el avance moro y por lo menos pudiera salvar Oviedo, la capital. En aquel punto debían encontrarse Gadaxara y Alfonso con el grueso de las tropas, pero también con el otro grupo, el que se había replegado por la calzada de la Mesa. Y si nada había fallado, igualmente tenía que aparecer el contingente desplazado en oriente y que a estas horas ya debía de hallarse cerca de Oviedo. Aún era posible cambiar el curso de las cosas.

En la retirada, Gadaxara me dio una orden: retrasar lo más posible la marcha de los moros. Eso significaba cubrir la ruta de obstáculos, tantos y tan sólidos como pudiéramos encontrar, de modo que los nuestros tuvieran más tiempo para reorganizarse. Hicimos cuanto pudimos: troncos, rocas, trampas, matas ardiendo, incluso los cadáveres de los caballos que encontrábamos... todo valía para conseguir nuestro propósito. La persecución fue angustiosa; el trecho que nos separaba del moro era tan corto, que no pocas veces podíamos ver el rostro de nuestros enemigos mientras, a toda prisa, levantábamos una barrera: Perdí una docena de hombres en el empeño, alcanzados por las flechas sarracenas. Cuando logramos llegar al campo donde se había reunido la tropa, horas después, a orillas del Quirós, los moros venían pisándonos los talones. Misión cumplida. Pero nada salió bien.

El grupo que debía llegar desde la calzada de la Mesa no apareció. Más tarde nos enteraríamos de que, extraviado, acabó saliendo a Oviedo por otro lugar. Tampoco apareció el contingente de refuerzo que esperábamos, aquel inicialmente desplegado en Álava y las Bardulias. De manera que el rey Alfonso se encontró con una hueste muy reducida, de apenas tres mil hombres, frente a una fuerza muy superior. Era preciso improvisar. Algo que Alfonso detestaba.

Creo que en aquel momento debió de venir a la mente del rey el ajedrez que nos regaló Sisnando. El hecho es que, mortalmente acosado en el tablero, el rey decidió sacrificar a un caballo. Era Gadaxara. El rey miró a mi jefe y le dijo:

—Solo tenemos una oportunidad: que nuestras huestes retengan aquí a los moros. Nuestra fuerza es muy inferior. Hacen falta guerreros de primer orden. Gadaxara, tú eres el mejor guerrero que conozco. Yo...

—Os juré fidelidad hasta la entrega de mi vida, mi señor —interrumpió mi jefe—. Si ha llegado el momento supremo, sabré vender cara mi piel.

—Tendrás que aguantar todo lo que puedas. Aquí, en este tramo del Quirós, hay un paraje estrecho que puede facilitaros la defensa.

—Señor —se impacientó Gadaxara—, me colocaré donde decís y taparé la entrada de los moros. Ahora, ¡escapad!

—¿Cuántos hombres necesitas? —insistió el rey—. Tengo tres mil a tu disposición.

—Esos tres mil, señor, os harán falta más adelante si nosotros fallamos aquí. Además, para un paraje tan estrecho no necesito tantos: no podría moverlos. Dadme trescientos. Con ellos cargaré contra el enemigo y retrasaré su marcha. Si quieren pasar, tendrán que hacerlo por encima de trescientos guerreros de Asturias.

El rey abrazó a Gadaxara y se marchó. Yo también abracé a mi jefe.

—Quiero quedarme contigo —le dije.

—¡Ni hablar! —bramó él—. Harán falta más líneas de defensa. ¡Marcha ya con el rey! ¡Y que Dios os acompañe!

El resto de la hueste cruzó el río. Yo, junto al rey. Alfonso se resistía a dejar el lugar. Algo en su interior le impedía abandonar a Gadaxara a su suerte. Prefirió permanecer al otro lado del río, en las alturas de las Agüeras.

—Mantengámonos aquí —me dijo—. Quizá sea posible intervenir en algún momento, ayudar a Gadaxara y frenar a los sarracenos.

Al poco apareció la muchedumbre mora. El rey esperaba que la línea de Gadaxara resistiera el tiempo suficiente para trabar las líneas enemigas. En ese momento podríamos cargar con expectativas de éxito. Pero no hubo la menor oportunidad: Abd al-Karim estaba atacando con todo lo que tenía. En pocos minutos la oleada enemiga se tragó a Gadaxara y sus caballeros.

Con angustia vimos cómo la hueste de Gadaxara quedaba inmediatamente rodeada por millares de jinetes musulmanes. Enardecidos por la llamada a la guerra santa, los moros no habían perdido ni un minuto en saquear campos, como otras veces hicieron. Esta vez su botín no cabía en las alforjas, sino que se hallaba en su paraíso, al otro lado de la vida, y para conquistarlo debían sacrificar cualquier ambición en pos de un único objetivo: dar caza a nuestro rey.

El rostro de Alfonso exudó un sufrimiento sin límites cuando vio desaparecer la figura de Gadaxara en una nube de polvo y sangre y muerte. Aquel hombre, mi jefe, había sido colocado junto al rey cuando Alfonso era todavía un mozuelo; después sirvió a otros señores, pero él fue quien, después del fracaso de Bermudo, acudió a buscar al rey a su exilio de Álava. Desde entonces le había servido con una fidelidad inquebrantable. Y ahora Gadaxara, después de casi medio siglo de existencia, parecía haciendo honor a su juramento de fidelidad. Entraría en el cielo con un lugar destacado junto al Señor de los Ejércitos. Alfonso dio orden de escapar de allí.

\*\*\*

A toda prisa descendimos en dirección a Oviedo. Por Argame cruzamos las aguas del río Caudal, que van a dar en el Nalón. No lejos de allí, en un paraje boscoso que llamaban el Soto, bien guarnecido por los tajos naturales que en el suelo trazan los ríos, Alfonso había mandado edificar un castillo. Era uno de los puntos fuertes que habíamos avituallado a conciencia durante el invierno. Ese sería nuestro siguiente punto de defensa. «Después del caballo, la torre», pensé siguiendo las jugadas del ajedrez.

Nuestras fuerzas iban mermando. Por fortuna tuvimos noticias de que el grupo que se había retirado por la calzada de la Mesa ya estaba cerca de Oviedo. También supimos que el contingente desplazado al este por fin llegaba a las cercanías de la capital. La hueste mora seguía siendo más numerosa y fuerte, pero, si conseguíamos aguantar el tiempo necesario, quizá pudiéramos darle batalla con todas nuestras tropas reunidas. Para eso había que resistir en el castillo del Soto. Esa era ahora nuestra misión.

El propio Alfonso se instaló en la fortaleza y organizó la defensa. Dos líneas sucesivas de guerreros de Asturias, desplegadas delante del castillo, frenarían al invasor. Dentro de los muros, un tercer grupo permanecería dispuesto a entrar en combate para reforzar la defensa. Si la presión enemiga se hacía insostenible, entonces las líneas adelantadas retrocederían buscando la protección del castillo. A mí se me encomendó permanecer en la segunda línea, sobre el campo. Yo no podía apartar de mi cabeza la noción de que aquel hombre al que nos enfrentábamos, Abd al-Karim, era el general que había castigado con fiereza los muros de Gerona y Narbona. Ahora no traía máquinas de asedio, pero tampoco nuestros muros eran como los de las ciudades de los francos.

Me aterró ver que el general moro, una vez más, cargaba con todo lo que tenía. Aunque sus pérdidas habían sido sensibles, la hueste sarracena seguía empleando hasta el último hombre y su número resultaba muy superior al



nuestro. Sin duda le habían prometido algo muy grande si conseguía capturar al rey. Esa expectativa debía de unirse en su espíritu al afán de venganza por la muerte de su hermano, el general al que yo maté y cuyas lujosas botas, a modo de trofeo, calzaba en mis pies. Más me valía morir en combate: si los moros me atrapaban con esas botas, me desollarían vivo como castigo.

Los jinetes de Abd al-Karim se lanzaron contra nuestra primera línea. El general moro se dejó ver en el centro de sus huestes: amplias vestiduras blancas, coraza de cuero negro repujado, un estandarte verde junto a sí. Yo ya no sentía miedo ni cansancio ni nerviosismo ni ninguna otra cosa: una especie de lucidez tensa y fría se había adueñado de mi ánimo. Impasible contemplé cómo nuestra primera línea empezaba a resquebrajarse bajo la acometida sarracena. Ordené acudir en su socorro: espoleé a Sisnando y, azagaya en mano, encabecé la carga de mis hombres. Derribé a un moro; después a otro. Detuve con mi escudo la cimitarra de un tercero. Cada uno de nuestros hombres luchaba contra tres o cuatro musulmanes. Pronto vi que no podríamos aguantar mucho más. Aun así, sacando fuerzas de flaqueza, las armas de Asturias enviaron a las de Córdoba su mensaje de muerte.

En ese momento ocurrió algo sorprendente: la vanguardia mora se retiró unos pasos del campo. ¿Por qué? ¿Huían? ¿Qué ocurría? Había que reaccionar con rapidez. Me dispuse a dar la orden de avanzar: si conseguíamos desarticular la retirada mora, la batalla sería nuestra. Pero justo en ese instante sonaron a nuestra espalda las trompas del castillo ordenando retirada. Quedé desconcertado: teníamos la victoria al alcance de la mano —pensaba yo— y en ese trance el rey ordenaba retroceder. Pero no había alternativa: los hombres, al escuchar las trompas, salieron de estampida hacia los muros del castillo. Yo les imité. Y entonces lo entendí todo.

Según corríamos hacia el castillo, una nube de flechas procedente de los muros cruzó sobre mi cabeza. Miré hacia atrás: una nueva oleada sarracena se abalanzaba sobre nosotros. La retirada mora no había sido tal, sino solo un relevo en la vanguardia. Jinetes de fresco enviados por Abd al-Karim tomaban ahora el lugar de sus camaradas. Nuestros arqueros trataban de detenerlos con aquella lluvia de dardos. Di gracias al cielo: si hubiéramos permanecido en la línea un minuto más, nos habrían destrozado.

La lluvia de flechas bastó para frenar la carga mora. Nuestros hombres se acogieron a la protección del castillo. Pero fue por poco tiempo, porque el rey había dispuesto abandonar el lugar. Mientras grupos cada vez más reducidos de nuestros arqueros seguían enviando sus saetas, ahora incendiadas para quemar el campo y detener al moro, la mesnada de Alfonso se replegó hacia la capital. Empezó a caer la tarde. Las llamas interpusieron una barrera entre el

enemigo y su presa. Cuando Abd al-Karim forzara las puertas del baluarte, lo encontraría vacío. El rey Alfonso, huyendo del jaque, había sacrificado ahora la torre.

\*\*\*

Caía ya la noche cuando llegamos a Oviedo. Inmediatamente se dio orden a todos los habitantes de abandonar la ciudad. El monte Naranco ofrecía una buena protección para ellos. Echamos cuentas: habíamos comenzado el combate con seis mil hombres; de ellos, alrededor de un millar había caído en el primer choque en las Babias o en la retirada por la Ventana, y otros dos mil se habían perdido por la calzada de la Mesa. Al río Quirós habíamos llegado unos tres mil. De ellos, algo más de trescientos habían perecido con Gadaxara en su línea de resistencia. Y no serían menos de quinientos los que después habían entregado su vida en el castillo del Soto. Nuestra hueste ahora no llegaba a los dos mil hombres. Era una catástrofe. Incluso en el caso de que los moros hubieran perdido la mitad de su fuerza, aún nos doblarían en número. En semejante inferioridad no podía pensarse siquiera en defender la capital.

Oviedo parecía una ciudad fantasma, vacía de humanidad. No había más que guerreros sucios, silenciosos y cansados, con la derrota pintada en el rostro. El haber salido vivo de aquella terrible jornada apenas compensaba la humillación del fracaso. Al menos tuvimos el alivio de saber que el grupo perdido, el de la calzada de la Mesa, estaba ya en la ciudad. De sus dos mil hombres, algo más de quinientos habían perecido en la batalla y un par de docenas había desertado durante el repliegue. También supimos que la mesnada del este al fin estaba en las inmediaciones. Eso ya daba mayor solidez a nuestras filas. Pero el rey pensaba otra cosa.

Alfonso ordenó reunir a los jefes de hueste y a sus caballeros. Su gesto delataba un agotamiento absoluto. Le costaba caminar y su espalda, habitualmente derecha como una lanza, se encorvaba hoy bajo el peso de los acontecimientos. Nos convocó en su cámara, vacía ahora de lacayos y escribanos. La luz de las velas trazaba en su rostro sombras funestas. Nos expuso la situación:

—Hemos intentado detener a los moros y no hemos podido. Su objetivo sigue siendo apoderarse de mi persona. Ahora están a pocas leguas de aquí. Mañana por la mañana atacarán. Podemos hacer dos cosas: una, presentar batalla con todas las fuerzas que aquí hemos reunido...

—¡Demos la batalla! —gritó un jefe de tribu vascón. El rey apenas le prestó atención.

—...La otra, vaciar la ciudad y que el moro no encuentre aquí alma alguna. Si damos la batalla, nada nos garantiza que podamos ganarla. Ellos siguen siendo más. Pero es que, incluso si la ganamos, nuestras pérdidas serán tan enormes que no tendremos posibilidad material de organizar un nuevo ejército para el año que viene, cuando Córdoba vuelva a mandar aquí a sus huestes. Y entonces la catástrofe será total.

Un denso silencio se apoderó de la asamblea. Todos sabían que el rey decía verdad: los que allí estábamos reunidos éramos toda la fuerza de Asturias, sin contar con los dos mil guerreros que Teudano acaudillaba en algún lugar de Galicia. Y si aquí perecíamos, nadie podría defender el reino cuando el emir lanzara su próxima ofensiva.

—Por tanto, la única opción es abandonar la ciudad —prosiguió el rey—. Reunamos a la hueste y salgamos hacia las montañas. Si está de Dios, podremos golpear nuevamente como lo hicimos en Lutos. Si no, al menos estaremos preparados para ponérselo difícil la próxima vez.

¡Abandonar la ciudad! Era huir ante el enemigo. Era confesar la derrota. Era algo peor que la muerte en combate. Pero Alfonso estaba decidido. Para atenuar la consternación que se apoderó de nuestros pechos, el rey concluyó:

—Yo os juro solemnemente que pronto, muy pronto, nuestras armas obtendrán cumplida venganza. Ahora, marchemos: no les demos lo que buscan.

Y así, todos abandonamos Oviedo.

Salimos de la ciudad esa misma noche, sin esperar a las luces del alba. El rey se aseguró de llevar consigo las reliquias santas y otros objetos de sagrado valor. La hueste caminaba en triste silencio a la luz de las antorchas. Buscamos el monte Naranco, donde se habían refugiado los habitantes de la ciudad; allí podríamos protegerles si los moros, cosa improbable, iban en su busca. No quedaba otra alternativa que asistir, impotentes, al segundo saqueo de Oviedo.

\*\*\*

Los moros entraron en Oviedo. El rey no quiso verlo. La hueste de Abd al-Karim, miles de jinetes, quizá seis mil, se extendió por toda la ciudad como una plaga. Quemaron casas. Arrasaron prados. Saquearon palacios e iglesias. Pronto el humo de los incendios alcanzó el cielo. De pronto, el silencio.

Abd al-Karim, yo mismo pude verlo desde nuestro escondrijo en el monte, reunió a sus capitanes en un descampado. Era él, sin duda: las vestiduras blancas, la coraza de cuero negro, siempre el estandarte verde a su

lado. Algo dijo el general sarraceno a sus lugartenientes, no sé qué. Probablemente les informaría de que allí no estaba lo que andaban buscando: la cabeza del rey Alfonso.

Al instante, la tropa mora se agrupó, recogió todo lo que había robado y salió a escape. Los sarracenos volvieron por donde habían venido. A toda prisa. Como si huyeran. Quizá temían caer de nuevo en una trampa como la de Lutos. Tan rápida fue su salida que no nos dio tiempo a prepararles una emboscada. Abd al-Karim volvía rico y victorioso, pero sin conseguir su objetivo. Aquel nuevo jaque al rey también había fallado.

A nosotros nos cupo el desconsolado trabajo de recoger los cadáveres. Me ofrecí para ir yo mismo al cauce del río Quirós a buscar el cuerpo de mi jefe, Gadaxara. Muchos hombres de la hueste me acompañaron. Encontramos a nuestro caudillo cosido a lanzazos, los ojos abiertos, la boca cerrada en un ademán sereno, los cabellos salvajemente revueltos, la mano crispada sobre la empuñadura de su espada. Allí mismo le enterramos, junto a los trescientos valientes que protegieron nuestra retirada. Más tarde los moros tratarían de hacernos creer que habían tomado preso a Gadaxara; incluso pidieron por él un rescate. Pero no era cierto. Gadaxara no estaba preso. Yo mismo le di cristiana sepultura a orillas del río Quirós.

Nuestra única alegría en aquellas aciagas semanas fue saber que Teudano, mi amigo, que había estado cubriendo el paso del oeste durante la ofensiva mora, había triunfado en su empeño. El segundo ejército sarraceno, el que atacó en dirección a Lugo, pasó como un ciclón por campos y aldeas, pero en algún momento de su camino se encontró con Teudano. Los moros, desprevenidos, cargados de botín, no pudieron reaccionar. Todo ocurrió en un paraje que llaman Piedrafita, al pie de la sierra de Ancares. Los moros volvían de Samos. Allí cayeron en la trampa. Teudano apareció en Oviedo con más de mil cautivos sarracenos. Y, por supuesto, con todo el botín que los moros llevaban. Así pues, los musulmanes, después de todo, también tenían algo que lamentar.

\*\*\*

El rey Alfonso consagró todos sus esfuerzos en los meses siguientes a reconstruir su capital. Era la segunda vez que la veía destruida. Muchos que en su día habían saludado con alborozo al nuevo rey, empezaban ahora a dudar de su propia apuesta. Alfonso había vencido a los moros en Lutos, sí, pero después de haber visto arrasada su capital una vez. Y había escapado del mejor general musulmán, sí, del vencedor de Narbona, pero al precio de una segunda destrucción de Oviedo. ¿Cuánto tiempo más podríamos aguantar? En los

alrededores de la corte seguía moviéndose la vieja facción, la de los partidarios del pacto con Córdoba. El respaldo del rey flaqueaba. Los magnates estaban temerosos. Los caballeros, vencidos. El pueblo, empobrecido. Para colmo, la iniciativa del rey de vigilar la honorabilidad de los clérigos y garantizar su celibato —una sugerencia de Beato— le había dispensado no pocas antipatías entre las gentes de la Iglesia, que hasta ahora habían sido su principal soporte. La vida de Alfonso podía correr peligro. Hubo que extremar las precauciones.

Me irritó ver en palacio a Nepociano. En los meses previos a la catástrofe se había evaporado y ahora aparecía de nuevo allí, como para gozar con la derrota de Alfonso. Sé que habló con el rey. No sé de qué. Pero una tarde de aquel otoño tuve un encuentro que levantó un bosque de sombras en mi espíritu. Fue Creusa.

—¡Zonio! ¡Zonio!

Salíamos de misa en San Vicente y la muchacha corría a mi encuentro con la alegría de quien porta excelentes noticias.

—¡Creusa! Un placer volver a verte. Estás cada vez más hermosa. —No mentía: realmente lo estaba.

—Déjate ahora de galanterías —replicó ella, fingiendo enojo—. Tengo algo muy importante que contarte.

—Te escucho —le dije con indiferencia.

—Se trata de Nepociano. Mi padrastro. El rey le ha hecho conde de palacio.

Creusa tenía la cualidad de dejarme siempre asombrado.

—¡Conde! —exclamé—. ¿Por qué? ¡Si ni siquiera estuvo con nosotros en la batalla...!

—Nepociano no combatió —repuso Creusa irritada—, pero puede aportar otras muchas cosas al reino. Cosas tan importantes que el rey le ha hecho conde. Pensé —dibujó un mohín de contrariedad mientras hablaba; era arrebatadora—... pensé que te alegraría saberlo. Por si alguna vez habías dudado de que estamos en el mismo bando.

Dejó caer aquellas palabras como quien carga sobre espaldas ajenas el mayor de los reproches. Salió corriendo y me dejó allí, plantado, bajo la lluvia lenta de Oviedo, sintiéndome culpable y al mismo tiempo advirtiéndome que un

ascua ardía en mi interior cada vez que Creusa se acercaba. ¿Me estaba enamorando?

Esa misma tarde decidí abandonar Oviedo. Volvería a Mena.

## El país de los castillos

Teudano había ocupado el lugar de Gadaxara en la hueste de los fieles del rey. Acudí a verle. Necesitaba su permiso para marchar. Teudano no lo entendía.

—¿Ahora te quieres marchar? ¿Qué te pasa? ¿No te tratamos bien aquí?

Tuve que contarle toda la verdad. O casi toda.

—Mi sitio está junto al rey, como caballero suyo que soy —proclamé solemne—, pero el ambiente de la corte me asfixia. He sabido que Nepociano ha sido nombrado conde de palacio. ¿Tú sabes cómo conocí a Nepociano?

—Sí, me lo has contado —dijo Teudano con fastidio—: aquella conversación tras la cortina en tiempos de Mauregato. Pero escucha, Zonio, los tiempos cambian y las gentes también. Quizá Nepociano ha ofrecido al rey algo especialmente importante. Ese hombre es un intrigante, es cierto, pero juega con muchas cartas en la mano. Acuérdate de Lutos: en realidad ganamos porque el guía de los moros era agente suyo. Quizás ahora Nepociano ha mostrado al rey más cartas como esa.

—Sea como fuere, Teudano, me cuesta aceptar que tengo que vivir con una víbora en el lecho.

—Y a propósito de lechos —atajó Teudano, burlón—, ¿no tendrá algo que ver la bella hijastra de Nepociano en todo esto?

—Eso no es asunto tuyo —repliqué sonrojado—. Lo de esa mujer solo complica las cosas. Nada más.

Teudano me miró fijamente unos instantes. Luego me dijo:

—Está bien, te sales con la tuya. Te dejaré salir de Oviedo. Pero solo porque tengo una misión para ti. ¿Has oído hablar de los castillos que Bermudo ordenó levantar al sur de las Bardulias y que tanto interesaban al rey Alfonso?

Por supuesto que había oído hablar de aquellos castillos. Además, buena parte de ellos bordeaban el valle de Mena, mi hogar. Contesté afirmativamente. Teudano prosiguió:

—Ya hay muchos levantados. Hay que visitarlos, comprobar sus defensas y verificar que los señores locales los tienen bien abastecidos de hombres y de víveres. Pensaba hacerlo yo, pero, puesto que te ofreces a salir de la ciudad, puedes encargarte tú.

—Te lo agradeceré eternamente —dije exultante.

—Ya tendrás ocasión. Ahora hablemos de lo que has de hacer. Esta misión no puedes cumplirla tú solo —continuó Teudano—. Te llevarás a una decena de hombres de la hueste. Ojo, que sean de los nuevos. Servirá para que aprendan un poco y para que se familiaricen con las cosas de la guerra. Tendrás que recorrer la frontera desde las tierras de Álava hasta la vieja Area Patriniani. Ya, ya sé que es tu casa. Tanto mejor. Así podrás ver a tu familia. Procura volver aquí para la primavera, en previsión de la próxima aceifa del emir de Córdoba. Y asegúrate de que esos castillos quedan bien defendidos. Te daré mensajes firmados por el rey para los señores de estos parajes. Y olvídate de Nepociano —dijo mi jefe y amigo en una última advertencia—: el rey sabe lo que hace.

\*\*\*

Escogí a diez hombres de entre los guerreros que se habían sumado a la hueste del rey en los días de las Babias y el Quirós. Procuré que fueran de la zona: vascones y cántabros, porque conocerían mejor el terreno y porque se sentirían más predispuestos a hacer bien su trabajo. Recuerdo perfectamente sus nombres: Juanti, Zuría y Eneco venían del señorío de Mundaca, una, para mí, selvática tierra de Vizcaya; Azano y Fortún eran de Orduña; Munino, de Ayala; Armando, Hudelisco y Pedro habían salido de Sopena, donde los montes de hierro; Lope era de Carranza, como yo. Todos muy jóvenes, casi unos niños aún. Y valientes y despiertos. Ellos fueron mi primera mesnada.

Con mis diez muchachos cabalgué hasta la tierra de Ayala. Galopar libremente por el reino, lejos del ambiente de Oviedo y de los ojos de Creusa, me despejó la cabeza y los pulmones y me infundió un raro optimismo. En Ayala, por supuesto, acudí a ver a la dulce Argilo, la prima de Alfonso. No lejos de allí, en Iruña, cerca de una antigua ciudad romana, estaba el primer castillo que debíamos inspeccionar. El jefe local era un joven terrateniente llamado Munio Núñez. Al parecer, conservaba estrecha amistad con el rey Alfonso desde los tiempos de su exilio en estas tierras.

Para mi frustración, no encontré a Argilo. En el viejo caserón de Ayala solo estaba el presbítero Juan, a quien el rey, según se rumoreaba, iba a hacer obispo. Juan me informó de los últimos sucesos: Argilo se había prometido en matrimonio al tal Munio Núñez. Confieso que la noticia me irritó sobremanera.



Yo jamás había pensado en hacer mía a Argilo, y sin embargo... de algún modo, en el fondo de mí, latía la esperanza de que aquella dulcísima mujer me estuviera reservada. El pronto obispo Juan me entretuvo contándome sus planes de colonización en los valles cercanos del sur: Losa, Valpuesta, Valdegovía, Tobalina... Un gran proyecto, sin duda. A mayor escala que el de mi familia en Mena. Era muy interesante, sí. Pero, después de la desagradable nueva sobre Argilo, yo no tenía cuerpo para colonizaciones. De un humor de perros, abandoné el caserón para dirigirme al castillo de Iruña. Donde tendría que encontrarme con el tal Munio, para mi contrariedad.

Fue el propio Munio Núñez quien salió a recibirnos al frente de unos pocos hombres. De entrada sentí una hostilidad infantil hacia él: ese era el hombre que me había arrebatado a Argilo. No obstante, el tal Munio resultó ser un caballero de una pieza, resolutivo y despejado, de maneras cordiales y muy dueño de sí. Él mismo había dirigido las obras del castillo. Nos lo enseñó sin omitir un detalle. Se trataba de una sólida construcción con basamento de piedra y muros de fuerte madera, levantado sobre un promontorio del terreno a orillas del río Zadorra. Desde allí se podía divisar con ventaja cualquier penetración enemiga. Munio, en un despliegue de celo, había fortificado también los alrededores con estacas en erizo y con esas grandes rocas puntiagudas que llaman dientes de dragón. Tuve que aceptar que era un jefe excelente. No obstante, picado como estaba, hice algún comentario sobre su matrimonio:

—He sabido, señor Munio, que vas a casarte con la dama Argilo de Ayala. Tuve la dicha de conocer a esa dama. Fue cuando vine a estas tierras a buscar a nuestro señor el rey Alfonso —añadí para darme importancia.

—Doña Argilo —contestó Munio— es la dama más alta que un hombre puede imaginar. Me siento muy dichoso de hacerla mi esposa.

Era evidente que don Munio también se había enamorado. Y seguramente con mucha más conciencia, razón y mérito que yo.

\*\*\*

Había más castillos en la región. Visitamos uno en Añana, junto a las salinas. Otro en Lantarón, sobre una peña que llamaban del Mazo. Y un tercero en Alcedo, ya cerca de la curva del Ebro. El señor de estas tierras se llamaba Tello y, después de conocerle, di gracias al cielo porque Argilo se hubiera prometido con Munio, y no con este otro. Cruzando el Ebro por el camino del sol poniente llegamos a Frías, primero, y después a Oña. En ambos lugares, un

veterano caballero llamado García había reedificado las viejas fortalezas de lejanos tiempos. Y lo había hecho a conciencia.

Toda esta red de castillos cubría muy adecuadamente las vías de penetración hacia Álava y Cantabria. Si los moros venían por aquí, no lo tendrían fácil. Solo me preocupó una cosa: los tres señores locales, Munio, Tello y García, parecían vivir completamente al margen cada cual de los demás. Estos castillos, por otra parte, quedaban muy al sur de los territorios cultivados en cada comarca: si había un ataque, era perfectamente posible que la guarnición de la fortaleza pereciera sin que nadie más se enterara, con lo cual los campesinos estarían perdidos. Se hacía necesario que existieran puntos de enlace entre la línea fortificada y las tierras habitadas. Por ejemplo, monasterios que ordenaran el territorio. Ese, por cierto, era el propósito del presbítero Juan en los valles de Losa y Valpuesta.

Desde Oña atravesamos las gargantas hacia el norte buscando el río Trueba. Entramos en el pavoroso desfiladero de la Horadada, donde el Ebro fustiga la piedra con la violencia de su juventud. En un extremo del desfiladero, como colgado de un monte, había un viejo castillo. Al paraje lo llamaban Tedeja, y a la aldea cercana, Trespaderne. Nadie había allí ahora, salvo extrañas gentes de aire feroz que habitaban cuevas naturales; debían de ser pastores medio nómadas como los que Teudano y yo habíamos visto en Ventosa. El castillo de Tedeja no era hoy otra cosa que un montón de ruinas, pero mañana podría ser un baluarte excepcional. Lo retuve en mi memoria. Finalmente cruzamos el Ebro y dimos en el Trueba. Una gran llanura apareció ante nuestros ojos. Yo conocía bien ese paraje: eran los grandes llanos donde mi padre soñaba mares de cereal. Después de un día de camino, el llano quedaba cerrado al norte por la vieja calzada de Amaya a Flavióbriga, sobre las ruinas de Area Patriniani. Allí se estaba levantando otro castillo. Y yo sabía a quién iba a encontrar en Area Patriniani: a mi hermano Vítulo.

En efecto, la última vez que pasé por el valle de Mena me contaron que mi hermano Vítulo estaba haciendo presuras en Area Patriniani, que ahora se llamaba Berrueza o Espinosa. Había llegado allí con una pequeña comunidad monástica, había levantado una iglesia con sus propias manos, como lo hizo en Mena, y aquellos buenos monjes se pusieron a trabajar. A Vítulo le hicieron abad, lo cual era una promoción considerable. Y a la llamada de mi hermano acudieron no solo monjes, sino también otras gentes de Cantabria —labradores, artesanos, herreros, leñadores— dispuestos a inventar un mundo. No me sorprendió conocer que la autoridad sobre el castillo del lugar se le había conferido precisamente a mi hermano.

Cuando llegamos a Espinosa reinaba allí el silencio más absoluto. Se diría que no había nadie en el lugar. Espinosa era un pequeño enclave de prados encajonado a este y oeste por anchos cerros; al norte se dibujaba una lengua llana que iba a perderse en los montes varias leguas arriba. Un buen lugar para protegerse, en fin. Una pequeña iglesia se elevaba sobre el cerro del este. Bajo ella, prados y huertos. Al oeste se levantaba otra iglesia aún más pequeña. El castillo estaba un poco más al sur, desplazado a modo de vigía. A simple vista se observaba que no estaba terminado. Nos impresionó el silencio reinante. Recorrimos lentamente los alrededores del castillo. Después cabalgamos hacia la aldea. El humo de una chimenea delataba la presencia de humanidad. Enfilamos hacia la iglesia principal. Bajé de Sisnando y golpeé en la puerta. Por un instante temí que mi hermano y sus monjes hubieran sido víctimas de alguna aceifa mora. Pero no, Vítulo era demasiado inteligente como para dejarse atrapar. Golpeé de nuevo la puerta y voceé:

—¡En el nombre de Cristo! ¡Somos caballeros del rey Alfonso!

Tras un breve lapso, la puerta de la iglesia se abrió lentamente. Sus goznes chirriaron con un quejido espantoso. En la penumbra del interior distinguí, sin ningún género de duda, la figura de mi hermano.

—¡Vítulo! —me eché en sus brazos.

—¡Zonio! —exclamó él a su vez—. ¡Hermano! ¡Qué alegría! Cuando vimos a unos jinetes viniendo desde el sur pensé que erais moros. Pero déjame que te mire. Estás cambiado. Y esa cicatriz en el rostro... ¡Vaya tajo! ¿Fue en Quirós?

—Fue en aquella batalla, sí, pero...

—¿Y esa espada? —me interrumpió Vítulo—. ¡Te han hecho caballero! Nuestros padres bailarían de alegría cuando lo sepan.

—¿Cómo están? —pregunté.

—Cansados. Y tristes. Hace unos pocos meses murió nuestro hermano Esteban, el pequeño Esteban.

La noticia me golpeó. Esteban era un niño fuerte y alegre.

—¿Cómo fue? —pregunté.

—Unas fiebres —diagnosticó mi hermano—. De repente enfermó y no hubo manera de atajarle el mal. Una semana estuvieron nuestros padres junto a

su lecho, día y noche. Perdió la conciencia. No la recuperó. Y murió. Yo mismo le di los santos óleos.

—Que Dios le haya acogido en su seno.

Mi hermano se dirigió a una campana fijada a la fachada principal de la iglesia y comenzó a tañerla con energía. Al poco fueron apareciendo, de entre las boscosas lomas de alrededor, decenas de monjes y campesinos. Al menos el sistema de seguridad había funcionado. Mi hermano me presentó a sus vecinos: una comunidad de hombres y mujeres bravos y buenos, en todo igual a la del valle de Mena.

Después Vítulo y yo hablamos largo tiempo sobre el castillo. La orden para edificarlo se la cursó su obispo, que tenía sede en Santillana. Para entonces mi hermano ya había empezado a colonizar la zona. La iglesia en la que nos hallábamos fue su primera construcción: San Martín. Después apareció otro sacerdote llamado Eugenio y a él se debía la segunda iglesia del lugar: San Andrés. Eugenio le debía obediencia jerárquica, pero cada cual actuaba con entera libertad: se habían repartido el control de las tierras y uno y otro desarrollaban dos colonizaciones simultáneas. En cuanto al castillo, Vítulo supo que tenía que levantarlo, pero no le dijeron ni cómo ni con quién.

—Tuve que gravar a los colonos con un impuesto que me inventé yo: «castellería», lo llamé. De manera que cada colono tuviera que prestar unas horas a la semana de trabajo en su construcción. No ha sido difícil —me explicó Vítulo—. Todos ellos saben que ese castillo garantizará su seguridad. Eso sí, no tengo soldados para guardarlo. El trabajo de vigilancia lo hacen los propios colonos. ¿Te acuerdas de las anubdas que hacíamos nosotros en la Peña de Mena? Pues aquí hacemos lo mismo, pero en el castillo.

Vítulo nos obsequió con una buena cena y nos alojó, precisamente, en el castillo. Esa noche, al calor de un gran fuego donde se asaron dos corderos, confraternizamos con toda la comunidad: los monjes de Vítulo, el presbítero Eugenio con los suyos, y también los labradores y ganaderos y artesanos que habían acudido a Espinosa para repoblar. A la gente se la veía contenta con Vítulo. La bondad natural de mi hermano sabía hacer sus vidas más gratas. A la mañana siguiente partiríamos hacia Mena.

\*\*\*

Entramos en el valle de Mena por la puerta que a occidente abre la Peña. Cabalgábamos ligeros, despreocupados, más pendientes de admirar el paisaje y, en particular, la obra enorme de los colonos, que cada día sometía nuevas tierras al yugo amable del arado. Un corro de chiquillos apareció a nuestro

alrededor. Apenas conocía a ninguno. Vi también muchas casas recién levantadas: nuevos colonos habían acudido al valle para plantar sus hogares en el cauce del río. Mena crecía. Así pues, la gran obra de mi padre estaba echando fruto como la buena simiente en tierra bendecida por el Señor.

Salió a mi paso Guma, el viejo Guma, dando voces. Traía algo en los hombros. Con una carcajada de felicidad descubrí que el bulto en cuestión era un niño de unos pocos meses: «¡Te lo dije, chico! ¡Te lo dije!», gritaba Guma mientras balanceaba al niño sobre su cabeza. El niño se llamaba Guzmán, como Guma quería: Guzmán Gómez de Mena. Finalmente mi esforzado compañero y guía hasta la Liébana había conseguido afianzar su linaje en el otoño de su existencia. Enseguida nos dirigimos a la iglesia de San Emeterio. Allí abracé a mi hermano Ervigio, que era ahora el jefe espiritual de nuestra comunidad. Nos fundimos en un abrazo, pero apenas hablé con él: tenía prisa por ver a mis padres. Dejé a mis diez muchachos bien acomodados en San Emeterio y corrí al encuentro de Muniadona y Lebato.

Entré en la casa paterna. Lebato y Muniadona se hallaban sentados frente a la chimenea; sobre el fuego, un puchero. Mi padre tallaba un trozo de madera, como tantas veces le había visto hacer a su padre, mi abuelo, en las largas y oscuras tardes de invierno. Mi madre tejía el eterno lienzo que perpetuamente tenía en las manos. Al verme entrar, ambos se pusieron en pie. Creí notar un breve gesto de alarma. Me quité el casco de la cabeza. Descubrí mis cabellos bajo la cota de malla. Dejé en el suelo el escudo.

—¡Zonio! —gritaron los dos al unísono.

Mi madre me besó, me abrazó, me acarició; se le escapó una mueca de espanto al ver la profunda cicatriz de mi rostro, y después la besó también, con el amor que solo una madre puede depositar en el dolor de un hijo. Mi padre estaba detrás, quieto, rígido, tratando de enderezar sus espaldas ya encorvadas. Caminó hacia mí, puso sus manos sobre mis hombros. Lebato tomó mi escudo en sus manos. Enseguida reparó en mi espada.

—¡Te han hecho caballero! —exclamó.

Pocas veces me he sentido más orgulloso que cuando pude contar a mis padres que sí, en efecto, que me habían hecho caballero, y que ahora era Zonio de Mena, fiel de nuestro señor el rey don Alfonso de Oviedo.

—¿Te han contado lo de Esteban? —susurró mi padre.

Respondí afirmativamente. Mi madre ahogó un sollozo.

—Ven con nosotros —ordenó mi padre.

Lebato y Muniadona se embutieron en gruesos mantos de basta lana. Me llevaron al cementerio, junto a la iglesia. Allí, al lado de la tumba del niño Bartolomé, muerto al nacer, estaba la del pequeño Esteban. Dos simples cruces recordaban las vidas que volaron de esta tierra.

Miré largamente a mis padres, ambos en pie, silenciosos, el ánimo sobrecogido, las cabezas gachas, la mirada perdida en algún punto más allá de las tumbas. Tristeza, sí. Con un no sé qué de tierra arrasada en sus rostros. Pero de pie. Como una roca y un árbol. La roca era mi padre, Lebato. El cielo la había plantado en el suelo y ahí permanecía, incommovible: sacudida por los vientos, horadada por las lluvias, abrasada por el calor y agrietada por el hielo, pero firme en el pedazo de universo que el Señor le había asignado, y no se movería hasta que el desgaste del tiempo la redujera a polvo. El árbol era mi madre, Muniadona. La tierra la había hecho surgir y elevarse hacia lo alto firmemente agarrada a sus raíces, y con la misma firmeza de la roca se mantenía arraigada: periódicamente la tempestad sacudía su tronco y el ciclo de la vida le arrancaba sus hojas, pero ella, como el árbol, sabía cimbrarse para eludir la tormenta y sacaba fuerzas de su interior para renovar perpetuamente el fruto. Tampoco el árbol se movería hasta que el tiempo secase su savia. Y el árbol y la roca, juntos allí, en el camposanto de Mena, pregonaban a los cuatro vientos la voluntad de permanecer sobre un suelo que consideraban suyo porque Dios se lo había dado en heredad.

—Habrás visto mucha muerte en estos años —musitó mi padre.

—Sí, padre —respondí—. He perdido a muchos y buenos amigos. Pero ninguna muerte me resulta tan dolorosa como la de este pequeño.

—Es la vida —casi gimió Lebato—. Dios nos lo da y Dios nos lo quita. Tendrá que ser así.

Nos persignamos y retornamos a la casa familiar. Mi madre sirvió la mesa. Cenamos un puchero cuyo aroma me transportó diez años atrás, cuando mis padres eran gigantes que sostenían el mundo. Reparé en que ahora era yo quien tenía que sostenerlo, y que mis padres empezaban a necesitar que alguien les sostuviera. Mi padre se retiró temprano. Quedé solo con mi madre. Me senté en el suelo, a sus pies, como cuando niño. Recosté la cabeza en su regazo, como cuando niño. Acarició mis cabellos, como cuando niño. Lloré, como cuando niño. No lloré por tristeza ni por melancolía ni por ninguna otra razón. Lloré simplemente porque era mi madre y porque Muniadona estaba allí. Como cuando niño.

\*\*\*

Al día siguiente acudí a ver a Ramiro, el herrero, que mantenía su fragua siempre activa. La casa estaba llena de materiales de su fábrica: el herrero seguía buscando el arado perfecto. Me enseñó algunas de las cosas que había creado. Pero yo iba con un encargo muy particular.

—Mira esto —le dije.

—Es una azagaya —confirmó—. Tu azagaya.

—Exactamente. Es la azagaya con la que aprendí a pelear, con la que maté a mi primer moro y que desde entonces me acompaña. He pensado algo sobre ella y necesito unas manos expertas. Quiero saber si me puedes ayudar.

—Cuenta conmigo, Zonio.

—Se trata de lo siguiente: esta azagaya es fuerte y sólida, pero se mella con frecuencia y, por otro lado... en fin, he pensado que quizá fuera posible perfeccionar el arma. Si convertimos este lado de la hoja en un filo como el de un hacha... Si en esta otra parte añadimos un espolón...

—En mi vida he visto semejante cosa —exclamó Ramiro.

—Lo sé. Yo tampoco. Estas ideas se me ocurrieron después de los combates. Cuando cargas a caballo, la azagaya funciona como lanza y no se puede usar más que en una dirección. Pero con estas modificaciones podría servir no solo como lanza, sino también como espada, porque cortaría, y como maza, porque golpearía clavándose en el enemigo, y además podrías usarla en todas direcciones, de manera que cualquier movimiento del brazo sería ofensivo...

—Si le hacemos esas modificaciones que propones, el arma perderá puntería cuando la arrojes.

—Lo sé, pero la experiencia me dice que pocas veces me veo en la tesitura de lanzarla y, por el contrario, con mucha más frecuencia he de combatir cuerpo a cuerpo, y en ese momento la azagaya termina siendo un estorbo.

—Entiendo lo que dices. —Ramiro examinó atentamente el arma—. Por otra parte, a este viejo artefacto no le vendría mal carbonizar un poco más la hoja y asegurar bien el empalme con el asta. Déjamela unos días. Veré qué puedo hacer.

Ramiro se quedó con mi azagaya. Yo apuré el resto de aquellos días fundiéndome cuanto pude con mi familia y consolando a Lebato y Muniadona. También consolándome yo con ellos.

Dejé a mis hombres que marcharan a sus casas para pasar la Navidad con su gente. No había que temer ninguna aceifa a estas alturas del año. Yo me quedé en Mena con mis padres. Tres velas en la ventana principal de nuestro hogar recordaron a Bartolomé, a Tello y al pequeño Esteban. En mi corazón ardían otras tres por Deva, mi amor tan cruelmente arrancado, y por el *miles* Juan y Gadaxara, mis maestros de armas. Pedí al cielo que me otorgara una muerte tan digna y elevada como la suya.

Aquel fue un año generoso en nieves.

\*\*\*

Mis muchachos regresaron al castillo de Espinosa después de la Epifanía, tal y como yo les había ordenado. Cuando empezó la primavera preparamos la marcha hacia Oviedo, donde debíamos incorporarnos en cuanto la nieve despejara los caminos. Allí Teudano nos asignaría la misión para este nuevo año.

Ninguno ignorábamos que nos aguardaban grandes peligros. Con toda seguridad Córdoba repetiría la ofensiva del año anterior. La única incógnita era saber cuándo y dónde. Eran vitales las informaciones que pudieran remitirnos los espías cristianos en Córdoba, Mérida y Toledo. Por dos veces el rey había estado a punto de caer. Difícilmente podríamos resistir una nueva acometida. Nuestras fuerzas menguaban e imponerse a la presión sarracena parecía imposible. Quizás este año fuera el último de nuestras existencias.

Oviedo se había recuperado con asombrosa celeridad. Me contaron que ahora había allí un arquitecto, un tal Tioda, en quien el rey había depositado su entera confianza. Este Tioda debía de ser un trabajador incansable y un hombre de iniciativa. El hecho es que no solo los edificios destruidos la anterior primavera aparecían ahora recuperados y limpios, sino que nuevas construcciones surgían por todas partes. La corona estaba sacando buen provecho de los musulmanes apresados por Teudano en su exitosa acción de Piedrafita.

A principios del mes de abril comenzó la preparación: hacer recuento de los hombres disponibles, establecer contacto con las huestes de los señores del reino, verificar el estado de los caminos y de los puestos de vigilancia, reunir avituallamientos... El resultado era bastante poco halagüeño: la fuerza del reino había quedado ostensiblemente mermada por las batallas del año anterior y, lo



que aún era peor, varios señores se mostraban remisos a alinear sus mesnadas, sin duda temerosos de que ello dejara sus tierras desprotegidas. Iba a ser difícil defender Oviedo una vez más.

Tales eran nuestras cuitas cuando, ya a principios de mayo, llegó un jinete de Toledo. Las noticias que traía eran asombrosas. Y cambiaron de un plumazo el paisaje.

—El emir Hisam ha muerto.

Parecía increíble. Hisam tenía aproximadamente la edad de nuestro rey: menos de cuarenta años. Era un hombre joven y fuerte, y se hallaba en la cumbre de su poder. Pero la Parca no presta gran atención a estas consideraciones humanas. El rey Alfonso convocó a sus caballeros y a los hombres de palacio. Allí estábamos todos, en pie, en la explanada ante el portalón de la casa del rey. Y nos habló así:

—La Providencia ha salvado al reino de Oviedo. El emir de Córdoba ha muerto. Y su sucesor, Alhakán, está viendo cómo dos tíos suyos le disputan el trono. En estas condiciones, podemos dar por seguro de que este año no atacarán nuestra capital. —Un murmullo de alivio y alegría saludó estas palabras del rey, pero Alfonso aún no había terminado—: Nuestros hombres en Mérida y Toledo han empezado a agitar a la población de estas ciudades. Todo el malestar acumulado en los años de Hisam está emergiendo ahora. Toledo ya está en franca rebeldía contra el emir. Mérida se ha sumado a la revuelta y está apoyando a uno de los tíos de Alhakán. En definitiva, el emirato está al borde de la guerra civil.

Ahora los moderados gestos de alivio se convirtieron en un aullido de júbilo. Particularmente relevante era la noticia de que las ciudades del emirato se levantaban. Yo miré fijamente a Nepociano, que escuchaba estas palabras del rey con la cabeza baja y una media sonrisa en los labios. ¿Habrían sido sus agentes los que habían movido la agitación? ¿Era ese el precio de su nombramiento como conde de palacio?

—Demos gracias al Señor porque nos ha salvado —continuaba Alfonso—. No habríamos estado en condiciones de sostener un tercer ataque contra Oviedo. Esta tarde el abad Fromestano dirigirá en San Vicente los oficios en acción de gracias. Ahora, Teudano, reúne a los caballeros y pasad conmigo a la cámara.

Me sorprendió que el rey pidiera públicamente una reunión a solas con nosotros, sus fieles. Los notables de palacio no disimularon sus gestos de contrariedad. Quizás el rey quería manifestar que estaba bien protegido, por si

a alguien se le había ocurrido intentar algo contra su persona. El hecho es que allí fuimos Teudano, otros diez hombres y yo, expectantes ante lo que el rey nos pudiera decir. Alfonso se abrió paso hasta la sala. Nosotros, detrás. Cuando entró en la cámara, el rey se dirigió a la mesa donde reposaba el tablero de ajedrez. Con una sonrisa amarga, tomó en sus manos la pieza del rey negro: «Solo Dios es todopoderoso», musitó. Dejó la pieza tumbada, víctima de un imprevisible jaque mate. Después nos dirigió una larga mirada, uno a uno, como queriendo leer en nuestros rostros:

—Todos habéis combatido conmigo. Todos habéis vertido sangre por mí. Este año podía haber sido para todos nosotros el último antes de rendir cuentas ante Dios. La Providencia ha querido otra cosa. Alabado sea Dios. Ahora podemos desentendernos un poco de la amenaza exterior y centrar nuestra atención en la amenaza interior. Todos conocéis que en el reino hay quien aspira a un destino distinto para Asturias; un destino que nos llevaría a la esclavitud. Temo que algún magnate traicione su juramento y haga movimientos inoportunos. Por eso este año nuestra estrategia cambiará de dirección.

Nos miramos unos a otros con cierta turbación. Esto que el rey planteaba era nuevo:

—No reuniremos un gran ejército en la frontera. No es preciso. Lo que haremos será concentrar nuestras mesnadas en puntos sensibles del reino, de manera que la fuerza del rey se haga presente junto a la de los señores locales. Formaremos tres grupos. Uno se acantonará en Lugo y desde allí vigilará a los señores gallegos. Teudano, encárgate tú. —Mi compañero asintió con un movimiento de cabeza—. Otro permanecerá junto a mí, en Oviedo, para no perder de vista a los magnates asturianos. Y ha de haber un tercer grupo en oriente para controlar Cantabria, las Bardulias y las tierras de los vascones. Zonio —me interpeló el rey—, ¿tú no eras de Mena? —Asentí—. Tú lo harás.

Así fue como aquel año marché de nuevo al oriente del reino. Conmigo llevaba a mis diez muchachos y a un par de cientos de peones de la mesnada del rey. Decidí que pondría mi bastión en el castillo de Espinosa, tan mal defendido. Era la primera vez que asumía semejante responsabilidad.

\*\*\*

El castillo de Espinosa estaba bien construido: gruesas piedras de la vieja Area Patrinianni romana habían servido para edificarlo y el terreno ayudaba a darle altura sobre una elevación natural. El talento de mi hermano Vítulo había hecho lo demás. Era una construcción sencilla, pero asombrosamente práctica:

gran patio, corredores bien comunicados sobre la muralla, tres puntos defensivos en otras tantas esquinas y, en la cuarta, una alta y fuerte torre. A los pies de la muralla, en el interior, Vítulo había hecho construir cobertizos para guardar vituallas y dar refugio a las gentes del lugar.

Como jefe de la mesnada, me correspondía la obligación de dar sustento a mis hombres. Las provisiones aportadas por Vítulo no bastaban. Me fue necesario recoger algunos víveres suplementarios. En Mena fueron generosos conmigo. También envié hombres a comprar ganado a los pastores de Trespaderne.

Otra de mis ocupaciones fue asentar una buena red de enlaces con los otros castillos de la región, especialmente con los del este, desde Frías y Oña hasta Iruña pasando por Lantarón. Eso me permitiría tener un control eficaz de la frontera y, de paso, saber si don García, don Tello y don Munio estaban cumpliendo sus obligaciones. Para cerciorarme bien, yo mismo efectúe en alguna ocasión ese trabajo de enlace.

Todas estas precauciones fueron de enorme utilidad cuando un enlace de Iruña nos trajo una noticia perturbadora: huestes moras habían aparecido en los alrededores de Calahorra, la vieja ciudad de los mártires Emeterio y Celedonio, muy al este de nuestra posición. Aquel año —nos había dicho el rey— no habría ataque sobre Oviedo. ¿Estábamos entonces ante una aceifa menor en tierras de fácil saqueo? Inmediatamente ordené que cuadrillas de exploradores salieran a los caminos: tenía que cerciorarme de quién estaba atacando y por dónde. Lo mismo podía ser una aceifa de los Banu-Qasi, los señores musulmanes del ancho valle del Ebro, que un ataque de tropas de Córdoba. Si eran los Banu-Qasi, seguramente la ofensiva no iría más allá; pero si eran los cordobeses, cabía la posibilidad de que intentaran penetrar en tierras de Álava, como otras veces, e incluso llegar al corazón de los valles cántabros.

Fue un jinete del castillo de Iruña quien nos dio la solución: una fuerte columna sarracena había salido de Calahorra en dirección noroeste, había assolado las llanuras de Álava después de cruzar el Ebro y ahora se dirigía hacia la tierra de Ayala burlando por el norte la vigilancia de los castillos de Iruña y Añana. Me estremecí al escuchar que los moros iban contra Ayala: allí debía de estar doña Argilo. Entre la llanada alavesa y Ayala no había otro obstáculo que la aldea de Orduña, apenas fortificada. A toda velocidad reuní a los hombres y partí hacia Ayala por el camino más corto: el valle de Mena, que conocía como la palma de mi mano. Cursé órdenes a los castillos cercanos para que movilizaran a sus huestes: todos debíamos reunirnos en la aldea de Amurrio, a orillas del Nervión. Confiaba en poder cortar allí el paso a los moros.

Caminando a marchas forzadas, aprovechando hasta el último rayo del sol, tardamos día y medio en llegar a las cercanías de Amurrio. Por el camino se nos sumó una pequeña hueste en Mena y en la propia tierra de Ayala, adonde por fortuna aún no habían llegado los sarracenos. No seríamos más de trescientos hombres, pero era suficiente para detener la marcha del enemigo hasta que aparecieran los refuerzos que esperaba de los castillos cercanos. Ciertamente, si los refuerzos no venían, nuestra muerte sería segura.

Pasamos una noche acampados; no vino nadie. La jornada siguiente, tampoco. Los moros no podían andar muy lejos. Envié jinetes a reconocer el terreno. Localizaron al enemigo en el paraje de Oyardo, donde corre el arroyo del mismo nombre, saqueando las vegas cercanas y robando ganado. Los exploradores habían visto con claridad al enemigo. Unos dos mil hombres. Me describieron a su jefe: sus vestiduras blancas bajo una coraza de cuero negro bellamente repujado. Y un estandarte verde a su lado. ¿Sería Abd al-Karim, el mejor general de Córdoba? Yo seguía calzando las botas que arranqué al cadáver de su hermano, muerto por mi azagaya.

Gracias a Dios, a la mañana siguiente aparecieron las primeras ayudas: Munio Núñez con un centenar de caballeros de Iruña y Tello con otro centenar de Lantarón y Añana. No era mucho, pero eso ya nos daba una cierta garantía. Yo recordaba muy bien las enseñanzas del *miles* Juan sobre cómo combatir a los moros en condiciones de inferioridad numérica: sorprender, golpear y desorganizar. Expliqué a don Munio y don Tello mi plan: un par de leguas al sureste de nuestra posición, en el camino hacia Oyardo, la ruta atraviesa por una garganta entre dos alturas trazando una sinuosa curva. Si nos poníamos inmediatamente en movimiento, llegaríamos allí antes que ellos. Y desde aquel paraje, ganando las alturas y cerrando la salida de la curva, podríamos golpear al enemigo con enorme ventaja. Se aceptó mi plan. Y para más bendición, a los pocos instantes apareció don García con dos centenares de guerreros de Frías y Oña. En aquel instante me sentí invencible.

Sin complicaciones pudimos desplegar a nuestros peones en las alturas convenidas. Yo me quedé con don Munio y unos doscientos jinetes en la salida de la curva del camino. Don Tello propuso, sobre la marcha, disponer otro cuerpo para cerrar también la entrada y aniquilar al ejército moro. No lo vi claro: nosotros no llegábamos al millar y ellos nos doblaban en número. Jugar tan fuerte podía suponernos la derrota, y entonces la ruta hacia Ayala quedaría expedita para el moro. ¿No sería mejor dejarles una vía de salida y así tener mayor certeza de que huirían? Don Munio y don García se mostraron de acuerdo. Tiempo habría para golpearles en la retirada.

La hueste del moro entró en la curva de la garganta. Iban los sarracenos desprevenidos, riendo a grandes voces, cargados ya de botín y de esclavos. Sin duda esperaban un paseo. Cuando la mayor parte de la tropa enemiga estuvo dentro de la trampa, sonaron los cuernos dando la señal de ataque. Rocas, troncos y dardos cayeron sobre la morisma. Entonces Munio y yo cargamos desde nuestra posición para cerrar el camino. Y en ese momento centenares de peones se descolgaron laderas abajo causando en el enemigo gran mortandad. Completamente desconcertados, los sarracenos empezaron a moverse sin sentido. Vi al jefe de la hueste enemiga: era, sí, Abd al-Karim. El general de Córdoba trataba inútilmente de organizar a sus hombres. Finalmente, se retiró a toda prisa hacia su retaguardia. Los moros huían. Habíamos ganado.

La refriega duró apenas unos minutos: lo suficiente para que los musulmanes se vieran atrapados en una celada que juzgaron mortal. Pusieron pies en polvorosa con una celeridad inaudita. Tal vez Abd al-Karim recordó la triste suerte de su hermano en la emboscada de Lutos. El hecho es que los moros dejaron sobre el campo todo su botín. Entre otras cosas, abandonaron la tienda de su propio general, que reclamé como mía en cuanto descubrí de qué se trataba. Aquella tienda iría a adornar la sala de trofeos del rey Alfonso. Además, pudimos apresar a un centenar de sarracenos y, a la par, dimos libertad a los cautivos cristianos que el moro traía. Nuestras bajas fueron mínimas. Para mi alegría, ninguno de mis diez muchachos resultó herido de gravedad.

Para los sarracenos no terminó la pesadilla, porque don Tello, obstinado, porfió en perseguirlos mientras se retiraban. No pudo hacer gran cosa porque Abd al-Karim, general experto, recompuso sus filas en cuanto se vio fuera de la garganta y procedió a una retirada ordenada. Quizá se le pasó por la cabeza volver para vengar la humillación, pero no lo hizo. La batalla ya estaba decidida. Y era nuestra.

Desde aquel día me unió una fraternal amistad a don Munio, el bravo prometido de la dulce doña Argilo. Él se encargó de llevar a Oviedo —yo me resistía a aparecer por allí— a los cautivos moros. También llevó los trofeos del combate; entre ellos, la lujosa tienda de campaña de Abd al-Karim. Más tarde me enteraría de que el rey Alfonso resolvió enviar aquella tienda a Carlomagno a modo de presente. Fue un honor.

\*\*\*

La victoria sobre los moros en el camino de Amurrio me otorgó una mayor autoridad sobre los hombres del país de los castillos. Desde mi baluarte

de Espinosa pude organizar con mejor fortuna la defensa de la frontera. El botín capturado a los moros surtió aquel invierno las despensas de Mena y Espinosa.

Algunas semanas después de la batalla, cuando ya el otoño se anunciaba en las hojas de los árboles, vino a verme Ramiro, el herrero de Mena. Traía mi azagaya. Parecía otra. Tal y como le indiqué, uno de los filos había cobrado mayor profundidad de corte, y el otro, rebajado, lucía ahora un terrible espolón. «Tú verás qué haces ahora con esto», me dijo Ramiro. Empuñé el arma. Me pareció bellísima. Ensayé algunos movimientos. El filo convexo cortaba el aire y el espolón golpeaba con contundencia. La punta, por lo demás, seguía funcionando como lanza en combate de proximidad. Era exactamente lo que necesitaba. Pagué a Ramiro con un saco de alubias: parte del botín de Amurrio. Él quiso negarse, pero le convencí con un argumento que no pudo refutar: «Con esto podrás comprar más acero para tus ingenios».

En aquellos meses no pisé Oviedo. Incluso las noticias que de allí recibía me incomodaban. Yo pasaba todo el tiempo posible con mis diez muchachos, cabalgando por la frontera y visitando castillos. Estreché lazos con don García y con don Munio. Algo menos con don Tello. En todo caso, me gustaba aquella vida de señor de un castillo al lado de mi hermano Vítulo y a unas pocas leguas de mis padres. Pero después de la Navidad del año 797, que pasé nuevamente con Lebato y Muniadona, recibí un mensaje de Teudano: todos los jefes de hueste debíamos incorporarnos a Oviedo en cuanto la nieve desapareciera de los caminos.

¡Volver en primavera! La orden sonaba a guerra. En mi cabeza apareció un solo pensamiento: el nuevo emir, Alhakán, había resuelto sus problemas y planeaba una nueva ofensiva contra el rey Alfonso. Pero no fue eso lo que ocurrió.

## Bajo los muros de Lisboa

Dejé a mis diez muchachos en el castillo de Espinosa, a las órdenes del abad Vítulo, y marché a Oviedo. Después de un viaje sin novedad pisé la capital. En aquellos meses Oviedo había crecido de manera asombrosa: el arquitecto Tioda seguía desplegando su energía, apoyado en todo por el rey. Se había planificado una catedral, la del Salvador, con una iglesia consagrada a Santa María y, en ella, el panteón regio. Al lado se estaba levantando otra iglesia dedicada a San Tirso. La elección de este mártir era toda una declaración de intenciones, porque ocurrió que a San Tirso, en el momento de ser martirizado, se le endureció tanto la piel que la sierra del verdugo no podía cortarla; del mismo modo la piel de Oviedo resistiría la sierra inclemente del moro. Además de todas estas iglesias, Tioda había proyectado un cementerio, una zona residencial para los obispos y abades y un hospital para los caminantes. Un nuevo acueducto abastecería de agua a la ciudad a través de unas murallas igualmente nuevas. El propio palacio de Alfonso había crecido con dos alas de hermosa factura. El rey, tenaz, estaba consiguiendo su propósito.

En palacio me presenté a Teudano, que me abrazó como a un hermano. Mi compañero y jefe me pidió noticias de la situación en la frontera del este y me felicitó por el golpe a la hueste de Abd al-Karim. Él, por su parte, me refirió su experiencia con los magnates gallegos, entre los que guardaba cierto ascendiente desde la victoria de dos años antes, pero que seguían siendo gente compleja y difícil de mandar:

—Son demasiado ricos —me dijo—. Sus tierras dan demasiado fruto. Tienen demasiadas cosas que perder y eso les predispone al pacto con el moro. Por eso el rey ha dispuesto que la mayoría de los cautivos moros sean enviados precisamente a Galicia. Es una forma de demostrarles que también ellos tienen algo que ganar con la política de resistencia.

Pregunté a Teudano por la marcha del asunto de Beato y Eterio, aquella polémica con Elipando de Toledo. También en esto las cosas circulaban por la mejor dirección posible: Carlomagno y el papa habían convocado sucesivas asambleas que invariablemente daban la razón a nuestros monjes de Liébana. Las relaciones con Carlomagno eran cada vez más estrechas: el rey había enviado a los condes Froila y Basiliscus para apretar lazos. Ellos eran quienes habían llevado a Aquisgrán la tienda de campaña que incauté a Abd al-Karim.

—¿Y qué hace Elipando? —pregunté.

Teudano se sorprendió.

—¡Cómo! ¿No te has enterado? ¡Elipando ha sido asesinado!

Así me refirió mi amigo la terrible Jornada del Foso:

—Tú sabes, porque el rey nos lo dijo, que Mérida y Toledo aprovecharon la muerte del emir Hisam para alzarse contra Alhakán, el sucesor. En Mérida se ha formado incluso un ejército, el de los al-Chiliqui, un linaje cristiano converso al islam, que ha puesto en un serio brete al nuevo emir. Te acordarás de lo que Lope nos contó cuando tú y yo estuvimos allí: era cuestión de tiempo. Pues bien, en Toledo ocurrió algo semejante: los notables de la ciudad, lo mismo mozárabes que muladíes y hasta judíos, decidieron rebelarse contra el nuevo emir y no pagar los abusivos impuestos que los árabes exigen. ¿Qué hizo el emir Alhakán? Enviar a un sicario suyo, un tal Amorroz, muladí, para solucionar el problema. El tal Amorroz, llegado a Toledo, no tuvo mejor idea que reunir a quinientos notables de la ciudad en su palacio. Les iba a ofrecer una cena de reconciliación, dijo. ¡Ja! A medida que los notables fueron llegando, los guardias de Amorroz se precipitaron sobre ellos, los degollaron y arrojaron sus cadáveres al foso del palacio. Entre los invitados estaba el obispo Elipando.

Aquella historia me turbó profundamente. Yo siempre había considerado a Elipando como un enemigo personal, aunque en realidad no conocía de él más que las cosas que me contó Beato de Liébana. Aun así, por muy enemigo que fuera, su suerte me pareció atroz. Era una crudelísima ironía que hubiera terminado muerto a manos de sus aliados de otro tiempo. Y el sórdido episodio era también un claro indicio del tipo de hombre que era el emir Alhakán.

Teudano me contó más cosas sobre estas sublevaciones en el emirato. Toledo nadaba en sangre, pero la rebeldía estaba lejos de haber terminado. Mérida ardía por todas partes, porque allí el control militar de Córdoba era menor. Y en la propia Córdoba, la capital del enemigo, surgían voces contra el emir. Era sorprendente que tanta agitación hubiera surgido de manera simultánea. Parecía como si todo aquello hubiera sido preparado o, al menos, estimulado por alguien. «¿Nepociano?», pregunté. Teudano asintió discretamente. Realmente el trabajo valía la recompensa: conde de palacio.

\*\*\*

El mismo día de mi llegada tuve una visita imprevista. Estaba yo en las cuadras, supervisando el cuidado de Sisnando, cuando a mis espaldas sonó una voz cantarina:



—¡Me han dicho que tienes un castillo! ¡Y que has ganado tú solo a los moros en una batalla campal!

¡Creusa! Aquella muchacha siempre conseguía desarmarme.

—¿Quién te ha contado eso? —pregunté, malhumorado. Estaba cada vez más hermosa.

—Un caballero muy guapo y cortés. Don Munio, se llama. El que va a casarse con Argilo, la prima del rey.

Creusa decía todo esto con una sonrisa malévola, como si lo supiera todo, incluida mi inclinación hacia doña Argilo. Respondí desdeñosamente:

—Hombre cabal, Munio. Pero no, no tengo un castillo. El castillo es del rey y su jefe es mi hermano, el abad Vítulo. Y tampoco gané a los moros en batalla campal. Les tendimos una emboscada cerca de Ayala y cayeron en la trampa. Eso es todo. Munio también estuvo allí.

—Tú te quitas importancia, pero no deberías hacerlo, porque aquí todo el mundo habla de ti. Estás en todas las bocas, Zonio de Mena. Dicen que te estás convirtiendo en el mejor caballero del rey, y tú con tu jabalí blanco.

A Creusa le brillaban los ojos cuando decía esto y sus iris de azul violáceo resplandecían como gemas. Su pecho se ofrecía generoso, bajo la túnica, al sol de la primavera, y los cabellos negros orlaban su frente como la diadema de una reina oscura. Toda ella era una tentación.

—No soy el mejor caballero. Solo uno más. El mejor es Teudano.

Creusa rió de buena gana y se acercó a Sisnando. Mi caballo movió inquieto las orejas. Quizás él percibía las cosas con más intensidad que yo. La muchacha hizo entonces algo que me paralizó: desanudó de su cuello un suave paño de lino y lo anudó en mi brazo.

—Toma. Quiero que te quedes con esto. Y que lo lleves cuando el rey os mande a vencer en vuestra próxima batalla.

Y desapareció corriendo, como de costumbre.

\*\*\*

«Vuestra próxima batalla», había dicho Creusa. Pronto supe de qué se trataba. El rey mandó llamar a sus fieles. No nos citó en su cámara ni en

ninguna otra dependencia de palacio, sino que nos invitó a cabalgar hasta las laderas del monte Naranco pretextando una excursión de caza. Era una forma de evitar presencias indiscretas. Cuando llegamos a las viejas ruinas romanas, nos ordenó desmontar.

—Os he hecho venir hasta aquí porque nadie más debe saber lo que voy a contaros —nos dijo el rey—. Todos conocéis la situación por la que atraviesa nuestro enemigo: el Señor ha castigado la crueldad de Alhakán con incesantes levantamientos. Hoy los ejércitos de Córdoba no amenazan nuestras tierras sino que, divididos, pelean entre sí por el control de las ciudades y los caminos. Ha llegado nuestro momento, tan largamente esperado. Debemos actuar.

—¿Golpearemos su frontera? —preguntó Teudano.

—Haremos más que eso —respondió el rey—. Golpearemos donde ni en sus peores pesadillas podría imaginar el moro. Si atacamos la frontera en Toledo, por ejemplo, o en Mérida, nos exponemos a que nos estén esperando. Son lugares bien guarnecidos y ahora mismo hay por allí gran movimiento de tropas. Lo mismo ocurre en Zaragoza, donde los Banu-Qasi perfectamente podrían ponernos las cosas difíciles. No, necesitamos una victoria que sea al mismo tiempo fácil, contundente y asombrosa. Fácil, porque no podemos permitirnos muchas bajas. Contundente, porque debe hacer todo el daño posible a Córdoba. Y asombrosa, porque esa será nuestra carta de presentación ante Carlomagno.

—Mi señor —tercié yo—, no se me ocurre ninguna ciudad cercana que nos ofrezca todas esas cosas.

—No la hay —admitió Alfonso—. Pero es que no estoy pensando en una ciudad cercana, sino en una ciudad lejana. Muy lejana. Lisboa.

Un segundo de estupor. Enseguida, aclamaciones de júbilo. ¡Lisboa! No había menos de veinte días de camino hasta la vieja Olisipo, arabizada como Lisboa. La capital de la Lusitania estaba donde muere el río Tajo. Ni siquiera el gran Alfonso I había sido capaz de llegar tan lejos. ¿Cómo podríamos hacerlo nosotros? Un gallego al que llamaban Fáfila intervino:

—Con permiso: marchar a Lisboa significa caminar durante no menos de veinte jornadas. Y eso, además, conduciendo a miles de hombres. Nunca hemos hecho nada parecido.

—Precisamente por eso no nos esperarán allí —zanjó el rey—. Haremos lo siguiente. Hoy mismo empezaremos a reunir a la hueste. No necesitamos llevar a todas las fuerzas del reino. Quinientos jinetes y mil peones nos

bastarán. De aquí a dos semanas, todos deberán estar reunidos en las Babias, en el lugar que ya conocemos. Esta vez no habrá enemigos. Muy importante: fuera de nosotros, nadie debe saber cuál es nuestro objetivo. Se lo diremos a los hombres más adelante. Desde las Babias nos asomaremos a Astorga. Allí parte la calzada que conduce a Braga: es tierra amiga. Tanto en Astorga como en Braga podremos avituallarnos. En Braga hay una calzada que conduce directamente hacia el sur, siguiendo el camino de la costa. Si los musulmanes se enteran de nuestro avance y quieren detenernos, tendrán que hacerlo enviando a sus ejércitos a través de Mérida. Ahora bien, sabemos que en este momento Mérida está en guerra con Córdoba. Es decir, que no hay posibilidad material de que el enemigo llegue hasta nosotros. Aquí tendremos que forzar la marcha. El camino de Braga a Lisboa es largo, pero rápido y fácil. Solo entonces nuestros hombres podrán conocer el objetivo de este viaje. Caeremos sobre Lisboa como una tormenta de hierro. Nadie nos espera allí. Haremos que el moro muerda el polvo. Saquemos la ciudad. Vengaremos la destrucción de Oviedo. Volveremos a casa cargados de riquezas. Y llevaremos a la mesa de Carlomagno una bandeja de plata repujada en Lisboa. ¿Estáis conmigo?

Una aclamación abrumadora llenó los silencios del monte Naranco. El plan del rey Alfonso era brillante y estaba bien meditado. La perspectiva de una victoria segura inflamó nuestros corazones. Lisboa sería nuestra.

\*\*\*

Hice llamar a mis diez muchachos de Espinosa. Con ellos vinieron doscientos peones entre los que yo llevé a la comarca y otros de nueva incorporación. Teudano trajo a sus amigos gallegos. Acudieron mesnadas de otros muchos lugares del reino. Los hombres de palacio se aseguraron de que hubiera avituallamiento en Astorga y Braga. Todo estuvo preparado al final de la primavera. Entonces el rey reunió a su hueste.

Yo llevé a la aventura el pañuelo de Creusa. No lo anudé en mi brazo como la damisela quería, pero sí lo até a la azagaya; la nueva azagaya que el herrero Ramiro había fabricado a partir de la antigua y que ahora tendría ocasión de probar en combate. La vieja cimitarra de Campoo, que nunca me abandonaba, y la espada de caballero completaban mi arsenal. El casco que también hizo Ramiro, bien bruñido, relucía como un pequeño sol. Abracé el escudo: el jabalí blanco sobre el azul celeste de los ojos de Deva. Cubrí la cota de malla con una túnica blanca. Después, la capa roja de los fieles del rey. Y me puse al frente de mis guerreros.

El camino a Lisboa fue tenso. Los que estábamos en el secreto procurábamos hablar lo menos posible, para no traicionar la discreción jurada

al rey. «¿Adónde vamos?», preguntaban de vez en cuando los hombres. Y unos contestaban que a limpiar la desembocadura del Duero, y otros que a ayudar a los rebeldes de Mérida o a reconquistar Zamora. Astorga estaba casi vacía: en la ciudad, o más bien aldea, había una pequeña guarnición berebere que huyó a uña de caballo cuando nos vio aparecer. No podíamos perder tiempo persiguiendo a los fugitivos, de manera que optamos por seguir adelante. Para ir de Astorga a Braga hay dos caminos paralelos: uno al norte, que arranca de un brazo de la calzada a Lugo, y otro al sur. Escogimos el del norte porque atraviesa tierras mejor controladas. Aun así, fue la etapa más áspera del camino, con abundantes regiones montuosas y rampas y pendientes que entorpecían la marcha.

Todo cambió cuando desde Braga salimos al camino de la costa. Hicimos una breve escala en un poblacho de pescadores llamado Porto, cuyas calles olían a pescado en salazón como aquel que me mareó en Laredo. Fue preciso proveerse de barcazas para atravesar el Duero. Eso nos llevó toda una jornada. Cuando cruzamos a la orilla sur, al fin pudimos decir a los hombres cuál era nuestro verdadero destino: la conquista de Lisboa. Un aullido de euforia recorrió la hueste. Después la calzada conduce en suave trazo hasta Coimbra, donde se cruza el río Mondego, y desde aquí el camino apenas presenta obstáculos hasta la mismísima Lisboa, aparte de un largo paraje de lomas que a nosotros, acostumbrados a las inclementes cimas de Asturias, nos parecieron tachuelas.

Durante todo este trayecto, que nos llevó unas tres semanas, el rey Alfonso apenas si habló, apenas si bebió, apenas si comió. Todo su ser parecía enteramente concentrado en la tarea que tenía por delante. La disciplina de marcha impuesta a los hombres fue extremadamente exigente. Yo nunca había vivido nada parecido. Bajo un sol abrasador de verano, apenas atemperado por el aire del mar, la hueste caminó a paso vertiginoso durante más de doce horas al día, desde antes de salir el sol hasta el límite del ocaso. Comíamos sobre nuestros caballos o, cuando estos daban signos de fatiga, andando, sin detenernos. Solo parábamos al anochecer para oír misa, cenar y dormir unas pocas horas. Se hizo preciso abandonar algunas monturas, reventadas por el esfuerzo. «¡No importa: en Lisboa hay más!», gritaba el rey. También hubo que improvisar un grupo de retaguardia para acoger a los hombres que se iban quebrando, los pies deshechos. A estos no se los apartó, sino que se les dio por misión conducir los carros que transportaban nuestro avituallamiento. Cuando atravesábamos alguna zona poblada, sin descansar jamás, los lugareños corrían despavoridos o nos miraban espantados, como quien ve pasar a un ejército sobrenatural. Así llegamos a las colinas que resguardan Lisboa.

Se dio la orden de detener la marcha un caluroso día de julio, a media mañana, todavía a tres o cuatro leguas de la ciudad. Alfonso ordenó acantonar a las tropas: que los hombres descansaran. Al mismo tiempo se dispuso enviar exploradores en todas direcciones para cerciorarnos de que nadie daría la voz de alarma. Se prohibió encender fuego y hacer ruido. En un silencio sepulcral, los hombres repusieron sus maltrechos cuerpos. Fue la hora de aprestar las armas y arreglar las últimas cuentas con Dios. El combate era inminente.

Teudano y yo cabalgamos junto al propio rey hasta una cercana loma desde la que se dominaba el paisaje. Allí estaban los muros de Lisboa. Una extraña luz se apoderó de los ojos del rey Alfonso cuando divisó el objetivo. Lisboa era una colina entre otras dos colinas, a este y oeste. Al sur, la desembocadura inmensa del Tajo; al norte, más colinas: las que ahora nos servían de parapeto. La muralla encerraba la ciudad hacia la ribera del gran río. La puerta principal se elevaba sobre unos difíciles riscos; allí emergía la silueta del alcázar. Pero había otras entradas, puertas menores, que violaban el secreto de Lisboa: el barrio mozárabe, extramuros, en la parte más baja de la ciudad, daba paso a una de ellas. Y aún había otra puerta que por el lado contrario salía al barrio de los pescadores, al borde de las aguas. Allí Alfonso concibió su plan:

—Es exactamente como me lo habían descrito. Tres puertas: una, la del alcázar y la mezquita, muy bien defendida, separada del resto de la ciudad por otra muralla interior; dos, la de los mozárabes, en la parte baja; tres, la de los pescadores, junto al río. Dividiremos a la hueste en tres grupos, uno para cada puerta. Actuaremos así: al amanecer, no más tarde, medio centenar de jinetes y todos los peones se dirigirán contra la puerta del alcázar. Los centinelas moros llevarán sus defensas allí y dejarán menos protegidas las otras dos entradas. Entonces un segundo grupo de jinetes forzará la puerta de los mozárabes y un tercer grupo, al mismo tiempo, hará lo propio en la del río. Hay que actuar rápido, sin dar tiempo a que los enemigos despierten. Cuando estemos dentro, la guarnición mora, agrupada en la puerta principal, habrá quedado atrapada en su propio refugio. Entonces el grupo de la puerta del alcázar se dividirá: los arqueros permanecerán en la línea lanzando una lluvia de fuego sobre la guarnición y un grupo de peones vigilará esa puerta para que nadie salga, mientras que los demás penetrarán en la ciudad por las otras dos vías abiertas. Tarde o temprano, la guarnición saldrá. Pero para entonces la ciudad ya será nuestra.

Se nos despertó en plena noche. La hueste se puso en movimiento a favor de las sombras. Aún no había amanecido cuando vimos dibujarse contra el horizonte la silueta de las murallas. El rey mandó formar a toda la hueste en una larga línea compacta. Cuando los primeros rayos del sol tiñeron de pálido rojo el cielo, esa línea se precipitó sobre Lisboa. Esta vez no hubo trompas ni

cuernos ni vítores al rey y a Cristo, ni siquiera los gritos del guerrero que ataca; esta vez solo hubo el estruendo seco de quinientos caballos lanzados al galope y mil hombres corriendo en un silencio estremecedor. Como un trueno que arranca lejano y termina estallando sobre la cabeza, así el fragor de la guerra rompió sobre el amanecer de Lisboa.

El propio rey Alfonso dirigió al cuerpo que se plantó ante la puerta principal. Saetas incendiarias surcaron la aurora. Por la derecha, Teudano marchó con un centenar de jinetes hacia la puerta de los pescadores. Yo hice lo mismo en la puerta de los mozárabes, por la izquierda. Apenas hubo resistencia. Nadie en Lisboa esperaba un ataque. En unos pocos minutos ya estábamos dentro de los muros. La guarnición no pudo reaccionar. Al verse asediada por la lluvia de fuego, la mayor parte de las tropas moras salió del alcázar y corrió hacia la ciudad, pero allí estábamos ya nosotros para cerrarles el paso. Mis diez guerreros y yo cargamos sobre los sarracenos como un cuchillo que corta manteca. Di buen uso a la azagaya reconstruida por Ramiro; comprobé que las innovaciones aumentaban su eficacia. El pañuelo de Creusa, ondeando en el asta, pronto enrojeció de sangre enemiga.

Otros moros intentaron escapar por la puerta principal, pero allí estaban los peones dispuestos por el rey. Alfonso, al ver esa puerta abierta, no lo dudó un instante y ordenó carga general. Los soldados de Asturias se derramaron sobre la ciudadela como una lluvia de lava, entre los penachos de humo de los incendios, los lamentos de los mutilados y los gritos de los vencidos que imploraban piedad. Aún no había terminado de salir el sol cuando por el portón del alcázar apareció el gobernador moro de Lisboa, en camión, agitando los brazos y gritando en su lengua algo que sonaba a súplica.

Alfonso ordenó encerrar a toda la guarnición en la mezquita mayor de la ciudad. El rey de Oviedo, a lomos de su caballo, penetró en el alcázar. Con rabia clavó su estandarte en la puerta de la mezquita. Nuestros hombres, mientras tanto, se entregaban a un frenético saqueo, operación en la que contaron con la ayuda de los mozárabes y los pescadores locales, así como de los muchos esclavos cristianos del lugar: todos ellos se vengaban ahora de sus opresores. El rey Alfonso dio instrucciones para vaciar el mercado y, una vez vacío, prenderle fuego. Lo mismo dispuso para el palacio del gobernador. Requisamos cuantos carros encontramos disponibles: ahí viajaría nuestro botín. Contemplé el rostro de nuestro rey, crispado, incluso transido, al ver cómo las llamas se elevaban hacia el cielo. Era la venganza por la doble destrucción de Oviedo, por los hombres muertos en las Babias y en el Quirós y en el Soto, por los paisanos capturados como esclavos... Para mí era también la venganza por Deva, y por Tello, y por Gadaxara y por el *miles* Juan.

Hacia el mediodía, todo había terminado ya.

—Os juré que nuestras armas obtendrían venganza por la destrucción de Oviedo —nos dijo Alfonso—. Ya está hecho con la ayuda de Dios.

El rey ordenó que el botín fuera acumulado en los carros y llevado fuera de la ciudad. Así se hizo, pero ello no impidió que muchos de nuestros hombres aparecieran envueltos en lujosas vestiduras o tocados con ricas joyas: era su parte de la caza y nadie se lo recriminó. Después Alfonso mandó ejecutar al gobernador moro. Lo hicieron los propios mozárabes lisboetas. Finalmente, de entre los soldados supervivientes de la guarnición se escogió una cuerda de doscientos cautivos; todos ellos fueron atados con cadenas. Muchos mozárabes pidieron marchar al norte con nosotros, para huir del yugo sarraceno. El rey aceptó.

Volvimos grupas hacia nuestro hogar con el mayor botín que jamás un ejército cristiano había conseguido en tierra de moros.

\*\*\*

El retorno a Oviedo fue un largo paseo triunfal. Una vez cruzado el Duero, ya en tierra cristiana, el rey Alfonso se ocupó de instalar en los pueblos costeros a los mozárabes redimidos en Lisboa: su vida no sería ahora menos menesterosa, pero serían hombres libres en un suelo bendecido por la cruz. A medida que la comitiva avanzaba hacia la capital del reino, las huestes fueron marchando hacia sus hogares. Antes de llegar a Astorga dejaron la columna los señores gallegos y sus mesnadas; con ellos llevaron su parte correspondiente del botín.

Miles de campesinos salieron a vitorearnos a lo largo del camino mientras las campanas de las aldeas festejaban el acontecimiento. La entrada en Oviedo fue una fiesta. Todo el pueblo estaba allí, y con él también los clérigos y hasta los notables de la corte: todo el mundo acudió a saludar al rey victorioso. Alfonso mantenía una pose amable, pero rígida, como si no hubiera obtenido un especial placer con aquel triunfo.

El abad Fromestano se encargó de que aquella tarde corriera el vino y tampoco faltara la carne para el pueblo. Los jefes de hueste nos dedicamos a hacer recuento del botín. Realmente era extraordinario. Separamos la quinta parte, que correspondía al rey, y revisamos minuciosamente el resto distribuyéndolo conforme había sido acumulado en origen. A mí me tocaban dos carros: uno para mí y otro para repartir entre mis diez muchachos. Mi fracción del tesoro era estimable: muchas varas de lienzos y sedas, objetos de oro y plata, vasijas de cobre, una buena provisión de grano y, además, espadas

y arcos y flechas con los que armaría a los soldados del castillo de Espinosa. Yo mismo me encargué de arreglar que todo eso se trasladara a Mena sin tardanza.

La celebración fue memorable. Después de los oficios en acción de gracias, el rey Alfonso ofreció una cena para sus más allegados en el jardín de su nuevo palacio. Allí estábamos los capitanes que junto a él habíamos combatido, pero también el personal de palacio y, de manera muy destacada, los condes que ejercían el gobierno. No me extrañó ver a Nepociano. Instintivamente, busqué a Creusa. No la vi. Pero fue ella la que me encontró a mí:

—Vienes hecho un héroe, Zonio —me espetó con su sonrisa burlona—. Ven, alejémonos un poco.

Creusa me tomó de la mano y me condujo hasta un rincón apartado, junto a una bonita fuente: uno de los detalles que el arquitecto Tioda sembraba por todas partes. Miré a la mujer desde los cabellos hasta los pies: resplandecía. Para la ocasión había engalanado sus cabellos con guirnaldas de flores. Cubría su cuerpo con una suave túnica roja, ceñida al talle con un cinturón de brillantes adornos. Era para volverse loco. Desanudé un trapo sucio de mi brazo.

—Este pañuelo es tuyo, ¿lo recuerdas?

—¡Dios mío! —exclamó Creusa con un mohín de repugnancia—. ¡Qué sucio está!

—Es sangre —sentenció. Pretendía asustarla, pero ella jugó fuerte.

—Ah, ¿sí? ¿De quién? —preguntó con indiferencia.

—De un moro que guardaba la puerta del barrio mozárabe en Lisboa.

Creusa tomó el pañuelo en sus manos. Hizo como si lo examinara detenidamente, pero en realidad era a mí a quien miraba. Sus ojos me quemaban. Luego cogió el lienzo y lo sumergió en la fuente. Una sucia nube parduzca enturbió la pileta. Con gesto firme, lo escurrió y volvió a anudarlo en mi brazo. Me miró con ojos de fiera.

—Quiero que vuelvas con más.

—¿Y si no vuelvo?

—Que me traigan al menos tu brazo. Para recuperar el pañuelo.



Embriagado de victoria y de deseo, esa noche cubrí de besos a Creusa.

## El dolor y la gloria

La victoria de Lisboa nos había hecho ricos a todos. Al rey Alfonso le procuró recursos para acelerar la construcción de su capital, aquella Oviedo esplendorosa que soñaban el monarca y su arquitecto Tioda. Pero el triunfo debía servir además para otra cosa de enorme importancia: mostrar a Carlomagno que aquel pequeño reino de Asturias que pedía su alianza no era una menesterosa tribu de las montañas, sino una potencia capaz de ejecutar auténticas hazañas. De manera que, apenas regresados a casa y disuelta la hueste, Alfonso ordenó que una embajada de la corte marchara al país de los francos para dar noticia de nuestro éxito y poner su fruto a los pies del gran Carlos.

Dos condes de palacio fueron los elegidos: Froila y Basiliscus, que ya habían estado anteriormente en Tolosa con Ludovico Pío, el hijo y heredero de Carlomagno, titular del gobierno de las tierras francas del sur. Nuestros dos embajadores llevarían consigo ricos presentes del botín lisboeta: joyas, objetos de oro y plata, sedas... y una cuerda de cincuenta cautivos moros. La naturaleza de la misión y de lo que transportaba exigían dotar a la comitiva de una cierta protección. Teudano me encomendó a mí la tarea, pues conocía bien el camino hacia el este. Recibí la orden como un auténtico regalo. Mis diez muchachos me acompañarían. Con ellos, medio centenar de peones.

Partimos hacia la tierra de los francos sin perder más tiempo que el imprescindible para prepararlo todo. No sería un viaje rápido, porque los sobrecargados carros forzosamente iban a entorpecer el viaje. Eso sin contar con la difícil marcha de los cautivos moros, obligados a caminar cargados de cadenas. Duro destino el del preso. Recé para que a mi hermano Tello se le hubiera ahorrado un trance semejante.

Desde Oviedo ganamos el camino de la costa, que yo tan a fondo conocía: Evencia, Santillana, Santander, Laredo, enseguida Castro y después, cruzando la ría, la tierra de Mundaca hasta Easo, por donde se entraba en el país de los francos. Un paisaje uniforme de amplias campiñas verdes y bien cultivadas, en un terreno asombrosamente llano, recorría la Aquitania, incluidas las tierras de Gascuña, hasta Tolosa. Allí, en la capital franca del mediodía, más amable que la fría Aquisgrán, era la gran cita. Tardamos dos largas semanas en llegar.

Carlomagno nos esperaba en el castillo que habitualmente usaba su hijo Ludovico Pío. Mucha piedra y poco ceremonial. Más parecía una simple fortaleza militar. Entramos en la plaza rodeados por el asombro de las gentes, que nunca debían de haber visto semejante despliegue de carros, cautivos y caballeros. Froila y Basiliscus penetraron en la cámara del rey de los francos. La gran puerta se cerró tras ellos. Los de la escolta quedamos fuera, aguardando.

Enseguida se nos acercaron algunos caballeros de aspecto jovial; debían de ser habituales de la casa. Se presentaron a nosotros sin protocolo alguno. Había allí un caballero llamado Aureolo y a su lado otro que se llamaba Oriol. Algunos se presentaron por el nombre de sus linajes: los Aznar, los Galindo, los Íñigo, los Velasco, los Arista, los Jimeno... Eran las familias más poderosas de las montañas, las gentes a las que Carlomagno pensaba confiar el control de su frontera pirenaica. O eso esperaban ellos. Intercambiamos algunas palabras de cortesía. Confieso que me incomodó un tanto su aire de superioridad: a los de Asturias nos miraban como si viniéramos de algún lugar exótico y salvaje, cuando en realidad su rústico país de la montaña era bastante más precario que el nuestro. La frialdad del ambiente se relajó cuando uno de los clérigos que nos acompañaba me señaló y dijo:

—Este fue el que mató a Abd al-Malik y después dejó sin tienda a su hermano Abd al-Karim. Y estuvo en lo de Lisboa.

La noticia fue recibida por los circunstantes con un gesto de asombro y admiración. Uno de los Galindo me dijo que él había combatido a Abd al-Karim cuando el moro penetró hasta Narbona. Y uno de los Aznar me refirió que en aquella batalla fue tan grande la mortandad, que los paisanos tardaron dos meses en limpiar completamente el campo. El más sensato y pausado de todos ellos, que era Aureolo, me hizo una serie de preguntas prácticas: cómo distinguir a unas unidades moras de otras, cuál era la proporción habitual de jinetes y peones en sus filas, qué tipo de saetas disparaban sus arqueros, en qué lugar de sus columnas colocaban el avituallamiento... Cualquiera diría que se disponía a tomar en sus manos el control de la región. Después hablamos de caballos, de las virtudes y defectos de los caballos árabes y de su calidad en comparación con nuestros propios caballos, más pesados y grandes. Con estos asuntos nos entretuvimos hasta que de nuevo se abrió la puerta del rey. Y esta vez venía Carlomagno en persona.

El rey de los francos me impresionó, como a todo el mundo. Carlomagno era un hombre alto y corpulento, de cuello ancho y vientre grueso. Había nevado ya en sus barbas y cabellos, y el rostro se agrietaba por la edad, pero tenía una mirada fiera y una sonrisa limpia. A uno le daba la impresión de ser el tipo de jefe por el que valía la pena pelear. Vestía una hermosa pero sencilla

túnica bajo una capa azul. Al cinto, la espada de puño de plata. Se acercó a nosotros con aire desenvuelto, flanqueado por los embajadores de Alfonso. Con familiaridad saludó brevemente a los caballeros del Pirineo. Luego reparó en mí. Me habló en latín:

— ¿Tú eres...?

— Zonio de Mena, caballero del rey Alfonso de Oviedo, mi señor.

Dije esto agachando la cabeza y bajando la mirada, como era preceptivo. Pero Carlomagno tomó mi mentón en su mano y me elevó el rostro. Cruzó su mirada con la mía y la mantuvo fija unos instantes. Carlomagno tenía unos ojos grises y profundos que a mí me recordaron el cielo de mi país cuando las nubes cubren las montañas. Examinó la cicatriz que recorría el lado derecho de mi cara.

— ¿Sabes qué edad tienes? — me preguntó.

— Veinticuatro años, mi señor.

— A tu edad yo ya era rey — comentó.

Sonrió satisfecho. Me palmoteó el rostro como el jinete que valora a un caballo de calidad. «Buen caballero», dijo Carlomagno. Y desapareció por el otro extremo de la estancia junto a nuestros embajadores Froila y Basiliscus. Esto es todo lo que puedo contar de Carlomagno, que pronto sería emperador de occidente.

En el camino de vuelta, Basiliscus me dijo:

— ¿Fuiste tú quien regaló un ajedrez a nuestro rey don Alfonso?

— Sí — contesté, intrigado —. ¿Por qué?

— Carlomagno nos ha enseñado otro tablero que tiene en su cámara, con piezas de asombroso arte. Dice que se lo ha enviado como presente el gran califa de Bagdad: Harún al-Rashid.

\*\*\*

De vuelta a Oviedo, dejé a los embajadores con una breve escolta de jinetes y peones y envié a mis hombres al castillo de Espinosa. Yo tomé otro camino: me dirigí al monasterio de San Martín de Turieno, en Liébana. Necesitaba ver a Beato.

Encontré a mi maestro exactamente igual que tantos años atrás: era como si se hubiera congelado en el tiempo. Me recibió con un abrazo paternal. Quiso lavarme los pies, según manda la regla, pero no lo permití. Fui yo quien besó sus manos. Después me condujo al jardín.

—¿Así que al fin has vuelto? —bromeó.

Le conté mis aventuras en Lisboa, en las batallas precedentes y en la corte de Carlomagno. También le puse al corriente de algunas cosas que en el monasterio ignoraban. Y comentamos, como no podía ser menos, la atroz suerte del obispo Elipando, degollado por el renegado Amorroz en el foso de Toledo.

—Desde que supe la noticia rezo por su alma día y noche —comentó Beato—, y mi hermano Eterio también. Sabe Dios que jamás le deseé ningún mal. Y estoy seguro de que él a mí, tampoco. Al final el pobre ha caído víctima de la gente con la que aspiraba a entenderse. Es horroroso. Y al cabo, demuestra que nosotros teníamos razón: no caben componendas con los blasfemos. La sede de Toledo ya no puede ser la primada de España.

—Debe serlo Oviedo —afirmé—. Y esa púrpura te corresponde a ti.

—¡Oh, no! —rió Beato—. Yo ya estoy demasiado viejo para eso. Y ya he cumplido mi papel, que era defender la santa fe. Otros deben ahora tomar el testigo. Me han dicho que el joven Adulfo goza de las simpatías del rey. Será un buen obispo de Oviedo.

Describí a Beato cómo era la Oviedo que el rey estaba levantando, sus nuevas iglesias y palacios, y le hablé también de mi trabajo en la frontera, de los castillos de las Bardulias y de la repoblación. Hasta que, cansado de cháchara, Beato de Liébana se detuvo, me miró fijamente y preguntó:

—¿A qué has venido?

—Tengo algo importante que contarte —confesé—. Necesito un consejo. Y no conozco a nadie más sabio que tú.

—Hay muchos más sabios que yo, pero, en fin, trataré de ayudarte si está en mi mano. ¿De qué se trata?

—Es una mujer.

—Acabáramos. Me temo que sobre eso no soy particularmente experto.

—Se trata de Creusa.

—¿La vieja Creusa? ¿La viuda de Mauregato?

—¡No, por Dios! —contesté con un aspaviento—. Su hija, la joven Creusa.

—Hechura de su madre, según la recuerdo.

—Lo es.

—Y muy bella —apuntó Beato.

—Muy bella y llena de encantos. —No pude evitar un sonrojo.

—La vieja Creusa se casó con Nepociano, según me contaron...

—En efecto.

—De manera que ahora la joven Creusa es heredera de una considerable fortuna. —Beato dijo esto frunciendo mecánicamente los labios, como siempre que creía haber localizado una presa.

—Sí.

—¿Te has enamorado de ella? —preguntó a bocajarro.

—No lo sé.

—¿No sabes si la amas?

—La deseo.

—No es lo mismo —advirtió mi maestro.

—Ciertamente. Pero creo que ella sí me ama a mí. Al menos prodiga las demostraciones cada vez que me ve; que no es algo muy frecuente, por otro lado.

—No me contarías todo esto si no hubiera otra cosa ocupando tu corazón.

—Mi corazón sigue lleno de Deva, aquella chica... —Bajé la mirada.

—Sí, la hija de Asur —interrumpió Beato—. Recuerdo el episodio, no te molestes —dijo con fastidio—. Pero Deva fue capturada esclava por los moros, hace siete años ya, y desde entonces nadie ha sabido nada de ella.

—¿Sabes, Beato? Fui a buscarla a Córdoba.

—¡Estás loco!

—Lo estaba. Aproveché una misión ordenada por el rey para acercarme al harén del emir y hacer averiguaciones. Sin fruto, como era de esperar.

—Mira, Zonio —suspiró mi maestro—. Habla muy bien de ti que tu corazón siga prendido de aquella chica. Eso demuestra que tu amor era limpio y puro, y que no fue una simple urgencia de la carne lo que te sacó de estos muros de San Martín. Pero Deva, lamentablemente, no volverá. Sería un auténtico milagro que lo hiciera. Y tú eres un hombre joven y fuerte, ahora mismo caballero del rey y mañana, ¿quién sabe?, señor de algún territorio en premio a tu esfuerzo en el combate. Y un hombre así no puede sepultar su corazón en vida.

—Cada vez que miro a otra mujer me siento culpable; culpable de deslealtad a Deva.

—El amor, en efecto, es una enfermedad, querido Zonio. Y no soy buen médico para esa dolencia.

—¿Qué puedo hacer?

—Creusa te persigue. Pero si su presencia te tortura, elúdela. Tú aprendiste en estos muros qué es la castidad. El propio rey Alfonso la practica como ofrenda a Nuestro Señor. No debería resultarte tan extraño...

—Lo entiendo, pero al mismo tiempo siento dentro de mí un vacío.

—Ese vacío que sientes es el que ha dejado Deva y nada podrá llenarlo jamás. Nunca una mujer sustituye a otra si de verdad la has amado. Pero ¿quién sabe?, tal vez Dios te bendiga con otra que colme con creces esa ausencia.

—¿Tú crees que una mujer como Creusa...?

—No conozco a la joven Creusa, pero sí a su madre. Y a poco que se parezca, será una mujer caprichosa, ambiciosa, muy consciente de sus encantos y dispuesta a usarlos para conseguir sus propósitos. Es muy posible que ella se haya enamorado de ti: eres joven, no eres feo, ahora tienes fama y, además, eres un guerrero cercano al rey. A las mujeres les atraen los guerreros; bien es cierto que luego pretenden que se comporten como lacayos de caballeriza. He visto a hombres más fuertes que tú sucumbir ante un cuerpo bonito y una mirada

comprometedora. En todo caso, lo que quiero decirte con esto es que el amor de Creusa, quizá sincero, puede no ser puro. Y eso debería frenarte.

—Lo entiendo, Beato.

—¿Qué harás?

—Seguiré tu consejo —acepté, humilde.

—Espero que esta vez lo hagas —cerró Beato como si fuera una advertencia.

Me despedí de Beato de Liébana pidiendo su bendición. Abandoné la idea de volver a los brazos de Creusa. Al salir de Liébana por el camino de Potes vi una vez más la casa que había sido de Asur y Deva. Decididamente, mi corazón había quedado cautivo con aquella dulce muchacha. Y si ella no volvía, tampoco mi corazón recobraría nunca la libertad. Retorné al castillo de Espinosa. Mi sitio estaba allí.

\*\*\*

Supe que Oviedo crecía semana tras semana. Supe que Carlomagno había enviado embajadores a la capital del rey Alfonso: Jonás y Teodulfo, se llamaban. Supe que con ellos vinieron artesanos y canteros y orfebres de varias ciudades del imperio, y que todos ellos dejaban su arte en la capital de nuestro reino. Supe también que en Asturias empezó a circular de nuevo la moneda: los sueldos de plata de los francos no tardaron en convertirse en objeto de codicia. Pero todo aquello me quedaba muy, muy lejos. Mi vida era ahora el castillo de Espinosa, mi vecino hogar de Mena y las frecuentes exploraciones hacia el sur, al paraje de Tedeja, donde me había propuesto levantar algún día un nuevo castillo.

Mi hermano Vítulo, con la protección que ahora le brindaba nuestra pequeña hueste, pudo dedicar todos sus esfuerzos a organizar la repoblación. Nuevas familias se habían instalado en Mena e incluso iban llegando hasta Espinosa, donde también había tierra para todos. La frontera seguía tranquila: Alhakán no había resuelto sus problemas en su propia casa y, por otro lado, ahora teníamos a Carlomagno levantando fortalezas en las montañas de los Pirineos, lo cual obligaba al moro a un esfuerzo suplementario. Fueron años tranquilos, aquellos.

En Mena, mi pequeño mundo, mis padres envejecían lentamente. Ramiro insistía en encontrar el arado perfecto. Guma criaba a su hijo Guzmán con el amor que a él nunca le dispensaron. Mi hermana Munia, casada con Illán, dio a



luz un rechoncho varón al que bautizaron como Tello, en recuerdo de mi hermano desaparecido.

Como la llegada de nuevos colonos era incesante, mi hermano Vítulo quiso asegurarse de que la propiedad de las tierras quedaba claramente definida: que nadie pudiera tomar lo que no era suyo. Lo que se le ocurrió fue donar las tierras cultivadas por su comunidad a nuestra iglesia original de Mena, la de San Emeterio y San Celedonio, de manera que la repoblación mantuviera una cabeza bien visible.

Con su habitual minuciosidad, Vítulo nos convocó a unos cuantos de la hueste y a mí. Ante nosotros redactó públicamente la escritura. Pidió a mis hombres que firmaran como testigos. Solo sabían escribir Juanti, Azano, Munino, Armando y Hudelisco. A algunos de ellos les había enseñado a leer el propio Vítulo. Con mucha ceremonia dictó el texto al presbítero Lepino, su asistente:

—En 15 de septiembre del año de Nuestro Señor 800, yo, el abad Vítulo, el más indigno siervo de todos los siervos de Dios, con mi hermano el presbítero Ervigio, con nuestros santos patronos Emeterio y Celedonio, a los que con nuestras propias manos construimos una basílica mi hermano Ervigio y yo, Vítulo, abad, en el lugar que llaman Taranco en tierra de Mena, y también la iglesia de San Martín, que bajo la jurisdicción de Mena elevamos asimismo con nuestras manos en la ciudad de Area Patrini, y también la iglesia de San Esteban, que con nuestras manos fundamos en el lugar que llaman Burceña en tierra de Mena, en esta región de... —Vítulo se detuvo, reflexivo—: En esta región de... de... Zonio, hermano...

—Dime, Vítulo.

—¿Cómo llamaremos a este lugar? Ya no son las Bardulias, porque estamos más al sur, pero todavía no son los campos góticos, porque estamos más al norte. ¿Cómo podemos llamar a estas tierras?

—¿Cómo las llama el pueblo, hermano? —pregunté yo.

—El pueblo las llama Castilla. Por los castillos del rey nuestro señor.

—Pues llamémoslas Castilla —sugerí—, como las llama el pueblo.

—¡Castilla! Extraño nombre. Pero suena bien. Sea. En esta región que antes se llamaba Bardulias y que desde ahora llamaremos Castilla...

Y desde entonces estas tierras se llaman Castilla.

## TERCERA PARTE

### LA SANGRE Y LA TIERRA

#### 19

### La desdicha del hermano del emir

Grandes batallas se sucedieron en aquel tiempo y el Señor nos bendijo con frecuentes victorias y abundante botín. Numerosos colonos atravesaron los montes para ocupar tierras en nuestros valles y así creció el ámbito del reino. Pero en aquellos años ocurrieron además otros sucesos que iban a alterar extraordinariamente nuestras vidas.

La primera consecuencia de nuestra visita a Carlomagno no se hizo esperar: muy pronto el rey de los francos ordenó reforzar su frontera en los Pirineos, a la que llamó «Marca Hispánica», desde el Cantábrico hasta el Mediterráneo. El moro descubrió que una nueva amenaza surgía en el horizonte. Al cobijo de las montañas emergían condados cristianos en Pamplona, el río Aragón, Ribagorza, Sobrarbe, Urgel, Pallars, la Cerdaña... Unas veces los encabezaban las viejas familias locales; en otras ocasiones se pusieron bajo el mando de caballeros de la corte de Aquisgrán. Siempre, en cualquier caso, el resultado era el mismo: los musulmanes se encontraban de repente con un muro en el norte. Además, Carlomagno iba a llevar sus banderas hasta Barcelona y el propio poder sarraceno se plegaría a su influencia, pues no fueron pocos los gobernadores musulmanes que, enfrentados con Córdoba, prefirieron pactar con el rey de los francos.

Para el emir Alhakán todo aquello se convirtió en un endemoniado rompecabezas. Hasta ese momento los musulmanes habían sustentado su poder en la región sobre dos piezas: por un lado, la colaboración de los Banu-Qasi, aquella poderosa familia convertida al islam para mantener su control del valle medio del Ebro; por otro, los gobernadores que Córdoba había enviado a Huesca, Zaragoza y Barcelona, y cuyas tropas imponían a punta de espada la autoridad del emir. Los Banu-Qasi ataban corto a los pamploneses a través de sucesivos enlaces matrimoniales, mientras que los gobernadores moros cobraban tributos en el Pirineo para asegurarse la fidelidad de los señores de la zona. Pero cuando Carlomagno ofreció a estos magnates la posibilidad de tributar a los francos en vez de a los moros, ninguno lo dudó y se puso al lado del Gran Carlos. En Pamplona, al mismo tiempo, estallaba una sorda pugna entre los Velasco y los Jimeno por el mismo motivo. Así Carlomagno logró que desapareciera cualquier amenaza de una nueva invasión. Y para nosotros, para

el reino de Oviedo, se abrían expectativas de mayor alivio, pues ahora Córdoba tenía que vigilar dos frentes: el carolingio y el nuestro.

Era cuestión de tiempo que el emir Alhakán reaccionara: de algún modo tenía que romper aquel muro que Carlomagno había construido sobre las montañas y que, para más solidez, se ensamblaba con nuestro reino de Asturias en tierras vasconas. Fue en el verano del año de Nuestro Señor 801 cuando el emir de Córdoba dio el paso: se propuso abrir una brecha en la muralla cristiana del norte. Y para hacerlo escogió el punto donde Asturias se daba la mano con el reino de los francos: Navarra.

Fueron jinetes de Lantarón, en territorio de don Tello, quienes aparecieron por Espinosa ya principiado el mes de agosto para dar la noticia: un ejército sarraceno se acercaba desde Cenicero y Briones a la aldea de Miranda, y todo indicaba que iba a cruzar el Ebro por aquel lugar. Yo nunca me había fiado de don Tello. Sospechaba que en otro tiempo había pactado con los moros para conservar a salvo sus posesiones. ¿Me estaría tendiendo una celada? Resultaba poco probable. Enviar jinetes para sacarme de mi castillo era un procedimiento que llamaba demasiado la atención. Por otro lado, los informes de aquellos hombres parecían ciertos. Inmediatamente cursé mensajeros a Oña y a Iruña para poner al corriente a don García y don Munio. También me ocupé de avisar al señor de Mundaca. A todos les di cita lo antes posible en el castillo de Añana. Asimismo mandé a cuatro hombres a las cercanías de Miranda, para que siguieran el curso del ataque musulmán; encomendé a Juanti, uno de mis jóvenes caballeros, dirigir esa vital misión.

\*\*\*

¡Misteriosa expedición, la sarracena! ¿Quiénes eran? ¿Y qué se proponían? Si se dirigían a Miranda, solo podía ser con el objeto de tomar la calzada que desde allí camina hacia la llanada de Álava, habitual presa del saqueo musulmán. Pero apenas cuatro años atrás ya habíamos infligido a los moros una severa derrota en aquellas tierras, cuando lo de Amurrio. Y desde entonces la red cristiana de castillos no había hecho sino intensificar su solidez. ¿Cómo era posible que insistieran por el mismo lugar? Sobre la marcha colegí dos cosas: una, que el objetivo de ese ejército debía de ir más allá del simple saqueo en los llanos alaveses; la otra, que el jefe de la hueste enemiga forzosamente tenía que ser otro distinto de mi viejo conocido Abd al-Karim, pues este no se habría aventurado de nuevo por los mismos parajes.

A la altura de Miranda la calzada seguía al norte por dos caminos. Uno daba un rodeo por el oeste, por Puentelarrá, e iba a la comarca controlada sucesivamente desde los castillos de Salcedo, Lantarón y Añana. El otro camino,

más corto pero más inseguro, atacaba directamente el norte atravesando el paraje de Arganzón y cayendo en la zona protegida por el castillo de Iruña. ¿Qué dirección tomaría el moro? Cualquiera que fuera la ruta escogida por el enemigo, desde Añana nosotros tendríamos una buena posición para obrar adecuadamente. Alineé a mi hueste: los jóvenes caballeros de la tierra y unos doscientos peones. A través del valle de Losa salimos a toda velocidad hacia Añana, adonde llegamos después de jornada y media de camino. Cuando divisamos el castillo ya estaban allí todas las tropas de don Tello, reunidas desde las fortalezas cercanas. Tardaron poco en llegar contingentes de Frías, remitidos por el viejo señor don García, y otros de la tierra de Ayala, Orduña y Mundaca. Don Munio me hizo saber que permanecería en su castillo de Iruña por si el moro tomaba ese camino. Me pareció una buena decisión. Ahora solo faltaba conocer el rumbo del enemigo.

—Bienvenido, don Zonio —me saludó don Tello desde el mismo portón de su pequeña fortaleza. Traía la cabeza descubierta y sus cabellos rojos formaban caóticos remolinos. A su espalda colgaba el hacha de doble hoja con la que tanto le gustaba combatir.

—Dios te guarde, don Tello —contesté—. Gracias por el aviso. ¿Sabes algo nuevo del enemigo? —Yo seguía sin fiarme de ese hombre.

—Nada nuevo. Parece que se demoran, a Dios gracias. —Tello sudaba enormemente; tan grueso como estaba, la cota de malla debía de ser un horno para él.

Pese a mi desconfianza, Tello nos instaló con solicitud. Hasta la madrugada del día siguiente no tuve noticias de mis exploradores. Cuando al fin apareció Juanti con sus jinetes, fue para presentar un balance alarmante: una fuerte hueste enemiga, de en torno a cinco mil jinetes y otros tantos peones, con cuantiosa carga de avituallamiento y alguna máquina de guerra.

—¿Qué camino han cogido? —pregunté, intentando no traslucir ansiedad.

—El de Iruña —respondió Juanti sin aliento.

—¿Su jefe? —insistí.

—No le conozco. No es Abd al-Karim —dijo el muchacho.

Era un bravo tipo, Juanti: debía de rondar los veinte años, si es que llegaba, pero tenía un cuerpo ya macizo y rudo, hecho a la intemperie y al sufrimiento, y una mente despierta y muy bien dotada para las cosas de la

guerra. Mandé a dormir a mis exploradores y desperté a don Tello y a los capitanes de la hueste.

—El moro camina hacia Iruña —les confió—. Es un gran ejército: unos diez mil hombres entre jinetes y peones. Con mucha impedimenta, luego su marcha no será rápida. Lo manda un general que no conocemos. Y si no le conocemos, entonces él tampoco nos conoce. Todo eso juega a nuestro favor. También nos beneficia otra cosa: en la columna vienen muchos carros y hasta una máquina de asedio. Por tanto su objetivo no es saquear los campos, sino que marcha contra alguna ciudad.

—Yo creo saber adónde va —dijo uno de los presentes, un guerrero vascón de aspecto fiero y un tanto salvaje.

—¿Quién eres tú? —pregunté.

—Zaldún de Orduña. ¿No te acuerdas de mí, Zonio de Mena?

¡Zaldún! Zaldún era aquel muchacho que el día de la coronación de Alfonso había venido a Oviedo en representación de su padre, señor de una tribu vascona. Ahora, diez años después, era un mozo de elevada estatura y modales enérgicos, de largas melenas y permanentemente pegado a una espada de dimensiones asombrosas.

—Has crecido mucho —le dije—. Me alegra verte aquí. Pero explícame por qué crees saber adónde se dirige el moro.

—Creo que va a tierras de Pamplona —afirmó Zaldún—. En los últimos meses los Jimeno y los Velasco se han hecho mucho la guerra. Unos se apoyan en Carlomagno y los otros en los Banu-Qasi. El hecho es que, los otros por los unos, Córdoba ha perdido completamente el control del país. Y si ahora aparece por aquí un ejército de esas dimensiones, debe de ser porque busca algo importante. Tan importante como recuperar la autoridad sobre Pamplona.

—Es muy posible —acepté—. ¡Bravo, Zaldún! Si eso es así, podemos dar por hecho que el moro, sea quien fuere su general, no querrá perder tiempo ni energías. Por eso ha escogido el camino de Iruña, que es más corto. Quizá piensa llegar a la llanura de Álava, saquear lo que pueda por el camino y dirigirse después a Pamplona por la calzada.

—¿Y por qué ha escogido ese camino y no ha entrado desde Zaragoza? —terció don Tello—. Le habría resultado más fácil

—Entra por Iruña para no pisar la tierra de los Banu-Qasi, porque esa gente controla el Ebro aguas abajo —expuso Zaldún.

—Y si este ejército moro quiere atacar al margen de los Banu-Qasi — reflexioné yo—, entonces no cabe duda de que lo ha mandado el propio emir de Córdoba, con un objetivo político de primera magnitud y, por tanto, con un general de relieve. Tal vez un familiar del propio emir.

—¿Por qué te interesa tanto saber quién es el jefe de esa banda de diablos? —me interpeló don Tello con ostensible fastidio.

—Porque conociendo al jefe tendremos media batalla ganada —afirmé de manera un tanto presuntuosa—. De todas maneras ya sabemos mucho. Y creo que sé dónde podemos golpear.

—¡En las Conchas, sin duda! —afirmó jubiloso don Tello.

—Sin duda —corroboré—. Hay que salir cuanto antes y ganar la posición. Movilicemos a cuanta gente podamos. Zaldún, tú partirás inmediatamente al castillo de Iruña para dar noticia a don Munio: concentraremos nuestra fuerza en los altos de las Conchas. Si lo tienes a bien, don Tello, deja una mínima guarnición en tus castillos, por lo que pueda pasar. Y nosotros, ¡rumbo a las Conchas!

\*\*\*

Don Tello se mostró como un diligente organizador de hombres. Aún no había amanecido cuando la tropa partió hacia levante cruzando los vallecillos boscosos que van a dar al río Bayas. Entre su hueste, la mía y los refuerzos de don García, no sumaríamos más de dos mil guerreros. Don Munio no aportaría más de mil. Éramos muy pocos en comparación con la hueste sarracena. Pero, a cambio, la tierra peleaba en nuestro bando. La tierra... y la sorpresa.

Las Conchas del paraje del Arganzón son una puerta natural que el río Zadorra ha excavado en las paredes de la sierra de Tuyo. Por el medio, a la par que el río, pasa la calzada. Es poco trecho: menos de media legua. Pero la estrechez del sitio es tan extrema, y la posibilidad de refugio tan escasa, que nadie puede escapar de allí. Nuestra estrategia en la batalla no sería otra: cerrar la puerta de las Conchas en la entrada y la salida, y destrozar desde lo alto a la expedición sarracena.

Tomamos pie en las Conchas de Arganzón antes del mediodía. Poco después aparecieron don Munio Núñez y Zaldún con una mesnada no desdeñable: trescientos jinetes y mil doscientos peones; más de lo que yo había

previsto. Abracé a don Munio como a un hermano: aquel hombre sabía hacerse querer. ¡Si hasta a Creusa le había agradado! Y para mi sorpresa, a las pocas horas se hizo ver también el veterano don García, que, alertado por sus hombres, no había querido perderse la batalla. Con lo que traía el caballero de Frías y Oña ya nos acercábamos a los cinco mil hombres. La mitad que el enemigo. Pero seguros de ganar.

El plan de batalla ya estaba definido. Todos aguardaríamos en los altos del desfiladero, en la contrapendiente de la sierra, invisibles para el moro. Cuando el enemigo estuviera a punto de salir de las Conchas, Munio descendería a toda velocidad con sus jinetes para cerrar la puerta. Los peones acentuarían el efecto de la carga lanzando troncos y rocas sobre el camino, para estrechar aún más el paso. En ese momento los hombres de Tello, desde un lado, y los de García desde el otro, asietearían al enemigo atrapado en la calzada. Y mientras tanto, los míos y yo cargaríamos contra la retaguardia mora para sembrar la confusión en sus filas e impedir la retirada. Pedí a Zaldún que me acompañara en mi cometido. Esa noche la pasamos en vigilia y oración, velando armas, como el día que nos hicieron caballeros.

Supimos que los moros habían hecho noche en el pequeño poblado de Estavillo, a una legua de la garganta. Por el humo supimos también que habían incendiado el lugar. Desde la cumbre de uno de los cerros, excelente observatorio, pudimos ver cómo el ejército moro despertaba y se ponía en camino. Su marcha era lenta y pesada, apenas podría moverse dentro del desfiladero. Percibimos también el estandarte que orgullosamente ondeaba junto a su jefe. Era un estandarte blanco: con toda probabilidad, un aristócrata del clan de los Omeyas, la dinastía que gobernaba el emirato de Córdoba. Una presa de caza mayor.

Los moros lanzaron algunos exploradores dentro del desfiladero, para verificar el paso. Fue difícil conseguir que ninguno de los nuestros se moviera. Pero aquellos jinetes de reconocimiento tampoco investigaron a fondo. Seguramente se sentían fuertes con tan poderosa hueste detrás. Desde lejos se oían los gritos de la columna y las imprecaciones que los carreteros lanzaban contra sus mulas. Era un espectáculo pintoresco. La tropa musulmana entró en las Conchas. Apelotonada. Sin orden. Yo nunca olvidaba aquellas palabras de mi añorado *miles* Juan: «Nosotros hemos de buscar la maniobra, la sorpresa, y sembrar la confusión en sus filas. Porque así como son buenos guerreros, los moros son también desordenados y tienden a descomponer las filas, y pasan de la exaltación al pánico en un momento. Entonces están perdidos. Ese es para nosotros el momento de cargar con todo. Solo así podemos ganar». Eso era lo que íbamos a hacer una vez más. Como antes en Lutos y en Amurrio.

Los exploradores no llegaron a atravesar el desfiladero: las flechas de la gente de Tello los atravesaron de parte a parte. La cabeza de la columna mora, sorprendida, se detuvo. Entonces sonaron las trompas y los cuernos, y la furia de los guerreros cristianos se desencadenó sobre la muchedumbre sarracena. Munio cargó contra la vanguardia mora mientras los peones de su hueste, colocados en los flancos, arrojaban grandes piedras y árboles derribados. Tan estrecho se hizo el camino que a los moros no les quedaba otra vía de escape que meterse en el río. El jefe sarraceno, el Omeya, ordenó una carga general hacia delante para levantar el tapón, pero en ese momento sus tropas estaban siendo machacadas sin clemencia por los hombres de Tello y de García, cada cual en una pendiente, que enviaban sobre el enemigo una ingente cantidad de flechas, dardos y piedras. El pavor se leía en los ojos del enemigo y se oía en sus voces aterradas. Era el pánico del que hablaba el *miles* Juan.

En aquel instante Zaldún y yo, con nuestra hueste, nos descolgamos desde el cerro donde nos hallábamos para cargar contra la retaguardia mora. Besé la cruz que colgaba de mi cuello, la cruz de Beato, y espoleé a Sisnando. Las decenas de carros que transportaban la impedimenta musulmana tapaban el camino de salida y obstaculizaban la retirada de sus propias tropas. Para añadir confusión, ordené lanzar flechas de fuego sobre aquellos carruajes. Los cocheros se arrojaron al suelo implorando piedad entre nuestras lanzas y espadas, y los animales, espantados por el fuego, salieron de estampida en todas direcciones, atropellando a los moros que trataban de huir del desfiladero. Mi azagaya se cobró varias vidas entre los fugitivos. El pañuelo de Creusa, atado al asta, volvió a mancharse de sangre enemiga. Zaldún, por su parte, había saltado de su caballo y ahora se volcaba sobre la muchedumbre en fuga repartiendo mandobles. Nunca había visto a nadie golpear tan rápido, ni siquiera a Gadaxara. Verdaderamente ese muchacho era un guerrero extraordinario.

La matanza duró cerca de una hora. En algún momento, el jefe sarraceno logró zafarse de la presa que le hacían sus propios hombres y escapó a uña de caballo junto a unos pocos jinetes. Los vimos salir a galope tendido por la orilla del río, dejando su estandarte tras de sí y abandonando a sus soldados a la atroz suerte del vencido. Los que quedaban vivos no tardaron en rendirse.

Don Tello, una vez más, quiso perpetrar una matanza y se precipitó con su hacha sobre la muchedumbre vencida. Se lo impedí. El encarnizamiento de aquel hombre me resultaba siempre excesivo. Más tarde me enteré de que sus padres, muchos años atrás, habían sido quemados vivos, sitiados en su propia casa, durante una aceifa musulmana. De cualquier manera, todos teníamos cuentas personales que saldar. Y lo que ahora importaba era, sobre todo, hacer



cautivos, recoger el botín y averiguar de dónde había salido ese ejército y qué se proponía.

Don García y don Munio me ayudaron a calmar a Tello. La lección más importante que ha de aprender el guerrero no es la técnica de combatir, sino el arte de combatir sin odio, porque el odio nubla la razón, convoca al pecado y ahuyenta a la victoria. A mí me lo enseñó el *miles* Juan. Y era una gran verdad.

El orgulloso ejército de Córdoba ofrecía ahora un aspecto deplorable. Los supervivientes, de rodillas entre los cadáveres de sus camaradas, levantaban los brazos implorando misericordia. Nuestros hombres los desarmaron y enseguida los reunieron a la orilla del Zadorra. Varios se identificaron como esclavos cristianos. No serían más de una docena. Casi todos hablaban nuestra lengua. A esos los apartamos: ellos nos dirían lo que queríamos saber.

—¿Tú cómo te llamas? —pregunté a uno que me pareció más tranquilo que los demás.

—Sancho. Soy de Toledo. Cautivo y enrolado a la fuerza. ¡Soy cristiano! ¡Lo juro por mi santa fe!

«¡Y yo! ¡Y yo!», gritaron todos los demás a coro. Sentí una enorme compasión por aquellos hombres. Quién sabe si mi propio hermano Tello no estaría en pareja situación. Pero no podía ablandarme y proseguí el interrogatorio:

—Tú, Sancho toledano, ¿quién os mandaba?

—Muawiya, un hermano de Alhakán.

Nos miramos sorprendidos. Habíamos derrotado nada menos que a un hermano del emir.

—Veo aquí a muchos extranjeros. ¿De dónde viene este ejército? —insistí.

—Son las nuevas tropas de Alhakán, mi señor. El emir ya no se fía de nadie, así que ha reclutado a millares de bereberes en el norte de África.

—¿Y quién le protege en Córdoba? —pregunté, sorprendido.

—Otros soldados nuevos. «Eslavos», los llaman. Son esclavos que se ha hecho traer de oriente, de más allá de Bizancio. Los ha enrolado en su guardia porque no hablan ni latín ni árabe, de manera que no pueden comunicarse con nadie. Por eso les llaman «los mudos».

—¿Dónde os dirigíais?

—Yo no lo sé —contestó Sancho. Pero otro terció enseguida:

—Yo sí, mi señor. Nos dirigíamos a Pamplona.

—¡Lo sabía! —rugió Zaldún.

—¿Y para qué? —inquirió don Munio.

—Para ayudar a los señores de los Jimenos contra los señores de los Velascos. No sé nada más.

—Ya es bastante. ¿Y tú quién eres, que sabes tantas cosas? —pregunté yo, suspicaz.

—Jeremías —contestó el hombre—. Me hicieron mensajero. Y soy cristiano también. De Málaga.

En aquel instante llegó uno de los hombres de Munio. Traía en la mano el estandarte de Muawiya. Detrás venían más peones con infinidad de objetos lujosos: armas, corazas, banderas...

—¡Buena caza, vive Dios! —exclamó don García—. El rey se pondrá contento al ver todo esto.

—Enviaremos a Oviedo el estandarte —dije yo—. Y una cuerda de cautivos.

—No es justo —interrumpió don Tello—. La victoria ha sido nuestra y yo reclamo un número de cautivos para mí. Mis salinas de Añana necesitan operarios.

Todos miramos a Tello con enojo. En cualquier caso, tenía razón: él había participado en la victoria y tenía derecho a su porción de botín, lo cual incluía a un cierto número de cautivos. No envidié la suerte de esos desdichados.

\*\*\*

Repartido el botín, disolvimos la compañía. La mayor parte de los cautivos fue remitida a Oviedo con una fuerte escolta. Don Munio se encargó del trámite, pues en sus tierras había sido el combate. Por otra parte, sospecho que deseaba arreglar en la capital ciertos asuntos relativos a su enlace con doña Argilo, no en vano prima del rey. Con Munio marcharon mis diez muchachos:

había llegado la hora de que fueran solemnemente ordenados caballeros; el rey en persona lo haría.

Zaldún se apoderó de un enorme lote de espadas y escudos; los llevaría consigo a Orduña. Yo me hice cargo de los cautivos cristianos: los instalé en Espinosa. A Sancho y a Jeremías los incorporé a mi hueste. En cuanto al botín, no fue cosa menor. Aunque la mitad de los carros enemigos había ardido, aún pudimos sacar enorme provisión de grano y otros víveres, así como incontable cantidad de armas y un precioso cofre de joyas que el general Muawiya llevaba consigo, sin duda para seducir voluntades en tierras de Pamplona. Aquellas exquisitas joyas terminaron en el tesoro de Oviedo.

De aquella excelente caza recogí para mi uso personal algunas varas de hermosa tela de seda. Quería regalárselas a mi madre. Acudí a Mena con el obsequio. Encontré a Muniadona muy cansada, como si súbitamente la edad hubiera caído sobre sus espaldas. Mi padre no estaba mejor. Presentí que verían pocos inviernos más.

La victoria de las Conchas de Arganzón afianzó la frontera tan trabajosamente construida en estas tierras «que antes llamábamos Bardulias y ahora llamamos Castilla», como decía la escritura de mi hermano Vítulo. La red de fortalezas que protegía la línea desde Iruña hasta Oña había demostrado ser sólida. Haría falta un ejército muy fuerte para doblegarla. Ocupé los siguientes días en escribir una larga carta al rey Alfonso explicando los detalles de la batalla y los movimientos políticos que habíamos descubierto. Tanto él como Carlomagno sabrían sacar las oportunas consecuencias de lo que se movía en tierras navarras. Cuando recibí la respuesta de Oviedo, me contaron algo que me causó una enorme impresión: el general Muawiya, el hermano del emir, se había quitado la vida en Córdoba dos meses después de su derrota; no había sido capaz de soportar la vergüenza del fracaso.

En cuanto a mí, seguía obsesionado por adelantar la frontera hacia el valle del sur, donde el Cerneja va a dar en el Trueba. Aquella tierra era excelente para el cereal; mares de cereal. Mandé establecer un puesto avanzado en el sitio de Fonte Arcayo y otro aguas abajo, al pie de la sierra de la Tesla. Las ruinas del viejo castillo de Tedeja, ya en la orilla del Ebro, me llamaban con voz profunda e insistente: algún día conseguiría elevar allí otra vez un castillo digno de ese nombre.

En esos afanes anduve todo el año, hasta que, un día, recibí un apremiante mensaje de Teudano. Me ordenaba acudir a Oviedo sin demora. Y decía algo más: «La corona de Oviedo se tambalea. Han secuestrado al rey».

Sentí como si el mundo entero se volviera cabeza abajo. Partí de inmediato hacia la capital.

## El secuestro del rey don Alfonso

Un fuerte aguacero de otoño caía sobre Oviedo. Teudano se movía nerviosamente de un lado a otro de la sala de armas. Caminaba a grandes zancadas, las manos a la espalda, moviendo enérgicamente la cabeza. Para un hombre resolutivo como él, acostumbrado a solucionar problemas a golpe de espada, este enigma era literalmente insoportable.

—¡Te juro que yo le vi esa noche y estaba aquí, en esta misma sala, vivo y en perfecto estado de salud! El rey y yo estuvimos conversando largo rato sobre la frontera del oeste, la de Galicia y el Bierzo. En ese mismo lugar donde tú estás ahora, se entretuvo él moviendo las piezas de ese ajedrez... Bah, ya sabes que ha puesto ajedreces por todas partes. ¡Maldito Sisnando! El hecho es que a la mañana siguiente ya no estaba en su cámara. Se le vio entrar, pero nadie le vio salir. Y sin embargo... Hace dos semanas ya de eso. El rey ha desaparecido.

—¿Por qué deduces que le han secuestrado, Teudano? ¿No puede haber marchado de caza? —traté de calmar a mi compañero.

—Imposible. Sería la primera vez que marcha solo. Y además, ¿de madrugada? No tiene sentido. Escucha, es muy simple: se le vio entrar; no se le vio salir, pero no está. Luego solo hay dos posibilidades: una, que se lo ha tragado la tierra; la otra, que alguien se lo ha llevado.

—Imagino que habrás interrogado al personal de palacio...

—Naturalmente.

—¿Algún sospechoso?

—A esas horas solo estaban aquí los fieles. Nadie de quien desconfiar: todos hemos jurado dar nuestras vidas por Alfonso. Y el que viole su juramento sabe a lo que se expone. No, no... No puede haber sido uno de los nuestros. Qué diablos, ¡conozco a nuestra gente!

—Y dices que no había nadie más en palacio...

—Solo dos viejos sirvientes. Dos ancianos. Demasiado decrepitos para doblegar a un hombre fuerte y aún joven como Alfonso.

—¿Y los condes de palacio? —pregunté súbitamente iluminado.

—Ninguno estaba aquí esa noche —refutó Teudano—. Fromestano estaba en San Vicente. Adulfo, en San Salvador. Froila y Basiliscus, cada cual en su casa. Nepociano, fuera de Oviedo...

—¿Nepociano...?

—Sí, yo también lo pensé —atajó mi compañero—, pero no es verosímil. En efecto, estaba fuera de la ciudad, resolviendo no sé qué cosas en Onís. De hecho, tuve que mandar a un mensajero para buscarle.

—¿Crees que podríamos ir a verle ahora? —sugerí.

—¿A Nepociano? Realmente tienes una especial manía contra ese hombre...

—No conozco a ninguna otra persona que pudiera estar interesada en la desaparición del rey —pretexté.

—¡Eres obstinado, Zonio de Mena! —porfió Teudano—. ¿Crees que podemos ir a verle y preguntarle, así, de sopetón, si él ha secuestrado al rey?

—No, evidentemente. Pero ahora él, como conde de palacio, queda en una posición muy delicada. Y hay que exigirle que remueva cielo y tierra si es preciso para encontrar al rey.

—Como quieras —concedió mi amigo.

Desde que recibí la nota de Teudano participándome la funesta noticia, mil ideas tortuosas habían cruzado por mi cabeza. Pensé en un complot de los magnates lubricado con oro de Córdoba. Pensé en una maniobra de Nepociano. Pensé también en una fuga del propio rey, tal vez sintiéndose acosado. ¿Qué habría podido ocurrirle? Alfonso no era de esos hombres que de repente se esfuman. Llevaba una vida extremadamente ordenada, entregado siempre a las obligaciones de su corona; cuando se ausentaba por algunos días, ya fuera para ir de caza o ya para buscar retiro espiritual, se aseguraba bien de llevar protección y de que el personal de palacio supiera dónde estaba, por lo que pudiera ocurrir. Por eso su súbita desaparición era tan alarmante.

Encontramos a Nepociano en un gabinete que él mismo se había habilitado en una de las alas nuevas de palacio. Estaba despachando con Tioda, el arquitecto, no sé qué asuntos relativos a un cargamento de piedra. Me

sorprendió su semblante: parecía verdaderamente torturado. Al vernos aparecer, se puso de inmediato en pie.

—¡Teudano! ¿Tenéis noticias? ¿Habéis sabido algo del rey? Zonio de Mena —se dirigió a mí en tono insólitamente afectuoso—, mil gracias por haber venido. Esto es desastroso. ¿No tenéis nada nuevo?

—Dios te guarde, Nepociano —saludé con toda la cortesía que pude—. No, no tenemos noticias nuevas. ¿Tú has averiguado algo?

—Nada —suspiró el conde; parecía un hombre derrotado—. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. ¡Dos semanas ya! ¿Se os ocurre dónde buscar? Yo he mandado a unos soldados a husmear en el monte Naranco. Quizá haya marchado a cazar sin decir nada a nadie. Cosas más raras se han visto...

—Es una idea oportuna, Nepociano —concedió Teudano—. Nosotros trataremos de seguir otras pistas.

—Por cierto... —interrumpió Nepociano—. Creo que... Habría que intentar que esto no trascendiera. ¿Me entendéis? No hay por qué alarmar al pueblo. Y si esto se supiera...

—Entiendo —zanjó Teudano—. Descuida, que por nosotros no será. Mantendremos esto en secreto hasta resolver el misterio. Esa gente que has mandado al Naranco... ¿es de confianza?

—Yo respondo de ellos —aseveró firmemente el conde.

—Más nos vale a todos —comentó Teudano, ambiguo—. Vamos a seguir buscando. Quedad con Dios.

Y Teudano y yo nos marchamos de allí.

\*\*\*

En los días siguientes efectuamos diversas pesquisas. En el castillo del Soto, en el de Gauzón, incluso en Pravia y en Cangas. Ni rastro. Acompañados de Fromestano y Adulfo investigamos en los monasterios cercanos; tampoco nadie sabía nada. Como había dicho Teudano, sí, parecía que al rey se lo hubiera tragado la tierra.

Llevaba ya tres semanas en Oviedo cuando algún duende maligno sopló en mi corazón. Acudí a misa en la iglesia de San Vicente con la seguridad de que allí estaría Creusa. Y efectivamente, estaba. Más bella que nunca. Los

grandes ojos azul violáceo entornados bajo sus largas pestañas negras, los cabellos de azabache aureolando la alta frente bajo la caperuza, un manto de rojo oscuro sobre el cuerpo esbelto y fuerte... Como otras veces, la esperé a la puerta de la iglesia. Como otras veces, ella me había visto antes. Como otras veces, fingió no haberlo advertido.

—¿Zonio de Mena! ¡Qué sorpresa! ¿Cuántos años hace que no te veo? ¿Dos? ¿Tres? ¿Dónde has estado metido?

—Tres años, mi querida Creusa. Pero me sorprende verte sola. Te imaginaba ya casada con cualquier magnate de la corte —frivolocé—. O al menos, prometida...

—Ni una cosa ni otra —rió de buena gana—. No me gustan los caballeros de Oviedo. Los encuentro demasiado...

—¿Aburridos?

—En cierto modo. Insustanciales, más bien —señaló ella con un mohín despectivo—. Seguro que tu vida es más interesante.

—Te garantizo que mi vida, batallas aparte, se reduce a vigilar un páramo llano y asentar colonos en tierras vacías. Aquí os divertiréis más: hay música, hay mercados, hay...

—Hay demasiada gente —zanjó Creusa—. Ven, acompáñame. Vamos a mi casa. Mi madre no está. Lleva días fuera, arreglando no sé qué negocios. Tampoco está ahora mi padrastro, que se pasa los días y las noches en palacio. Cenarás y podremos hablar. Nadie nos molestará.

Caminamos unos minutos en silencio. Creusa me guió hasta un pequeño palacio; su palacio. Su padre le había construido una hermosa casa en la salida de la ciudad al Naranco. Pequeña de planta, pero con grandes habitaciones y amueblada con verdadero lujo.

—¡Aquí solo te faltan sedas de Córdoba! —comenté, admirado.

—Esas espero que me las traigas tú algún día —respondió ella, seductora—. Cada vez que oigo hablar de ti es por alguna sonada victoria. ¡Cuéntame eso de las Conchas de Arganzón! ¿Dónde está ese sitio?

Por toda respuesta, abrí mi capa y desplegué un paño.



—Esto es tuyo —le dije mostrando su pañuelo, ese que llevaba siempre anudado a mi azagaya; seguía sucio de la sangre enemiga vertida en las Conchas de Arganzón—. Me pediste que volviera con más: hela aquí.

—¡Te has acordado...!

La mujer sonrió. Debió de recibir aquello como una victoria personal. Pero ella también tenía una sorpresa guardada.

—Y esto es tuyo.

Del fondo del manto que cubría su cuerpo sacó un lienzo bordado. Lo abrió. Me quedé impresionado al ver el dibujo...

—¡Has bordado mi escudo!

En efecto, en el lienzo había bordado Creusa el jabalí blanco sobre campo azul, mi escudo de armas. Un torbellino de sentimientos contradictorios atravesó mi pecho: ese azul era de Deva, pero las manos que lo habían bordado eran las de Creusa.

—¿Te gusta? —preguntó ella con una sonrisa infantil.

—Me siento muy honrado. Inmerecidamente honrado. Es muy hermoso. Lo haré bordar en mi mejor túnica.

Unos criados de aspecto cansino sirvieron la mesa: pan, queso, miel, arenques, frutas, vino, un puchero humeante de hortalizas... Para mis austeros hábitos militares, un auténtico festín. Durante horas hablé de mi trabajo en la frontera, de mis pares en los castillos —Munio, Tello, García—, de mis muchachos —Juanti, Fortún y los demás—, del selvático Zaldún... De la batalla de las Conchas de Arganzón y del estandarte de Muawiya. Le hablé también de la corte de Carlomagno y de los caballeros del Pirineo.

—Es apasionante todo eso —decía ella, asomando a los dientes la punta de la lengua.

Yo recordé lo que me dijo Beato: «A las mujeres les gustan los guerreros, pero luego pretenden que se comporten como lacayos de cuadra». Por desgracia, eso fue lo único que recordé esa noche de todas las advertencias que me hizo el viejo monje de Liébana.

Llegado un determinado momento, y sin que yo lo percibiera, los sirvientes desaparecieron. Creusa se levantó de la mesa. Yo la acompañé. Se acercó a la chimenea. Frente a los leños ardiendo me besó. Y yo me perdí.

\*\*\*

Soñé algo extraño. Estaba en el lecho de Creusa. Pero estaba solo. Me desperté, sobresaltado, y la vi allí, junto a mí. Pero miré su rostro y no era Creusa, sino Deva. Angustiado hasta el delirio, salté de la cama. Miré otra vez y no había nadie.

Por mi mente pasó, como un fogonazo, la imagen de la bruja del bosque arrojando polvos a la hoguera y haciendo surgir llamaradas de colores. De entre esas llamaradas surgían figuras de ajedrez. Sentí que me ahogaba y me asomé a la ventana: necesitaba aire.

Despejé el rostro en la noche fría y húmeda del otoño. Miré en torno a mí: estaba solo, sí. En la casa de Creusa. En su alcoba. Creí estar despierto, pero todo me daba vueltas. ¿El vino? Entonces escuché ruido fuera, en el campo. Me asomé nuevamente.

Alguien levantaba una linterna en la puerta de la casa. Era una figura pequeña y cubría su cabeza con un gran manto. Instintivamente, me aparté de la ventana: observar sin ser visto. Oí que alguien abría la puerta. Percibí voces: un hombre y una mujer. Traté de identificarlas, pero en vano. La mujer entregó algo a la figura, una especie de gran objeto cuadrado. Después la luz de la linterna desapareció.

Regresé a la cama. Estaba horriblemente mareado. Y me volví a dormir.

\*\*\*

Cuando desperté, Creusa estaba allí, a mi lado, durmiendo profundamente, respirando tan apacible como una chiquilla. A mí me dolía la cabeza. Había perdido toda la noción del tiempo. La ventana a la que me asomé en mi sueño estaba ahora perfectamente cerrada. Con la violencia de un bofetón recordé que debía presentarme ante Teudano para continuar nuestras investigaciones. Me vestí en silencio y salí de allí a toda prisa. Recogí el paño que Creusa había bordado con mi escudo. No había nadie en la casa. Tampoco los sirvientes. Al cruzar el umbral de la puerta, noté que pisaba un pequeño objeto. Me acerqué a recogerlo. Quedé perplejo al descubrir que era una figura de ajedrez; una torre. La guardé en el bolso de mi túnica y salí a toda prisa de allí.

—Tienes mal aspecto —me espetó Teudano—. ¿Te has gastado en vino el botín de las Conchas?

—No —protesté—. Me sentó mal la cena. No estoy acostumbrado a excesos.

—Lo mismo da. Procura avivar el ánimo, porque tenemos una pista.

—¡Excelente! —exclamé—. ¿De qué se trata?

—Adulfo lo sabe. Vamos a verle.

Caminamos hacia la cercana iglesia de San Salvador, que bajo los impulsos de Tioda ya empezaba a ser catedral. Allí nos esperaba el obispo Adulfo, que aún no lo era, pero al que todo el mundo trataba ya como tal. Tenía Adulfo el gesto serio y la mirada perdida. Nos hizo una seña y le seguimos hasta una estancia que hacía las veces de sacristía. Allí, sentado en un bajo escabel, había un monje de aspecto bastante menesteroso. El pobre clérigo, al vernos, se puso en pie como movido por un resorte.

—Ea, Marcial, cuenta lo que me has dicho —le instó Adulfo.

El monje perdía la mirada hacia el suelo; no con humildad, sino como quien se siente culpable. Se mordía los labios. Estaba aterrado.

—Vamos, no temas —intervino Teudano—. Estás entre amigos.

—Hermano Marcial —le apremió Adulfo—, estás obligado a revelar lo que acabas de decirme. Y como superior tuyo, te lo ordeno en el nombre de Dios Nuestro Señor.

—Creo... —titubeó Marcial—. Creo... Bueno, quizá me equivoque. Vengo del monasterio de Ablaña. El hecho es que en los últimos días he visto movimientos inusuales en el convento. Caballeros entrando y saliendo. Algún soldado también. Incluso alguna dama. No entran por la puerta principal, ni por la hospedería, sino por otras dependencias.

—¿Qué dependencias? —pregunté yo; no en vano conocía bien el ambiente monacal.

—Un lagar. Y ese lagar da a un sótano secreto que se construyó hace muchos años para escondernos si venían los moros.

Teudano y yo nos cruzamos una mirada de inteligencia. Mi compañero y jefe quiso saber más:

—Has hecho muy bien en contarlo, hermano Marcial. Y ahora, danos algún detalle más sobre esos extraños movimientos. ¿Se producen de día o de noche? ¿Y desde cuándo?

—Se producen desde hace tres semanas.

¡Tres semanas! Ese era el tiempo que el rey llevaba en paradero desconocido. Pero Marcial dijo más:

—Todo suele ocurrir al caer la tarde. Se escucha llegar a un jinete, a veces dos. Entran en el lagar y están allí largo tiempo, varias horas. Lo advertí por primera vez una noche que hice servicio de portería. Me llamó la atención porque hace años que el lagar no funciona más que como almacén. Pregunté al prior, pero no me respondió. Allí nadie habla de eso.

—¿Qué traen o llevan esos jinetes? —pregunté.

—Lo ignoro —se excusó el monje Marcial—. Si algo llevan y traen, debe de ser pequeño, porque no he visto sacos ni nada que se le parezca.

—¡Qué cosa más singular! —murmuró Teudano—. Por supuesto, en ese sótano podría ocultarse a una persona, ¿no es así?

—Oh, sí —confirmó el fraile—. Incluso a varias personas.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar a Ablaña? —pregunté yo, que no conocía el lugar.

—A caballo, una media jornada —respondió Teudano—. Está cerca de una vieja calzada que conduce al sur, a la montaña por el río Caudal y después a León. Otra cosa, hermano Marcial: ese monasterio de Ablaña... ¿de quién son esas tierras?

—No sé de quién serán ahora. En tiempos fueron de la viuda del rey Mauregato, la dama Creusa de Pravia.

Sentí que los ojos se me salían de las órbitas.

\*\*\*

Teudano concibió su plan: los fieles del rey abandonaríamos Oviedo al comienzo de la tarde. Fingiríamos dirigirnos hacia el castillo de Soto, al oeste. Cuando hubiéramos dejado atrás Oviedo, y cerciorándonos de que nadie nos siguiera, cambiaríamos de dirección y marcharíamos hacia Ablaña, al sur. Una vez allí, y siguiendo las indicaciones del hermano Marcial, buscaríamos el lagar. Y en él, el sótano. Y en él, al rey.

El propio Teudano se encargó de comunicar nuestra partida a Nepociano: «Tenemos una sólida pista que nos conduce hacia el oeste. Parece apuntar a unos bandidos. Saldremos ahora, para sorprenderles de noche en su guarida». Nepociano nos deseó mucha suerte.

El camino hasta Ablaña era corto y fácil, pero la noche nos cayó encima. Cabalgando al paso, alumbrados por teas, surcamos la oscuridad rumbo a los montes que llaman de Mieres. Por fortuna, las indicaciones del monje Marcial eran de una precisión extrema.

Mis compañeros intercambiaban incertidumbres animadamente; aquello no dejaba de ser una aventura. A mí, por el contrario, se me estaba congelando el alma y no sabía si atribuirlo a la resaca de la velada junto a Creusa o a la revelación de que la vieja bruja y, por tanto, su hija podían tener algo que ver con la desaparición del rey.

Llegamos al cerrillo donde se alza el monasterio de Ablaña. Nos dirigimos de frente al lagar: un cobertizo adosado a la pared posterior de los muros. A unas pocas varas de distancia dejamos los caballos, semiocultos en el sotobosque, y apagamos las teas. Nos acercamos sigilosamente, a favor de las sombras. Ya teníamos la casa a tiro de piedra cuando Teudano nos ordenó detenernos: había un débil resplandor dentro del lagar. A gatas, muy lentamente, fuimos ganando espacio hasta tocar las paredes del cobertizo. Teudano se dirigió a la puerta. Yo me situé a un lado. Otro fiel al que llamaban Gundesindo se colocó en el lado opuesto. Los demás permanecieron en los alrededores. E iba Teudano a golpear la puerta cuando escuchamos a nuestras espaldas el sonido apagado de unos cascos: un jinete llegaba.

A toda prisa nos ocultamos en el sotobosque que circundaba el lugar. Allí, con la respiración en suspenso, vimos llegar al jinete. Venía cubierto por un grueso manto que le ocultaba cuerpo y rostro. Había en su forma de moverse algo que me resultó extrañamente familiar, pero... Todo estaba demasiado oscuro. El jinete amarró su caballo en un postigo de la puerta. Golpeó tres veces la madera. Esta se abrió con un chirrido escandaloso. El tipo entró. La puerta volvió a cerrarse.

Teudano no era hombre de estrategias alambicadas. Resolvió entrar en el lagar por las bravas. Gundesindo fue a por una tea. Entre todos derribamos la puerta. Espada en mano penetramos en el cobertizo. Alguien apagó una vela allí dentro, pero la antorcha de Gundesindo fue suficiente para descubrir quién había allí.

—¡Nepociano! —exclamó Teudano—. ¡Rata traidora! —Nuestro jefe derribó de un puñetazo al conde—. ¿Dónde está el rey? ¿Qué has hecho con él?

—No... no sé de qué me hablas... —musitó Nepociano.

—¡Demasiado tarde para juegos! —aulló Gundesindo, blandiendo su espada.

Teudano detuvo el brazo de nuestro compañero. Nepociano estaba sentado en el suelo, sangrando profusamente por la nariz. Junto a él, hecho un ovillo en el suelo, tiritaba de miedo un lacayo.

—El rey está en el sótano —gruñó Nepociano, señalando con el mentón una gruesa trampilla en el suelo.

Gundesindo se precipitó hacia la trampilla. Tiró de una argolla de hierro. La piedra se levantó. Un haz de luz subió desde el sótano.

—¡Mi rey! ¡Mi señor! ¡Somos nosotros! —gritó Gundesindo, precipitándose escaleras abajo.

Teudano apuntó a Nepociano con su espada.

—¡Vamos abajo! —ordenó.

El sótano era un espacio húmedo y frío, pero mucho más grande de lo que cabría imaginar. Y allí, tumbado sobre un jergón de paja, estaba el rey. Alfonso mostraba un semblante tranquilo. Sonrió abiertamente al vernos. Tenía ante sí un tablero de ajedrez.

—¡Sabía que vendríais! —exclamó Alfonso poniéndose en pie.

—¿Por qué lo has hecho? —interrogué a Nepociano—. Tú estabas con nosotros. El rey te había dado su confianza. Además, ahora ya habíamos conseguido vencer a los sarracenos. No había necesidad alguna de... ¿Qué te proponías?

—Hacer la paz con Córdoba —respondió fríamente el conde.

—¿Ahora? —me sorprendí—. ¿Ahora que estamos consiguiendo detener a los moros? ¿Ahora que hemos vencido a sus ejércitos y golpeado en Lisboa?

—Precisamente —contestó el conde con una mueca de amargura—. Precisamente ahora era el momento de pactar; ahora que estamos en posición de fuerza. Con Carlomagno fortificando su marca, con nuestra frontera bien sólida, con los ejércitos de Córdoba varias veces derrotados... Ahora era el momento de dirigirse al emir y ofrecer un pacto. Un pacto que garantizaría nuestra paz.

—¿Y todo lo que has hecho hasta ahora...? —Teudano no daba crédito—. ¿Todo ha sido una impostura?

—No fue impostura la maniobra de Lutos —protestó Nepociano—, ni lo fue tampoco la labor de mis agentes en Mérida y Toledo. Al contrario, se trataba precisamente de llegar a una posición en la que Córdoba aceptara el pacto.

—Nepociano, tú estás loco —terció el rey—. Tú has visto morir a muchos de los nuestros. Tú has visto a los musulmanes arrasar nuestras ciudades y nuestros campos, y llevarse cautiva a nuestra gente. Y endurecer a cada paso los tributos. Y romper treguas cada vez que venía un cambio de poder. Y asesinar a los patricios de Toledo en el foso. ¿Es que no lo ves...? ¿Es que no ves que toda su ambición es doblegarnos y extirpar la cruz de nuestras tierras? ¡Estás ciego!

Nepociano calló. Gundesindo le ató las manos. Teudano aún preguntó al conde traidor:

—¿Por qué no has matado al rey?

—No quería matarle. Eso solo habría servido para que vosotros y los que son como vosotros entrarais en guerra con nosotros. Lo único que quería era tenerle encerrado y obligarle a firmar una tregua con Córdoba. Nada más.

—Y, por supuesto, tú te llevarías a cambio una buena recompensa en oro cordobés, ¿no es así? —inquirió el rey—. Ese mismo oro con el que el emir quiere comprar la fidelidad de los traidores en Pamplona y en tantos otros lugares de la cristiandad. Me das lástima, Nepociano. Y asco.

Una vez más, Nepociano calló.

Yo me entretuve mirando el tablero de ajedrez que había solazado el encierro del rey. Súbitamente sentí un latigazo en mi interior. En el tablero faltaba una pieza; una torre. Miré en el bolso de mi túnica. Ahí guardaba aún la

pieza que encontré en la puerta de Creusa. La coloqué sobre el tablero. Era la pieza que faltaba.

—Perdón, mi señor. ¿Ese ajedrez...? —pregunté al rey.

—Me lo trajeron la otra noche. Una gentileza de Nepociano. Bonita composición, ¿verdad? Lástima que falte una torre...

En ese momento me pareció que una fuerza sobrehumana me arrancaba las entrañas.

\*\*\*

Aquella misma mañana acudí a ver a Creusa. Los más negros sentimientos oprimían mi pecho. Llamé a la puerta. Me abrieron los cansinos sirvientes de la última vez. Avisaron a la señora. En un momento apareció Creusa, bellísima, enojada, envuelta en una túnica blanca que la asemejaba a una diosa. Traía en la mano un pañuelo.

—Me parece que te has olvidado esto aquí —rió; era el pañuelo de la sangre, ese que tantas veces anudé en mi azagaya.

—Y tú has perdido esto —contesté mostrando la pieza del ajedrez.

Su tez se volvió pálida como la cera. Dio un paso atrás, como trastabillando. Intentó rehacerse:

—¿Dónde has encontrado eso? —Apenas le salía un hilo de voz.

—En tu puerta. Era la pieza que faltaba en el ajedrez con el que cierto caballero preso ha aliviado su encierro.

—¿Un caballero? —preguntó Creusa, fingiendo indiferencia; pero la voz le temblaba.

—Le liberamos anoche —sentenció—. Anoche liberamos al rey del agujero donde le había encerrado tu padraastro, Nepociano. En unas tierras que son propiedad de tu madre. Y allí encontramos, además, a un miserable lacayo que es el mismo que vino a verte la otra noche, cuando me engatusaste con tus artes de bruja y me hiciste dormir aquí.

—¡No, Zonio! —suplicó—. ¡No te engañé!



Se me quedó mirando fijamente, los ojos de azul violáceo clavados en algún lugar de mi rostro. Su gesto era de piedra, pero una lágrima cruzó su mejilla.

—Se acabó, Creusa. Me has engañado.

—Zonio... No me juzgues por esto... Yo te amo —balbuceó—. ¡Sácame de aquí! ¡Llévame contigo! ¡Huyamos juntos!

A mí se me partía el alma. Diez años atrás yo había pedido a una mujer que huyera conmigo. Ahora otra mujer me lo pedía a mí. Pero yo ya no podía confiar más que en mi propio desconsuelo.

—Aunque llegara a amarte, jamás podría olvidar todo esto. Eres muy hermosa, Creusa, pero un genio malvado anida en tu interior. Adiós.

Me marché de allí. Para nunca más volver.

\*\*\*

El rey don Alfonso fue generoso con Nepociano. Así como el conde no había querido hacer daño a su rey, del mismo modo el rey quiso ser clemente. Gundesindo insistió en ejecutar a Nepociano de inmediato, pero Alfonso tenía otras razones:

—Cortarle la cabeza o sacarle los ojos solo servirá para manifestar que en el reino hay división. No podemos permitirnos eso. Ni por nosotros, ni por nuestro prestigio ante Carlomagno, ni por nuestra fama ante Córdoba. El emir no debe saber jamás que su oro ha sido capaz de corromper a uno de nuestros nobles. Es mejor que el asunto quede donde ha estado: entre nosotros. Y no se hable más. Ahora entraremos todos juntos en Oviedo, como si hubiéramos salido de caza. Que nadie ose pronunciar nunca más en mi presencia el nombre del traidor. Y punto final.

Nepociano abandonó Asturias. Me dijo Teudano que había terminado instalándose en algún lugar de la Aquitania, donde sin duda haría buenos negocios. Con él llevó a las dos Creusas, madre e hija, y también al lacayo que le había servido de mensajero durante esos días: el mismo cuya siniestra figura vi en la puerta de Creusa aquella noche de amor y embriaguez. En cuanto al único testigo del suceso, el hermano Marcial, fue oportunamente nombrado prior de un convento cerca de Braga.

El asunto del secuestro del rey no salió de los muros del palacio. Alfonso, en acción de gracias, llamó a dos orfebres lombardos del taller de Tioda, el arquitecto, y les encargó elaborar una cruz de oro y piedras preciosas.

—Se llamará —nos dijo el rey— Cruz de los Ángeles, porque como ángeles custodios habéis venido a rescatarme de mi encierro.

La pieza tardó varios años en verse acabada, pero cuando al fin salió del taller, asombró al mundo por su belleza. El rey la donó a la catedral de San Salvador.

Yo no volvería a ver a Creusa nunca más. Debí haber obedecido a Beato de Liébana.

## Los grandes valles

Regresé a Espinosa con el ánimo quebrado, pero con un cierto espíritu de liberación y a la vez de penitencia. De liberación, porque nada me apetecía más que volver a mis campos abiertos, libres, solo cielo y tierra, caballo y espada y arado, cosas todas ellas ajenas a las servidumbres de la corte y a los sinsabores del amor. Y de penitencia, porque en mi voluntario encierro en la frontera veía una manera de redimir tanto dolor y tanto extravío. La vida de la frontera, con sus peligros y su aspereza, era mi purgatorio. Y caminé hacia él con la convicción de no merecer otra cosa.

Todo allí crecía sin pausa, tanto las aldeas como los campos. En el último año habían llegado numerosos grupos de refugiados mozárabes: huían de la intolerancia de Alhakán y los alfaquíes de la escuela malikí. Mi hermano Vítulo asentó en el valle de Espinosa a no menos de cincuenta familias. Supe que muchos huían desde Mérida hacia Galicia. Aquí, en Castilla, recibíamos a los que venían de Toledo y de Zaragoza.

En una ocasión tuve que dar personalmente escolta a uno de estos grupos de fugitivos. Lo divisaron mis exploradores que prestaban anubda en la sierra de la Tesla. En algún momento de su camino, los mozárabes se habían extraviado y terminaron en la vieja calzada que por Sasamón busca la vía del norte, la de Espinosa. Era un lugar extremadamente arriesgado, expuesto tanto a cuadrillas de bereberes como, sobre todo, a bandas de salteadores. Alerté a mis diez caballeros y marchamos al encuentro de los desdichados.

Interceptamos a la caravana en el Páramo de Masa, muy al sur de nuestras posiciones. Nunca había visto un cuadro tan lamentable como aquel: unos diez carromatos de aspecto destartado avanzaban penosamente en el vacío. A su alrededor, un número indeterminado de hombres, mujeres y niños caminaba como si llevara sobre sus espaldas el peso de todos los pecados de la humanidad. Cuando nos vieron aparecer, los carros formaron un círculo y los hombres esgrimieron guadañas, horcas, hachas y cuchillos en actitud amenazante. Me di a conocer:

—Soy Zonio de Mena, caballero del rey don Alfonso de Oviedo. ¿Quiénes sois?

Un tipo de aire desconfiado se adelantó sin dejar de esgrimir su guadaña. Parecía ser el jefe del grupo. Su apariencia era pura devastación: sucio,

desgreñado, el rostro cubierto de polvo y sudor, las ropas harapientas... Aquella gente estaba sufriendo lo indecible. El hombre respondió:

—Cristianos que buscan refugio en tierra bendecida por la cruz.

—¿De dónde venís? —interpelé al sujeto devastado.

—De Toledo. Hemos tenido que huir después de la represión del renegado Amorroz.

Yo conocía aquella historia: Amorroz era el gobernador enviado por Alhakán, el mismo que había mandado asesinar a los notables de la ciudad en la Jornada del Foso; el mismo que había ordenado decapitar al obispo Elipando. Sin duda el toledano decía la verdad. Aun así, la edad me había hecho receloso.

—Estáis en un camino muy peligroso. ¿No habéis encontrado a nadie? —pregunté de nuevo.

—Sí. Salteadores. En Coca nos robaron la comida. Pero lo peor fue... Después nos atacaron algo más al norte, en Sasamón. Eso fue ayer mismo. Mira.

A una señal suya, se izó el toldo de uno de los carros y en su interior apareció un hombre herido. Traía la cabeza abierta y el cuerpo empapado en sangre.

—Vinieron a por nosotros. Seis jinetes. Los rechazamos, pero este, mi hermano Celedonio, sufrió un golpe terrible. Me temo que vivirá poco más.

—¿Cómo te llamas? —dije al hombre.

—Pedro. Y estos son...

El resto de los hombres del grupo, una docena, se arremolinaron junto a él. Detrás, las mujeres. Enseguida, los niños. Todos tenían la misma traza de haber afrontado sufrimientos sin fin. El tal Pedro me fue diciendo sus nombres, uno a uno. Había labriegos, artesanos, un herrero, un criador de ganado...

—Bien —interrumpí la ceremonia—. No podéis estar aquí mucho más tiempo. Venid conmigo al norte. Os instalaré en tierra de cristianos.

La doliente compañía de fugitivos multiplicó los gestos de agradecimiento. Por los puertos de Tamanzos y la Mazorra condujimos a aquella gente hasta nuestros valles. Expliqué a Pedro cómo había que hacer las cosas. De momento vivirían en el castillo de Espinosa. En cuanto se hubieran

repuesto del viaje, podrían hacer presuras de tierras en el valle donde confluyen el Trueba y el Cerneja. Una vez realizado el escalio, todos deberían dar cuenta del resultado al abad Vítulo, mi hermano, que administraba aquella región en nombre del rey don Alfonso.

Vi el júbilo pintado en sus ojos cuando les informé de que las tierras serían tuyas.

—¿Cómo se llama esta tierra de promisión? —preguntó Pedro.

—Se llama Castilla.

\*\*\*

Sería el verano del año de Nuestro Señor de 803 cuando los mensajeros de Munio Núñez, señor del castillo de Iruña, llegaron a Espinosa portando noticias alarmantes: un ejército moro ascendía desde Calahorra, una vez más. Su objetivo solo podía ser Álava, también una vez más. Sin duda el emir se había propuesto tantear el terreno. Pedí detalles sobre la fuerza enemiga. No me extrañó escuchar que su general esgrimía un estandarte verde: era mi viejo conocido Abd al-Karim ibn Mugait.

Esta vez decidí no dar la batalla, sino hacer una demostración de fuerza. Envié recado a todos los caballeros de los castillos cercanos. Cité a don Munio, don Tello y don García en el paraje de Arganzón, que tan bien conocíamos. Allí les expuse mi plan:

—Podemos ganar la batalla sin darla. Abd al-Karim ya ha salido escarmentado de estas tierras en una ocasión. Y sabe lo que le pasó a Muawiya. Siendo un veterano general como es, no se arriesgará a correr la misma suerte. Sin ninguna duda esta expedición es una maniobra para reconocer el terreno y saquear cuanto pueda. No aspira a más. Ni nosotros debemos dárselo.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo —se impacientó don Tello.

—Enseguida lo entenderás. Vamos a salir al paso de Abd al-Karim. Pero no vamos a combatirle, sino a intimidarle. Iremos más al sur que ninguna otra vez. Ebro abajo, más allá de Miranda, el río y la calzada pasan entre dos alturas: el risco de Buradón y el monte de Gobera. Son dos cumbres largas y chatas desde las que se domina por completo el terreno. Lo que haremos será reunir a todos los hombres que tengamos y disponerlos en las cumbres, a lo largo de esa pequeña sierra.

—¿Nos esconderemos allí? —preguntó don García.

—No, nada de esconderse. Nos dejaremos ver. Todos. Que el moro sepa cuántos somos. Que sepa que sabemos por dónde se mueve. Que sepa que le estamos esperando. Que sepa que podemos caer sobre él donde queramos y cuando queramos.

—Pero... ¡Pero eso es un suicidio! —protestó don Munio—. Cuando vea nuestras líneas así extendidas, con toda seguridad desplegará a sus alas para aniquilarnos.

—No, Munio —refuté—. No lo hará. Primero pensará que le estamos tendiendo una trampa. Después verá nuestro número. Enseguida reparará en nuestra posición, firmes en lo alto. Entonces vendrá a su cabeza la catástrofe que vivió en Amurrio. Insisto: esta vez Abd al-Karim no ha venido a combatir, sino a saquear, y con las menores pérdidas posibles. Cuando vea que le cerramos el camino, dará media vuelta y se marchará.

—No comprendo cómo puedes estar tan seguro, Zonio —dudó don García—. Yo no lo veo nada claro.

—Hagamos una cosa —transigí—. Si advertimos que el ejército moro se despliega, volveremos rápidamente grupos y nos retiraremos hasta el cruce del Ebro con el Zaldorra. Pero os aseguro que ocurrirá lo que yo digo.

Tan seguros me vieron mis pares que aceptaron la estrategia. De todas partes afluyeron jinetes y peones hacia las crestas de Buradón y Gobera. Era una jornada de camino desde el valle de Arganzón. Nos pusimos en marcha al amanecer del día siguiente. Los moros aún no habían llegado, tal y como yo había previsto; los oteadores nos dijeron que estaban en los alrededores de Bilibio. En cuanto pisamos el objetivo, las mesnadas cristianas se desplegaron en una larga línea. Así pasamos aquella noche.

Cuando salió el sol, cada hueste se dispuso de la manera concertada. Todos izamos estandartes y banderas, y ordené que las trompas y los cuernos rasgaran la mañana con su sonido profundo de muerte y victoria. Visto desde abajo, el espectáculo debía de resultar imponente: miles de hombres con sus armas brillando al sol erizaban la montaña. Al poco tiempo apareció la columna mora: no llegaría a cinco mil hombres. Eso me tranquilizó. Si mi plan se torcía, al menos podríamos dar la batalla. Pero no fue preciso.

Abd al-Karim, en efecto, no había venido a combatir, sino a saquear. Cuando la columna mora hubo atravesado el paraje de San Felices y pudo vernos enfrente, se detuvo. El desconcierto recorrió las filas sarracenas. Varios enlaces galopaban arriba y abajo, de vanguardia a retaguardia, transmitiendo informaciones e impartiendo órdenes. Habría allí un millar de jinetes y en torno

a cuatro mil peones; varios pesados carros de transporte salpicaban la formación. Al fin la columna se abrió y por ella vi avanzar, majestuoso en un hermoso caballo de pelaje tordo, al general Abd al-Karim ibn Mugait. Cuatro jinetes le escoltaban; uno de ellos enarbolaba el estandarte verde del jefe. Abd al-Karim se adelantó con sus guardias. Escudriñó con interés la longitud de nuestra línea. Ordené que nuestros hombres gritaran y chocaran sus armas y escudos mientras los cuernos y las trompas rompían nuevamente el cielo. Abd al-Karim hizo caracolear a su caballo. Nos dio la espalda. Una vez más se giró para contemplar la sierra erizada de lanzas cristianas. Intercambió algunas palabras con sus capitanes. Entonces volvió grupas y se fundió de nuevo con la columna. Los moros se retiraron por donde habían venido.

\*\*\*

La retirada del general Abd al-Karim tuvo efectos estimulantes en las gentes de la región. En particular, convenció al ya obispo Juan, el maestro del rey y protector de doña Argilo, de que había llegado el momento de poner en práctica sus planes de colonización. Juan conocía muy bien estas tierras: las venía explorando palmo a palmo desde muchos años atrás. Y, con frecuencia, su tema preferido de conversación era lo que iba a hacer en los valles del sur cuando estuvieran libres de la amenaza musulmana: Valpuesta, Gobia, Losa, Tobalina... en su boca estos nombres cobraban dimensiones épicas y ascendían hasta la condición de un nuevo Israel. Y en cierto modo lo eran.

Juan me pidió que le acompañara. Lo hice de muy buen grado. El obispo quiso empezar por asegurar un primer enclave muy al sur, en el valle de Valpuesta, al borde del río Flumencillo. Los castillos de Añana y Lantarón protegían el lugar frente a cualquier ataque moro. Aquí, en Valpuesta, había encontrado Juan las ruinas de una iglesia dedicada a Nuestra Madre Santa María. Trajo algunos frailes y una docena de colonos y organizó la repoblación del lugar. No esperó a que hubiera acabado la restauración de la iglesia para entrar en el valle contiguo, Valdegobia, entre el arroyo Valdelagua y el río Tumecillo, e inmediatamente señaló dónde construir una aldea y cómo organizar los cultivos. Una vez hecho esto, volvió sobre sus pasos y entró — entramos, debería decir — en el valle de Losa; un lugar que a mí me resultaba especialmente querido, porque este era el valle contiguo por el sur al de Mena, y en esta ancha comarca, regada por el Jerea, siempre había soñado mi padre poner algún día los pies. Sobre una ladera de los montes hallamos las ruinas del pueblo de Fresno de Reanta, y aquí estableció el obispo Juan otro enclave. Para bendecir la fundación, mandó construir una iglesia dedicada a los Santos Justo y Pastor, los niños mártires de Tiernes.

Juan no se había equivocado al juzgar estos valles como un lugar idóneo para la vida. En nuestro camino hallamos numerosos molinos abandonados, gran cantidad de fuentes, no pocas ruinas de viejas aldeas, calzadas que era posible recuperar... Los suelos eran muy fértiles. El cereal crecería aquí con mano generosa. No resultaba difícil empezar de nuevo.

No paró Juan en estos valles, sino que además envió colonos a establecerse en la orilla del Ebro. Cruzamos el gran río algo más arriba del Orón. La primera vez que exploramos el paraje de Sobrón, mi buen sacerdote quedó ensimismado ante las iglesias derruidas que iban saliendo a nuestro paso. Para mí —rudo corazón— solo eran ruinas, pero para Juan constituían un mensaje de la Providencia: San Cosme y San Damián, San Esteban, San Cipriano, San Juan, San Pedro y San Pablo, San Caprasio... Todos ellos habían tenido su iglesia en estas tierras y Juan se había propuesto reconstruirlas. Para mi tortura, Juan me contó la leyenda de San Caprasio:

—Caprasio, querido Zonio, era un eremita. Vivía en los montes entregado a la oración. Mas he aquí que un día se cruzó en su camino una hermosa y joven pastora. Su corazón se encaprichó con ella. Caprasio pecó. Y Dios le condenó a vagar por la tierra hasta hallar un paraje semejante a aquel en el que cometió pecado, para levantar allí un monasterio.

No era yo, pues, el único monje que había pecado con una hermosa y joven pastora. Bien es cierto que a mí aún me quedaba el monasterio por construir.

\*\*\*

Pasamos la Navidad de 801 en Valpuesta. Juan se había apresurado a dar noticia en Oviedo de sus numerosas presuras. La respuesta del rey vino, ya pasada la Epifanía, en forma de doble recompensa. La primera fue que Alfonso nombraba formalmente a mi amigo Juan obispo de Valpuesta. Todo el mundo le consideraba ya como tal, pero faltaba la sanción regia, y no era cosa fácil, pues Roma era muy reacia a crear obispados de nuevo cuño. Pero las circunstancias de nuestro reino, con la mayor parte del país ocupada por los musulmanes, eran completamente singulares. Y así, del mismo modo que se consintió al rey crear una nueva sede en Oviedo, se le aceptó que levantara una diócesis en aquellos valles del oriente de la frontera. En cuanto a la segunda recompensa, fue recibida por los colonos como una bendición del cielo y en verdad no era para menos, porque Alfonso reconocía en ley las presuras de Juan y, aún más, otorgaba a los pobladores de estas tierras derechos extraordinarios.



Tan importante era aquello, que Juan quiso hacer partícipes del acontecimiento a todos los colonos: les leería el documento expedido por el rey. Citó a los cabeza de familia en Valpuesta. Los reunió en la entrada del monasterio de Santa María. Varios centenares de labriegos esperaban, anhelantes, saber cómo iban a ser sus vidas. Un enorme silencio envolvía a la asamblea. El obispo Juan, ceremoniosamente, esgrimió el pergamino y leyó en voz alta:

—«Yo, Alfonso, por la gracia de Dios rey de los ovetenses, hago privilegio de testamento por amor de Dios, perdón de mis pecados y sufragio de las almas de mis padres, con el consejo y consentimiento de mis condes y príncipes, a la iglesia de Santa María de Valpuesta, y a ti Juan, venerable obispo y maestro mío, confirmándote el dominio de las cosas que tus antecesores hayan adquirido y de las que tus sucesores puedan adquirir para tu iglesia. Y doy a esta por términos propios suyos desde Orrundia hasta Fuente-Subanaria; desde esta hasta Molares; desde allí hasta Rodil; de allí hasta Pinilla; y por otra parte hasta Cancelada; de allí hasta Fuente-Sombrana; de allí hasta la Hoz de Busto; de allí hasta Peñarrubia; de allí hasta San Cristóbal; de allí hasta San Emeterio y Celedonio por la calzada que va a Valdegobia hasta Pinilla; de allí siguiendo la loma hasta la cumbre de Pozos; desde Pozos hasta la mayor altura de la peña; y todo esto doy con montes y fuentes, lagunas, pastos, entrada y salida. Si alguno se refugiare al territorio incluido en estos términos por causa de homicidio u otra culpa, ninguno sea osado de sacarlo; sino que antes bien él permanezca totalmente salvo, y los clérigos de la iglesia no tengan responsabilidad alguna. Si dentro de los mismos términos fuere matado algún hombre, los clérigos de dicha iglesia, y los legos que hagan población allí, sean exentos de responsabilidad del homicidio; por lo cual de ningún modo se les exijan prendas. Concedo también a los pobladores de Valpuesta licencia de apacentar sus ganados en todos mis montes y demás parajes en que otros pasten. Asimismo dono en el lugar que dicen Pontacre las iglesias de San Cosme y Damián, de San Esteban, de San Cipriano, de San Juan, de los Santos Pedro y Pablo, y de San Caprasio, con sus heredades y términos, desde la peña hasta el río Orón, y con sus molinos, prados, huertos y pertenencias. Igualmente mando que vosotros los pobladores de Valpuesta tengáis plena libertad de cortar maderos en mis montes para edificar templos y casas, para quemar y cualesquiera distintos objetos que lo necesitéis; y concedo también que uséis de las dehesas, pastos, fuentes y ríos, con entrada y salida, sin pagar montazgo ni portazgo. En la misma forma doy a la citada villa de Valpuesta, y a los monasterios, iglesias y divisas de que se ha hecho mención, y a las demás que tú o tus sucesores pudiereis adquirir, el fuero de que no paguen castillería, anubda y fonsadera, y sean exentos de la entrada de sayón por fonsado, hurto, homicidio, fornicio, ni otra caloña; pues ninguno ha de ser osado de inquietar a los pobladores por fonsado, anubda, labor de castillo, ni servicio alguno fiscal o

real. Si alguno de los reyes sucesores míos, o de los condes, o cualquiera otra persona intentare quebrantar en la parte más mínima este privilegio, incurra en la ira de Dios, sea reputado como extraño de la religión católica, reo en la presencia divina, su nombre se borre del libro de la vida, y llore condenado en el infierno con Judas, el traidor de Jesús; caiga sobre su persona el anatema; sea excomulgado y separado del sacratísimo cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo y de las puertas de la santa iglesia de Dios. Además pague por coto del daño que causare mil libras de oro al rey y al obispo, y restituya duplicado lo que hubiere tomado. Y este escrito permanezca firme e incombustible».

Los colonos rompieron en exclamaciones de júbilo, alabanzas a Dios y vivas al rey, pero confieso que yo no recibí aquello de buen grado: si los colonos quedaban exentos de castillería, ¿quién levantaría los castillos o repararía los muros dañados? Si se les liberaba del fonsado, que era la prestación de servicio con las armas, ¿quién formaría la mesnada cuando aparecieran los moros? Si no tenían que hacer servicio de anubda, ¿quién vigilaría la frontera? Pero el rey Alfonso estaba decidido a que las nuevas tierras de Cristo nacieran como tierras libres habitadas por hombres libres. Habría que asegurar su defensa de otra manera. Y si libres eran, también debería ser libre su contribución a su propia defensa.

\*\*\*

Me detuve en Mena antes de volver a Espinosa. Allí me informaron de que mi padre había muerto. Desde algunos meses atrás —me contaron—, Lebato y Muniadona se habían retirado a vivir en la iglesia de San Emeterio. Mi padre salió un día, a caballo, a recorrer el campo. Vieron su silueta recortada contra el horizonte. Súbitamente cayó del caballo. Un ataque le había matado. Lo enterraron junto al pequeño Esteban y a Bartolomé. Mi madre quedaba sola. Fue mi hermana Munia, la casada con Illán, quien la acogió en su casa.

Mi padre podía morir satisfecho: había levantado un mundo desde la nada, con la fuerza de sus brazos y la ayuda de Dios. Todos los años llegaban gentes nuevas al valle de Mena. Continuamente aparecían nuevas comunidades de religiosos que plantaban un monasterio y quedaban bajo la jurisdicción de Vítulo. Conocí a algunos de ellos: Armentario, Íñigo, Sisenando, Apre, Pedro... Junto a Taranco y Burceña crecieron Hoz y Villasana. Ya no estábamos solos. Al lado, en Losa y Valpuesta, y pronto en Tobalina, crecían igualmente las tierras cristianas. La frontera había dejado de ser un desierto de humanidad.

Cuando regresé a mi castillo de Espinosa, con el corazón todavía encogido por el luto, recibí una sorpresa extraordinaria. Fue mi hermano Vítulo quien me puso en antecedentes:

—Ha llegado un hombre del sur. Un mozárabe. Dice que viene de Córdoba.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—¿Sisebuto? ¿Fernando? —dudó Vítulo—. Perdóname, no lo recuerdo. Es un hombre ya entrado en años. Parece persona de buena crianza.

Mi hermano había instalado al visitante en la iglesia de San Martín. Allí acudí. Y no pude creer lo que vieron mis ojos.

—¡Sisnando!

Era, sí, Sisnando, nuestro espía, el veterinario de Córdoba. Mal debían de haberse puesto las cosas en la capital del emirato.

—¿Tendrás un sitio en estas tierras para un viejo veterinario? —exclamó Sisnando abriendo los brazos.

Sisnando me contó su aventura: cuando el emir comenzó a perseguir disidentes en Córdoba, los alfaquíes señalaron a los cristianos como culpables del malestar. La vida se hizo muy difícil para los mozárabes. Se le privó de su trabajo como veterinario de la caballería de Alhakán. Entonces huyó a Toledo, pero allí, después de la sangrienta Jornada del Foso, tampoco era fácil sobrevivir. Durante un par de años trabajó para ganaderos bereberes en los montes de Toledo, pero terminó hartándose de vivir bajo el yugo de aquellos bárbaros. Y así, un día, decidió marchar al norte en busca de mejor fortuna.

—Era ahora o nunca. Me hago ya viejo y dentro de unos pocos años no habría podido soportar semejante aventura. En cuanto a ti...

—No puedes imaginar cuántas cosas han pasado en estos años —suspiré.

—Sí puedo —contestó—. En Córdoba eres una celebridad. El hombre que mató a Abd al-Malik, el que robó la tienda de Abd al-Karim, el que hundió en la desesperación a Muawiya... Los soldados hablan de esas cosas. ¿Sabes cómo te llaman?

—No sabía que me conocieran. ¿Cómo me llaman?

—Suena algo así como Machnun al-hinzir gabali al-abiad.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Más o menos, el Loco del Jabalí Blanco.

Acompañé a Sisnando fuera de la iglesia. Pensé instalarle en el castillo. Indudablemente sus servicios serían bien recibidos. Desaté a mi caballo. Me preguntó:

—Bonito ejemplar. Y sano. ¿Cómo se llama?

No pude reprimir una carcajada al contestar:

—Sisnando. Se llama Sisnando.

## Resurrección

Mi vida giró sobre sí misma en el verano del año 805. Fue cuando nos dieron noticia de una nueva aceifa musulmana. Pero sus consecuencias iban a ir mucho más allá de una simple batalla más.

Todo empezó cuando dos jinetes del castillo de Iruña, el de don Munio, aparecieron en Espinosa con la noticia. Como siempre, la hueste de la frontera se concentró en un lugar previamente acordado, en este caso Iruña, pues desde allí venía el mensaje. Ya sabíamos cómo detener a los moros si invadían de nuevo nuestras tierras. Pero lo nuevo era que, esta vez, no venían contra nosotros.

El ejército moro había escogido un camino seguro: al sur del Ebro, por la vieja calzada romana que de Tarragona lleva a Astorga. Los sarracenos dejaron atrás Calahorra. Pasaron a fuego y sangre las aldeas repobladas por el obispo Juan en el gran río. Pero desde ahí no trataron de entrar en Castilla, como otras veces, sino que siguieron ruta hasta Briviesca, muy al sur de las posiciones que defendíamos desde Oña y Tedeja. Ese camino llevaba a Sasamón y se cruzaba con el curso bajo del Pisuerga. ¿Hacia dónde se dirigiría el moro? Era una absoluta incógnita.

Cuando constatamos que la hueste mora no iba a entrar en nuestras tierras, decidimos seguir su ruta. Envié a Zuría y Azano, dos de mis caballeros, en busca de información. Con ellos partieron otros tres jinetes. Necesitábamos saber quién mandaba esa tropa y qué se proponía. En las cercanías de Sobrón, mis caballeros capturaron a tres moros. Era una historia grotesca: aquellos soldados se habían emborrachado, cosa estrictamente prohibida por el islam y más en filas, y se les había castigado a permanecer atados a unas estacas hasta que el ejército volviera. Era una forma como cualquier otra de condenarles a muerte, de manera que la llegada de nuestros caballeros fue su salvación.

Interrogamos a fondo a los moros con ayuda de un intérprete mozárabe, y no hizo falta mucho esfuerzo, porque los presos, aterrados, cantaron de plano. Aquel ejército —nos dijeron— lo mandaba Abu Utman, un viejo y rico general. Su nombre me resultaba familiar: catorce años antes había flagelado las tierras gallegas. El objetivo de la hueste no era esta vez Castilla y Álava, sino el mismísimo corazón del reino: Cantabria. Esperaban llegar hasta allí por la calzada romana hasta el cruce con el río Pisuerga y, después, girar hacia el norte por cualquiera de las viejas sendas que conducían a la montaña. Un largo viaje.

Y bien planeado, porque era difícil que nadie esperara una invasión sarracena por aquellos parajes.

—Dicen los capitanes que algunos veteranos ya conocen ese camino — contó uno de los cautivos—. Hace muchos años atacaron por ahí.

Me estremecí. Sí, hace muchos años atacaron por ahí: una primavera de catorce años atrás, cuando los musulmanes devastaron el Campoo y se llevaron cautiva a Deva. ¡Cómo olvidarlo...!

Aquellas informaciones nos permitieron trazar un plan. La hueste mora era fuerte: más de diez mil hombres. No podíamos pensar en salirles al paso. Pero conociendo su punto de destino, era factible adelantarse a ellos y esperarles en algún lugar propicio. Particularmente en las hoces que forma el Pisuerga antes de llegar a Campoo. Allí daríamos la batalla.

\*\*\*

Partimos sin perder un instante. Corrimos Ebro arriba, en la orilla opuesta al moro, por sendas de fortuna. Atravesamos páramos y montes. Sin descanso. Era imprescindible llegar antes que el enemigo. Nuestro camino era más difícil que el suyo, pero no teníamos impedimenta que arrastrar y conocíamos los secretos de nuestros montes y valles. Fueron cuatro largos días, con buena parte de sus noches, caminando sin tregua hacia occidente. Hasta que llegamos al punto adecuado.

Nuestra meta era un paraje de suelo tortuoso donde el río y la calzada describían profundas curvas. En una de esas curvas calzada y río corren contiguos, sin apenas separación, bajo un risco al oeste y, al este, una breve depresión entre chatas lomas. Solo ese podía ser el lugar.

Sorprender, golpear, aniquilar. No había otra fórmula. Enviamos exploradores hacia el sur; los musulmanes —refirieron— estaban todavía a tres jornadas de camino. Tuvimos tiempo de preparar bien las cosas: fosos en la calzada, trampas a los lados del camino, buenos parapetos para asaetear al enemigo desde lugar seguro... Urdimos una añagaza: en la depresión del terreno, en la orilla derecha del río, con las espaldas bien guardadas por una loma, una parte del contingente simularía presentar batalla. El moro acudiría allí. Entonces el resto de nuestra hueste, bien oculto en el cerro de la orilla opuesta, repetiría la maniobra de las Conchas de Arganzón: cierre del camino a vanguardia y retaguardia, mientras el centro del ejército enemigo era castigado sin piedad desde lo alto.

Para nuestra sorpresa, la columna mora no marchaba agrupada, sino en dos cuerpos. El primero, más numeroso, actuaba como cobertura del segundo. ¿Por qué? No tardamos en descubrirlo: en este último viajaba el anciano general Abu Utman con abundante séquito.

Esto nos obligaba a cambiar nuestros planes: no podíamos exponernos a concentrar nuestra fuerza sobre uno de los grupos del enemigo y dejar libre al otro. Y no teníamos hombres suficientes para sostener un combate abierto con los dos grupos a la vez. ¿Qué hacer?

Recordé la maniobra mora en Campoo, catorce años atrás: sobre un campo desprevenido, al amanecer, surgieron dos columnas; la primera arrastró hacia sí a los defensores, la segunda hizo estragos en las gentes indefensas. ¿Por qué no intentar lo mismo? Sorprenderíamos a los moros en la madrugada, antes del amanecer. Un grupo arrastraría al grueso de la fuerza enemiga hacia el desfiladero, donde habíamos preparado nuestra trampa; el otro caería como una maldición celestial sobre el campamento sarraceno, general incluido.

Eso fue lo que se hizo. El moro, prudente, había acampado a cierta distancia del desfiladero, en un paraje llano que llaman Nogales, con una protectora loma tras de sí. Pero antes del amanecer, una nube de flechas de fuego se desplomó sobre el campamento enemigo. Y un suspiro después, centenares de jinetes y peones arrasaban el campo infligiendo un tremendo castigo en las tropas tan brutalmente sacadas del lecho. Nuestras lanzas se abatían sin piedad sobre los soldados que trataban de escapar al fuego de sus tiendas incendiadas. El azote duró largos minutos. A sus víctimas debió de parecerles una eternidad. Al fin, algunos grupos aislados de sarracenos lograron organizarse, pero esa era la segunda parte del plan: en el momento prescrito, los nuestros se retiraron hacia el desfiladero... perseguidos por el grueso del ejército moro, mal armado a toda prisa entre los vapores del sueño. Allí, donde la calzada se estrecha, esperaba al enemigo una verdadera pesadilla.

Mientras tanto, dos centenares de jinetes de la cruz salíamos de un cerro cercano y, rodeando el campamento, cargábamos contra el palenque que protegía al general Abu Utman. No hubo resistencia alguna; no era posible. Los guardias del jefe moro trataron de formar un círculo en torno a su tienda; fue barrido sin piedad. Cuando penetramos en el recinto del general, un nutrido grupo de su guardia escapó a galope tendido. Era lujoso, el despliegue de Abu Utman: en una gran tienda blanca adornada con flecos dorados descansaba el propio general; en otras dos contiguas, algo más pequeñas, dormían respectivamente las mujeres del harén y la servidumbre. Pero ahora todo eso era una cárcel de la que nadie podía escapar.

Fui yo quien entró primero en la jaima de Abu Utman. A un eunuco que me salió al encuentro lo despaché con un golpe de azagaya. El general permanecía tumbado sobre unos cojines. Lentamente, se incorporó. Era un hombre muy anciano. Trató de aparentar rigidez. No fui cortés. Apoyé la punta de la azagaya en su garganta y grité: «¡Eres preso del rey de Oviedo!». Le dejé al cuidado de dos de mis caballeros.

Salí al campo, por ver cómo evolucionaba la batalla. En el campamento ya no había signos de lucha: centenares de cautivos gemían entre una masa informe de muertos y heridos. Más allá, en el desfiladero, sin duda los nuestros estarían dando buena cuenta de los restos del ejército sarraceno. A un lado y otro del camino, campo a través, pasaban de vez en cuando pequeños grupos de jinetes en desbandada. La victoria era nuestra.

Volví a la tienda del general Abu Utman. Unos peones me trajeron a los lacayos del caudillo moro. Fuera escuché risotadas y voces, y chillidos de mujer. Un tropel de mujeres envueltas en vistosas túnicas entró en la tienda. Rápidamente se apiñaron en torno al general. Miré atentamente a aquellas damas. Miré otra vez. No podía creerlo. Sentí que mil cuchillos atravesaban mis ojos.

\*\*\*

¡Deva! Ni en mi peor pesadilla podía haber imaginado aquello. Deva estaba allí, entre las mujeres del harén del viejo general Abu Utman, una más entre las concubinas del anciano. ¡Deva estaba allí! Había encontrado a mi tesoro largamente añorado. Pero en sus ojos de azul cielo solo se leía el pavor. Y quien le causaba ese pavor no era el viejo, su secuestrador, sino nosotros, los guerreros cristianos, cubiertos de sangre y polvo. Durante varios segundos fui incapaz de reaccionar. Ni oía ni veía nada. Ni siquiera percibí los chillidos de terror de las mujeres. Con la boca abierta balbucí algunas palabras inconexas. Deva, como las demás, gritaba, encogida, llevándose las manos crispadas a la boca. Deva me tenía miedo.

Me sacó de mi letargo la entrada de varios hombres de la hueste que se abalanzaron sobre las mujeres con violencia.

—¡Estas son nuestras! —aullaron.

Salté como un lince.

—¡Ni hablar! ¡Estas se quedan aquí! —Blandí mi azagaya a modo de argumento.



—¿Por qué? —me espetó uno, un tipo al que no conocía.

—Porque algunas de ellas son cristianas. Y a esas las reclama el rey para devolverlas a la vida.

—¡Ni cristianas ni diablos! —gritó el tipo—. Si eran cristianas, dejaron de serlo. Y ahora son parte del botín, tanto como las ropas de ese vejestorio —escupió, dirigiéndose a Abu Utman.

La cuadrilla que había entrado con el fanfarrón asentía con risotadas a sus amenazas. El tipo era más grande que yo, pero yo era más veterano.

—Os abriré la cabeza, a ti y a tus amigos, si no desaparecéis inmediatamente de aquí —le intimidé—. He dicho que estas mujeres son prenda para el rey don Alfonso. Y no hay nada más que hablar.

Los fanfarrones se desplegaron lentamente en abanico; alguno amagó echar mano de la espada. Abu Utman estaba allí, de pie, muy quieto, junto a sus mujeres, pero yo solo pensaba en proteger a Deva de aquellos bárbaros. Con toda la celeridad que mis brazos me permitieron, descargué un golpe de azagaya sobre la cabeza del primer fanfarrón. Tuve cuidado de hacerlo con el lado plano de la hoja, donde el arma no mata. El fanfarrón cayó al suelo. Inmediatamente me puse en guardia, terciado el escudo, para enfrentarme a los demás.

—¿Algún otro quiere probar mi azagaya? —bramé.

Los fanfarrones, lanzando imprecaciones blasfemas, se echaron atrás arrastrando a su compañero. En ese momento entraron en la tienda don Munio y don Tello, espada en mano el primero, blandiendo el hacha el segundo.

—¿Qué ocurre aquí? —exclamó Munio.

—Estos señores tiene prisa por marcharse. —Hice una señal a los fanfarrones, que salieron del lugar. Me dirigí a mis pares—: Os presento al general Abu Utman Ubai Alá, ministro del difunto Abderramán I. El mismo que hace ahora catorce años devastó Galicia con sus huestes.

Debí haber advertido que Tello palidecía de ira, pero yo en aquel momento solo tenía ojos para Deva. Mi amada seguía acurrucada en un rincón, con las otras mujeres, quizá temiendo una muerte inminente. El corazón se me estaba saliendo por la boca. No podía más. Para sorpresa de mis compañeros, me dirigí a ella:

—¡Deva, por Dios! ¿No te acuerdas de mí? ¡Soy Zonio! ¡El novicio de Potes! ¡El escudero de Campoo!

Una extraña luz atravesó su mirada. La expresión de horror no había desaparecido. ¡Catorce años ya! Yo me desesperaba:

—¡No puedo creer que me hayas olvidado en este tiempo! ¿Has olvidado todo? ¿Mi amor, mis caricias, mis promesas...? ¡Vamos a huir juntos de tu padre, Asur... Hasta que los moros te capturaron en Campoo.

Deva seguía paralizada. Ahora la perplejidad se sumaba al terror. Me duele infinitamente recordarlo, pero en aquel momento mi amada parecía haber perdido el juicio. Cuando gritaba, lo hacía en árabe. Mi consternación no tenía consuelo. Y en ese momento se escuchó una tenue voz cascada:

—Así que tú eres el Loco del Jabalí Blanco... Te imaginaba más corpulento. ¿Qué quieres? Puedo llenarte de oro si respetas mi vida y la de mis mujeres.

Era Abu Utman el que había hablado. El anciano general permanecía allí, de pie, tratando de mantenerse firme, pero pegado a sus mujeres. Miré al viejo con ira.

—¡Sí, yo soy! ¡Y nada me gustará más que llevarte preso ante el rey de Asturias!

Fue cosa de un instante, un relámpago, como un destello de muerte: Tello esgrimió su hacha y de un solo tajo cortó limpiamente la cabeza del general moro. La cabeza rodó hasta la otra esquina de la tienda y el cuerpo decapitado cayó pesadamente a los pies de las mujeres, que rompieron a chillar enloquecidas de terror. Munio y yo nos quedamos pasmados.

—¿Por qué...? —acertó a farfullar Munio.

Tello se dejó caer pesadamente en el suelo, la cabeza hundida en el pecho, el hacha ensangrentada sobre las rodillas.

—Este fue el hombre que ordenó quemar vivos a mis padres —musitó Tello—. Ahora ya está todo en su sitio.

Munio se apresuró a ordenar que sacaran de allí cuerpo y cabeza. Tello porfió por quedarse con la testa del moro: quería enterrarla donde descansaban los restos de sus padres. Las mujeres lloraban compulsivamente, arrebatadas por una inconsolable histeria. Volví a acercarme a Deva. Traté de acariciar su

rostro. Habían pasado catorce años, pero su piel seguía siendo de blanca seda. Ella temblaba como el cordero ante el matarife. Rechazó mi mano. Me ocupé de que guerreros de confianza custodiaran a las mujeres. Salí de la tienda atenazado por un desconsuelo infinito. A Deva la dejé allí, con las demás.

\*\*\*

Yo mismo me encargué de llevar a Oviedo el fruto de la victoria: esta vez quería estar presente en el reparto de los despojos. Me inquietaba en particular el destino de las mujeres. Recé para que la visión de nuestras tierras despertara en Deva el recuerdo de lo que un día fue.

Por el Escudo de Cabuérniga salimos a Evencia y, de ahí, al oeste, hacia Oviedo. ¡Mi viejo camino tantas veces transitado! La comitiva era espectacular: una cuerda de quinientos cautivos y diez grandes carros cargados de botín. A las mujeres de Abu Utman, cuatro en total, las acomodé en uno de los carros. Dos centenares de jinetes escoltaban tan preciados bienes.

Varias veces intenté acercarme a Deva a lo largo del trayecto. En la primera ocasión, directamente, me escupió. En la segunda volvió el rostro. En la tercera me increpó: «¡Asesino!», me dijo. Aquello me calentó la sangre: «¿No recuerdas quién mató a tu padre?», le contesté. Era asombroso: Deva había olvidado prácticamente toda su vida anterior, como si un gigantesco trauma le hubiera privado de la memoria. Hice un cuarto intento. Y esta vez, al menos, prestó oído:

—Tú no lo recuerdas, pero te llamas Deva, eres de Potes y creciste cristiana. Por eso entiendes mi lengua. Yo era tu amigo. Peinabas tus cabellos en hermosas y largas trenzas. Los moros te capturaron. Tu padre se llamaba Asur. Yo me llamo Zonio —callé un instante; tragué saliva—. Y yo te quería.

Deva reaccionaba ante estas palabras de una manera extraña, como si no comprendiera. El paso del tiempo no había mermado su belleza: los ojos de cielo miraban asombrados cuanto había a su alrededor. Una vez más intenté acercarme a su espíritu enfermo.

—¿Ves el azul de este escudo? —le decía, señalando mi rodela—. Es azul por tus ojos. Lo pinté así por ti. Cuando te secuestraron, fui a buscarte a Córdoba. He sufrido mucho tu ausencia. Pero ahora estás aquí, entre los tuyos.

Me hería terriblemente ver a Deva en semejante estado. Trataba de hablarle con toda la dulzura que me inspiraba, pero mis resultados eran muy pobres. Hasta que un día, cuando ya quedaban pocas jornadas para llegar a

Oviedo, me respondió. No sé si la visión de su tierra natal removi6 algo en su interior. El hecho es que, por primera vez, me habl6 en nuestra lengua:

—Creo que me dices la verdad... Pero no te recuerdo —solloz6—. Ni a ti, ni nada de lo que me has dicho. ¿Qu6 va a ser ahora de m6?

No supe qu6 contestar. No porque no tuviera respuesta, sino porque el llanto ahogaba mis palabras.

En cuanto llegu6 a Oviedo me precipitu6 en busca de Teudano. 6l estaba saliendo a recibirme.

—¡Otra victoria, Zonio! ¡A este paso acabaran haciéndote conde de palacio!

Pero mi 6nimo no estaba para felicitaciones. Conduje a mi amigo a un lugar apartado.

—¡Teudano, he de hablarte! ¡La he encontrado! ¡He encontrado a Deva!

Teudano compuso un gesto de alegr6a teñido de asombro.

—Pero... ¿qu6 te pasa? ¿Por qu6 est6 tan agitado?

—¡Estaba en el har6n del general Abu Utman!

Puso sus manos sobre mis hombros.

—Lo lamento. Es horrible. Pero piensa que al menos est6 viva. ¿C6mo se encuentra?

—Mal —confes6—. Muy mal. Parece ida, como con la cabeza perdida. Apenas recuerda qui6n es.

—No es la primera vez que oigo eso —dijo Teudano—. Dime, ¿qu6 quieres que hagamos con ella?

—No podemos abandonarla a su suerte como si fuera una vulgar cautiva. Tampoco a las otras muchachas que sean cristianas, por supuesto, pero... Ella...

—Descuida, te entiendo —acept6 mi amigo—. Hay que protegerla a toda costa. Te dir6 lo que haremos. Enc6rgate t6 personalmente de las cautivas. Condúcelas a San Vicente, donde Fromestano. Dile que necesitamos custodiar a

estas mujeres en un convento de monjas. Cuéntale que son de origen cristiano; eso le convencerá.

Así lo hice. El abad Fromestano se mostró receptivo y envió aviso a un convento femenino no lejos de Oviedo. Las cautivas, Deva incluida, aguardaron en su carro. Al poco llegaron cuatro monjas. Fromestano les explicó la situación:

—Hemos cosechado una gran victoria sobre los moros. El jefe de los sarracenos viajaba con su harén. Entre esas mujeres las hay que son cristianas; raptadas por los musulmanes cuando niñas, y seguramente islamizadas, pero bautizadas y, por tanto, merecedoras de un trato especial. Os ruego que las alojéis en vuestra casa y evaluéis cuáles de ellas son... recuperables. Estas almas robadas por el demonio vuelven ahora a la luz. No podemos perderlas.

La monja de más edad asintió suavemente.

—Conozco personalmente a una de ellas —intervine—. Es una amiga de infancia —mentí—. Se llama Deva. Parece hondamente confundida. Ha perdido la memoria.

—Descuida, caballero. Nosotras nos encargaremos de que vuelva a ser quien fue —rubricó la monja.

Esculté al carro con las cautivas hasta la puerta del convento, apenas a media legua de la ciudad. Una a una, las hice bajar. Todas seguían con el miedo esculpido en el rostro. Cuando descendió Deva, le tendí la mano. Ella, esta vez, la tomó. Se había liberado del velo que antes cubría sus cabellos y ahora la melena rubia ondeaba sobre sus hombros. La vi entrar en la santa casa. Luego la puerta se cerró.

\*\*\*

Abandoné Oviedo profundamente turbado. Finalmente había conseguido mi propósito; había liberado a Deva. Pero, para mi desgracia, aquella mujer ya no podría ser para mí: la experiencia de la esclavitud la había trastornado profundamente. ¿Podría al menos luchar por recuperarla? No me importaba que hubiera sido la esposa de un decrepito general moro. Solo quería tenerla a mi lado. Pero... ¿querría ella? Y por otro lado, ¿acaso no estaba yo persiguiendo un insensato sueño? ¡Habían pasado catorce años! Durante ese tiempo ella había sido la mujer de un dignatario del emirato; había vivido con el enemigo, habría tenido hijos que ahora estarían siendo educados para combatirnos... ¿Qué tenía que ver realmente esta Deva con la que tanto tiempo atrás me arrebataron?

Acudí a Liébana. Necesitaba ver a Beato. En el viejo monasterio de San Martín de Turieno me dijeron que Beato ya no estaba allí. A petición propia había sido enviado como abad a una lejana casa en el paraje de Valdelomar. Paradójicamente, no lejos de la hoz del Pisuega donde acababa de librar mi anterior batalla. Valcabado, se llamaba el sitio. No lo dudé. Puse rumbo hacia allí.

Necesitaba estar solo. Necesitaba pensar. Sobre todo, necesitaba hablar con alguien cuya sabiduría me iluminara el camino. La victoria del Pisuega había sido recibida con grandes fiestas en Oviedo. El rey ni siquiera me recriminó el no haberle llevado a Abu Utman con vida. Pero a mí todo aquello me importaba ya muy poco. En mi espíritu solo existía la desdicha de Deva, que era mi desdicha.

Como un guerrero errante crucé las sierras y el Campoo. Deliberadamente me detuve en la campa donde perdí a Deva. Todo ahora se resolvía en el espacio de unas pocas leguas. Aquí la perdí, algo más al sur la recuperé, algo más al este buscaría una respuesta. Valcabado se levantaba cerca del Ebro, aupado en un risco, abierto a una gran llanada. Seguramente era uno de los muchos monasterios que ahora, como antaño en mi hogar de Mena, crecían bajo el designio de la repoblación.

Encontré a Beato, sí. Allí estaba: abad de Valcabado. Me condujeron ante el hombre que había hecho explotar la más feroz polémica espiritual de la Iglesia española. Pero la edad había hecho ya estragos. La última vez que le vi era ya un anciano, pero guardaba una perfecta lucidez. Ahora, por el contrario, estaba postrado en una silla de la que no podía levantarse, las manos le temblaban y la voz apenas era otra cosa que un agónico silbido. Me acerqué a él.

—Maestro Beato, ¡soy Zonio!

Alzó sus manos trémulas hacia mi rostro. Reparé en que también había perdido casi completamente la visión. Pasó sus dedos por mis rasgos. Intentó hablar:

—¡Qué extraño es ver con los ojos del alma y no con los del cuerpo! ¿Querrás creer que... querrás creer que te estoy viendo como cuando eras un mozalbete?

—Maestro, necesito contarte algo. —Deva ardía en mi interior.

—Cuenta...

—Se trata de aquella muchacha... Deva. La he encontrado. La habían casado con un general musulmán. La he liberado. Ya no es esclava. Pero...

—Sigue. Recuerdo la historia.

—Está desconocida. Su alma se ha roto. Apenas me recuerda. Y yo...

—Y tú no sabes si seguir luchando por ella —atajó Beato.

—Exactamente.

—Dios te ha puesto pruebas muy duras desde que saliste de Liébana, Zonio...

—Como a San Caprasio —añadí.

—Buena comparación. Pero... Zonio, escucha, han pasado catorce años ya. Esa mujer ha hecho su vida, o la que le han permitido hacer, y ha sido muy distinta de la tuya. ¿La has cristianado de nuevo?

—La he dejado en un convento de monjas.

—Eso está muy bien. Tal vez allí recupere la cordura... en cuanto al alma. Ahora bien, en cuanto al cuerpo... Zonio, para ti esa mujer ha sido parte del camino, ni mucho menos puede ser la meta —sentenció Beato—. Esa mujer habrá dejado hijos en Córdoba. Hijos que, como acostumbran allá, serán criados para hacernos la guerra. Pero hijos que, como madre, ella querrá recuperar. Y tú eres un caballero del rey. La progenie de tu amada se convierte ahora en un punto extremadamente débil.

—Yo la amo, Beato.

—Claro que la amas. Por eso estás aquí. Y esperas que yo te diga que debes seguir sus pasos y hacerla tuya. Pero yo no puedo decirte eso. Tú amas a la Deva que perdiste en Campoo y que has buscado todos estos años, no a la que has encontrado y que, como tú mismo me dices, apenas si te conoce ya. Hazte a la idea de que es otra mujer. Es otra mujer, como tú eres ya otro hombre.

Beato se fatigaba. Le dieron un vaso de agua. No quise agotar a mi anciano maestro. Pedí su bendición y besé sus manos. Abandoné Valcabado con la impresión de que mi vida se había roto para siempre.

Aquella tarde bajé hasta el escenario de la última batalla, donde la ruina de Abu Utman. Hice noche en el campo de la muerte. Aún quedaban cadáveres tendidos junto al río, ahora pasto de los buitres. El hedor todavía era insoportable. Gasté largo rato en contemplar la matanza. Tantas vidas... rotas de verdad. A mí, al fin y al cabo, aún me quedaban cosas por hacer.

Después, lentamente, reemprendí el camino de vuelta a Espinosa. Cruzé el Ebro hacia el norte y por Valdebezana salí a mis valles. Allí me esperaba la vida que realmente había vivido; la vida que realmente tenía que vivir. La penitencia de San Caprasio fue vagar por el mundo y construir un monasterio. La mía sería vagar por la frontera y construir un castillo. Tedeja me esperaba.



## La cruz de los ángeles

Con los brazos de los mozárabes que rescaté en la estepa, la ayuda de los colonos de Espinosa y el concurso de diez cautivos musulmanes, comencé inmediatamente los trabajos en el sitio de Tedeja. Levantar de nuevo aquel castillo sería mi redención.

Construí un campamento improvisado al pie mismo del lugar: un elevado risco frente al punto donde el Trueba muere en el Ebro. Desde allí se controlaba el paso de cualquiera que quisiera entrar por Tobalina o por el sur de la sierra de la Tesla, y en particular se cerraba el desfiladero de la Horadada. Tuve que localizar el basamento de la vieja fortificación y trazar con nitidez su perfil. Aquellos cimientos, quién sabe si godos, romanos o aún más viejos, serían un buen soporte para la nueva construcción. Mi hermano Vítulo, que no en vano había levantado el castillo de Espinosa, conocía bien los procedimientos. Siguiendo sus indicaciones desbrocé las matas acumuladas sobre la piedra y limpié el suelo de lo que pronto sería un patio de armas.

Lo primero que había que hacer era señalar el emplazamiento de las torres. Marqué cuatro puntos en las esquinas de un dibujo rectangular. La muralla se construiría después y su espesor serviría para reforzar el equilibrio de los torreones. Vítulo insistió en que las torres tuvieran forma de medio círculo: eso permitiría obtener un mayor control visual del exterior. Las piedras de los viejos lienzos derruidos resucitarían ahora para dar forma a los cuatro torreones. En cuanto a la muralla, Vítulo sugirió conferirle grosor mediante un viejo método: elevar dos muros paralelos de piedra separados por una distancia de un par de codos y, después, rellenar el hueco con cantos y material de argamasa. De esa guisa se levantaría un primer tramo. Y sobre este se edificaría otro, de menor grosor, con suelo bien apisonado de mortero, para facilitar el tránsito de los hombres sobre la muralla. Cuando todo eso estuviera en pie, procederíamos a acomodar el interior con edificaciones que permitieran vivir allí. Me parecieron ideas excelentes.

Como el risco sobre el que se elevaría el castillo no era regular, sino más alto en unos puntos y más bajo en otros, Vítulo aconsejó asimismo rebajar el terreno circundante, de manera que la propia piedra natural aumentara la envergadura de la fortaleza. Y para hacerlo todavía más inaccesible, acordamos cavar un ancho foso alrededor. «La longitud de cinco hombres», me dijo Vítulo. Me pareció poco y, dado que el terreno se prestaba, calculé el largo de siete hombres puestos uno detrás de otro.

Dado que no podía haber castillo sin iglesia cerca, Vítulo insistió en que los operarios recuperaran un templo abandonado que aún se alzaba en las proximidades: Santa María de Mijangos, se llamaba, media legua al norte de Tedeja, a orillas del Trueba. Entre el castillo y la iglesia se abría una fértil vega dispuesta a acoger nuevos colonos. Familias de mozárabes fueron allí instaladas. También el viejo don García me ayudó, pues repoblar aquel lugar le permitía avituallar en mejores condiciones su precaria fortaleza de Oña. Así volvió a la vida la aldea perdida de Trespaderne.

Los trabajos de limpieza comenzaron en el otoño del año de Nuestro Señor de 806 y no se detuvieron en el invierno, a pesar del rigor impuesto por las nieves. La primavera del año siguiente la dedicamos a acarrear materiales para la construcción. En el verano, y sin otra pausa que los trabajos de la cosecha, se sentaron los cimientos de las cuatro torres. Antes de que llegara el invierno ya estaba levantada la primera de ellas. Tuvimos los cuatro torreones bien enhiestos en el día de Pascua de 807. Quedaba el verano por delante para comenzar la muralla. Los trabajos avanzaron a buen ritmo. El tramo inferior de la primera pared estuvo levantado antes del Adviento. Calculé que el castillo, foso incluido, podría quedar rematado en dos años más.

El intenso trabajo de edificación en Tedeja actuó como un lenitivo sobre mi alma: me olvidé de cualquier otra cosa que no fueran aquellas piedras. De hecho, trasladé mi residencia permanente desde el castillo de Espinosa a un pequeño cobertizo que me hice construir en el propio risco. A mis oídos llegaban las noticias que ocasionalmente traía algún mensajero desde Oviedo. Doña Argilo me invitó a su boda con don Munio Núñez, celebrada con gran pompa en la capital y apadrinada por el mismísimo rey, pero, obsesionado como me hallaba con mi trabajo, decliné la invitación. También me enteré de que Beato de Liébana entregó su vida a Dios en una fecha indeterminada del año 807, entre los muros de su monasterio de Valcabado. Y así mismo supe — fue Sisnando quien me lo contó — que el emir Alhakán había sofocado una sublevación en Córdoba por el expeditivo procedimiento de crucificar a centenares de rebeldes. Era horrible, pero mientras el emir anduviera enredado en tales cosas, nuestra frontera estaría tranquila.

La única interrupción que me permitía en mi febril actividad constructora eran las ocasionales expediciones a los llanos de Sasamón y que en alguna oportunidad nos llevaron hasta Coca. Ahí habíamos encontrado una vez mozárabes; no cabía descartar que hubiera más familias de fugitivos en situación semejante. Además, nos constaba que cuadrillas de salteadores recorrían de vez en cuando aquellos parajes en busca de pastores nómadas a los que robar, y que en no pocas ocasiones habían chocado con bandas de bereberes que, huidos de cualquier disciplina, actuaban igualmente como simples

bandidos. Por una cosa y por la otra, las patrullas en aquella región desolada eran un eficaz método para obtener información sobre los movimientos en la frontera. Los bandoleros iban de un lado a otro buscando campesinos indefensos y huían a toda velocidad cuando veían aparecer gentes de armas. Ellos mejor que nadie podían dar cuenta de la actividad en esa tierra sin dueño. Un ajustado interrogatorio solía obrar prodigios. Lo cual, por otra parte, aumentaba la fama del Loco del Jabalí Blanco.

De aquella deliciosa rutina me sacó un mensaje de Oviedo. Era el propio rey quien lo remitía. Y me convocaba a la capital, a mí como a otros caballeros, para la primavera siguiente. La razón: una donación regia en la que yo debía actuar como testigo. Mentiré si digo que me alegró la noticia. Nada me podía irritar más que apartarme de Tedeja. Pero era el rey quien lo mandaba. Diligente, acudí.

\*\*\*

Oviedo se estaba convirtiendo en una ciudad esplendorosa. Después de diez años de trabajo incesante, el talento de Tioda y las ideas de Alfonso habían hecho de aquella minúscula aldea una capital digna de un gran rey. Todo era piedra; hermosa piedra. «Nada de ladrillo, que es cosa de moros», solía decir Tioda. Y así la ciudad crecía como una hermosa sinfonía de piedra. El palacio estaba casi completamente terminado. La catedral ya se erguía orgullosa. Y fue entonces cuando el rey decidió celebrar el acto de donación de la Cruz de los Ángeles.

La noche anterior a la ceremonia, Alfonso tuvo el hermoso gesto de convocarnos a todos sus fieles para mostrarnos la pieza, celosamente guardada en su cámara. Fue agradable reencontrar a los viejos camaradas de tantas fatigas, como Teudano y Gundesindo. Fue también el momento de recordar a los hermanos caídos, como Gadaxara y el *miles* Juan y tantos otros. Llevábamos más de quince años combatiendo juntos por la cruz y la corona. Mucha sangre había corrido, pero el fruto de aquel esfuerzo se condensaba ahora ahí, en esa cruz que el rey iba a donar a la catedral de San Salvador en acción de gracias por haber sido liberado de su secuestro.

Aquellos orfebres lombardos a los que Alfonso encargó el trabajo habían hecho verdaderamente una obra maestra. Era una cruz griega patada, es decir, de brazos más estrechos en el centro que en los extremos, que mediría algo más de dos palmos tanto de alto como de ancho. En su centro, un disco de exquisitas proporciones sostenía el conjunto. Nos dijo el rey que la base de la joya era madera de cerezo silvestre. Lo que nosotros veíamos era una capa de oro que recubría la madera por entero. En cada brazo de la cruz se guardaba un

pequeño relicario. Pero lo más llamativo era el despliegue de pedrería que adornaba la obra: medio centenar de piedras de colores, algunas ágatas, algunos granates, incluso camafeos de época romana rodeados de perlas... Un auténtico tesoro.

De los brazos de la cruz colgaban dos letras griegas: alfa y omega, el principio y el final, porque Dios es principio y fin de todo. A lo largo de los brazos había igualmente una inscripción en letras de oro. Alfonso nos la leyó en voz alta:

—«Permanezca en honra de Dios este don, realizado con agrado. Lo ofrece Alfonso, el humilde siervo de Cristo. Cualquiera que presumiere sacarme de donde se me ofreció de buena voluntad muerto sea con rayo del cielo. Con este signo se protege el piadoso. Con este signo se vence al enemigo».

Quiso el rey permanecer en oración aquella noche, y nosotros le acompañamos. Cabalgar juntos, combatir juntos, padecer juntos, triunfar juntos, rezar juntos... La fraternidad de los guerreros de la cruz creaba unos lazos más sólidos que la piedra de la montaña, un amor más profundo que cualquier otro, y era sublime contemplar a esa cofradía de veteranos guerreros, de rostros quemados por el fuego del combate, espada al cinto y capa roja sobre los hombros, orando al Señor de las Batallas.

Fue Adulfo, obispo de Oviedo, quien ofició la ceremonia. Junto al rey y sus fieles, muy poca gente más: un par de condes de palacio, algunas damas de la corte, un coro de monjes que prestó su voz al santo ritual. Escueto y profundo, como lo era en todas las cosas, Alfonso leyó el texto de la ofrenda y luego requirió las firmas de sus fieles para dar fe de la donación. No hubo más. No se precisaba más. Aquella Cruz de los Ángeles lo decía todo: ahora Toledo estaba en Oviedo.

\*\*\*

Esa misma tarde me disponía a volver a Espinosa cuando recibí la visita de un emisario de la corte. El rey quería verme. Sobre la marcha cambié de planes, advertí en la iglesia de San Vicente de que pasaría una noche más acogido a su hospitalidad y me trasladé a palacio.

Alfonso me recibió en su cámara, esa austera sala que tan bien conocía. Estaba de pie, envuelto en una cómoda túnica de oscuro azul. Le vi delgado, más que de costumbre, y con la serena majestad de siempre pintada en su rostro. Frente a él tenía, como era habitual, el tablero de ajedrez cordobés.

—Todo esto que estamos haciendo —me dijo—, todo ese esfuerzo de las gentes en la frontera, todas esas batallas que juntos hemos librado... ¿qué otro sentido tienen sino dar gloria a Dios? Para eso estamos sus criaturas en este mundo. Y nuestra forma de dar gloria a Dios, la tuya y la mía, Zonio, en el tiempo que Él nos ha hecho vivir, en este recio tiempo, no puede ser otra que devolver a su santo dominio la tierra perdida por la cruz. Recuperar la España perdida, Zonio de Mena: es eso lo que justifica tanto nuestras victorias como nuestras derrotas. Ninguna otra cosa más. ¿El poder? ¿La riqueza? Paparruchas, tentaciones de Satanás: yo nací hijo de rey y tuve que huir exiliado, me coronaron una vez y me vi obligado a huir de nuevo, y aún me habrían derrocado una segunda vez si Teudano y Gundesindo y tú y los demás no hubierais estado allí para impedirlo. Estas glorias terrenales son baratijas. Solo Cristo importa.

—No puedo estar más de acuerdo, mi señor, pero ¿por qué me contáis todas estas cosas?

—¿Conoces tu edad?

—Sí. Treinta y cuatro años, mi señor.

—Buena edad: ni demasiado joven ni demasiado viejo. Pocos sabrían decir su edad. Y además, sabes leer y escribir.

—Un hermano mío, clérigo, me enseñó las letras —contesté—. Y estuve un año en San Martín de Turieno.

—Lo sé. Reúnes las condiciones precisas. He pensado hacerte conde de esos territorios que ahora llamáis Castilla. —Me quedé de una pieza. Iba a balbucear algo, pero el rey seguía hablando—: El conde don García, el más veterano y fiel de los caballeros de la frontera, es muy viejo y está enfermo. No tardará en morir. Lo sé porque él mismo me lo ha dicho. Hace falta otro hombre que ejerza la autoridad de las armas del rey en esas tierras. Y hace falta que la ejerza con todas las consecuencias, porque aquella comarca ya no es una simple línea de castillos que pueda ser defendida por los señores locales, como lo fue cuando encomendé a García esa misión, sino que ahora necesita un gobierno digno de ese nombre. Tú te has criado en Mena con los primeros colonos, has dirigido bien los castillos de la región, has combatido con inteligencia y fortuna, has repoblado con tu hermano Vítulo y el obispo Juan... Sabes todo lo que hay que saber para desempeñar ese puesto.

—Mi señor —argumenté—, me honra más allá de lo imaginable este ofrecimiento, pero, con vuestro permiso y vuestro perdón, no puedo aceptarlo.

El rey enmudeció. Me miró con unos ojos desorbitados; quizás era la primera vez que alguien declinaba una dignidad semejante.

—Tendrás tus razones, espero —repuso Alfonso, malhumorado, dándome la espalda y mirando por la ventana—. ¿Cuáles son?

—Nadie sabe como vos hasta qué punto mi fidelidad a la corona es inquebrantable. Tenedlo en cuenta, os lo ruego, cuando escuchéis lo que os voy a referir. Yo, señor, he sido amante de Creusa, la hija de Nepociano —Alfonso se giró bruscamente— y temo que si me dispensáis cualquier dignidad, eso sea aprovechado por quienes buscan vuestra ruina. Pero hay más...

—¿Más aún? —musitó Alfonso.

—Sí, porque, además de esto, un infortunado azar me hace especialmente débil ante los musulmanes. Sabed que yo amé a una mujer que fue secuestrada por los moros. Que esta mujer, hoy rescatada y a salvo entre cristianos, fue obligada a desposarse con un general de Córdoba y con toda seguridad allí ha dejado hijos. Que mi amor por ella no ha menguado por esto, de manera que nadie sería más fácil de chantajear que yo si, por acaso, esta mujer deseara volver a Córdoba a buscar a sus hijos, o estos vinieran a rescatarla...

—Zonio de Mena, me dejas realmente estupefacto —comentó el rey.

—Lo siento, mi señor, pero tengo demasiados puntos débiles como para que me encomendéis nada menos que la gobernación de la frontera oriental.

Alfonso contempló pensativo su ajedrez; el mismo que recibió de nuestras manos procedente de Córdoba. Me habló sin mirarme:

—¿Y qué hacemos contigo?

—Mi señor, yo seguiré sirviendo a Dios y al rey con todas mis energías, mientras el cielo me dé fuerzas para sostener mi azagaya. Mi castillo de Tedeja es el techo que la Providencia me ha otorgado. En cuanto a la gobernación de la frontera...

—¿Sí?

—La persona adecuada solo puede ser don Munio Núñez, de Iruña, que posee todas las cualidades que buscáis.

—¿Munio? ¿El marido de mi prima Argilo?

—Él. He combatido a su lado. Le conozco bien. Es un excelente caballero. Y sabrá cumplir con su deber.

—Qué contrariedad —rezongó el rey—. Había pensado hacer a Munio mayordomo de palacio. Necesito que alguien organice las cosas del gobierno y yo ya no llego a todo.

—Con vuestro permiso, mi señor, creo que a don Munio no le agradaría semejante destino: él es también un hombre de frontera, de caballo y lanza, de aire libre...

—En realidad, no pensaba tanto en sus gustos como en los de mi prima doña Argilo —objetó Alfonso.

Tuve un rapto de resentimiento infantil:

—Bien, pues que se hubiera casado con otro. Tenía dónde elegir. —El rey ladeó la cabeza con expresión de no comprender. Cuando me di cuenta de la estupidez que había salido de mi boca, intenté recomponer el tipo sobre la marcha—: Don Munio se ha criado en la frontera, conoce a sus gentes, sabe organizarlas y además es buen guerrero. Él es la persona adecuada.

El rey permaneció un breve tiempo en silencio. Después se limitó a decir:

—Bien. Lo pensaré. Quizá no sea mala idea. En cuanto a ti, Zonio, sabes que confío en tu fidelidad. Si finalmente sigo tu consejo, te ordeno que secundes a don Munio en todo cuanto emprenda. —Había empezado ya a dibujar mi reverencia de despedida cuando el rey añadió—: Un momento. Hay algo más. Ahora la frontera está tranquila. Demasiado tranquila. Será bueno para todos que la alteremos un poco. Debes averiguar qué se mueve al otro lado. Y si es posible, meter un poco de miedo a esos blasfemos. Hoy tienen demasiados problemas para atacarnos, pero mañana volverán a la carga; cuando ese día llegue, que llegará, será bueno que les hayamos macerado un poco, para que se tienten la ropa. Que sepan que no nos estamos quietos. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Lo entendí.

\*\*\*

De vuelta a mis predios me dirigí a Mena. Quería ver a mi madre. Muniadona me esperaba junto al fuego. Había trasladado todas sus cosas a una pequeña estancia en la iglesia de San Emeterio. Allí aguardaba el final. Me

conmovió su aspecto envejecido, doblado por los años y las penalidades. A su lado descubrí un hatillo cuyo contenido aumentó mi emoción: mis cartas.

Durante todos estos años de campañas yo había tomado la costumbre de enviar mensajes a mis padres para darles razón de mi vida. Se los hacía llegar junto a objetos valiosos, generalmente procedentes del botín, a través de los monjes que solían acompañar a la hueste. Este no era el procedimiento más rápido, pero sí el más seguro, porque nadie en el reino osaría desvalijar a un mensajero monástico. Cuando volví al hogar, observé que mi madre había guardado todas mis cartas, escritas en tosca piel de becerro, en un montoncito cerca de la gran mesa familiar. Estaban sin abrir. Nada más lógico, pues no sabía leer. Pero la mera posesión de aquellas vitelas era, en su corazón, la suprema certidumbre de que yo seguía vivo.

Muniadona murió muy poco después de ese último encuentro. Una mañana de aquel invierno no se despertó. Eso fue todo. Mi hermana Munia, que la asistía en estos últimos años, la encontró dormida como un niño. Inmediatamente nos avisó a Vítulo y a mí. Mi otro hermano clérigo, Ervigio, que vivía en Mena, se encargó de preparar el cuerpo. También cursamos aviso a mi hermano mayor, García, que apenas salía de Carranza. Esta vez sí vino, sin embargo. Era la primera vez que García cruzaba los montes de Ordunte hacia el sur.

Hubo una atmósfera de mansa melancolía en la despedida a aquella mujer que nos lo había dado todo. Muniadona, nuestra madre, se marchaba de este mundo con la misma discreción y el mismo orden con que había pasado por él. Desde el cielo estaría mirando con su dulce sonrisa a sus hijos reunidos, otra vez, en el camposanto: ante las tumbas de Lebato, Muniadona, Esteban y Bartolomé, mi hermano García, sorprendentemente emocionado, se aferraba al brazo de Vítulo, mientras Ervigio celebraba las exequias y yo, la cabeza baja, rezaba en silencio junto a Munia. Solo faltaban Tello, desaparecido quizá para siempre, y Adosinda, casada en Galicia, a la que no fue posible avisar. En aquellas humildes tumbas junto a la iglesia de San Emeterio de Taranco, toscas cruces de madera sobre el suelo, descansaba un sueño de titanes: saltar a tierra enemiga y, a fuerza de amor y dolor, devolverla a la cruz. Eso era lo que habían hecho, antes que ningún otro, Lebato y Muniadona. Ahora ambos descansaban en la tierra que habían conquistado con tanta entrega y tanto sudor.

Aquella noche cenamos juntos todos los hermanos a la luz de la lumbre. Brindamos por los ausentes y nos deseamos una santa y feliz vida hasta que Dios decidiera que había llegado el final.

\*\*\*



El rey me había dado instrucciones claras: recorrer la frontera por el otro lado, el lado musulmán, y meter miedo en tierras de moros. Nada podía resultarme más grato. Alineé a mis diez caballeros, sumé otros cincuenta jinetes voluntarios a la hueste, dejé a mi hermano Vítulo al mando de las obras en Tedeja y partí hacia la infinita estepa del sur.

El plan era muy sencillo: no había plan. Simplemente recorreríamos la frontera en busca de objetivos que saquear. Durante años así lo habían hecho los musulmanes; ahora nos tocaba a nosotros. Más de seis meses anduvimos castigando la frontera mora. Primero, con cabalgadas hacia el sur hasta cruzar el Duero. Después, aún más lejos, hasta las grandes sierras. Para estar más cerca de nuestros objetivos levantamos un campamento de fortuna en las sierras de Urbión. Al ver que no había oposición digna de ese nombre, decidimos aventurarnos por la calzada que llevaba de Toledo a Zaragoza, habitual lugar de paso de las expediciones moras. Y ganados por una osadía sin límites, llegamos a las tierras del alto Tajo, donde los musulmanes jamás podrían esperarnos. Todo eso ocurrió entre abril y octubre del año 809.

Como la vida en el emirato se estaba poniendo muy áspera para los cristianos, una buena parte de nuestra labor consistió en acudir al rescate de las caravanas de fugitivos que cruzaban la gran meseta hacia el norte. Eso nos obligó con mucha frecuencia a sostener combates contra las partidas de bereberes que acosaban a los huidos. Lo que los bereberes buscaban no era devolver a los mozárabes a sus puntos de partida, sino algo mucho más primario: robar sus pertenencias y, si alguno de los cautivos valía la pena, venderlo como esclavo; para los demás desdichados no habría otro destino que la muerte. En esto el negocio de los bereberes de la frontera coincidía con el de los salteadores, y a buen seguro unos y otros mercadeaban con su siniestro tráfico. Mis jinetes cortaron ese infame comercio con la punta de sus lanzas.

Alertado por nuestros movimientos, el valí moro de Medinaceli envió un ejército en nuestra búsqueda. Los vimos aparecer una mañana que descansábamos en las gargantas del Jalón. Nos dejamos descubrir y con celeridad fingimos una fuga hacia el mágico paraje de Somaén. Allí el río dibuja una pronunciada curva entre dos peñas. Nuestros perseguidores se metieron en la trampa. Atenazados entre las peñas y el río, una lluvia de rocas cayó sobre ellos. Trataron de reorganizarse en la curva del Jalón, pero con eso solo consiguieron ofrecer un blanco compacto para la carga de nuestros caballos. Matamos a muchos y dejamos huir a los demás.

Pero lo cierto es que, al margen de aquel episodio de Somaén, pocas veces tuvimos que librar verdaderas batallas. Lo más habitual era llegar a cualquier aldea, neutralizar a los pocos soldados moros que allí hubiera —en

general, escasas guarniciones de bereberes —, rapiñar lo que se nos presentara a mano y huir con el botín. En tierras de Segovia nos apoderamos de una manada de bonitos caballos árabes. Juanti se encargó de llevarlos inmediatamente a Iruña, donde los ofrecí a doña Argilo y don Munio como regalo por sus esponsales, para así lavar el feo gesto de mi ausencia. En el paraje de Castrojeriz requisamos diez carros de grano, y otros siete en Osma. En Sigüenza incendiamos los campos cuando faltaban pocos días para la cosecha y lo mismo hicimos en Medinaceli, donde además obtuvimos un cuantioso cargamento de sal. El fruto de nuestras andanzas se enviaba a Espinosa, donde Vítulo lo repartía de la forma más conveniente. Durante todo ese año los jinetes del Loco del Jabalí Blanco fueron una pesadilla para los sarracenos.

Aquella vida agreste, no lo negaré, terminó gustándome. No volvimos a Espinosa hasta que las lluvias y el frío hicieron imposible seguir con nuestros ataques. En el valle nos recibieron como a héroes. Y no era para menos, porque toda la comunidad se había beneficiado mucho con estas andanzas. La misión encomendada por el rey Alfonso había quedado bien cumplida: ahora los moros ya sabían que la frontera era peligrosa... ¡también para ellos! Por primera vez sentirían en su piel el miedo que nosotros habíamos vivido durante tanto tiempo.

\*\*\*

Hubo más cambios en aquellos años. Durante mi ausencia, Munio Núñez fue efectivamente nombrado conde de Castilla por el rey Alfonso. Al mismo tiempo, mi gente terminó el castillo de Tedeja en el otoño del año de Nuestro Señor de 810. Allí me trasladé con mi hueste. El viejo señor don García había muerto unos meses antes —víctima de una retención de orina, me dijeron—, y el conde don Munio dispuso que me encargara yo de la cobertura de las fortalezas de Oña y Frías. Con estos dos baluartes adelantados y el castillo de Tedeja detrás, las tierras de Espinosa y Mena serían inexpugnables. Pero el suceso que más me afectó fue la muerte de mi hermano Vítulo.

Ocurrió en la primavera de 812. Todo empezó cuando mis jinetes trajeron a nuestras tierras a una caravana de fugitivos mozárabes de Segovia. Eso ya se había convertido en algo habitual. Pero aquella gente venía en condiciones completamente inusuales: febriles, dolientes, hasta el punto de que dos de sus miembros habían muerto por el camino. Con la caravana venía un niño enfermo; muy enfermo. Uno de los muertos era el padre del chico. Vítulo los acogió. Se instaló a los mozárabes en los campos cercanos a Mijangos. Y en cuanto al niño enfermo, Vítulo insistió en apartarle de los demás: él se encargaría personalmente de cuidarle.

Pude ver al niño: unas feas pústulas rojas salpicaban todo su cuerpo. Ardía de fiebre a todas horas. Deliraba. Vítulo multiplicó los cuidados. Prácticamente no se separaba de él. Hasta que el niño falleció. Mi hermano le enterró con sus propias manos en Espinosa. Pero entonces el que enfermó fue Vítulo. Primero con unas altísimas fiebres. Después con una erupción por todo su cuerpo de pústulas como las del niño moribundo.

Sisnando, el cordobés, que algo sabía de males y remedios, nos advirtió de que Vítulo debía ser aislado de todo contacto; no por él, sino por los demás. Quedó encerrado en un cobertizo del castillo de Tedeja. Solo yo pasaba a llevarle agua y comida. Fue muy rápido: en una semana mi hermano murió. Según sus deseos, le enterramos en la iglesia de Santa María de Mijangos, aquella que con tanto amor él mismo había reconstruido. Siempre recordaré a Vítulo con su sonrisa perenne, su gesto inquisitivo, su carácter flemático, su cabeza perpetuamente ocupada en imaginar dónde cabía un molino y dónde una fragua. Murió contemplando una imagen de Nuestra Señora. En el último trance le di a besar la vieja cruz de madera que colgaba de mi cuello, aquella que un ya muy lejano día me hizo llegar Beato de Liébana. La comunidad de colonos se quedaba sin su principal impulsor. Y yo perdí a otro ser querido.

A Vítulo le sustituyó al frente de la comunidad mi otro hermano, Ervigio, que no obstante se quedó en Mena: desde allí dirigiría las cosas. Nadie más murió por aquel misterioso mal. Pero la pérdida de mi hermano, con su talento tranquilo y su capacidad de iniciativa, fue un daño irreparable para los colonos.

La muerte impidió a Vítulo conocer la noticia que en aquel mismo año conmovió al mundo entero: un ermitaño había descubierto en un lugar llamado Libredón la tumba del apóstol Santiago. El reino cristiano del norte daba un nuevo salto hacia una vida más plena y mejor.

## Peregrinos de Santiago

Yo me enteré de lo de Santiago por un mensaje del obispo Adulfo. Oviedo había mandado emisarios a todas partes para dar razón del acontecimiento: en un remoto bosque gallego había aparecido la tumba del apóstol. El obispo de Iria, Teodomiro, refirió inmediatamente el hallazgo al rey Alfonso. Este, fiel a sí mismo, anunció enseguida una peregrinación personal al sagrado lugar. El rey acudiría allí con sus fieles. Por eso me convocaron. Como a todos los demás.

Partí a toda prisa hacia Oviedo. Otros fieles del rey acudieron desde el Campoo, Vizcaya, las Babias... En la capital nos reunimos todos, como ocurrió el día de la donación de la Cruz de los Ángeles. El obispo Adulfo había preparado bien las cosas: Alfonso iba a sancionar con su presencia el sensacional descubrimiento y eso exigía una comitiva tan solemne como fuera posible. De manera que, además de los fieles del rey, allí estaban también los principales obispos del reino, los condes de palacio y los magnates más próximos al monarca. Recién llegados, Adulfo nos convocó en la iglesia de San Tirso porque quería darnos detalles sobre el suceso.

—Algunos conocéis el Finisterre, en el extremo occidental de Galicia, en la diócesis de Iria —nos relató—. Hay allí un paraje boscoso que llaman Libredón donde, desde antiguo, se levanta una gran necrópolis a la vera de un viejo cruce de caminos. Hasta hoy ese paraje ha estado abandonado, sin más humanidad que algunos eremitas que allí se entregaban a la vida contemplativa. Pero es el hecho que uno de esos eremitas, de nombre Pelayo, comenzó a percibir extraños sucesos en torno a la necrópolis: misteriosas luces que destellaban en la noche y cánticos de ángeles que llenaban el cielo. El anacoreta se acercó al lugar y quedó estremecido por lo que vio. Pensando haberse vuelto loco, mantuvo en silencio su hallazgo. Ahora bien, he aquí que algunos campesinos de una parroquia cercana, San Félix de Solobio, acudieron a Pelayo con la misma historia: ellos también lo habían visto...

Aquí Adulfo hizo un alto en su narración. La asamblea le escuchaba maravillada. Adulfo era un hombre enjuto y descarnado, una vara dentro de su hábito, tan modesto por cierto como cuando no era aún obispo, sino solo un clérigo más en la iglesia ovetense de San Vicente. Unos pocos cabellos negros le caían sobre la frente como flecos de un sayal. Pero hablaba con autoridad y mucha ciencia.

—Cuando el eremita Pelayo comprobó que otros habían visto los mismos prodigios que él, acudió de inmediato a su obispo, Teodomiro, en la ciudad de Iria —prosiguió—. Teodomiro es hombre poco dado a las supersticiones del vulgo, de manera que decidió investigar personalmente los hechos. Se instaló en el bosque de Libredón. Aguardó una noche. ¡Y allí vio las mismas luces y escuchó los mismos cánticos angelicales! Profundamente conmovido, al alba se internó en la espesura. Allí encontró la vieja necrópolis. En ella descubrió un túmulo funerario de singular aspecto. Y en el interior del túmulo, tres esqueletos, uno de ellos con la cabeza bajo el brazo. Teodomiro no lo dudó: aquello solo podía ser la tumba del apóstol Santiago, degollado en Judea, y sus discípulos Teodoro y Anastasio. ¡El Arca Marmárica...!

Adulfo se detuvo otra vez. Examinó los rostros de los presentes. Todos estaban tan impresionados como yo. ¡Cuántas veces no me habría confiado Beato de Liébana su convicción de que Santiago estaba enterrado en España, y qué feliz habría sido al conocer este asombroso descubrimiento! El obispo de Oviedo preguntó retóricamente:

—Y vosotros dudaréis: ¿por qué esa tumba ha de ser la de Santiago, y no la de cualesquiera otros mártires? Yo os lo diré. Desde que el obispo León de Jerusalén confió tal extremo a visigodos y ostrogodos, sabemos que Santiago el Mayor, apóstol de Jesús Nuestro Señor, hijo del Zebedeo y hermano de Juan el Evangelista, predicó en España y aquí se enterró después su cuerpo. Por eso León instaba a las gentes de occidente a orar, porque aquí se hallaba oculto Santiago. Asimismo, por el *Breviario de los apóstoles* sabemos que el Arca Marmárica donde fue enterrado Santiago era un lugar del extremo occidente. Por el sabio Adhelmo de Sherborn nos consta que Santiago evangelizó España y que aquí está su altar. Y Beda el Venerable señaló aquellas tierras gallegas como depósito del santo cuerpo de nuestro apóstol. En todas esas fuentes bebió nuestro Beato de Liébana para aseverar que Santiago evangelizó España y que aquí se trajo su cuerpo...

La mención de Beato de Liébana despertó en mi interior una enorme emoción. Aquel pequeño monje de un remoto monasterio lebaniego había sembrado cosechas de abundancia infinita. Adulfo proseguía con su plática:

—Y así fue, en efecto. Después del Pentecostés, Santiago vino a España para predicar el Evangelio. En Tarragona, en la Bética, en Galicia, en Zaragoza... Aquí se le apareció Nuestra Señora la Virgen María sobre un pilar a orillas del Ebro. Santiago volvió a Jerusalén. Sus primeros discípulos, los siete varones apostólicos, quedaron aquí entre nosotros: Torcuato, Tesifonte, Indalecio, Segundo, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio. En Judea el infame rey Herodes Agripa mandó martirizar a Santiago; la cabeza de nuestro apóstol fue

la ofrenda del martirio. Pero sus discípulos Teodoro y Anastasio, enterados de la muerte del santo, viajaron a Jerusalén para recuperar su cuerpo y en una prodigiosa singladura lo trajeron de vuelta aquí, a España, y en esta vieja necrópolis de Libredón le dieron tierra. Cuando les llegó la hora, pidieron ser sepultados junto a su maestro. Y esta es la sepultura que hoy emerge para bendición de nuestro reino.

Nadie ignoraba las enormes consecuencias de semejante descubrimiento. El primer evangelizador de toda España aparecía en nuestro reino. Oviedo ya era la cabeza de la cristiandad española después de la polémica de Beato con Elipando de Toledo. Ahora la aparición de Santiago significaba que el reino de Oviedo era el legítimo heredero de la España cristiana, tanto la España del imperio convertido bajo Constantino como la de los reyes de estirpe visigoda. A nosotros nos correspondía que toda la vieja España volviera a la cruz. El gran proyecto del rey Alfonso recibía un decisivo espaldarazo sobrenatural.

Cuando Alfonso apareció en la puerta de palacio, el entusiasmo fue indescriptible. De inmediato se puso en marcha la comitiva que escoltaría al rey hasta el paraje de Libredón. Lo más granado del reino acudía a venerar a Santiago.

\*\*\*

El viaje a Libredón, o Compostela como también lo llamaban, fue en realidad una larga procesión. Centenares de personas, lo mismo caballeros que clérigos y magnates, dimos escolta al rey Alfonso hasta el lejano Finisterre en una prolongada sucesión de cánticos y rezos, envueltos en la luz de altos cirios y el vaho de los pebeteros. Por el camino se nos sumaban ocasionalmente grupos de labriegos, y el rey, que nunca rehuía la compañía de su pueblo, se dejaba rodear por ellos y les impartía su bendición. Así fue el largo trayecto buscando la calzada hasta Astorga, y después, por la vía romana, hasta el Bierzo, y más tarde Lugo y al fin, ya cerca del mar, la ciudad de Iria.

No solo nosotros acudíamos a la llamada de Santiago: numerosos grupos de monjes y también de monjas transitaban la calzada, en especial en tierras de Galicia, y su emoción al descubrir la comitiva del rey era tan intensa que interrumpían sus rítmicas plegarias para lanzar vítores a nuestro señor don Alfonso. Allá donde nos detuviéramos, los patricios locales venían a presentar sus respetos y a expresar su voto de que Santiago protegiera al rey. Muchos monasterios de la región debían su existencia al impulso de la corona. Todos ellos se inclinaban ahora ante el paso de su patrón. Especialmente cuando sabían que el rey iba en pos de un patrón aún más grande: el apóstol.

Cerca de nuestra meta nos esperaba el obispo Teodomiro. Él nos condujo hasta la tumba de Santiago. El paraje de Libredón era una colina boscosa cubierta de maleza. Solo pequeñas sendas permitían entrar y salir del soto. Hubo que desbrozar algún tramo para que pudiera pasar tanta gente como ahora venía. En un cierto punto, el bosque dejaba paso a un difícil claro donde la vegetación ahogaba una extensión uniforme de piedras caóticamente dispersas. Tal impresión de caos desaparecía al aproximarse uno al campo: porque no eran piedras, sino tumbas, y no estaban dispersas, sino dispuestas según ese orden superior que la muerte prescribe. En medio del camposanto se elevaba un túmulo algo más alto que los demás. Seis sacerdotes envueltos en blancas vestiduras y portando largos cirios encendidos hacían ahora vela ante la tumba. Ahí estaban las reliquias de Santiago.

Había un numeroso grupo de peregrinos alrededor del túmulo jacobeo, clérigos en su mayoría. Monjas y monjes. Alfonso había impulsado tanto el celibato del clero como los monasterios femeninos, y eso se notaba ahora en la nutrida presencia de mujeres consagradas a Dios. Al serles anunciada la llegada del rey, todos los presentes se hicieron a un lado para dejar paso. Y entonces la vi.

Un mar de hiel anegó mi corazón cuando descubrí, en el cortejo de monjas, el rostro de Deva. No cabía duda: era ella. Sus grandes ojos azules seguían siendo los mismos bajo el pesado y tosco hábito. Su boca también era la misma, aunque ahora se contraía en un mohín de lejana amargura. Su mirada se cruzó con la mía. Me reconoció. Ninguno huyó del otro. Pero yo, quizá sacrílego en aquel momento, no veía en ella ni su hábito ni la toca que ocultaba su cabello, sino solo las trenzas doradas de aquella muchacha de Liébana, su carne blanca y rosada ofrecida al sol en los prados, el abrazo de su seno bajo mi pecho, y también la promesa de una huida que nunca se verificó. Sentí el impulso de decirle algo: «Solo he vivido para ti», «No he amado a otra mujer que a ti», «El azul de mi escudo es el de tus ojos»... Pero ¿lo habría entendido?

Recordé las palabras de Beato: «Hazte a la idea de que es otra mujer. Es otra mujer, como tú eres ya otro hombre». Un mar de lágrimas me vino a los ojos. No hice nada por impedirlo. Cada lágrima era una pregunta formulada al destino que pudo ser y no fue. Preguntas que volvían a mí en respuestas vacías, en la música triste de una existencia frustrada. Nunca pude amarla como hubiera deseado. Nunca pude hacerla mía. Nunca pudo ser la madre de mis hijos. Nunca pudo ser la compañera de mis días. Nunca sería el espejo de mi vejez. Y yo para ella, ay, no era otra cosa que aquel salvaje guerrero que la liberó de una cárcel para encerrarla en otra.

La comunidad de las monjas se apartó de nuestro camino. Humildes, inclinaron la cabeza ante el rey. Deva también. Mi amor levantó un instante el rostro. Sus ojos volvieron a cruzarse con los míos. Vi que también ella lloraba. Quizá ya había vuelto a ser ella misma. Quizá ya lo había recordado todo. Y quizá, en ese caso, ya habría comprendido que la vida había terminado para ella, como había terminado para mí.

\*\*\*

Llegados a la tumba, y a una seña de Teodomiro, un clérigo se acercó al rey. Venía muy pobremente vestido, con aspecto desgredado, pero limpio. Lo más notable en su traza era la sonrisa: una sonrisa fatigada y resignada, como la de quien lo ha visto todo ya. Era Pelayo, el anacoreta que descubrió el sepulcro. Pelayo —o Paio, como le llamaban allá— se acercó al rey y se inclinó para besarle la mano. Alfonso, en un gesto muy propio de él, se inclinó a su vez y tomó las manos del ermitaño.

—Quiero que me bendigan estas manos que fueron las primeras en tocar la tumba de Santiago —pidió el rey.

El ermitaño Pelayo, conmovido, alzó brevemente su mano derecha y dibujó sobre la frente del rey Alfonso la señal de la cruz. Fue indescriptible el entusiasmo de los presentes ante esta muestra de humildad de nuestro rey.

El túmulo de Santiago y sus discípulos estaba entreabierto. La lápida, desplazada, dejaba ver el interior. Alfonso miró. Allí estaba el esqueleto de Santiago, la cabeza bajo el brazo, y los restos de sus dos amantísimos discípulos. El obispo Teodomiro leyó al rey ciertas inscripciones esculpidas en la piedra: «Jacobo, mártir», le escuché decir. Alfonso se arrodilló. Todos le imitamos. En silencio, oró. Cuando hubo terminado, Alfonso se dirigió a su séquito y nos dijo:

—El día que me coroné rey invoqué a Santiago apóstol. Ese día se cantó el himno de Beato de Liébana. Puse mi reinado bajo la protección del apóstol de España. Desde entonces ha derramado abundantes bendiciones sobre nosotros. Y hoy nos regala esta bendición suprema que es el hallazgo de su santa tumba. Necesariamente tenemos que interpretarlo como una señal del cielo. Nunca ha sido más cierto el salmo: «El Señor revela a las naciones su salvación». El apóstol nos ha querido decir con toda nitidez que bendice nuestros esfuerzos y que debemos perseverar. Nos lo ha dicho aquí, en este Finisterre donde el sol muere en el océano. Ya hemos dado noticia a Carlomagno y al papa. En este suelo elevaremos una iglesia que guardará memoria perpetua del acontecimiento. Como nuevos apóstoles expandiremos la buena nueva a todo



occidente, de manera que todos los cristianos vengan aquí a dar gloria a Dios Nuestro Señor.

Alfonso concertó con Teodomiro la construcción de una iglesia en aquel mismo sitio. El propio Tioda, arquitecto del rey, se encargaría de levantarla. El obispo, por su parte, anunció al rey su intención de trasladar su sede episcopal a este paraje. Grandes cambios se avecinaban para el despoblado de Libredón en Iria. El emperador Carlomagno no tardaría en avalar ante sus súbditos la peregrinación. Fue lo último que hizo antes de morir. Así, sobre la tumba del apóstol se elevaría un templo, y alrededor del templo una ciudad, y alrededor de la ciudad herviría la fe de los cristianos como en una nueva Roma.

Cuando abandonamos aquel lugar, el grupo de Deva ya había desaparecido. Quise interpretarlo como un regalo del apóstol: así como a Jesús niño le fue regalada mirra para simbolizar las amarguras del mundo, del mismo modo a mí se me ofrendaba la imagen de Deva para recordarme que esta tierra es un valle de lágrimas. Dura penitencia.

\*\*\*

Aquel año aún me esperaba un último sobresalto. Fue llegado el Adviento de 813, instalado ya en Tedeja, pocas semanas después de haber retornado de la tumba del apóstol. Un guardia me dio aviso de que una mujer quería verme en la iglesia de Santa María, en Mijangos. Me dijo que era dama muy principal, a juzgar por el lujo del carruaje que hasta allí la había traído. Tratándose de una dama, no consideré adecuado hacerla ir hasta el castillo. Monté a Sisnando y galopé la corta distancia que me separaba de la iglesia. La dama, una anciana, me esperaba de pie, conversando con algunos monjes. La veía de espaldas, moviendo las manos con parsimonia, cubierta la cabeza con una ancha caperuza. A su lado se aburría, inmóvil, un niño de unos diez años. Al escuchar a mi caballo, la mujer se giró. Se me erizaron los cabellos cuando descubrí su rostro.

Una larga melena gris envolvía un rostro macilento y sin carnes. Bajo la frente traslúcida brillaban dos enormes ojos de azul violeta, grandes incluso entre los pliegues de la vejez. En mi mente estalló el recuerdo del bosque del camino de Liébana, la bruja que arrojaba extraños polvos al fuego y hacía surgir nubes de colores. Pero ese recuerdo fue inmediatamente reemplazado por otro más concreto y también más punzante: la vieja dama Creusa, la madre de mi desdichada amiga. ¡Era ella!

—¿Tú eres Zonio de Mena? —preguntó con una frialdad glacial y un deje acusador en la voz.

—Yo soy, señora —contesté sin poder evitar un gesto de aprensión—. ¿Y quién viene a buscarme a este paraje tan lejano?

—Me llamo Creusa de Pravia, y seguro que me recuerdas a poco que hagas memoria.

La recordaba. Claro que la recordaba. La recordaba en la cámara de Mauregato y en la coronación de Alfonso y en la compañía de Nepociano. Había envejecido mucho, pero el gesto altanero y la mirada venenosa seguían allí. Era como si algún fantasma del pasado retornara para saldar cuentas pendientes.

—Os recuerdo, señora —corroboré con toda la frialdad que pude—. ¿En qué os puedo ayudar? Os imaginaba fuera del reino...

—Vayamos por derecho, señor don Zonio —dijo la vieja Creusa—. Vengo a deciros que mi hija Creusa ha muerto. Seguramente por vuestra culpa. Y que este niño es vuestro hijo.

Todo el orbe giró a mi alrededor por un momento. ¡Creusa, muerta! ¡Y me dejaba un hijo! Traté de aparentar serenidad:

—Siento mucho la muerte de vuestra hija. Era joven aún...

—Demasiado joven —me interrumpió la anciana—. Murió de tristeza en nuestro exilio de Aquitania. Hace de eso unas pocas semanas. Cuando mi esposo Nepociano y yo nos vimos obligados a abandonar Oviedo por la inquina de vuestro rey, Creusa vino con nosotros y...

—¿Inquina decís? —esta vez interrumpí yo—. ¡Alfonso perdonó la vida a un traidor! Y vuestra hija, como vos, sabía qué tipo de partida estabais jugando.

La anciana dudó. Por un instante pareció que un relámpago cruzaba su rostro. Enseguida relajó el semblante y compuso una sonrisa forzada:

—Son puntos de vista. Bien, el hecho es que cuando llegamos a Aquitania descubrimos que mi hija estaba encinta. Quise que abortara —confesó con su lengua de serpiente—, pero ella insistió en seguir hasta el final. A los pocos meses parió a este chiquillo. Nunca quiso decirnos quién era el padre. Sí, no pongas esa cara, Zonio de Mena. Ella quiso protegerte. El niño, que se llama Hernán, ha crecido junto a nosotros en Aquitania. Creusa le amaba con locura. No le han faltado instrucción ni cariño. Pero mi hija Creusa ha muerto...

—Siento mucho escuchar esa noticia —cumplimenté, cortés.

—Lo dudo —escupió la anciana—. Y tampoco me importan tus sentimientos, como no me importaron los de mi hija: ella estaba ciega y tú estás loco. El Loco del Jabalí Blanco, ¿no te llaman así? ¡Pero ya qué más da! Lo que me importa es este niño. Creusa, cuando enfermó, rompió su silencio y nos dijo quién era su padre: tú. Y contra nuestra voluntad, insistió en que tú te hicieras cargo del pequeño. Por eso estoy aquí, bien a mi pesar.

Las palabras de la vieja Creusa me dejaron totalmente desconcertado. Miré al chiquillo. Tenía los cabellos negros como yo, pero también como su madre. Sus ojos eran los mismos luceros de azul violeta de las dos Creusas, pero la composición de su rostro me resultaba muy familiar. Súbitamente desconfié:

—Vieja Creusa, ¿cómo puedo saber que no me engañas? ¿Cómo estar seguro de que no tratas de enredarme en alguno de tus líos?

Por toda respuesta, la anciana hurgó en los bolsos de su manto y extrajo un trozo de tela. Lo reconocí de inmediato: era el pañuelo que Creusa me entregó antes de ir a Lisboa y que tantas veces llevé anudado en mi azagaya. Seguía sucio de sangre seca. Creusa lo había guardado junto a sí hasta el fin de sus días. Ahora su viperina madre lo esgrimía como prueba irrefutable.

—Mi hija me dijo que cuando te trajera al chico también te diera esto.

Cogí el pañuelo en mis manos. Un torbellino de confusos sentimientos me oprimía el pecho. De repente me sentí culpable. Culpable por haber juzgado mal a aquella hermosa mujer. Creusa me amaba, sí; a su peligrosa manera, pero me amaba. Cuando me hizo permanecer en su alcoba no perseguía apartarme de la búsqueda del rey, sino que su objetivo era que le entregara un hijo. Después, ella pagó por los pecados de Nepociano y la vieja. Salió de mi vida como una desterrada. Pero llevaba dentro la semilla de mí mismo. Y bien, ahora estaba allí el chico, este Hernán, hijo de nuestro efímero amor. Instintivamente llevé mi mano al mentón del niño; levanté su rostro y le miré a los ojos.

—¿Tú eres Hernán? —le dije.

—Sí, señor —contestó el muchacho. Tenía una voz clara como el agua.

—¿Y sabes quién soy yo?

—Mi padre, señor —respondió él con toda naturalidad—. Mi madre me habló mucho de ti.

—¿Y qué te contaba tu madre? —pregunté sorprendido.

—Que eres un gran guerrero del rey. Que has ganado muchas batallas. Que te llaman el Caballero del Jabalí Blanco. Que tienes una cicatriz en la cara. Y una espada. Y un castillo. Es ese de ahí, ¿verdad?

Hernán contemplaba los muros de Tedeja con admiración de niño. Me vi reflejado en él.

—Sí, es ese de ahí —confirmé—. ¿Te gusta?

—Mucho, padre.

Cuando me llamó padre, un escalofrío me recorrió el espinazo. La vieja rompió el encantamiento con su graznido siniestro:

—Yo ya he hecho todo lo que tenía que hacer aquí. Te entrego a este muchacho no por gusto, sino porque fue la última voluntad de mi hija. Ahora ya no se criará en la prosperidad de Aquitania, sino en la aspereza de este rincón olvidado del mundo. Pero quizá ese sea el mejor destino para el fruto de un error.

La vieja Creusa caminó hacia su carruaje. Traté de ser hospitalario:

—Puedes quedarte aquí esta noche si lo deseas.

—No lo deseo —zanjó la anciana—. Adiós, Zonio de Mena. Adiós, Hernán.

—Adiós, abuela —se despidió el niño.

Vimos partir a la vieja Creusa. Aguardamos hasta que la figura del carruaje se perdió en el horizonte, rumbo al norte. Quizá, después de todo, esa mujer era, en efecto, la bruja del bosque.

Acomodé al pequeño Hernán lo mejor que pude. Le mostré la aldea de Mena y el solar de mis padres. Me apresuré a escribir al obispo Adulfo para legitimar a aquel muchacho: no merecía cargar con el estigma de la bastardía. Confié su cuidado a mi hermano Ervigio y a la comunidad de San Emeterio. Era lo más sensato que podía hacer.

Unas semanas antes había salido del campo de Santiago convencido de que ya no quedaba vida para mí. Ahora descubría que otra vida prolongaba la

mía. Si encontrar a Deva fue un baño de mirra, aquel niño era una vaharada de incienso.

## La última batalla

Acababa de empezar la primavera de 816 cuando recibí en Tedeja un apremiante mensaje del conde de Castilla, don Munio Núñez: por orden del rey, todos los jefes de hueste debíamos acudir con nuestras tropas al castillo de Salcedo, al sur de Lantarón, muy cerca de las aguas del Ebro. Un formidable ejército sarraceno había partido desde Córdoba y se dirigía contra nuestra frontera.

Todos los castillos de la región nos hallábamos en alerta desde varios meses atrás. La causa: la situación en Pamplona. Gobernaba por entonces aquel señorío un Velasco, amigo del país de los francos y enemistado a muerte con los Arista, amigos de los musulmanes Banu-Qasi de Tudela. Aristas y Banu-Qasi se propusieron derribar a Velasco, y para ello pidieron ayuda al emir de Córdoba. Por eso estaba allí aquel inmenso ejército sarraceno, el más numeroso visto hasta entonces, procedente de Córdoba y Toledo, reforzado con tropas de Zaragoza, y que ahora caminaba por la calzada que, hacia el oeste, lleva a Astorga siguiendo la orilla sur del Ebro. No me extrañó saber quién mandaba aquella ciclópea hueste: mi viejo conocido Abd al-Karim ibn Mugait.

Apenas había comenzado mayo. En los campos aún no había crecido el fruto y todavía estaban lejos los meses de la cosecha. No era el mejor momento para una de las habituales aceifas moras en busca de saqueo: poco rendimiento. Pero es que esta invasión mora no tenía por objeto el saqueo, sino que venía movida por aquel eminente fin político: derribar a Velasco, reponer en Pamplona a los Arista y, así, cortar el puente entre el reino de Asturias y el país de los francos. Probablemente el emir pensaba que, conseguido esto, la marca fronteriza de Carlomagno en los Pirineos se deshilaría y nosotros, por nuestra parte, quedaríamos aislados del resto del orbe cristiano. Y no le faltaba razón.

Velasco demandó auxilio a Ludovico Pío, el hijo y heredero del difunto Carlomagno. Pero los francos no pudieron o no quisieron enviarle tropas, de manera que el señor de Pamplona, viéndose perdido, lanzó un mensaje de socorro a nuestro rey don Alfonso, y este, caballero cabal, prestó atento oído. El rey vio con claridad la envergadura de la apuesta: si el emir se salía con la suya y se cobraba Pamplona, muchos de los éxitos obtenidos en los últimos años se vendrían abajo. Era prioritario mantener abiertas las vías de comunicación entre las naciones de la cristiandad. Alfonso cursó la orden a todas las gentes de armas del reino. Había que frenar a los sarracenos.

Reuní a mis diez caballeros: Juanti, Zuría, Eneco, Azano, Fortún, Munino, Armando, Hudelisco, Pedro, Lope... Estaban conmigo desde veinte años atrás. Cuando llegaron a mi lado parecían casi unos niños. Ahora todos ellos eran guerreros curtidos. Me habían acompañado en el asalto a Lisboa y en las Conchas de Arganzón, en las hoces del Pisuerga y en las cabalgadas por tierras de moros. Mi castillo de Tedeja era también suyo. Se habían casado en el valle, habían fundado familias —menos Eneco y Hudelisco, célibes— y cada uno de ellos podría ya perfectamente encabezar su propia hueste. En todos estos años habíamos combatido codo con codo. La batalla que hoy se anunciaba iba a ser la más grande jamás librada, más incluso que la del río Quirós. Era muy posible que uno o más de nosotros no volviéramos vivos.

Antes de partir acudí a ver a Hernán. Mi hijo crecía sano y fuerte, a Dios gracias, y con una mente despejada. Cuando llegué, el pequeño estaba copiando un manuscrito en el diminuto scriptorium de San Emeterio. Su estampa me recordó a mí mismo mucho tiempo atrás, en San Martín de Turieno. Llevé al chico hasta el claustro y le expliqué la situación con toda claridad:

—Parto a la guerra, hijo. El rey ha llamado y todos debemos acudir. Un gran ejército moro amenaza nuestras tierras. Es preciso detenerlo. Será una batalla larga y dura. Venceremos con la ayuda de Dios. Pero es posible que yo no vuelva. Ya no soy joven y las fuerzas no me responden como antes.

Miré a Hernán fijamente. Tenía sus ojos clavados en mí. No manifestaba temor ni preocupación.

—Tú eres un gran guerrero, padre. ¿Llevarás el pañuelo de madre atado a tu azagaya?

—Lo llevaré —prometí—. Pero escucha: si Dios no quiere que vuelva, si prefiere llevarme junto a Él... Te encomiendo dos cosas. La primera, que recuperes este escudo: será para ti. La segunda, que te quedes con tu tío, el abad Ervigio, y trabajes con él para que los campos de Mena y Espinosa sigan ofreciendo abundante cosecha. ¿Lo harás?

—Volverás, padre —aseguró Hernán, como si el destino estuviera en su mano.

Me despedí del chico, llamé a la hueste y partimos hacia el lugar prescrito: el castillo de Salcedo, el punto más cercano al Ebro y, con toda probabilidad, el área hacia la que se dirigía el ejército de Córdoba. Cien veces habíamos hecho ya ese camino. Durante el trayecto se nos unió mi gente de Frías y Oña. Con mis diez caballeros pude movilizar a dos centenares de jinetes y medio millar de peones: todos gentes del campo, de los valles de Mena y

Espinosa, pero tan hechos a la lanza como al arado. Lo mismo ocurría en ese momento en Lantarón e Iruña, donde don Tello y don Munio preparaban a sus gentes para la guerra. Los campesinos de Losa, Valdegobia y Tobalina, aunque protegidos por su fuero, quisieron en gran número sumarse a la defensa: era su propio suelo el que estaba en juego.

\*\*\*

Cuando llegamos a Salcedo, después de media jornada de marcha, había allí una enorme muchedumbre. Ni siquiera cuando la defensa de las Babias había visto yo semejante concentración de fuerza. Y es que no estábamos solo los castellanos, sino que habían acudido tropas de todo el reino. Vino el magnate García López, yerno del rey Bermudo, con una fuerte hueste de asturianos. Acudió igualmente el vascón Zaldún, que tanta simpatía me inspiraba, con una nutrida mesnada de sus paisanos de Mundaca y otros valles. Divisé los estandartes del propio señor de Pamplona, Velasco, con su alférez Sancho. Y según llegábamos al campo se nos anunció una incorporación decisiva: el mismísimo rey Alfonso acudía a la cita al frente de un cuerpo de asturianos y gallegos y cántabros; Teudano vendría a su lado.

Reinaba en Salcedo una atmósfera de gran excitación. Dejé a los míos convenientemente acampados y me dirigí al castillo. Allí, en el patio de armas, esperaba don Munio, el conde de Castilla. Me abrazó efusivamente.

—¡Zonio! ¿Cuánta gente traes?

—Todo lo que había disponible: doscientos jinetes y quinientos peones.

—Bien está —aplaudió Munio—. Muchos pocos hacen un mucho. Tello también ha traído a bastante gente. Y... No sé si conoces a don García López.

Munio me presentó al caballero. Vagamente reconocía su aspecto: le había visto ocasionalmente en Oviedo. Era un hombre de cierta edad, más veterano que yo, sólido y grueso, embutido en una costosa cota de malla y armado con una espada que parecía de cíclope. Después me señaló a Velasco, el señor de Pamplona: ataviado al estilo carolingio, más franco que hispano en su aspecto exterior, pero con una fiereza en la mirada que solo se veía al sur de los Pirineos. A su lado estaba Sancho, el mejor caballero de Pamplona, un tipo enorme que llevaba una gigantesca maza colgada de la espalda. Y enseguida vi a Zaldún. Apenas había cambiado: las mismas ropas toscas de lana y la misma melena derramándose sobre sus hombros. Acudí a saludarle:

—¿Te acuerdas de mí, Zaldún?



—¡El Caballero del Jabalí Blanco! —exclamó—. ¡No te veía desde las Conchas de Arganzón!

—Hoy volveremos a vencerles —aseguré yo para infundir ánimos al vascón y a mí mismo.

De la fraternidad de los viejos y nuevos camaradas de armas nos sacó el largo sonido de una trompa. Era el rey que al fin llegaba. Corrimos a su encuentro. Traía una fuerte hueste. A su lado reconocí a Teudano portando el estandarte blanco con la cruz roja. Alfonso galopaba con prisa, el gesto tenso. No se detuvo en protocolos. Desmontó y pasó directamente al patio del castillo. Todos los jefes de hueste estábamos allí. Así habló el rey:

—Nos enfrentamos a una hora gravísima. El mayor ejército que jamás ha formado Córdoba se dirige contra nosotros. Dicen mis exploradores que asciende por la orilla sur del Ebro. Seguramente querrá ganar los llanos de Miranda y, por Arganzón, pasar a Álava y después a Pamplona. Ya lo han intentado una vez por ese camino. Lo conocen y están preparados. No podemos esperarles en Arganzón como antaño. Tendremos que sorprenderles en otro lugar. Cuanto más lejos de nuestra frontera, mejor.

—¿Cuántos son, rey Alfonso? —preguntó Velasco de Pamplona.

—Son probablemente veinte mil. Por lo que he visto aquí, nos doblan en número. Y los manda Abd al-Karim, su mejor general.

—¡Haremos lo que nuestro rey ordene! —rugió Zaldún.

—Lo que haremos —explicó Alfonso— es detenerles antes de que crucen a este lado del Ebro. He ordenado derribar los puentes que hay aguas abajo de Miranda. Eso les obligará a seguir el curso del Ebro por la orilla sur y ahí encontrarán un obstáculo natural: el Orón, que hace una laguna cuando va a morir en el gran río. Tenemos que taponar los vados del Orón. Retrasar su marcha tanto como nos sea posible. Si nos doblegan, entonces repetiremos la operación más arriba, cuando intenten cruzar el Ebro. Y si aun así pasan por encima de nosotros, entonces tendremos que hacernos fuertes en los montes y en los castillos. Con la ayuda de Dios, para entonces les habremos hecho tanto daño que no se sentirán seguros con una fuerza mermada.

—¿Cómo nos situaremos? —preguntó García López, el gesto decidido; quizá demasiado decidido.

El rey dibujó una línea en el suelo con la punta de su espada.

—Inmediatamente partiremos todos hacia el Orón. Si salimos ahora, habremos llegado allí antes del anochecer. Los vados se encuentran una media legua arriba del río. Hay tres puntos. En cada uno de ellos emplazaremos a una hueste. En el más cercano al Ebro se colocarán los castellanos y los vascones. En el central, las huestes de Asturias y Galicia con García López y conmigo. En el más lejano, al lado de las montañas, el contingente navarro. Recordad algo importante: nuestro objetivo es detenerles, es decir, que no crucen. Si la fortuna nos sonríe podremos pasar al ataque, pero solo si vemos su hueste lo bastante mermada y, sobre todo, si se da la circunstancia de que nuestros tres cuerpos pueden progresar a la vez. ¿Está claro?

Un rotundo sí rubricó las palabras del rey. En un santiamén ganamos cada cual la cabeza de nuestra respectiva hueste. Todo el ejército cristiano partió hacia la ribera izquierda del Orón. Esa noche se celebró misa en la orilla del río, nuestra líquida muralla contra el invasor sarraceno. Allí, envueltos en el rumor de las aguas, nos pusimos a bien con Dios en espera de la gran batalla.

\*\*\*

Aguardamos un día entero a la vera del Orón. Lo empleamos en preparar improvisados armazones de defensa. Poco antes del atardecer se presentó el ejército sarraceno al otro lado del río. Deshechos los vados de Miranda, había tratado en vano de cruzar el Ebro. En esta época del año el caudal aún era demasiado fuerte. Tal y como previó nuestro rey, Abd al-Karim buscó otro paso más arriba. Así había llegado hasta el Orón, y ahí nos había encontrado a nosotros. Forzosamente daría la batalla. Corría el 25 de mayo de 816.

El ejército de Abd al-Karim era inmenso. Se distinguía con claridad a sus diferentes unidades: los voluntarios de la guerra santa reclutados en cualquier ciudad del emirato, los contingentes eslavos alineados por Alhakán, los jinetes bereberes con sus ágiles caballos... La muchedumbre sarracena ocupaba todo el horizonte. Los estandartes verdes del viejo general flameaban al viento. Abd al-Karim debía de estar seguro de su victoria.

Firmemente nos habíamos asentado en nuestras posiciones. Apenas se durmió esa noche, ni en el campo enemigo ni en el nuestro, esperando a que llegara la luz del día, heraldo de la hora decisiva. Recuerdo aquella larga vela como una sucesión de oraciones solo interrumpida por el ruido que hacían las armas bajo la piedra de afilar. Don Munio, Zaldún, Tello y yo compartíamos fuego. Yo recé mucho. Zaldún durmió.

Cuando el sol rayó en el horizonte, nos apresuramos a tomar nuestro lugar en el tablero. El vado que protegíamos tendría una anchura de diez hombres tumbados. Zaldún formó una primera línea de defensa con sus vascones y los peones de Castilla. Tello y yo, cada uno a un lado, protegíamos cada cual un flanco con nuestros jinetes. Detrás, don Munio y sus caballeros actuaban de reserva para intervenir si la primera línea cedía. Más arriba, en los otros vados, la mesnada de la cruz repetía la misma disposición.

Perezosamente, como un gran monstruo adormilado, el ejército sarraceno empezó a moverse. Poco a poco sus líneas se fueron organizando. Veíamos con toda nitidez a sus hombres tomando posiciones. De sus filas emergía un rumor de voces que sin pausa crecía como el trueno que retumba. Después ese rumor se convirtió en clamor, y enseguida en demencial griterío. Gruesas líneas de peones se acumulaban frente a los vados del río. Cuando parecía que habían terminado, llegaban líneas nuevas. Y tras ellos se colocaban, invariablemente, sus hordas de jinetes para asestar el golpe final.

Llegó la hora. Entre oraciones e imprecaciones, mezcladas a partes iguales, los ejércitos de Córdoba se arrancaron contra nuestras líneas. Alfonso hizo sonar las trompas. Zaldún aguardaba en pie, el primero entre los suyos, la espada en una mano y el escudo en la otra. Cuando los moros llegaron a la orilla, Zaldún lanzó un aullido terrible y se abalanzó contra ellos. Tras él corrieron centenares de los nuestros arrojando jabalinas y dardos sobre el enemigo. Ver pelear a Zaldún era un espectáculo digno de mejor cronista que yo. Toda la furia del mundo asomaba a sus brazos. Su espada se movía con la velocidad de un remolino y segaba sin piedad cualquier cosa que se le pusiera enfrente. Sus hombres, animados por el ejemplo, no le iban a la zaga en coraje. Aquella primera acometida duró media hora. Los moros se retiraron dejando mucha gente en el campo. Pero apenas había bajado Zaldún el escudo cuando una nueva ola de musulmanes anegó la orilla del río Orón.

Los moros siempre combatían así: los voluntarios de la guerra santa, gentes sin experiencia de combate que habían acudido allí para ganar el paraíso, eran enviados en las primeras oleadas para desgastar al enemigo. Esta segunda oleada no era distinta. Como los nuestros no habían terminado de recuperarse, hice una señal a Munio y decidí cargar contra la nueva ofensiva. Besé la cruz que colgaba de mi cuello y di la orden. La gente de Zaldún se apartó, todavía recogiendo los cuerpos de los caídos. Mis jinetes aplastaron a los peones moros. A lanzada limpia pudimos progresar hasta la orilla opuesta. Volvimos grupas a toda prisa: no había que traspasar la línea. Y fue justo a tiempo, porque una nube de flechas enemigas cruzó el cielo para clavarse en las posiciones que acabábamos de abandonar.

No hubo pausa. Abd al-Karim inmediatamente lanzó contra nosotros una nueva acometida. Esta vez fue una muchedumbre de bereberes que, bien protegida por las flechas moras, pudo llegar hasta la mitad del vado. Le tocaba el turno a Tello. Sus jinetes trabaron a los moros. Se peleaba a golpe de espada sobre las monturas. Las cosas empezaron a tomar un cariz preocupante: los moros habían acumulado en la otra orilla una enorme cantidad de jinetes, de manera que, cuando los primeros caían, enseguida había otros para relevarles. Don Munio, viendo el paisaje, optó por una estratagema: ordenó retirada mientras, al mismo tiempo, los arqueros de nuestra hueste lanzaban sus mensajes de muerte a la caballería mora. Los bereberes tuvieron que evacuar el vado.

Hubo un cuarto ataque musulmán. Vino precedido de una feroz lluvia de flechas. Tras la lluvia, una ingente multitud de peones se lanzó sobre nosotros. Eran todavía más que en los dos anteriores intentos. Zaldún decidió atarse al terreno: formó a sus hombres en erizo, las lanzas enhiestas, y así aguardó el choque con el enemigo. La maniobra funcionó. Lo que jamás podíamos haber previsto era que Abd al-Karim, cruel, enviara una carga de caballería justo detrás de sus peones. De manera que los peones moros, empujados por sus propios jinetes, iban quedando ensartados en las lanzas cristianas y de este bárbaro modo anulaban nuestra capacidad de defensa. Zaldún se vio obligado a romper la formación y pelear cuerpo a cuerpo con aquella interminable riada humana.

Rápidamente Tello y yo nos dispusimos a asistirle, él por la izquierda y yo por la derecha. Formamos sendas columnas que cortaron el paso al moro y permitieron a los peones retirarse hasta nuestra orilla. Pero la vanguardia de nuestra defensa había quedado copada entre un océano de enemigos. Allí vi caer a Zaldún, atravesado por tres jabalinas al mismo tiempo. Munio repitió la maniobra anterior: retirada y lluvia de flechas. Pero en aquel momento ocurrió algo inesperado.

Lo que ocurrió fue que en el vado superior, el de los navarros, los nuestros pasaron a la ofensiva. Velasco, viendo a los moros de su zona en retirada, decidió darles persecución. ¡Era exactamente lo que Alfonso nos había prohibido con tanta insistencia! Abd al-Karim, hábil, supo ver en aquella ofensiva lo que realmente era: Velasco le había abierto involuntariamente la puerta del vado. Una cuantiosa hueste de jinetes moros galopó hacia el lugar donde el frente se había roto. Los navarros quedaron encerrados bajo un aluvión de enemigos. Así los cazadores se convirtieron en presa. Allí cayó Sancho, el campeón de Pamplona, dando golpes con su formidable maza. El general moro ordenó penetrar por aquel punto inopinadamente abierto. Fue

una catarata sarracena lo que se derramó sobre el vado superior. Todo estaba a punto de irse al traste.

Viendo lo que ocurría, pedí permiso a Munio para acudir a reforzar la brecha. Cogí a cincuenta jinetes y galopé hasta el lugar. La situación era dramática: con ese agujero en nuestras líneas, lo más fácil era que los moros nos envolvieran y terminaran apresando a nuestro propio rey. No solo yo había visto el peligro: mientras galopaba hacia el vado abierto vi que García López, el magnate asturiano, hacía lo mismo con otro grupo de jinetes. Juntos llegamos al lugar. Intentamos entrar en combate. Enseguida nos vimos envueltos en una marea de enemigos. A García López le clavaron una jabalina por la espalda. No había manera de penetrar en el angosto campo de batalla. A viva fuerza tuvimos que abrirnos paso para ganar una posición menos comprometida. Cuando conseguí reunir a los hombres, noté que me faltaba Juanti. También él había caído.

Momento crucial: los moros entraban por el vado como una tromba y empujaban sin piedad a los últimos defensores. Estos se habían apiñado en un paso estrecho, entre peñascos, confiando en poder resistir allí, pero en realidad se habían metido en una ratonera. Desde el lugar donde nos hallábamos no podíamos hacer otra cosa que asistir a la matanza. Los nuestros estaban tan apretados que los muertos no tenían espacio para caer, y permanecían allí, emparedados entre sus camaradas vivos, recibiendo lanzadas y estocadas que ya no herían. Nosotros no podíamos cargar porque quedaríamos inmediatamente rodeados, ni podíamos maniobrar porque no había dónde hacerlo. Entonces Hudelisco me hizo una señal: allí abajo, a menos de media legua, estaba acumulada la intendencia del enemigo. En su avance hacia el desfiladero, los moros habían dejado atrás los carros con sus víveres y vituallas. ¡Y sin apenas protección! No lo dudé.

Fuimos rápidos como el rayo. Cabalgamos rodeando un cerro, lejos del combate principal, hasta ganar una posición despejada. Si alguno pensó que huíamos, no tardó en salir de su error. A galope tendido cruzamos el río y nos abalanzamos sobre los suministros de Abd al-Karim. El moro nos vio, pero ya era tarde: estábamos demasiado cerca para que sus flechas pudieran ser precisas. En un abrir y cerrar de ojos aplastamos la débil línea de defensa, una docena de bereberes que cayó bajo los cascos de nuestros caballos. Sin perder un instante prendimos fuego a todo lo que encontramos. Arrasamos a conciencia el campamento y salimos de allí a escape. En nuestra fuga nos salió al paso otro grupo de sarracenos que arrojó sobre nosotros todo tipo de dardos y jabalinas. Una fue a dar en el pecho de Eneco, que expulsó un vómito de sangre y se desplomó sobre su montura. Al poco, el caballo también cayó, erizado de dardos. Mi valiente compañero se dejaba la vida en la acción.

Nuestra maniobra tuvo éxito. No solo los víveres del ejército de Abd al-Karim habían quedado severamente mermados, sino que el grueso de la morisma, al ver fuego en su retaguardia, afluyó allá y alivió la presión en el desfiladero. Los nuestros, notando que el empuje moro menguaba, pudieron moverse y ganaron las peñas de la garganta, desde donde lanzaron una tormenta de piedras y dardos sobre el enemigo. La tropa mora se descompuso y retrocedió a la otra orilla del vado. Libre la línea del desfiladero, los peones cristianos volvieron a toda prisa a su posición de partida, bien guarnecida de fosos y estacas. En ese momento llegamos nosotros a la retaguardia.

Cuando cayó la tarde, la batalla estaba como al amanecer, pero con una trágica diferencia: nuestras pérdidas eran cuantiosísimas. El rey dio orden de aprovechar la noche para fortificar los pasos. El enemigo hizo lo mismo. Cuando el sol volvió a salir, una densa capa de fosas, empalizadas y trincheras guarnecía los vados del río en ambas direcciones. La batalla cambiaba de aspecto.

\*\*\*

Fueron días de pesadilla. A veces atacaban ellos, pero su furia se estrellaba contra nuestras defensas. Entonces atacábamos nosotros, pero sus empalizadas no eran más frágiles que las nuestras. Y así un día tras otro, en una pugna interminable y sin vencedor, durante trece largas jornadas. En una de estas acometidas me dieron una lanzada en un muslo. En otra, un dardo me alcanzó en un hombro. También Sisnando, mi caballo, sufrió el impacto de una flecha. Abd al-Karim, que conocía nuestra inferioridad numérica, esperaba a que se nos acabaran los hombres. Nosotros, que habíamos dado fuego a su avituallamiento, esperábamos a que a ellos se les acabaran los víveres. Y entonces comenzó a llover.

Llovió sin tregua. Llovió como nunca. Llovió como en el diluvio universal. El nivel del río creció. Las aguas subterráneas afloraron. Nuestras obras de defensa empezaron a tambalearse. Las empalizadas tan firmemente clavadas en la tierra caían ahora como frágiles juncos en el lodazal. Los fosos se cubrieron de agua hasta el punto de transformarse en ciénagas donde ya era imposible permanecer. Estábamos perdidos. Nuestro único consuelo era que las defensas moras corrían exactamente la misma suerte.

Amanecía ya el 7 de junio. El rey llamó a sus capitanes y nos convocó en su tienda. Velasco, el señor de Pamplona, se hallaba junto al rey; traía un brazo en cabestrillo, tocado por una flecha sarracena. La tienda ofrecía un aspecto tan precario como todo lo demás en aquella hora. El agua empapaba las lonas y se filtraba al interior. Miré a mis pares. Las filas habían clareado de manera

dramática. El conde Munio Núñez, Teudano, Gundesindo y yo seguíamos vivos; maltrechos, pero vivos. Otros muchos habían expirado en el campo del honor. Conocía ya las bajas de Zaldún, Sancho el navarro y don García López. No conocía hasta ese momento la de don Tello: la constaté al ver que no acudía a la tienda. Alfonso tomó la palabra:

—Hemos luchado hasta el límite de nuestras fuerzas. Hemos frenado a los moros. Pero también hemos sufrido cuantiosas bajas. Ahora el Señor nos envía esta copiosísima lluvia que ha reducido nuestras defensas a un montón de ruinas. Es una señal evidente: hemos de retirarnos. Tengamos fe en Dios, por quien hemos vertido nuestra sangre. Levantaremos el campo. Nos reagruparemos en el castillo de Salcedo. Y allí, en función de los movimientos del enemigo, decidiremos cómo obrar.

La asamblea de capitanes recibió las órdenes del rey con una mezcla de alivio y rabia. Por una parte, era verdad que en semejantes condiciones no podíamos seguir combatiendo. Por otra, todos hubiéramos deseado agotar nuestra capacidad de lucha hasta el último suspiro, ahora que los moros se veían tan apurados como nosotros. Alfonso permanecía en pie, muy rígido, el barbado mentón sobre el pecho, la mirada extraviada. Hablé:

—Mi señor, acataremos vuestras órdenes como siempre hemos hecho, pero queda un problema por resolver: hay que asegurar la retirada.

—¿Crees que los moros nos atacarán ahora, con semejante temporal?

—Si yo estuviera en su lugar, lo haría —afirmé—. No tendría nada que perder.

—¿Qué propones?

—Propongo cubrir la retirada con un falso ataque. Una maniobra de distracción en el desfiladero, donde el vado superior. Mis hombres y yo la ejecutaremos. Aún me quedan ocho de mis diez caballeros. Me basta con veinte peones más. Preparé por cualquiera de las laderas y me dejaré ver por el enemigo. Será suficiente para entretener un rato a los sarracenos. Así nuestras tropas podrán, al menos, salir de este lodazal y ganar un camino en el que sea posible moverse.

Un aprobador silencio recorrió la tienda del rey.

—Sea, Zonio de Mena —dijo Alfonso. Y enseguida añadió—: Las columnas han de ponerse en marcha de inmediato. Dejemos en el campo

cualquier cosa que nos pueda retrasar. Solo llevaremos nuestras armas y a nuestros heridos. ¡Adelante!

Me despedí del rey y de mis compañeros. «No hagas ninguna locura», me dijo Teudano. No, no la haría. Lo tenía bien pensado. Conocía el paraje. No iba a arriesgar la vida de ninguno de mis caballeros. Eneco y Juanti ya eran suficiente pérdida.

Teudano me prestó veinticinco peones. Venían deshechos, los zapatos rotos, rasgadas las túnicas, consumidos los rostros... En verdad no podíamos aguantar una noche más en aquel agujero. Enseguida nos pusimos en movimiento. Bajo el diluvio, entre el barro, ascendimos trabajosamente por la ladera. La contrapendiente nos protegía de la vista del enemigo. Pronto ganamos la cumbre del cerro. Despacio, con paso seguro, me acerqué a la cresta. Quería que los moros vieran mi silueta con toda nitidez. Lentamente guié a Sisnando, herido, hasta el punto más alto y visible. Lo que entonces contemplé me llenó el corazón de júbilo.

Allá abajo, al otro lado del río, a una distancia de un tiro de flecha, el ejército de Abd al-Karim empezaba a moverse. No iba a atacar, no. Sus filas no estaban dispuestas para esa maniobra. Lo que estaban haciendo era retirarse. Como nosotros. Seguramente los capitanes de Abd al-Karim habían llegado a la misma conclusión que la hueste de Asturias: con semejante aguacero y en un campo tan enlodado, ningún movimiento era posible. Además, a los moros ya no debían de quedarles víveres: de eso podíamos estar bien seguros.

Me perfilé sobre el horizonte. Llamé a mis hombres, que hicieron como yo. Entonces los moros percibieron nuestra presencia. Un enorme griterío ascendió desde el valle: los sarracenos nos maldecían en su lengua con imprecaciones que no entendí. La lluvia no remitía. El agua seguía anegando el campo de batalla. Yo solo pensaba en alargar aquel momento para que las huestes de Asturias y Pamplona pudieran salir más airosamente de su agujero de barro. Hice caracolear a Sisnando. La furia de los moros creció hasta el paroxismo. Y en ese momento vi en el valle, rodeado por sus guardias con estandartes verdes, al general Abd al-Karim. Montaba un precioso caballo blanco, como en él era habitual. Se detuvo. Me miró. Avanzó unos pasos. Yo también.

Nunca había tenido tan cerca al jefe moro. Pensé que podría derribarle con un certero tiro de honda. Quizás él pensó lo mismo. Abd al-Karim tenía ante sí al tipo que asesinó a su hermano, al que le robó la tienda, al que le cerró el paso en Amurrio, al que ahora había quemado sus víveres. Para el veterano general yo no debía de ser sino un bárbaro salvaje y blasfemo que merecía ser



crucificado por sus muchos crímenes. Pero Abd al-Karim debía de saber también quién era él para mí: el asesino de mis amigos, el azote de mi fe, el destructor de Oviedo, el enemigo de mi país y de mi gente... Recordé la cabeza del viejo Abu Utman, el dueño de Deva, cortada limpiamente por el hacha de don Tello y rodando a mis pies.

Instintivamente moví el escudo para proteger mi lado derecho. Cuatro golpes secos se clavaron en mi jabalí blanco. Un quinto golpe tocó mi costado. Arqueros sarracenos ahogaban su furia y su frustración en aquella rabieta final. Mis hombres alzaron los escudos sobre sus cabezas. Eso bastaba para neutralizar el efecto de las saetas enemigas. Yo traté de no manifestar dolor. Ostensiblemente rompí con mi azagaya las flechas clavadas en el escudo. Quería que Abd al-Karim me viera. Quería que se sintiera derrotado. Por mí.

Permanecimos allí media hora, bajo el aguacero. Hasta que la columna mora se puso en marcha, de vuelta hacia el sur. Para entonces los nuestros ya debían de haber ganado las lomas que conducen al castillo de Salcedo. Pasado ese tiempo, di orden de retirada. Ya casi habíamos bajado del cerro cuando me faltó el aire. Me toqué el costado, donde había acertado la flecha, y vi que manaba abundante sangre. Era la tercera herida de aquella batalla. Aún peor: de repente Sisnando, mi caballo, se tambaleó, dio un traspiés y finalmente cayó de lado, dando conmigo en tierra.

Me retiraron del campo más muerto que vivo, con la lanzada del hombro, la otra en un muslo y aquella flecha en un costado. Pedí que recogieran mi escudo y mis armas. Vagamente recuerdo cómo cuatro hombres me llevaron en parihuelas bajo un diluvio atroz. Uno de ellos era un clérigo, uno de esos frailes que en las batallas ayudan a llevar heridos e imparten a los moribundos la extrema unción. Su rostro me resultaba conocido. Era un tipo pequeño y delgado, con el cráneo enteramente pelado salvo un mechón negro y crespo sobre la frente, y unos ojos también negros como carbón.

—¿Quién eres tú? —musité en un quejido.

—Braulio —contestó él.

—¡Braulio! ¿El novicio de Liébana? —pregunté asombrado.

—Sí. ¿Me has perdonado? —suplicó con dulzura.

—Jamás te culpé.

Entonces perdí el sentido.

\*\*\*

No volví en mí hasta varios días después. Me desperté en el castillo de Iruña. Creí haber muerto y llegado al paraíso cuando vislumbré, entre el claroscuro del sueño, a la deliciosa doña Argilo al pie de mi lecho. Con ella estaba Munio Núñez.

—Ya vuelves en ti —comentó el caballero—. A Dios gracias. Has de saber que los moros se marcharon. Abd al-Karim se marchó. No ganamos la batalla, pero sí la guerra. Al menos, por ahora.

Me alegró oír aquello.

—¿Tello? —pregunté.

—Muerto.

—¿Mis hombres?

—Los que dejaste en el Orón pudieron volver. Solo faltan Eneco y Juanti.

—Lo sé.

—Han sido pérdidas terribles: Zaldún, Sancho, García López... Incluso Velasco, según me han contado, ha vuelto a Pamplona gravemente enfermo y es difícil que se recupere de sus heridas. Pero el rey salió con bien. Y el reino está a salvo. Esa era la misión y se ha cumplido. Por cierto, hay alguien que quiere verte.

Munio fue hacia la puerta y la abrió. Por ella entró, corriendo, mi hijo Hernán. Me besó en la frente.

—¡Te dije que volverías! —exclamó—. ¡Y mira qué traigo!

Hernán traía en las manos el pañuelo de Creusa. Entre la sangre, el barro y el aguacero, parecía cualquier cosa menos un pañuelo.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo dio un fraile. Uno que estaba contigo cuando te recogieron. Me dijo que se llama Braulio. ¿Quién es?

—Es una historia muy larga. Otro día te la contaré.

## Brañas y osos

La dura batalla del río Orón se cobró mucha sangre, pero dejó libre el camino para que avanzara la repoblación. A Gundesindo, mi camarada de los fieles del rey, se le encomendó el gobierno de una ancha zona de Cantabria entre los valles del Pas y Cayón. Gundesindo era sobrino de un rico obispo llamado Quintila, y en él se apoyó para sembrar la comarca de monasterios e iglesias. Junto a las iglesias emergieron nuevas aldeas, y alrededor de las aldeas acudieron decenas de familias campesinas que ahora encontraban una vida nueva. El más señero de estos monasterios fue el de San Vicente de Fístoles. Gundesindo colocó allí a sus hermanas Gudvigia y Sabildi, monjas las dos, y otorgó a la comunidad derechos sobre numerosas tierras en el Pas, Liérganes, Miera y Pénagos. Mi amigo Gundesindo no era lo que se dice un buen administrador, pero su tío Quintila demostró un acusado talento para estas tareas. Su territorio llegó por el sur hasta nuestro valle de Espinosa.

Otra comarca que enseguida conoció la mano de los colonos fue la del alto Pisuerga, no lejos del escenario de la batalla donde reapareció Deva en el harén de Abu Utman. En aquel paraje se levantó una aldea que llamaron Cervera por la cantidad de ciervos que corrían por sus montes. Aquí hicieron presuras dos pioneros llamados Arias y Adefonso, y los monjes Flavio y Trasicus levantaron una iglesia. Todos se pusieron bajo la protección del monasterio de San Pedro de Nazaoba, en Liébana, que por entonces regía el abad Agrilego. En sus presuras llegaron muy al sur, hasta los llanos que llaman de Ojeda, a orillas del río Burejo.

También en el extremo oriental del reino, cada vez mejor afianzado, se multiplicó la repoblación. En las mismas tierras de Valdegobia, que había devuelto a la vida el obispo Juan, apareció un nuevo protagonista: Avito, abad, que levantó la iglesia de San Román de Tobillas y la vistió con reliquias de San Clemente, San Acisclo, San Cipriano y el propio San Román. Nada menos que siete abades de la región firmaron en el acta fundacional de aquella iglesia.

Nosotros, desde nuestros valles de Espinosa y Mena, seguíamos abriendo tierras al cultivo. A la sombra del castillo de Tedeja y del baluarte de Frías pudimos abrir un ancho corredor que llegó hasta aguas del Ebro y, por el este, al valle de Tobalina. Fueron los años en que el emir Alhakán recrudesció la persecución en Córdoba, de manera que nuevas familias mozárabes acudieron al norte cristiano en busca de salvación para sus almas y para sus cuerpos. A todas las instalamos entre el río Jerea y el viejo sitio de Trespaderne.

Cuando la comarca contó con más de dos mil almas, desde Mena hasta el Ebro, mi hermano Ervigio me hizo ver la conveniencia de regular todo aquello con una carta del rey. La propuesta me incomodó un tanto, porque los colonos nunca habían necesitado otra guía que la fe, la costumbre y la recta razón de las leyes viejas. Mi llorado hermano Vítulo jamás habría propuesto semejante cosa de seguir vivo. Pero Ervigio tenía otro temperamento y, por otro lado, era verdad que hacía falta señalar derechos y deberes, marcar lindes y reglamentar pastos y montes. Me comprometí a viajar a Oviedo.

Después de todo, y bien a mi pesar, otras razones me obligaban a abandonar Tedeja. Mi hijo Hernán pasaba ya de los quince años y era preciso asignarle un puesto en la vida. El rey en persona me había ofrecido que el chico marchara a Oviedo para criarse allí, entre gente de buen rango, hijos de caballeros y de magnates, donde aprendería las cosas que un caballero debe saber. Había llegado el momento. Aquella misma semana tomamos Hernán y yo el camino de Oviedo.

\*\*\*

Desde que Hernán apareció en mi vida apenas le había prestado otra atención que la que se dispensa a un grato huésped. Pero ahora el muchacho iba a hacerse un hombre y yo sentía la necesidad de estrechar más los lazos. Hernán era hijo del pecado, pero la culpa no era suya, sino nuestra. Si algo iba a sobrevivirme cuando yo muriera, sería precisamente él. De manera que aproveché aquel forzoso viaje a Oviedo para hacer algo más: recorrería con Hernán las tierras del reino. Le mostraría todos los lugares que yo conocía. Conviviría con él varios meses. Mi hijo debía saber cuál era su linaje. Le daría, en fin, una memoria familiar distinta a su infancia en Aquitania y a su mocedad en Espinosa. Así Hernán podría hablar con pleno conocimiento de su padre, Zonio de Mena, el Caballero del Jabalí Blanco. Y puse a nuestro viaje una meta: peregrinar a Santiago.

Pasamos por Carranza y le mostré la antigua casa de Muniadona y Lebato, ahora ocupada por García. Después le llevé a Laredo y seguimos la ruta de la costa hasta Evencia. Allí le hablé del *miles* Juan. Le conduje asimismo a Liébana. Pensé que el retorno a Potes y a San Martín, veinticinco años después, sería como un bálsamo para mi vieja herida. Me equivoqué: la herida seguía abierta. Aquí y allá conté a Hernán los sucesos de mi vida. Por no herirle, silencié mis sentimientos hacia Deva. Tomamos el camino hacia Oviedo. Le enseñé la capital, que Tioda había convertido en una nueva Toledo. Después, Pravia, la tierra de su madre. Por las calzadas que un día vieron terribles batallas atravesamos el Quirós y salimos a las Babias. Enseguida, Astorga y la vía que por Lugo conduce a Santiago. Besamos la piedra de la tumba del

apóstol y oramos en el paraje de Libredón. Con emoción comprobé que centenares de peregrinos surcaban ahora los caminos hasta este remoto rincón del Finisterre.

En este largo periplo descubrí a mi hijo. Hernán era un muchacho de enorme inteligencia. Había heredado sin duda las luces de su madre y también su temperamento alegre y ofensivo. Si alguna vez pudo correr el riesgo de ablandarse por su crianza en Aquitania, los años pasados en Espinosa habían conjurado ese peligro. El chico era vigoroso y duro, y las enseñanzas de Ervigio le habían provisto además de una profunda fe. Fuera cual fuere su camino en la vida, con toda seguridad brillaría como una estrella.

En el camino de vuelta nos detuvimos en el castillo que Teudano se había construido en tierras de Lugo. Mi viejo camarada quedó atónito cuando le referí quién era Hernán y, sobre todo, quién era su madre. Con Teudano recordé los episodios de Mérida y Córdoba, y también el asalto a Lisboa. Nada evocamos sobre el asunto del secuestro del rey. Pero no callamos el turbio papel de Nepociano en la vida del reino, porque Hernán debía saberlo. Cuando al fin regresamos a Oviedo, Hernán de Mena ya podía decir que conocía todo sobre su padre y, aún más, sobre la vida del reino.

Entregué al muchacho en manos del obispo Adulfo. Él se encargaba de los jóvenes hijos de los caballeros. Como prenda de amor dejé a mi hijo un pañuelo; el pañuelo de Creusa. Me despedí de Hernán con un abrazo. El día que volviera a verle ya sería un hombre.

\*\*\*

Cuando me disponía a abandonar Oviedo recibí una inesperada visita: Munio Núñez, conde de Castilla. Estaba más grueso y se movía sin agilidad. Tampoco a él le sentaba bien la vida sedentaria. Me abrazó y me dijo:

—Por el obispo Adulfo he sabido que estabas aquí. Vengo a verte porque tengo algo que proponerte.

—Estamos demasiado viejos para cabalgar juntos —bromeé—. ¿No será otra expedición en la frontera?

—En cierto modo, sí —tanteó Munio—. Pero de otro tipo. Dime, Zonio, ¿cuántos años llevas colonizando tierras?

—Desde que tengo memoria.

—El rey me ha ordenado repoblar una región nueva.

—Mi señor don Munio —respondí con cierto cansancio—, hay un valle entre Espinosa y el Ebro que me espera. Esa es mi región y estoy muy a gusto en ella. Y siempre hay trabajo por hacer.

—Lo imagino. Pero esto es diferente. No se trata de entrar en bosques impenetrables y abrir tierras al cultivo. Eso ya lo han hecho otros. Lo que hay que hacer ahora es organizar aquello, darle reglas y leyes.

Las palabras de Munio me recordaron cuál había sido el objetivo inicial de mi viaje, ya casi olvidado: pedir un fuero para Espinosa y Mena. La perspectiva me inspiraba tanta pereza que ni siquiera me había atrevido a plantársela al rey. No me veía sentado en un escritorio, atendiendo reclamaciones de pastores y solventando litigios de labradores. Pero quizás esto que ahora me proponía Munio pudiera servirme de modelo para mi propia casa.

—¿De qué lugar se trata? —pregunté, aparentando indiferencia.

—Se llama Brañosera. En la montaña. Entre el nacimiento del Ebro y el del Pisuerga. Desde hace años viven colonos en ese lugar, abriendo campos donde antes solo había brañas y osos. Hay por allí cerca una vieja ciudad romana, Vadinia. He visto que es un buen sitio para establecer un punto fuerte: un refugio oportuno para la gente de los llanos si las cosas se tuercen. Argilo y yo nos hemos instalado allí. Temporalmente, por supuesto.

—¿En qué consiste exactamente el trabajo?

—Ya no es trabajo de guerra. Es trabajo de gobierno. Recorrer el territorio. Establecer límites. Ver qué se puede dar a esa gente. Regular sus obligaciones y sus derechos. Y escribirlo para que permanezca. No sabes cuánto me gustaría —concluyó Munio— contar con tu ayuda para eso.

Era exactamente lo que Ervigio me había pedido, así que no me lo pensé dos veces.

—Cuenta conmigo —confirmé.

—Partimos mañana al alba —se despidió el conde de Castilla.

\*\*\*

Me agradó infinitamente encontrar a doña Argilo, hoy convertida en esposa y madre. Había concebido cinco hijos de Munio. Todos estaban ahora allí, en aquel pueblo de Brañosera, instalados en una especie de casa-castillo

desde la que el conde supervisaba los trabajos de repoblación. Argilo gobernaba con mano de hierro en guante de seda los servicios de la aldea, desde el molino hasta la fragua. También se preocupó de elevar una iglesia. Quiso dedicarla a San Miguel.

Era un paraje ciertamente sugestivo, aquel de Brañosera: el paraíso de un cazador, con sus montes boscosos y sus prados de hierba fresca. Durante un año Munio y yo nos dedicamos a recorrer montes y valles, arroyos y fuentes, prados y huertos, poniendo nombre a la tierra como mi familia hizo en Mena. Después hablamos con los cabezas de familia que allí se habían instalado: la gente de Valerio, la de Félix, la casa de Cristuévalo y la de Cervello. Familias que venían de Mazcuerras, en Cantabria, y que habían dejado su hogar para abrazar esta nueva vida. Cada cual porfiaba por defender su pedazo de suelo y, en la medida de lo posible, protegerlo frente a los demás. Entendí por qué Munio tenía tanto interés en que le auxiliara: es que yo conocía bien a esa gente porque esa gente era como yo. Campesinos libres en tierra nueva, todos ellos se sentían reyes de su terruño y su aspiración era ser dueños de sus propias vidas. No otra cosa es la libertad.

No fue fácil, pero finalmente se llegó a un acuerdo sobre cómo organizar todo aquello. Las familias de colonos dispondrían en propiedad de las presuras que hubieran hecho, pero les quedaba vetado acaparar tierras. Si venían nuevas familias, las antiguas quedaban obligadas a permitirles hacer presuras y escalios en terrenos libres. Los pastos serían comunales, pero solo para las familias de Brañosera. Si algún pastor de las aldeas vecinas quería que sus reses pastaran en el término, estaba obligado a pagar un tributo; el importe de ese tributo se repartiría a partes iguales entre el concejo, es decir, la gente del pueblo, y el conde. Lo mismo regiría para la madera de los bosques y el agua de las fuentes, así como el uso del molino. Los cabeza de familia, además, pusieron mucho empeño en liberar a sus hijos de las servidumbres de la guerra. Munio aceptó eximir a los colonos de los servicios de anubda y castellería, pero con una condición: un tributo de infurción, es decir, una cantidad fija que pagaría cada propietario de un solar con casa edificada. Con esto Munio se aseguraba de tener fondos para sufragar los gastos de su mesnada.

Como recompensa por mi labor, Munio me tenía reservada una sorpresa: un bonito pago de prados y bosques cerca de un lugar que llamaban Pamporquero por el enorme número de jabalíes que poblaba aquellos sotos. Eso me convertía en propietario de tierras en Brañosera. Como tal firmaría en el fuero.

Y así hasta que un día, 3 de octubre de 824, todo estuvo listo para la ceremonia. Munio y Argilo, con sus hijos, reunieron a los colonos en la puerta

de la iglesia de San Miguel. Un monje del templo actuó como notario. Munio Núñez desplegó un pergamino y leyó:

—«En el nombre de Dios, Yo, Munio Núñez y mi mujer Argilo, buscando el paraíso y hacer merced, hacemos una puebla en el lugar de osos y caza y traemos para poblar a Valerio y Félix, a Zonio, Cristuévalo y Cervello con toda su parentela, y os damos para población el lugar que se llama Brañosera con sus montes y sus cauces de agua, fuentes, con los huertos de los valles y todos sus frutos. Y os marcamos los términos por los puntos que se llaman la Pedrosa, y el Villar y los Llanos y por Zorita y por Pamporquero y por Cuevares y Peña Rubia, y por la hoz por la que discurre el camino de los de Asturias y Cabuérniga y por el hito de piedra que hay en Valberzoso y por el Coto Mediano. Y yo el conde Munio Núñez y mi mujer Argilo os daremos a vosotros, Valerio y Félix y Zonio y Cristuévalo y Cervello, esos términos a vosotros y a aquellos que llegaren a poblar Brañosera.

»Y a todos los que de otras villas vinieren con sus ganados o por interés de pastar los prados de los pagos que se mencionan en los términos de esta escritura, los hombres de Brañosera les cobren montazgo y tengan derecho sobre aquellas cosas que se encuentren dentro de esos términos, la mitad para el conde y la otra mitad para el concejo de Brañosera. Y todos los que vinieren a poblar la villa de Brañosera no paguen anubda ni castellería, sino que tributen, en cuanto pudieren, por infurción del conde de esta parte del reino.

»Y levantamos dentro del espeso bosque de Brañosera la iglesia de San Miguel Arcángel, y yo, Munio Núñez y mi mujer Argilo, para remedio de nuestras almas, donamos tierras de labor a los lados de dicha iglesia y para la misma. Y si algún hombre después de mi muerte o la de mi mujer Argilo contradijere al concejo de la villa de Brañosera por los montes o límites o contenido que en esta escritura se señalan, pagara, antes de litigar, tres libras de oro al fisco del conde, y que esta escritura permanezca firme».

Era la primera vez que en nuestro reino aparecía aquello del «concejo», testimonio de la vida libre de Castilla. Los colonos habían inventado una nueva unstitución.

Hubo fiesta esa tarde en Brañosera. Se comió y se bebió en abundancia. Gaitas y panderos llenaron los bosques con su música que suena a tierra y a sangre. Las hijas y los hijos de Félix y Valerio y Cristuévalo y Cervello danzaron para celebrar aquella promesa de futuro que amanecía bajo sus pies. Como en la tierra prometida de Mena, de Espinosa, de Valpuesta, del Bierzo y de tantos y tantos lugares a lo largo de todo el reino, una nueva porción de la España perdida volvía a la vida de la cruz.



A la mañana siguiente decidí regresar a Tedeja. Dejé mis posesiones de Pamporquera en manos de los monjes de San Miguel. Ellos regentarían estas tierras y sus frutos hasta que, un día, mi hijo Hernán viniera a reclamar su derecho. Solucionado este punto, me despedí de Munio y Argilo y tomé el camino de los grandes valles.

Había cumplido ya cincuenta años. Mi vista se cansaba. Las viejas heridas me dolían. Mi brazo ya no era el mismo. Sabía que este viaje sería el último. Pero llevaba conmigo un fuero para ofrecerlo a las gentes de Espinosa. Había cumplido el encargo de mi hermano Ervigio.

## La oración de los héroes

Aquello de Brañosera fue mi otoño. El invierno de mi vida no tardó en llegar

Me instalé en Tedeja con mi gente. Mis viejos compañeros de armas, aquellos que llegaron siendo unos muchachos, fueron relevados por otros distintos. De los míos, dos de ellos muertos en el Orón, pronto no quedó ninguno: poco a poco se fueron marchando, cada cual a un castillo distinto, en la cada vez mas poblada frontera de Castilla. Así la sagrada misión se conservaba a través de las generaciones.

Ervigio estudió a fondo el fuero que yo había traído de Brañosera y redactó uno semejante para nuestras tierras. Lo mandó a Oviedo para que el rey lo sancionara. Eso fue cosa hecha apenas un par de años más tarde. La nuestra era ya tierra con ley. Y nuestra gente, hombres libres.

Supe que hubo más batallas, pero yo ya no participé: no habría sido capaz de sostenerme sobre el caballo. Supe que el emir Alhakán murió muy pronto, antes de lo de Brañosera, y que el general Abd al-Karim, ya muy anciano, siguió sus pasos poco después. Supe que el nuevo emir Abderramán atacó Galicia y que fue severamente derrotado por las huestes del rey Alfonso. Supe que en aquella batalla participó mi hijo Hernán y que en su lanza de caballero ató el pañuelo de Creusa.

La vida en el valle de Mena siguió su curso con la misma tenacidad con la que cambian las estaciones. Poco a poco fueron muriendo los viejos del pueblo, los hombres y las mujeres que habían protagonizado la primera colonización, los veteranos de Carranza. Murió García el Tuerto y, enseguida, su mujer. Murió Eterio y murieron Rui y Cervello. El herrero Ramiro desapareció un buen día sin que nadie supiera cómo ni por qué. La gente de la aldea, alarmada, organizó alguna patrulla de búsqueda, pero sin resultado. Se hizo cargo de la forja su aprendiz, Fernando, hijo de Eterio, a quien Ramiro había confiado los secretos del acero. También desapareció Guma, pero este de manera más convencional: un invierno se enfrió y, viejo como era, no duró más de una semana. Su hijo García, aunque todavía muy joven, tomó el mando de la casa.

Una nueva generación sucedía a la precedente en el suelo de Mena. Los prados y las eras ganaban terreno al bosque. Nuevas casas crecían a la orilla del

río. Nuevas gentes llegaban a Burceña y a Taranco y a Leciñana y a Ordejón. Y de las familias originales, no pocos vástagos partieron a colonizar territorios nuevos en Losa, en Tobalina, en Espinosa y a lo largo de la línea del Ebro. Por encima de las batallas y de las sequías, de la muerte y del dolor, la grey cristiana de Castilla fecundaba con sus manos la tierra prometida. El Señor revela a las naciones su salvación.

Una de las últimas alegrías de mi vida fue recibir a mi hijo Hernán. Al contemplarle enfundado en su cota de malla me vi a mí mismo, de igual modo que en él me vi reflejado, tantos años atrás, al descubrirle en el escritorio de San Emeterio. Entregué a mi hijo un escudo con la divisa del jabalí blanco. Le rogué que lo llevara en la batalla. Así el invasor sabría cuán inflexible era la voluntad de los hijos de Asturias.

Nunca supe nada más de Deva. Con frecuencia pienso en ella y en cómo habría sido mi vida si aquellos días, en Potes o después en Campoo, hubiéramos huido juntos para sellar nuestro amor. Pero esa no habría sido mi vida, sino otra. No la puedo escribir.

Cuando constaté que mi salud zozobraba, abandoné Tedeja. Otros vinieron a defenderlo con mejor brazo que el mío. Yo me trasladé a la iglesia de San Emeterio de Taranco, como hicieron mis padres cuando las fuerzas les fallaron. Desde aquí escribo estas torpes líneas. A mi lado conservo el escudo y la azagaya. También la cimitarra ganada en mi primer combate.

Ahora solo me queda esperar la muerte. Hace años que no cabalgo por la frontera, pero los jóvenes me cuentan que, de vez en cuando, los bereberes que capturan en tierra mora les cuentan historias del Loco del Jabalí Blanco. ¿Quién sabe? Quizás un día, cuando el cuerpo me anuncie un último aviso, pueda desempolvar el escudo y la azagaya, montar un caballo y perderme en la tierra de nadie para encontrarme con la muerte. Sería un final digno para la leyenda del Caballero del Jabalí Blanco. Y mientras los moros sigan contando fábulas sobre mí al calor del fuego invernal, los héroes de la azada y el arado, los verdaderos héroes de la frontera, perseverarán en su reconquista de la España perdida.

Conquisté tierras para el arado. Sembré mares de cereal. Gané batallas. Engendré un hijo. Levanté un castillo. ¿Qué más se puede pedir a una vida? Ahora ha llegado el momento de comparecer ante Dios en su supremo juicio. Entraré en la casa del Padre desarmado y descalzo, la cabeza cubierta de ceniza y las manos desnudas. Gloria a Él.